This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

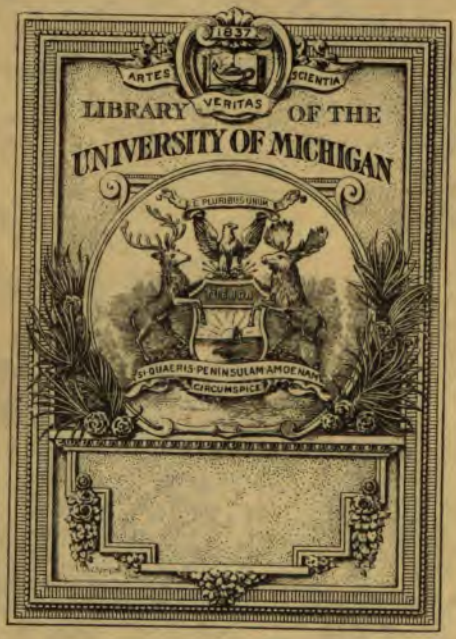
We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

A 952,156


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

ATTENTION PATRON:

**This volume is too fragile for any future repair.
Please handle with great care.**

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

860.8
M54

ANTOLOGÍA

DE

POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CLXXI

100750

ANTOLOGÍA

DE

POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

DESDE LA FORMACIÓN DEL IDIOMA HASTA NUESTROS DÍAS

ORDENADA POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

de la Real Academia Española

TOMO IV

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª

calle del Arenal, núm. 11

1893

ES PROPIEDAD

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, Ferraz, 13.

PRÓLOGO

I.

Interesante espectáculo ofrecen á la consideración del historiador de nuestra literatura los últimos años del siglo XIV y primeros del XV. En ellos fenece el antiguo *mester de clerecía*, levantando, antes de morir, uno de sus más curiosos, aunque menos poéticos monumentos: cobran insólito prestigio entre las clases aristocráticas las ficciones de la poesía francesa, no ya sólo las épicas del ciclo carolingio, tan enlazadas con nuestra propia tradición, sino las degeneraciones novelescas del mismo grupo, y aun las livianas y fantásticas narraciones del ciclo bretón, germen de los libros indígenas de caballerías, cuyo enorme catálogo se abre entonces con la primitiva redacción, probablemente portuguesa, del *Amadis de Gaula*, el más antiguo y el mejor de todos, el que en rigor ahorra de la lectura de los restantes: cúmplese la evolución de la lírica gallega, que abandona rápidamente su lengua y se convierte en escuela de los trovadores castellanos, recibiendo de paso elementos nuevos y perdiendo algunos de los más profundamente líricos y tradicionales; y, como para indemnizar á nuestra literatura de estas pérdidas, al mismo tiempo que se va

apagando el eco de las trovas occitánicas, transportadas á Compostela por los romeros de ultra-puertos, comienza á inflamarse el horizonte con los primeros destellos de una nueva aurora poética que anuncia, aunque tibiamente, la cercanía del sol de Italia. Dante hace su entrada triunfal por el río de Sevilla en compañía de su fidelísimo Micer Francisco Imperial; estampa la huella de su genio alegórico en muchas páginas del *Cancionero de Baena* y de las obras del Marqués de Santillana, é inflama en Córdoba el estro ardiente de un poeta de la familia de Lucano. Poco después las obras de Petrarca y Boccaccio, mirados entonces más bien como eruditos, como humanistas y moralistas que como poetas, empiezan á correr de mano en mano entre príncipes, obispos, maestros y próceres, ya en copias del texto original, hermosas muestras de la caligrafía é iluminación del primer Renacimiento, ya en traducciones que comienzan á hacerse, dando ejemplo el canciller Ayala y el ilustre converso, obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena. La noción de la antigüedad latina va levantándose cada día más precisa y luminosa en todos los espíritus cultivados. De sus intérpretes y reveladores italianos se pasa muy pronto á las fuentes mismas, y como por ensalmo rompen á balbucir en castellano, no ya sólo los filósofos moralistas como Cicerón y Séneca, y los historiadores como Tito Livio y Salustio, sino algunos poetas como Virgilio y Ovidio, aunque no Horacio, cuya dominación en todas partes fué más tardía y enteramente moderna. Aun de la misma Grecia llegan indirectamente algunos raros y dispersos reflejos: de la historia con Plutarco; de la filosofía con las divinas páginas del *Phedon* platónico; de la poesía con un epítome de la *Iliada*, en que el mismo autor del *Labyrintho* pone la mano. Son todos estos ensayos de adaptación prematuros sin duda, toscos y deformes; la lengua padece violentas contorsiones para acomodarse á la expresión de tantos conceptos nuevos y á los complicados y sinuosos gi-

ros de una sintaxis tan sabia y artificiosa como la latina; á la prosa de Alfonso el Sabio y de su sobrino, tan limpia, grave y jugosa, aunque lenta en su andar y erizada de copulativas, sucede una especie de retórica bárbara llena de inversiones pedantescas y de neologismos estrafalarios. Pero no importa; el grande impulso está dado, de esa confusión saldrá la luz; hay ya el instinto del ritmo prosaico, y en esa aspiración por de pronto fallida á buscar reflexivamente el número y la cadencia de las lenguas clásicas, está el germen de la grande y rotunda prosa del siglo XVI, con que Fray Luis de Granada emuló las magnificencias del período ciceroniano. Por de pronto, los escritores del siglo XV hacían lo que podían, allanaban el camino, ensanchaban á su manera los límites del lenguaje poético y prosaico con audacia no siempre desafortunada, á lo menos en la parte de vocabulario; y, sobre todo, hacían obra de educación humana, trayendo á la vida nacional, aunque fuese de un modo rudo é indigesto, los principios y fundamentos de la sabiduría clásica, eterna nodriza de los espíritus robustos y sanos.

Igual evolución se cumplía en Cataluña y Valencia, y allí con más intensidad y más rápidamente, por ser mayor la vecindad y más estrecha la comunicación con Italia, desde que las barras aragonesas dominaban en Palermo, y mucho más después que entraron triunfantes en Nápoles. Olvidados ó no leídos los antiguos trovadores, lo único que restaba de la tradición provenzal, y no de la primitiva y clásica, sino de la pedantesca y degenerada, era el código disciplinario de las justas de Tolosa, *Las Leys d' Amor*, cuyos preceptos técnicos seguían observándose (aunque cada día con menos rigor) en la parte retórica y externa de la poesía, con influjo más bien gramatical que literario. Pero la poesía de certámenes, aunque floreciese con lamentable profusión en centenares de composiciones insípidas y adocenadas, y degenerase al fin en ejercicio

cuasi mecánico de honrados mercaderes, síndicos y notarios, no podía impedir el advenimiento de otra poesía más digna de su nombre y menos infeliz compañera de la admirable prosa en que habían escrito sus crónicas D. Jaime, Desclot y Muntaner, sus novelas didácticas y sus innumerables libros de filosofía y de todo saber Ramón Lull, sus malignos apólogos Turmeda, su enorme enciclopedia Eximenis; prosa en la cual comenzaban ya á estampar el sello clásico fray Antonio Canals en sus traducciones y elocuentes proemios, Bernat Metge en el diálogo filosófico. Pronto comienza á respirarse en la poesía catalana el ambiente de Italia; los precursores de Boscán en la lengua que Boscán había de abandonar el primero, se suceden sin interrupción durante un siglo; por ellos el endecasílabo provenzal, frecuentemente anapéstico, va cediendo el paso al endecasílabo italiano yámbico ó sáfico, y si es cierto que Dante logra menor número de imitadores que en Castilla, y que su imitación no llega á formar escuela, á pesar de tan notables ensayos como la exactísima traducción ó más bien calco que, terceto por terceto, hizo Andreu Febrer, ó la *Comedia de la Gloria de Amor* del comendador Rocaberti (sin contar con la verosímil influencia en libros populares como *Lo Venturos Pelegrí*); en cambio el Petrarca, y no solamente el Petrarca humanista, sino el Petrarca poeta erótico en lengua vulgar, á cuya lira únicamente responde en Castilla la del Marqués de Santillana en los sonetos *fechos al itálico modo*, no sólo tiene en Valencia y Cataluña numerosa cohorte de imitadores, brillantes é ingeniosos algunos como Mosén Iordi, sino que educa en Ausias March un grande espíritu de pensador y de poeta, entre escolástico y místico, á quien sólo faltó la imaginación plástica para vencer en todo á su modelo, como seguramente vence á todos los poetas del amor en la extraña mezcla de intimidad afectiva y transcendentales conceptos. El endecasílabo, que tan áspero vigor había cobrado en sus manos,

se mueve con clásica gentileza en los versos sueltos de Mosén Ruiz de Corella. Y así la Providencia, que vela por las cosas pequeñas como por las grandes, venía preparando la hora solemne en que los discípulos de Micer Francisco Imperial, de Juan de Mena y del Marqués de Santillana habían de encontrarse con los de Iordi y Ausias March en el puerto de Barcelona, y, reconociendo la fuente común de sus inspiraciones, habían de sellar el pacto de alianza por mano de los Dioscuros de la lírica italo-hispana, Boscán y Garci-Lasso.

Tanto vale y tanta importancia logra como período de preparación el siglo XV, cuyos gérmenes literarios están en los últimos años del XIV. Pero antes de despedirnos definitivamente del *mester de clerecía,* y contemplar, no sin alguna muestra de duelo, cómo desciende á la tumba el antiguo alejandrino, que, con toda su pesadez y monotonía, había sido el metro de la más admirable de nuestras *gestas* épicas y del más picaresco y maligno de nuestros poemas cultos, y el instrumento habitual de una poesía narrativa y didáctica, no muy brillante por lo común, pero sí sana, honrada y sencilla, debemos fijar la atención en el último poeta de *mester*, que por raro caso no es ningún clérigo obscuro que, en apartado monasterio, conservase las tradiciones y gustos de una época literaria ya fenecida, sino un hombre de acción política intensa y devoradora, mezclado en todas las agitaciones y tumultos de la vida de su tiempo, familiarizado con la cultura de las cortes extranjeras por sus embajadas, destierros y cautividades, ardiente promovedor de la civilización literaria, escritor eminente en prosa, y el primero de la Edad Media en quien la historia aparece con el mismo carácter de reflexión humana y social que habían de imprimir en ella mucho después los grandes narradores del Renacimiento italiano. Fácilmente se entenderá que aludimos al Canciller Pero López de Ayala, gloria envidiable de la ciudad de Vitoria, y

hasta el presente quizá el único escritor de genio que han producido las regiones vascongadas, no muy fecundas en esta parte, si bien otras excelencias de su historia compensen este defecto.

No era, con todo, enteramente vascongada su progenie. Nacido en Vitoria, ciudad ya medio castellana, de padre alavés y madre montañesa (1), pareció juntar en su persona los opuestos caracteres de las dos razas que desigualmente se reparten el Norte de España, y fué perseverante y tenaz como el euskaro; astuto, cauteloso y sutil como el cántabro. Así acertó á atravesar con fama de hombre honrado y de buen caballero el calamitoso siglo XIV, sin mancharse, como casi todos sus contemporáneos, con actos de brutal fiereza, sin cometer ninguna acción positivamente indigna, pero sin descuidar un punto el propio provecho, sacando partido hasta de sus desgracias y reveses, para acumular sin tasa, pero también sin escándalo de nadie, señoríos, alcaldías, tenencias, heredamientos y buena cantidad de sonantes doblas; con lo cual, de pobre solariego del Norte, vino á ser prócer opulentísimo, canciller del Reino y arbitro de los destinos de Castilla, haciendo sus evoluciones políticas tan á punto y con tal destreza y tan aparente color del bien público, que el mismo Maquiavelo le hubiera saludado como aventajadísimo precursor teórico y práctico de sus máximas y aforismos, principalmente en lo de bordear los límites de la inmoralidad sin caer resueltamente dentro de ella. Su larga vida (1332-1406), que le permitió alcanzar cinco reyes en Castilla, fué una obra maestra de engrandecimiento y medro personal, una verdadera obra de arte más interesante que su *Rimado de Palacio*, aunque menos noble y severa que sus *Crónicas*. Es cierto que la fortuna no le desamparó nunca, pero fué porque él supo forzar á la fortuna y someterla á la fría combinación de sus cálcu-

(1) Fernán Pérez de Ayala y Doña Elvira de Ceballos.

los, que no le fallaron ni una vez sola, porque iban fundados en profunda observación de la naturaleza humana. Quien escriba la historia de nuestra Edad Media verá en él el primer tipo de hombre moderno.

Pero tampoco le faltó ninguna de aquellas cualidades que en la Edad Media daban la superioridad y el imperio: contextura recia y musculosa; valor que, siendo reflexivo, parecía temerario; destreza suma en todos los ejercicios de armas y caballería, de cetrería y monte; robustez física que explica su lozana y briosa vejez, á pesar de haber sido «muy dado á mujeres, más de lo que á tan sabio caballero como él convenía», en frase de su sobrino Fernán Pérez de Guzmán. Alcanzó, siendo niño, los últimos resplandores del sol de gloria que iluminó la frente de Alfonso XI en el Salado y en Algeciras, y los últimos ecos de la doctrina moral de Don Juan Manuel y de su propio tío el Cardenal Barroso, que con su libro del *Concejo y consejeros del Príncipe* parece haberle iniciado en los primeros rudimentos de la ciencia política. Crióse entre los donceles del palacio de Castilla y de la casa del Infante de Aragón, y entrando al servicio de su natural señor el rey Don Pedro, hízose en breve tiempo tan bien quisto, que ya en 1359 corría y salteaba como capitán de su flota las marinas de Valencia y Cataluña, y comenzaba á mejorarse con los provechos de alguacil mayor de Toledo.

Pero llegaron malos días para Don Pedro: la insensata fiereza de su condición, su vesania congénita é incurable, sus alternativas de rigor y flaqueza, lo arbitrario y desconcertado de sus actos, sus sangrientas justicias, que hasta cuando lo eran tomaban aspecto de crueles venganzas, le fueron enajenando voluntades y despertando ambiciones indignas en sus hermanos bastardos, que pronto encontraron apoyo en el rencor, harto justificado, de Francia y Aragón. Cuando D. Enrique de Trastamara, al frente de una horda de mercenarios, se proclamó rey en Calahorra, y Don Pedro,

cediendo á una de aquellas crisis de pavor que en su desequilibrada naturaleza alternaban con rasgos de indómita arrogancia y ciega temeridad, huyó con sus tesoros á implorar el auxilio de los ingleses, Ayala y su padre Fernán Pérez, que eran hasta entonces del número de sus más predilectos servidores, y que no habían recibido de él más que mercedes, según el mismo cronista confiesa, entendieron que *los fechos de Don Pedro no iban de buena guisa, y determinaron partirse de él, con acuerdo de non volver más.* El precio de esta defección, consumada y contada con tanta lisura, fué por de pronto para Pedro López el cargo de alférez mayor de la Orden de la Banda, cuyo pendón llevó por D. Enrique en la batalla de Nájera, combatiendo bizarramente contra la caballería inglesa del Príncipe Negro, hasta caer rendido y prisionero. Seis meses de cautiverio y un crecido rescate fueron pequeña contrariedad de que supo indemnizarse con creces, llegando á Burgos á la hora precisa de la nueva y victoriosa invasión de D. Enrique. Su buena suerte le libró de intervenir en los horrores de Montiel, pero fué de los más favorecidos en el reparto del botín que llamaron *mercedes enriqueñas.* En 1369 obtuvo la Puebla de Arciniega, la torre del valle de Orozco, la quieta y pacífica posesión del valle de Llodio, por el cual su padre litigaba hacía muchos años: en 1374 los cargos de alcalde mayor y merino de la ciudad de Vitoria y la confirmación del mayorazgo fundado por su padre, que ya por este tiempo se había hecho fraile dominico: en 1375, finalmente, la alcaldía mayor de Toledo, puesto de los más preeminentes y codiciados en aquella era.

Consejero y favorito de D. Enrique II y de Don Juan I, tuvo Ayala ocasión de mostrar sus especiales aptitudes diplomáticas en misiones á las cortes de Aragón y de Francia, ganando por donde quiera amigos y valedores, especialmente cuando asistió al rey Carlos VI con los avisos de su prudencia militar en la

batalla de Rosebeck, y obtuvo por ello en 1382 título de camarero suyo, amén de una pensión anual de mil francos de oro. Ni le fueron inútiles tales amistades de allende los puertos cuando llegó el trance más amargo de su vida, es decir, cuando al promediar el mes de Agosto de 1385, la temeridad del rey D. Juan y de sus donceles, contrastada en vano por el buen consejo de Ayala y de Diego Alvarez, lanzó á los castellanos al desastre de Aljubarrota, donde totalmente fueron deshechas nuestras haces, con inminente peligro de la vida ó libertad del mismo rey, salvado sólo por el heroico sacrificio del alavés Pero González de Mendoza. Entretanto su paisano y próximo pariente Ayala, que llevaba en aquella jornada, como había llevado en la de Nájera, el pendón de la orden de la Banda, caía, después de porfiada y sangrienta resistencia, cubierto de heridas y quebrados dientes y muelas, en manos de los portugueses, que por más de un año le tuvieron encerrado en una jaula de hierro en el castillo de Oviedes, con la codicia de sacar por su persona crecidísimo rescate; no menos que treinta mil doblas de oro, que hubo de pagar al fin su mujer Doña Leonor de Guzmán con ayuda de su pariente el Maestre de Calatrava y de los reyes de Francia y de Castilla. A esta cautividad de Ayala debemos el *Rimado de Palacio* y alguna otra de sus obras; pero tal desgracia fué nube pasajera en su vida, y, como siempre, él se levantó más fuerte después de la derrota. Si es cierto que D. Juan I «ovo en sus fechos muy pequeña ventura», según el decir del propio cronista, no fué, en verdad, porque le faltasen nunca las severas amonestaciones de Ayala, cuya elocuente voz, libre de toda sospecha de lisonja y aleccionada por larga experiencia de los casos del mundo, sonó siempre grave y entera en los trances más arduos; ya cuando en repetidas embajadas facilitó y ajustó la concordia con la casa de Lancáster, representante de los derechos de los descendientes de Don Pedro, apartando así de las

costas de Galicia la nube que amagaba desde Inglaterra; ya cuando en las Cortes de Guadalajara, de 1390, y en un discurso que es, sin duda, de las más antiguas muestras de nuestra oratoria política, tronó contra el insensato proyecto de abdicación y repartición del reino, que D. Juan I había formado, pensando con el sacrificio de sus Estados patrimoniales acercarse á la suspirada posesión de la corona portuguesa.

El Rey, enojado al principio con Ayala, le agradeció luego su generosa entereza, que de tan mal paso le había salvado, y con ello creció, si posible era, el crédito de su sabiduría política, confirmado durante la minoridad de D. Enrique III por el voto de las Cortes de Madrid, que le llamó á formar parte del Consejo de Regencia, dentro del cual hizo servicio tan importante como ajustar treguas con Portugal, en 1392, poniendo término así á una lucha estéril y desastrosísima para ambas monarquías peninsulares. Llegado á la mayor edad Enrique III, premiaba en 1398 los eminentes servicios de Ayala con el cargo supremo de Canciller Mayor de Castilla, para su persona, y los de merino mayor de Guipúzcoa y alcalde mayor de Toledo para sus dos hijos. Todavía resistió nueve años aquella férrea naturaleza el peso de la vida política, interpolada con los solaces de las letras, á las que tributaba asiduo culto en las residencias, cada vez más largas, que solía hacer en sus estados de Álava y la Rioja, en los monasterios de que era fundador ó patrono, y con especial predilección en el de San Juan de Quijana y en el de San Miguel del Monte, vecino á Miranda de Ebro. La muerte le salteó casi repentinamente en Calahorra en los primeros meses de 1407, pero aun le había alcanzado el tiempo para llorar muerto á Enrique III y escribir la mayor parte de su *Crónica*.

Tal fué este portentoso personaje, cuya biografía, que se identifica con la historia política de medio siglo, está reclamando una pluma, si no más docta y di-

ligente que la de su único biógrafo y ferviente panegirista D. Rafael Floranes (1); más literaria, en cambio, y más avezada á penetrar en el espíritu de los tiempos y en la peculiar psicología de los hombres de Estado, tan inaccesible para los antiguos eruditos por el medio social en que vivieron, tan comprensible sin esfuerzo alguno para nosotros, que en la inteligente y enérgica fisonomía de Ayala descubrimos rasgos que nos parecen conocidos y familiares. Floranes, además, por el desorden de su método, por el desaseo increíble de su estilo, por la manía que le llevaba á acumular en todos sus escritos especies inconexas, y hasta por la admiración, sincera sin duda y en el fondo justa, pero intemperante y desquiciada, que sentía por su héroe, á quien se empeña en atribuir todo linaje de sabiduría, y el progreso y desarrollo en Castilla de todos los estudios, hasta de aquellos que no cultivó directa ni indirectamente, como la ciencia del Derecho, no es guía enteramente seguro, y, su libro, más bien ha de estimarse como un centón de noticias útiles y á veces exquisitas, aunque impertinentes muchas de ellas al asunto principal, que como verdadera y formal biografía, la cual aun no tenemos.

El Canciller Ayala no es un escritor enciclopédico, como Alfonso el Sabio; pero es, después de D. Juan Manuel, el tipo más perfecto que nuestra Edad Media ofrece del prócer escritor, del moralista práctico, del político que cosecha su doctrina, no en abstractos aforismos, sino en las andanzas y conflictos de la vida. Y es al mismo tiempo, sin controversia alguna, nuestro más grande historiador de los tiempos medios, el único que, sin desdoro, puede hombrearse con los grandes narradores de la edad de oro, desde Mendoza hasta Melo. Y es, finalmente (aunque no del modo exclusivo que pretendía Floranes), iniciador y fautor de un

(1) Publicada esta biografía en los tomos XIX y XX de los *Documentos Inéditos para la Historia de España.*

movimiento intelectual, derivado en parte de la cultura francesa y en parte de la erudición latino-eclesiástica; mediante el cual se abren las puertas de Castilla á un nuevo género de prosa de tendencias clásicas, muy diversa de la deleitable prosa semi-oriental que campea en los patriarcales escritos del Rey Sabio, de su hijo y de su sobrino.

«Por avisar é ennoblecer la gente é nación de Castilla, fizo romanzar de latín en lenguaje castellano, algunas crónicas y estorias que nunca antes dél fueron vistas ni conoscidas en Castilla» (1). Al frente de estas traducciones descuella la de las *Décadas* 1.ª, 2.ª y 4.ª de Tito Livio, notable esfuerzo de laboriosidad que pertenece á los ocho últimos años de su vida, y fué realizado á instancias del rey Enrique III: «Me mandastes que trasladasse un libro que es escripto por un historiador antiguo y famoso, del qual face mención San Hierónimo en el prólogo de la Biblia, loando la su alta manera de fablar, el cual es llamado Titus Livius. Et plógovos que lo tornasse en el linguaje de Castiella; el qual estava en latin por bocávulos ignotos et escuros». Sin duda por lo *ignoto y escuro* de los vocablos, el Canciller explotó más de lo debido la versión francesa, entonces muy nombrada, del benedictino Pedro de Bercheur; pero aun de este modo torcido é imperfectísimo, todavía le sirvió el estudio de aquel gran maestro de la prosa histórica como una especie de ideal superior de narración, al cual procuró atemperarse en sus crónicas, si bien por el temple de su espíritu y por la condición de los hechos que relata, más veces que la generosa y láctea abundancia del historiador paduano, adivinó y renovó las amargas tintas y el enérgico buril de Tácito, con ser autor éste enteramente desconocido antes del Renacimiento de las letras. Los libros que constituían el fondo común y principal de la erudición de los tiempos medios, pasaron casi todos

(1) Palabras de su nieto D. Pedro López de Ayala en la *Relacion fidelissima de su linaje.*

por manos del Canciller, y fueron puestos en lengua vulgar por industria propia ó por la de sus secretarios. La *Consolación* de Boecio, el último romano, el que trasmitió á los siglos más obscuros la noción de la lógica aristotélica y las tradiciones de la filosofía moral unidas al prestigio del ritmo clásico y de la disciplina musical; los *Morales* de San Gregorio el Magno, libro predilecto de los Padres de nuestra Iglesia visigoda y fuente principal de las *Sentencias* del zaragozano Tajón, á quien podemos llamar *maestro* de ellas con igual derecho que se lo llamaron los escolásticos á Pedro Lombardo; los tres libros *de summo bono* de San Isidoro, doctrina nunca olvidada en España, suma y fundamento de nuestra primitiva cultura en lo teológico, como lo eran las *Etimologías* en lo secular y profano; la *Crónica Troyana* de Guido de Columna, traducida y retraducida mil veces en los siglos XIV y XV, libro de caballerías de asunto clásico, adaptación de la materia épica de la antigüedad á la comprensión infantil de gentes nuevas, que del sol de Homero sólo podían alcanzar estos débiles reflejos, suficientes, sin embargo, para que el solemne recuerdo de Ilión y de su cantor persistiese en la memoria: la *Caída de Príncipes* de Juan Boccaccio, el cual, merced á Ayala y al obispo Don Alonso de Cartagena, continuador de su trabajo, hacía su entrada en la lituratura castellana, donde por tanto tiempo y tan hondamente iba á arraigarse su influencia, ya como uno de los más insignes artífices de la restauración de los saberes clásicos, ya como narrador elocuente y apasionado, más bien que lascivo y picante, de los casos mundanos; todas éstas y otras varias obras, entre las cuales quizá deba contarse el *Valerio Máximo*, trajo ó hizo traer á nuestra lengua el Canciller Ayala «*á bien et á provecho de la república*», entresacando de todas éllas «*dichos de muchos buenos enxemplos et de buenas doctrinas para bien vivir espiritualmente et moral et onestamente*».

No menos numerosas, y por todas razones más im-

portantes, fueron sus obras originales. El *Libro de Cetrería ó de las aves de caza*, compuesto para entretener los largos ocios de su cautiverio de Oviedes, y dirigido al gran cazador D. Gonzalo de Mena, obispo de Burgos, no es ajeno, sin embargo, á las graves especulaciones del moralista, que en el ejercicio de la caza ve una manera para «tirar á los omes de ocio et malos pensamientos, et que puedan aver entre los sus enojos et cuidados algund plazér et recreamiento sin pecado». Pertenece este libro (1), á un género de literatura didáctico-recreativa muy copioso en la Edad Media, y en el que no se desdeñaron de poner mano tan grandes reyes como Alfonso X y Alfonso XI, tan sabios príncipes y magnates como D. Juan Manuel; libros que, á parte del interés histórico que ofrecen como documentos de costumbres y deportes caballerescos, y del no leve contingente de observaciones directas y seguras que suministran para la historia natural de ciertas especies y para la geografía de la Península, suelen contener un tesoro de expresiones pintorescas y felices, una riqueza de vocabulario descriptivo miserablemente perdida en la pobre y apocada lengua de hoy, en que todos procedemos por términos abstractos y generales, sin saber concretamente los nombres castellanos de ninguna cosa, de donde nace la impotencia de los más de nuestros actuales escritores para ponerlas vivas y gallardas delante de los ojos, como pone Ayala, por ejemplo, los plumajes, naturas y condiciones de sus azores, falcones, gavilanes, esmerejones, alcotanes, gerifaltes, sacres, borníes, alfaneques, tagarotes y baharíes, y nos informa de sus mudas y *melesinamientos*.

(1) Impreso dos veces en estos últimos años, la primera por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, bajo la dirección de Don Emilio Lafuente Alcántara y D. Pascual de Gayangos; la segunda por D. José Gutiérrez de la Vega en el tercer tomo de su *Biblioteca Venatoria*.

Pero el campo de la gloria de Ayala fué la historia, y sin disputa su vocación principal la de historiador grande y severo. Estímulo había tenido para ello desde su infancia y dentro de su propia casa, puesto que ya su padre Fernán Pérez, «como era tan grand caballero et tan entendido et mesurado en todos sus fechos, se pagaba de decir bien et apuestamente et otrosí de alcanzar noticias de letras *et de estorias de cosas grandes et nobles que en el mundo hubiesen pasado*», y aun sabemos que movido de disculpable vanidad genealógica, había romanceado una *antigua escriptura*, sabe Dios de qué autenticidad, compuesta por «un muy grand caballero de los de Ayala, á quien decían San Velázquez», la cual sirvió de base al tratado del Canciller sobre «*el linaje de Ayala y las generaciones de los señores que vienen de él*», tributo pagado á las ideas de su tiempo por el grande escritor después del cual bien pudieron repetir sus descendientes con entera verdad aquéllas arrogantes palabras suyas con que el libro comienza: «Avedes de saber que grande cosa, Dios loado, fué antiguamente este linaje de los de Ayala.»

Las tareas históricas del Canciller abrazan cuatro reinados sucesivos, los de D. Pedro, D. Enrique II, D. Juan I y D. Enrique III, éste último sin terminar, porque no alcanzó á ello la vida del cronista, siendo de mano ajena las diversas conclusiones que en los códices se encuentran. En la serie de nuestros monumentos históricos van inmediatamente después de las Crónicas de Alfonso XI y de sus tres inmediatos antecesores, anónimas hasta el presente; pero si se atiende á la perfección de estilo y arte, parece que un siglo entero las separa. El cronista de Alfonso XI, aunque narrador diligente, bien informado y bastante copioso, no tiene ni el candor épico de la *Crónica General*, venerable repertorio de nuestra tradición poética, ni la profunda observación moral, el sentido humano penetrante y seguro, y el vigor trágico que ad-

miramos en Ayala. Si el Rey Sabio y los que le ayudaron en su compilación nos habían dado la epopeya histórica, el Canciller nos presentó por primera vez el drama de la historia. Nada hay semejante en las literaturas extranjeras antes de fin del siglo XV: Froissart y Mateo Villani son cronistas pintorescos y deleitables; Ayala es historiador. No se detiene en el aspecto exterior de las cosas, en el tumulto y pompa de la vida caballeresca, aunque no olvide jamás el detalle preciso y significativo. Lo que más le interesa, como á los grandes maestros antiguos, es el alma del héroe ó del tirano, cuyos senos escrudriña y manifiesta con cierto modo de psicología instintiva, en que lo físico y lo moral están debidamente aquilatados y yuxtapuestos. Los retratos directos son en él muy raros y muy breves, pero de tal poder y tal evidencia, que los personajes de Ayala nos persiguen como sombras familiares; y quizá á él, tenido por malévolo detractor de D. Pedro, debe aquel monarca la mayor parte del prestigio poético que rodea su nombre, porque nada avasalla tanto el ánimo de quien lee en las páginas de un historiador como la intensa realidad, la plenitud de vida que de ellas se desprende. Mucho mejor que á personajes que vivieron ayer, conocemos los españoles la arrogante figura de D. Pedro, que, con cuatro valientes rasgos, lanzó Ayala sobre la tela de su Crónica, emulando la recia concisión de Salustio: «assaz grande de cuerpo, et blanco et rubio, et ceceaba un poco en la fabla: era muy cazador de aves: fué muy sofridor de trabajos: era muy temprado et bien acostumbrado en el comer et beber: dormía poco et amó mucho mujeres: fué muy trabajador en guerras: fué cobdicioso de allegar tesoros et joyas et aljofar et baxilla de oro et de plata, et paños de oro et otros apostamientos.»

Todavía más que en los retratos que, como queda dicho, son rápidos y no muy frecuentes, brilla el arte profundo y reflexivo de Ayala en la composición de

sus cuadros y narraciones y en los diversos artificios dramáticos con que procura dar vida á sus personajes, mostrarlos en acción y hacer que declaren por su propia boca sus más escondidos pensamientos. El uso frecuente del diálogo y la interpolación de epístolas y breves arengas, á la vez que recrea el ánimo con apacible variedad de elementos literarios y realza la animación y viveza del relato, presta al autor medio fácil de insinuar su filosofía política, envolviendo sus propios aforismos en las sentenciosas cartas que atribuye al *sabidor moro granadino* Ben Aljhatib. Así, bajo el manto del historiador, persiste el moralista de la escuela de D. Juan Manuel; y los que, mirados aisladamente, podían parecer lugares comunes de una política infantil, cobran inesperada fuerza con la comprobación histórica y descienden de la vaga abstracción para abrazarse con la realidad é infundirla superior sentido.

Pero aun más que este género de artificio, un poco retórico, pasma en autor de época tan remota como Ayala, aquel talento, en algún modo poético, con que elige y separa las circunstancias que hablan á la imaginación y condena y excluye las que carecen de todo valor representativo; y aquellos ingeniosos rodeos con que va preparando el ánimo del lector para las escenas capitales de su historia, envolviéndole, por decirlo así, en una atmósfera de misterio, y graduando el terror hasta el momento solemne de la catástrofe. ¡Cuánto crece en la fantasía el prestigio pavoroso de la escena de Montiel con aquella especie de fatalidad trágica que se cierne sobre la cabeza de D. Pedro, hasta mostrar cumplida en su persona la terrible profecía de Merlín, interpretada por Ben Aljhatib: «En las partidas de occidente, entre los montes é la mar, nascerá un ave negra, comedora é robadora, é tal que todos los panares del mundo querría acoger en sí, é todo el oro del mundo querrá poner en su estómago. E caérsele han las alas, é secársele han las plumas, é anda-

rá de puerta en puerta, é ninguno le querrá acoger, é encerrarse ha en selva, é morirá y dos veces, una al mundo é otra ante Dios.»

Y en otro género, ¿quién olvida la muerte de Garcilasso en Burgos, el suplicio del rey Bermejo, la bizarra competencia de generosidad entre Beltrán Duguesclín y el Príncipe Negro sobre el rescate del primero? Excusado es encarecer el mérito de tales páginas, que quizá hoy mismo son las más leídas de nuestra Edad Media. Con poco más que adobar esta Crónica á la moderna, compuso Próspero Mérimée un libro de historia que compite con sus mejores novelas.

Y si grande es el mérito artístico de las Crónicas de Ayala, no es menor, dígase lo que se quiera, su fidelidad histórica. Cuantas nuevas fuentes han sido consultadas, otras tantas han servido para dar testimonio de su veracidad, no sólo en lo substancial, sino en los pormenores. Lo que él escribió, confirmado está por los cronistas catalanes, como el autor de las memorias de D. Pedro IV; portugueses como Fernán Lópes; italianos como Villani; franceses como Froissart y el biógrafo de Duguesclin. El hecho de su deserción, harto explicable en la relajada política de su tiempo, no basta por sí sólo para hacer sospechoso á Ayala. Su malquerencia contra D. Pedro, si realmente la tuvo en el grado que se supone, más bien hubo de manifestarse por el agrupamiento habilísimo, y quizá un tanto amañado, de los hechos odiosos, y por la misma impasible frialdad con que los cuenta, que por ningún género de falsedad, de la cual tan fácilmente hubiera podido ser redargüido por sus contemporáneos, entre los cuales quedaban todavía tantos partidarios del infeliz monarca. El caso de D. Pedro es un caso de frenopatía, y Ayala no podía adivinar semejante ciencia ni dejar de ver un tirano feroz con veleidades heroicas en el que modernamente se nos aparece como un mozo degenerado é insensato; pero con profundo espíritu de observación y rectitud

de juez, él fué quien nos dejó todos los datos necesarios para resolver el problema aun bajo este modernísimo aspecto (1). El rumor de la Crónica perdida y nunca vista del obispo de Jaén D. Juan de Castro, las adiciones al *Memorial* del Despensero de la Reina doña Leonor, los interesados y sofísticos alegatos que desde el siglo XVI en adelante fulminaron contra la veracidad de Ayala, ya descendientes reales ó supuestos del Rey D. Pedro como los Castillas; ya genealogistas falsarios como el pseudo-Gracia Dei y el Conde de la Roca; ya leguleyos aduladores de la potestad regia como Ledo del Pozo, son cosas harto baladíes para que de ellas deba hacerse mérito sin agravio á la memoria del gran Canciller y á la gravedad de la Historia.

La primacía que alcanza Ayala como prosista entre todos los escritores de su época ha perjudicado en alguna manera á la fama de sus versos, que tampoco han sido conocidos en su integridad hasta tiempos muy recientes. El libro que los contiene se designa con el título general de *Rimado de Palacio,* y ha llegado á nosotros en dos distintos códices del siglo XV, no escasos de variantes, perteneciente el uno á la Biblioteca de El Escorial, y el otro á la librería de la Condesa de Campo Alange, recientemente adquirida por el Gobierno para la Biblioteca Nacional. Sánchez conoció el poema, pero no llegó á publicarle. Los primeros extractos, algo copiosos, son los que vieron la luz en la traducción castellana del Buterweck (1829) y en tres excelentes artículos de D. Bartolomé José Gallardo, insertos en las *Cartas Españolas* y en su continuación la *Revista Española* (1832), artículos que, sin duda por olvido, no menciona Amador de los Ríos en

(1) La mejor edición de las *Crónicas* de Ayala continúa siendo la de Llaguno, publicada por Sancha en dos hermosos volúmenes, en 1782. Téngase además en cuenta el libro de las *Enmiendas,* de Zurita.

su extenso análisis de este poema. Finalmente, D. Florencio Janer, en 1865, prestó el buen servicio de poner íntegro el *Rimado* en el tomo de *Poetas Castellanos anteriores al siglo XV,* pero valiéndose exclusivamente del códice de El Escorial, sin notar casi nunca las variantes del de Campo-Alange, que en muchos casos ofrece mejor texto. El cotejo minucioso de los dos debe ser precedente indispensable para la futura edición crítica, que bien merece este curiosísimo monumento.

Fuera injusticia negar á Ayala dotes de poeta, cuando hasta en sus Crónicas las manifiesta ó deja adivinar. Si hubiera cultivado la narración en verso, como los demás poetas del *mester de clerecía,* fácilmente los hubiera vencido á todos, salvo el Archipreste. Pero la intención didáctica de su poema le privó de la mayor parte de las ventajas que por tal camino hubiera logrado, y le hizo caer en cierto prosaísmo ético y pedagógico, que parece nota característica de la honrada poesía vascongada, tal como la vemos, por ejemplo, en Samaniego ó en Trueba. Con razón ha dicho Puymaigre que el carácter positivo y realista del ingenio de Ayala excluía toda preocupación del ideal. «El Canciller (añade) no ve nada con los ojos de la imaginación; aspira sólo á reproducir las cosas tales como se le aparecen. No existe ninguna semejanza entre su obra y los innumerables versos que muy pronto la siguieron, y que son, en gran parte, expresión de sentimientos facticios y de exageraciones tomadas de otras literaturas.»

Pero ni el poema carece de bellezas parciales, así en las efusiones líricas como en las enérgicas pinturas de costumbres, ni se encarecerá nunca bastante la importancia histórica de este *espejo de la sociedad del siglo XIV* (como le llamó Clarus); obra que si, por una parte, se enlaza con las crónicas del Canciller y las sirve como de fondo, por otra completa, aunque con diverso espíritu, el cuadro satírico que nos ha ofreci-

do la maligna y regocijada pluma del Archipreste de Hita. Hay entre ambos libros cierto parentesco innegable, en medio de profundas diferencias. Uno y otro tienen carácter de sátira social y colectiva, que alcanza á todas las jerarquías y estados: uno y otro se distinguen por la enérgica franqueza y la extremada libertad de juicio: uno y otro pertenecen á la primitiva y tradicional escuela de nuestra poesía erudita; pero ambos la modifican profundamente, abandonando en muchos casos la monotonía del tetrástrofo, y dando entrada al elemento lírico en muy varias formas y combinaciones, derivadas, á toda luz, de la tradición galaico-portuguesa. Y, finalmente, para que la semejanza sea mayor aún, ambos libros tienen un sello profundamente *personal*, y en medio de lo abigarrado y descosido de su composición, cierta unidad de pensamiento que en la persona misma del poeta ha de buscarse. Gallardo caracterizó bien el *Rimado* llamándole «efemérides del espíritu de su autor».

Pero aquí principian las diferencias. Ayala hace en alta voz pública confesión de sus pecados, presentándose como víctima expiatoria de los crímenes de su siglo y acumulándolos sobre su cabeza: Juan Ruiz convierte su vida maleante y pecadora en regocijada materia de chistes, sin la menor preocupación moral ni el más leve asomo de arrepentimiento. Al Archipreste le mueve á risa lo mismo que excita la indignación del Canciller. Uno y otro hacen crujir el azote de la sátira sobre los clérigos simoníacos, prevaricadores y escandalosos; pero el Archipreste los mira con picaresca indulgencia y escribe la *Cántiga de los clérigos de Talavera,* al paso que el cristiano y severo espíritu de Ayala prorrumpe en las amargas lamentaciones del *Dictado sobre el Cisma de Occidente*. En el Archipreste todo es regocijo epicúreo: en el Canciller todo tristeza, austeridad y desengaño de la vida. Uno y otro libro reflejan fielmente la distinta condición social de sus autores, y diversos son también los cuadros

que presentan. El Archipreste vive entre el pueblo, y corre de feria en feria, en la alegre compañía de escolares nocherniegos y de cantadoras judías y moriscas: el Canciller vive en los palacios y describe las *maneras y fechos* de sus habitadores, las tribulaciones de los míseros pretendientes que andan brujuleando los semblantes del privado, la venalidad y falacia de los oficiales regios, la hinchada presunción y torpes amaños de los legistas, la insaciable codicia de los arrendadores y cobradores judíos «que beben la sangre de los pueblos cuitados»; y nos expone de paso todas sus ideas sobre el *gobernamiento de la república* y sobre las virtudes que deben adornar al buen rey y diferenciarle del tirano:

Este nombre de rey de bien regir desciende:
Quien há buena ventura bien assy lo entiende;
El que bien á su pueblo gobierna et defiende
Este es rey verdadero; tírese el otro dende.
De un padre et de una madre todos descendemos:
Una naturaleza ellos et nos avemos;
De bevir et morir por una ley tenemos,
Salvo que obediencia de les tener debemos.

Lo mismo el *Rimado de Palacio* que el libro del Archipreste se escribieron en una prisión; pero ¡de cuán distinto género, y en qué diversa situación de espíritu! Sólo en la parte lírica, en las canciones á la Virgen, hay evidente semejanza, que de parte del Canciller puede ser hasta imitación directa.

También se parecen ambos libros en no tener título, á lo menos impuesto por sus autores. Los de *Rimado de Palacio, Libro de los fechos de Palacio* y *Rimos de las maneras de Palacio* (que es como le designa el Marqués de Santillana en su carta famosa), son evidentemente inexactos, porque no recaen sobre la totalidad del libro, sino sobre una pequeña parte de él, y pueden inducir, y han inducido, á error á algunos que no habían visto la obra, haciéndoles creer que se trataba de algún manual de ceremonias y etiquetas

cortesanas, como el de D. Pedro IV de Aragón ó el *Libro de la cámara del Príncipe D. Juan.*

Nada más lejano de la verdad; como puede comprenderse por la mera inspección de este poema, el cual pertenece á un género didáctico moral, intermedio entre el sermón y la sátira grave, y que no carece de analogías con las composiciones que en la literatura del Norte de Francia se llamaban *Biblias.* La obra del Canciller, si se prescinde de los accesorios líricos, no es en el fondo otra cosa que un larguísimo sermón contra las malas costumbres de su tiempo, precedido de una confesión de los pecados del propio autor, quien de este modo se adelanta á los reparos que pudieran hacérsele en calidad de moralista incompetente, comenzando por humillarse y reconocer sus innumerables flaquezas. Hízolo luego á imitación suya su sobrino Fernán Pérez de Guzmán, y el mismo artificio encontramos en otros piadosos moralistas de los tiempos medios; pero se hace muy duro creer que estas confesiones públicas hayan de tomarse al pie de la letra. Ayala distaba mucho de ser un santo ni un varon irreprensible: él lo sabía, y sus contemporáneos también; ni quería ni podía engañarlos; pero sin duda para mayor efecto moral recargó de tintas sombrías el cuadro de su vida, y más que su confesión individual hizo la de su siglo. Podemos y debemos creer que el Canciller habla de sí mismo cuando se acusa de haber creído en agüeros, sueños, estornudos y otras señales supersticiosas; haber perdido su tiempo en leer *libros de devaneos é mentiras probadas* como Amadís (1), Tristán y Lanzarote; haber fatigado en con-

(1) Ayala es el primer escritor que menciona el *Amadís* en términos expresos, y como lectura de su juventud: dato importante para fijar la fecha de la divulgación del libro y la imposibilidad de que hubiese sido su autor el Vasco de Lobeira, armado caballero en la batalla de Aljubarrota. Pero esto nada prueba contra la tradición constante del origen portugués ó ga-

tinuas cacerías *sus omes et sus bestias,* con detrimento de la santificación de las fiestas; haber tenido á sus padres *pequeña reverencia,* y, finalmente, haber pagado largo tributo á la lujuria y á la ira; pero no conviene abusar de su testimonio cuando se declara opresor, vejador y esquilmador de sus vasallos, testigo falso contra vivos y muertos, matador y atormentador de pobres y *fambrientos.* Sólo hiriendo tan duramente en sus propias carnes, podía creerse autorizado censor de los vicios y desórdenes ajenos, que iba á flagelar de tan sangrienta manera.

Y, ante todo, los de la jerarquía eclesiástica *in capite et in membris.* Eran tiempos de desolación apocalíptica: los buenos y piadosos se cubrían la cabeza con el manto y lloraban en silencio: en pos del cautiverio de Aviñón había venido el cisma de Occidente; un nuevo género de barbarie menos ingenua y menos creyente que la del siglo X se paseaba triunfante por Europa; la ola de la simonía y de la concupiscencia había llegado á salpicar las frentes más altas; y, á favor del general escándalo, un enjambre de herejías groseras fermentaba en las masas populares, al paso que la impiedad averroista, mostrándose sin embozo, aumentaba sus prosélitos en el seno de las universidades. Es preciso haber leído el *De Planctu Ecclessiæ,* de Alvaro Pelagio; el *Viridario,* de Fray Jacobo de Benavente; el *Libro de la justicia de la vida espiritual,* del arzobispo Albornoz (por no citar á Gerson y otros escritores de fuera) para comprender toda la extensión

llego del *Amadís,* que nos inclinamos á tener por muy probable, ya que no por enteramente probada.

Gallardo se empeñaba, con fútiles razones, en leer *Tristán,* donde los dos códices del *Rimado* dicen uniformemente *Amadís.* Pero Gallardo tenía su peculiar y caprichosa teoría sobre los orígenes del más famoso libro de Caballerías; le suponía enteramente castellano, y no le daba mucha más antigüedad que la de su redacción actual, colgándosele nada menos que al obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena.

del mal, toda la angustia de aquella crisis, quizá la más laboriosa que la Iglesia ha tenido que superar en su tránsito por la tierra. El Canciller Ayala no era teólogo: él propio se llama *ome simple et non letrado;* pero era, aunque tan pecador, hombre de fe ardorosíma y de un tál celo por la casa de Dios, que le hacía romper y atropellar con libertad cristiana toda consideración de falso respeto mundano, y ponía en sus labios de lego palabras de insólita audacia, que recuerdan las más terribles de Dante y Petrarca:

Los físicos lo dicen, si bien me vien en miente,
Si la cabeza duele, todo el cuerpo es doliente.
.....
El Obispo de Roma que Papa es llamado,
Que Dios por su vicario nos hobo ordenado,
É el logar de San Pedro á él fué otorgado,
Está cual lo vos vedes, malo nuestro pecado!
.....
Agora el Papadgo es puesto en riqueza:
De lo tomar cualquier non toman á pereza!
Et magüer sean viejos nunca sienten flaqueza,
Cá nunca vieron Papa que moriesse en pobreza.
En el tiempo muy sancto non podía haber
Uno que este estado se atreviesse tener;
Agora (¡mal pecado!) ya lo podedes ver,
Do se dan á puñadas quien Papa podrá ser.
Á estas malas porfías anda mal perdimiento
Por estado tan sancto que es todo el fundamento
De nuestra Fe Católica; et cávale el cimiento
Soberbia et codicia que non han escarmiento.
Los Reyes que debrían atal caso adobar
Con sus buenas maneras que pudieran tomar,
Tomaron luego bandos, et se fueron armar,
Unos llaman *Sansuenna,* et otros *Trafalgar.*
Ya fueron otros tiempos por los nuestros pecados,
Cisma et grandes males, mas fueron acordados
Por tener i los Reyes sus Consejos loados
Et despues por Concilio libraron los Prelados.
.....
Aquí estorbaron mucho algunos sabidores:
Por se mostrar letrados et muy disputadores
Ficieron sus cuestiones como grandes doctores,
Por esto la Eglesia de sangre faz sudores.
Los moros et judíos ríen desta contienda
Et dicen entre sí: «Verédes qué leyenda

Tienen estos cristianos, et cómo su facienda
Traen bien ordenada (¡así Dios los defienda!).

. . . . . .

Et por nuestra ventura hoy así pasa ésto;
Contra nos los paganos son en fabla é en gesto:
Por nuestras malas glosas ellos niegan el texto;
Así se vierte el agua tomándola con cesto.
La nave de San Pedro está en gran perdición
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasión:
Acorra Dios aquí con la su bendición
Que vengan estos fechos á mejor conclusión.

. . . . . .

Mas los nuestros Perlados no lo tienen en cura.
Asáz han que facer por la nuestra ventura,
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura,
É olvidan la conciencia et la Sancta Escriptura.

. . . . . .

Desque la dignidad una vez han cobrado,
De ordenar la Eglesia toman poco cuidado,
Et cómo serán ricos más curan (¡mal pecado!)
Et non curan cómo esto les será demandado.

. . . . . .

¡Cuáles ministros tiene el que por nós murió!
Vergüenza es decirlo quien esta cosa vió.
Unos prestes lo tractan, que verlos es pavor,
Et tómanlo en las manos sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados, et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche consigo otro dolor.

. . . . . .

Cuando van á ordenarse, tanto que tienen plata,
Luego pasan l'exámen sin ninguna barata,
Cá nunca el Obispo por tales cosas cata:
Luego les dá sus letras con su sello et data.
Non saben las palabras de la consagración,
Nin curan de saber, nin lo han á corazón:
Si puede haber tres perros, un galgo et un furón,
Clérigo de aldea tiene que es infanzón.
Luego los feligreses le catan casamiento
D'alguna su vecina (¡mal pecado!): non miento:
Et nunca por tal fecho resciben escarmiento,
Ca el su señor Obispo ferido es de tal viento.

. . . . . .

Si éstos son ministros, sónlo de Satanás,
Cá nunca buenas obras tú facer los verás:
Gran cabaña de fijos siempre les fallarás
Derredor de su fuego: que nunca y cabrás.
En toda la aldea non há tan apostada
Como la su manceba et tan bien afeytada!
Cuando él canta misa, élla le dá el oblada,

Et anda (¡mal pecado!) tal órden bellacada.
.....
Perlados sus eglesias debían gobernar:
Por cobdicia del mundo allí quieren morar,
É ayudan revolver el regno á más andar
Como revuelven tordos el negro palomar.

(Cop. 229.)

No para escándalo de conciencias asustadizas (que suelen serlo mucho las que no están familiarizadas con nuestros libros viejos) se transcribe aquí esta hórrida pintura, sino por ser el pasaje de más formidable elocuencia que hay en todo el *Rimado de Palacio,* y porque, como testimonio histórico, nadie osará negar que el de tan alta persona como el Canciller Mayor de los reinos de Castilla, hablando de los negocios de su siglo, vale y pesa más para españoles de verdad, que cierto neo-catolicismo gótico-florido y afrancesado que en mal hora se nos entró por las puertas, aplaudiendo ó disculpando aun los períodos más abominables de la Edad Media.

Quien tan reciamente había puesto el dedo en la llaga más peligrosa y enconada de aquel cuerpo social, pocos miramientos había de guardar en lo meramente humano, ora se encarnice con los arrendadores judíos y con sus *condiciones* «para el pueblo mesquino negras como el carbón»; ora denuncie las trapacerías de los mercaderes que viven como si tuviesen *fecha cofradía con todos los diablos:*

Fasen escuras las tiendas, et poca lumbre les dán,
Por *Bruxellas* muestran *Ipre,* y por *Mellina, Roan,*
Los paños violetas bermejos parescerán,
Al contar de los dineros las finiestras abrirán;

(Cop. 310.)

ora nos haga penetrar en el estudio de uno de aquellos letrados que, con mucho aparato de Clementinas y Decretales, tienen *con el dinero sus más finos amores,* y viven y triunfan y andan en mula á costa del mísero

litigante, á quien confunden y entontecen con un fárrago de pareceres contradictorios:

Si toviese el malfechor alguna cosa que dar,
Luego fallo veinte leyes con que le puedo ayudar.
.....
Si el cuitado es muy pobre et non tiene algun cabdal,
Non le valdrán las Partidas nin ninguna Decretal:
Crucifige... crucifige... todos dicen por el tal,
Cá es ladrón manifiesto et meresce mucho mal.

(Cop. 350-352.)

Con toques no menos vivos que los que realzan esta descripción de las costumbres jurídicas, están pintadas las andanzas del viejo y empobrecido cortesano en demanda de los contadores *que avían cargo de librar sus fechos*, y que le burlan y estafan de mil modos, ya pretextando que tienen en Valladolid sus libros de caja, ya remitiéndole al tesorero de Extremadura; hasta que, finalmente, cae en manos de un logrero judío que le compra á vil precio sus créditos.

Pero sería imposible apurar todo lo que importa á la historia social en el *Rimado de Palacio.* Allí se ve, mejor que en crónica alguna, el estado de abatimiento y mengua á que había llegado el prestigio de la corona en las débiles sienes de los Trastamaras, encumbrados por una facción ávida é insaciable y cautivos de ella hasta apurar el tesoro de sus escandalosas mercedes:

El uno lo ha dexado, el otro lo vá á tomar.
.....
En una ora del día nunca nunca lo dán vagar.
.....
Non ha rincón en palacio do non sea apretado.
.....
Tales cosas le piden que conviene forzado
Que les diga mentiras que nunca ovo asmado.
.....
Con él van á comer todos en derredor;
Paresce que allí tienen preso un malfechor.

(Cop. 476-479.)

Allí las arcas reales exhaustas; la gente de guerra *buscando de comer* sin reparar en *dónde;* una turba de tiranos y malhechores estragando la tierra y robando los ganados y los panes de los Concejos; las Cortes multiplicando estériles ordenamientos que á los tres meses caían en desuso; los burgueses clamando por la paz, y D. Juan I empeñándose en guerras y pretensiones desatinadas, sin dinero, sin armas, sin municiones, y, por término y corona de todo, el vergonzoso desastre de Aljubarrota, cuyas consecuencias alcanzan al mismo poeta.

No todo el *Rimado,* pero si la parte lírica por lo menos, fué compuesta durante su cautiverio en Portugal, como demostró Amador de los Ríos, y no en Inglaterra (donde es muy dudoso que llegara á ir) como había creído Gallardo, á quien engañó el epígrafe del códice de Campo-Alange. El *sermón* propiamente dicho termina en la estrofa 705; lo restante, hasta por su colocación en el libro, se distingue claramente del cuerpo del poema. Pero todavía se distingue más por sus formas métricas; por el abandono de la *cuaderna vía,* sustituída con las estrofas graciosas, ligeras y cantables de los trovadores galaico-portugueses. Casi todas son canciones á la Virgen solicitando su protección y acorro, y ofreciendo votos y romerías á sus santuarios é imágenes de Montserrate, Guadalupe, Rocamador y Santa María la Blanca de Toledo. Por el asunto y aun por el tono de devoción cariñosísima, entrañable, casi filial, recuerdan inmediatamente la parte lírica de las *Cantigas* del Rey Sabio: en la parte métrica tienen relación más inmediata y directa con los *gozos* y *loores* del Archipreste de Hita. Pero aún es mayor la complicación del artificio métrico en el Canciller, que en este punto llega á rivalizar con los mismos provenzales, seguramente sin conocerlos de primera mano. Por ejemplo, la canción

Sennor, si tú has dado
Tu sentencia contra mí.....

presenta á modo de estribillo una redondilla heptasilábica entre tetrástrofos de alejandrinos, los dos primeros pareados, y el tercero y el cuarto aconsonantando respectivamente con los dos primeros versos de la redondilla. El *Deytado* que empieza

Non entres en juysio con el tu siervo, Sennor,
.....

está en estrofas de á seis alejandrinos, consonando los tres primeros con el quinto, y el cuarto y sexto entre sí, persistiendo esta segunda consonancia durante todo el curso de la composición, que no es breve, de un modo análogo á la fastidiosa sextina italiana y provenzal. Igual combinación hallamos en la muy notable y ferviente oración:

Sennor, tu non me olvides, cá paso muy penado
En fierros é cadenas en cárcel encerrado...

El *deytado sobre el cisma de Occidente* es, si no la primera, una de las primeras composiciones extensas que se escribieron en octavas de versos dodecasílabos (1), notándose cierta torpeza en el oído del Canciller, habituado á los versos de *antigua maestría.* A ellos vuelve, y por cierto con mucho brío, en la parte postrera de su poema, en la que seguramente podemos creer escrita después que recobró la libertad. Ésta última parte es una especie de paráfrasis ó glosa de ciertos lugares de los *Morales* de San Gregorio Magno (2), que era, como sabemos, uno de los libros favoritos del Canciller en sus épocas de retiro y ascetismo. Domina en este fragmento, dictado cuando el Canciller sentía aproximarse el término de su agitadísima vida, una melancolía resignada, una tristeza serena, una

(1) Las consonancias son generalmente llanas. Su distribución es ésta: A-B, A-B, B-C, C-B.

(2) Fallé libros *Morales* que fuera componer
San Gregorio Papa, el qual yo fuí leer.

elevada contemplación del destino humano, que contrasta con la amargura pesimista de la parte satírica del *Rimado*, é infunde especial encanto poético á unas cuantas estrofas, no indignas de ser contadas entre los precedentes de la inmortal elegía de Jorge Manrique:

¿Qué fué estonce del rico et de su poderío,
Dó la su vana gloria et orgulloso brío?
Todo es ya pasado, et corrió como río.
. . . . . .
¿Dó están los muchos años que avemos durado
En este mundo malo, mesquino et lazrado?
¿Dó los nobles vestidos de paño honrado?
¿Dó las copas et vasos de metal muy presciado?
¿Dó están las heredades et las grandes posadas,
Las villas et castillos, las torres almenadas,
Las cabañas de ovejas, las vacas muchiguadas,
Los caballos soberbios de las sillas doradas?
¿Los fijos plasenteros et el mucho ganado,
La mujer muy amada, el thesoro allegado,
Los parientes et hermanos que l'tenían compañado?
En una cueva muy mala todos le han dexado.

Estos versos, que quizá sean los mejores y más poéticos de Ayala, fueron á la par el testamento de la escuela antigua, del *mester de clerecía*, que descendía á la tumba con el mismo ropaje grave y severo que casi siempre le había revestido. Pero el esfuerzo de Ayala, aun autorizado por tan gran nombre como el suyo, era ya tardío é impotente. Una nueva generación poética, menos sesuda y más brillante que la que el Canciller había alcanzado en su mocedad, había arrinconado como armadura vieja y pesada el alejandrino de cuatro consonancias. El Canciller no fué sistemáticamente hostil á la nueva escuela, tomó parte en sus juegos poéticos, fué consultado y acatado como maestro y árbitro por los trovadores jóvenes; llegó á componer, como hemos visto, un *dictado* en el metro dodecasílabo, que iba á ser muy pronto el metro del *Labyrintho* de Juan de Mena. Pero en el fondo de su alma deploraba la ruina de los *versetes de antiguo ri-*

mar. Con ellos se iba algo más que un metro, se iba algo de la antigua Castilla: un modo de pensar y de sentir que no era ya el del siglo XV.

Con el Canciller quedó enterrado para más de cuatro siglos el verso alejandrino. No le volvemos á encontrar, ni siquiera como capricho poético, en el siglo XV. Las Poéticas del siglo XVI apenas le mencionan, y tan olvidada estaba su historia, que, cuando Gil Polo, por bizarría de ingenio, intercaló en su *Diana Enamorada* aquellos tan elegantes que principian:

De flores matizadas se vista el verde prado,
Retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,
Olor tengan más fino las coloradas rosas,
Floridos ramos mueva el viento sosegado.
. . . . . .

los llamó *rimas francesas*, como á otras innovacione? métricas suyas llamó *rimas provenzales*. ¿Qué más. En la enorme colección de los versos de Lope no recuerdo haberlos encontrado ni una vez sola. Finalmente, cuando uno de los más infelices versificadores del siglo XVIII, D. Cándido María Trigueros *(el Poeta Filósofo)* quiso introducirlos, sin duda por influencia transpirenaica, se creyó de buena fe inventor de ellos y los llamó *pentámetros castellanos*. La gloria (si gloria hay en esto) de haberlos devuelto al tesoro de nuestra métrica, pertenece enteramente á la escuela romántica, y de un modo muy especial á Zorrilla, que tanto usó y abusó de ellos, y cuyas famosas *Nubes* sirvieron á nuestros versificadores de principal dechado.

Pero aunque el *Rimado de Palacio*, por lo tocante á su forma exterior, fuese ya en tiempo de Enrique III un libro anacrónico y que no ejerció influencia alguna en la poesía de su tiempo, la parte didáctica, la doctrina ética y religiosa contenida en él, la tuvo, y muy visible, en Fernán Pérez de Guzmán, en el Marqués de Santillana, en los dos Manriques y en otros poetas

moralistas del siglo XV. Todas estas circunstancias hacen altamente recomendable la lectura, por otra parte áspera y difícil (ni podemos ni queremos negarlo) de este singular poema, en que lo más interesante es, sin duda, la persona misma del autor, extraño conjunto de fe sumisa y ardiente, de candorosa devoción, de libertad satírica, de espíritu libre y mordaz, de cáustico pesimismo, de realismo brutal, de sequedad prosaica, de cautelosa é interesada política: grande hombre, con todo eso, y que con sus alternativas de luz y de sombras personifica mejor que ningún otro aquel caos fecundo del siglo XIV, en que la planta humana solía crecer torcida, pero ¡con cuánto vigor! El grande espíritu del hombre y del historiador tenía que reflejarse, aunque fuese de un modo imperfecto, en el poeta, y, sin tener mucho de lírico, bien puede decirse que es, después del Archipreste de Hita, el más *personal* y el de fisonomía más enérgica entre todos los que precedieron al siglo XV.

II

El *Corpus Poetarum* de los reinados de D. Enrique II, D. Juan I, D. Enrique III y larga minoridad de D. Juan II (regencia del Infante de Antequera y de la reina doña Catalina) es el *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, compilado por este judío converso (1) para dar placer y solaz al mismo Rey D. Juan y á los prelados, damas y caballeros de su corte:

Johan Alfonso de Baena
Lo compuso con gran pena.

En un prólogo en prosa algo mejor que éste dístico de aleluya, nos da el colector su concepto de la Poesía, insistiendo mucho en las excelencias de la parte técnica y en la importancia social que se concedía á sus cultivadores: «La Poetrya é gaya sciencia es una escriptura é composición muy sotil é byen graciosa, é es dulce é muy agradable á todos los oponientes é rrespondientes della é componedores é oyentes, la qual sciencia es avida é rrecebida é alcan-

(1) No ha tenido séquito la conjetura del orientalista Müller, que duda del origen hebreo de Juan Alfonso: lee *yndino* donde los otros *judino*, y considera como un mero ripio las palabras «bañado en el agua del santo Baptismo».

zada por gracia infusa del Señor Dios que la da é la embya, é influye en aquel ó aquellos que byen é sabia é sotyl é derechamente la saben fazer é ordenar é componer é limar é escandir é medir por sus piés é pausas, é por sus consonantes é syllabas é acentos, é por artes sotiles é de muy diversas singulares nombranzas, é aun assymismo es arte de tan elevado entendimiento é de tan sotil engeño, que la non puede aprender, nin aver, nin alcanzar, nin saber byen nin como debe, salvo todo ome que sea de muy altas é sotiles invenciones, é de muy elevada é pura discreción, é de muy sano é derecho juycio, é tal que haya visto é oydo é leydo muchos é diversos libros é escripturas, é sepa de todos lenguajes, é aun que aya cursado cortes de Reyes, é con grandes señores, é que aya visto é platicado muchos fechos del mundo, é, finalmente, que sea noble fidalgo é cortés é mesurado é gentil é gracioso é polido é donoso é que tenga miel é azúcar é sal é ayre é donayre en su rrasonar é otrosy que sea amador, é que siempre se prescie é se finja de ser enamorado, porque es opinión de muchos sabios que todo ome que sea enamorado, conviene á saber, que ame á quien deve é como deve é donde deve, afirman é disen quel tal de todas buenas doctrinas es dotado.»

El original del *Libro de Trovas*, presentado por Baena á D. Juan II, se conservaba todavía en la Cámara Real en tiempo de la Reina Católica, según consta por el Inventario de sus libros. La copia única que hoy tenemos (no exenta, por cierto, de gravísimos descuidos y errores del amanuense, que llegan hasta estropear muchos versos) existió hasta principios de nuestro siglo en la Biblioteca de El Escorial, donde la examinó Rodríguez de Castro, que ofrece amplios extractos de este *Cancionero* en el primer tomo de su *Biblioteca Española*. Extraído de aquel Monasterio para los trabajos de una comisión literaria que entendía en continuarla colección de D. Tomás Antonio

Sánchez, y vendido de buena ó mala fe por los herederos de D. José Antonio Conde, que era uno de los individuos de dicha junta, fué adquirido en pública subasta en Londres por la Biblioteca Nacional de París, en precio que hoy parecería irrisorio (1.140 francos). Y en París sigue este precioso códice clamando por su dueño, no obstante las reclamaciones que alguna vez se han intentado por vía diplomática.

A falta del códice, tenemos desde 1851 una edición completa, gracias al celo patriótico del insigne erudito y hombre de Estado D. Pedro José Pidal. El servicio que con ello prestó á nuestra literatura de los tiempos medios fué eminente y nunca se encarecerá bastante, puesto que el *Cancionero de Baena* ilustra un período completo, histórico y literario. En la edición intervinieron diversas manos, y no todo es en ella igualmente digno de alabanza. Una parte considerable del texto se imprimió por copias de D. Eugenio de Ochoa, que tenía más de literato ameno y trabajador de librería que de paleógrafo; y, cuando se recibió de París, en préstamo, el *Cancionero,* era ya tarde para subsanar otra cosa que las erratas más evidentes. El *Glosario* es muy imperfecto: no sólo deja sin aclarar las mayores dificultades, sino que en muchos casos puede inducir á error si no se le maneja con cautela. Contiene, no obstante, buenos artículos, en que se reconoce la especial erudición oriental de D. Pascual de Gayangos, que fué uno de los colaboradores. A Pidal pertenece únicamente la magnífica introducción, ó más bien amplio tratado *sobre la poesía castellana de los siglos XIV y XV*, estudio luminoso y nutrido de sólida doctrina y de consideraciones que entonces eran enteramente nuevas, y que, en general, no han envejecido.

El *Cancionero de Baena* no es libro tan deleitable que convide á hacer de él muchas reproducciones; pero ya que á un editor de Leipzig (Brockhaus) no le arredró ni el volumen ni la aridez del libro para hacer de él nueva edición en dos tomos en 1860, fué lástima que

se perdiera entonces la ocasión de revisar críticamente el texto de París é intentar, por lo menos, la restauración de las principales composiciones, como ya lo había hecho Amador de los Ríos respecto del *Dezyr de las siete virtudes* de Micer Francisco Imperial. Pero el editor alemán encontró más cómodo aprovecharse sin escrúpulos de la labor ajena, y para nada intentó mejorarla.

Después del magistral estudio de D. Pedro José Pidal, y de los muy importantes que luego dedicaron al *Cancionero de Baena* D. Leopoldo A. de Cueto (1) D. Manuel Milá y Fontanals (2), Fernando J. Wolf (3), D. José Amador de los Ríos (4) y el Conde de Puymaigre (5), es muy poco ó nada lo que resta que decir sobre tan célebre colección poética, á no entrar en disquisiciones gramaticales é históricas, para las cuales así este *Cancionero* como cualquier otro documento de los siglos medios es mina que difícilmente se agotará nunca. Atentos nosotros al aspecto estético, nos limitaremos á rápidas indicaciones sobre el carácter general de las poesías del *Cancionero* y sobre la fisonomía moral y literaria de los principales ingenios que en él campean. En el *Cancionero de Baena*, como en todos los de su clase, hay muchos versos y muy poca poesía; pero ni aquella está ausente tan del todo, como algunos, por pereza ó por rutina, suponen; ni dejan de tener grandísima curiosidad muchas composiciones que la crítica más indulgente no puede calificar de buenas, ni aun de tolerables.

Lo primero que importa es deslindar las dos escuelas que en el *Cancionero* coexisten, sin mezclarse

(1) En la *Revue de Deux Mondes*.

(2) En el tomo I de sus *Opúsculos Literarios* (IV de sus *Obras Completas*).

(3) En sus *Studien*.

(4) En el tomo V de su *Historia de la Literatura Española*.

(5) En su precioso libro *La Cour Littéraire de Don Juan II*, (tomo I).

nunca, ni aun en las producciones de un mismo poeta, por más que algunos de estos ingenios presten culto alternativamente á la una y á la otra. Representa la primera la tradición de los trovadores galaico-portugueses; la segunda es un reflejo del arte alegórico de Italia, y reconoce á Dante por su principal modelo. Villasandino, Jerena, el Arcediano de Toro, Macías, Juan Rodríguez del Padrón, pertenecen indisputablemente á la escuela gallega: Micer Francisco Imperial, Ruy Páez de Ribera, los Medinas, Ferrant Manuel de Lando, y en general todos los poetas andaluces son declaradamente partidarios del gusto italiano, y en el orden de los tiempos señalan la primera aparición de la gloriosa y nunca extinguida escuela lírica sevillana, y el primer albor de la poesía del Renacimiento.

Mucha parte del *Cancionero de Baena* es evidente continuación de los cancioneros galaico-portugueses, así en los géneros y asuntos como en los metros, aunque, por lo común, en lengua diversa. Algunos versos gallegos hay todavía de Villasandino, de Macías, del Arcediano de Toro, de D. Pedro Vélez de Guevara, de Garci Ferrandes de Jerena, pero tan impuros en la dicción, que muchas veces duda uno si lee gallego castellanizado ó castellano agallegado. El triunfo de la lengua del Centro sobre la del Noroeste era ya forzoso é inevitable. Pero fué lástima que la escuela trovadoresca de Castilla, al recoger la herencia de su predecesora, no hiciese por de pronto mucho caudal de los elementos de lirismo popular que en tan gran número contenía, y se inclinase con predilección al cultivo de los géneros más artificiales. Para que la *serranilla* renazca con su pristina gentileza es preciso saltar desde el Archipreste de Hita hasta el Marqués de Santillana, y ni una sola vez vienen á refrescarnos en las áridas y monótonas páginas del *Cancionero* de Baena aquellas ráfagas de poesía que nos sorprenden en las *cantigas de amigo* ó en las *de ledino*.

Pero aunque carezcan de hechizo poético la mayor

parte de los primeros versos que la imitación gallega suscitó en Castilla, todavía les da cierto precio, superior al de otros muchos cancioneros posteriores, la actualidad histórica de que generalmente están llenos, la continua alusión á sucesos políticos del momento, y las revelaciones, á veces muy explícitas y francas, que suelen contener sobre la vida y costumbres de sus autores, que en esto recuerdan mucho más que los gallegos la tradición provenzal clásica, aunque seguramente sin conocerla más que de oídas. Los principales rasgos de la existencia aventurera y tumultuosa de los trovadores primitivos reaparecen punto por punto en los nuestros de fin del siglo XIV: el desorden é indisciplina moral en el ermitaño renegado Garci Ferrandes de Jerena, la mendicación poética en Alfonso Alvarez de Villasandino, el martirio de amor en Macías, la inquieta curiosidad especulativa en Fernán Sánchez de Talavera. Cambiando los nombres, parece que nos encontramos aún en el coro de Jofre Rudel, de Pedro Vidal, de Cabestaing, de Güilhem Figuera. Ciertas analogías de condición social entre unos y otros poetas bastan para explicar esta semejanza de fisonomía, sin necesidad de acudir á la hipótesis, enteramente improbable, de una imitación directa. Nuestra escuela cortesana del siglo XV nunca fué provenzal más que de segunda mano: su origen inmediato está en Galicia; y si algo toma de Provenza por intermedio de Cataluña, es sólo la tradición de los preceptos gramaticales y teóricos que se exponían en los tratados de *gaya ciencia*, imitados entre nosotros por Villena, Santillana, Pedro Guillén de Segovia, y aun por el mismo Juan del Enzina en época bien tardía. No hay país de Europa donde sean tan raros en las bibliotecas los textos provenzales como en España, sin excluir aquella parte de España en que se ha hablado siempre una variedad de la lengua *de oc*. Y esta pobreza no es de ahora, ni efecto de rapiñas ó desastres, puesto que se observa lo mismo en todos los inventa-

rios que poseemos de bibliotecas de aquellos remotos tiempos. Los trovadores provenzales no eran leídos ni por el mismo Marqués de Santillana, tan curioso de toda erudición poética, tan fino conocedor de las literaturas italiana y francesa, ni aun por el insaciable polígrafo D. Enrique de Villena, ambicioso de toda ciencia humana y sobrenatural. El primero no conocía á Arnaldo Daniel más que por la cita de Dante: el segundo hacía fundar á Ramón Vidal de Besalú el Consistorio de Tolosa, cuando por sus versos le hubiera sido tan fácil comprender que había florecido siglo y medio antes.

Pero repito que, tomada en conjunto la poesía del *Cancionero de Baena,* presenta un aspecto más provenzal que gallego, aunque los gallegos y no los provenzales sean sus inmediatos modelos. Nada de la intimidad de sentimiento, de la vaga y misteriosa ternura, del perfume idílico que exhalan algunos deliciosos fragmentos del Cancionero de la Vaticana, ha pasado á estos nuevos trovadores, que sólo tienen inspiración y fuerza en las diversas formas de la sátira y del serventesio político. Es la parte más robusta del *Cancionero de Baena,* y es también históricamente la más interesante. Cantos de alabanza ó cantos de vituperio, que nos conducen desde el advenimiento de Enrique II hasta la privanza de D. Alvaro de Luna, y reflejan con la minuciosidad de un periódico los cambios de la opinión, los vaivenes de la fortuna, las caídas de los poderosos, el encumbramiento de los audaces, las difamaciones de la crónica escandalosa. Puymaigre ha caracterizado este aspecto del *Cancionero de Baena* en una página pintoresca y brillante, que conviene trasladar á la letra para no repetir mal lo que ya está dicho de un modo tan poético como exacto: «La historia presenta los personajes con cierto énfasis y rigidez, más como estatuas que como hombres. Pero los detalles secundarios que la historia olvida y que nos muestran á los héroes bajo un aspecto verdaderamente hu-

mano, hay que buscarlos en las memorias y en las canciones. Leamos el *Cancionero de Baena*, y desfilarán á nuestros ojos los caballeros de férrea armadura, los monjes con su sayal, las nobles damas con sus ropas de brocado, los judíos más ó menos convertidos, los médicos árabes, los doctores en Teología, las monjas de Sevilla que traían competencia de belleza con las de Toledo (1), todo un mundo que vive y se mueve, que se deleita en rimar versos ligeros, que canta y celebra *al rey de la faba,* pide aguinaldos, propone y resuelve enigmas. En este Cancionero todo se mezcla por modo extrañísimo: versos de imitación provenzal (2), cánticos á la Virgen, impiedades que hubiesen escandalizado á Parny, estancias místicas en que se tratan los más impenetrables misterios del Cristianismo, coplas de amor, visiones dantescas. Al lado de una canción en que se diviniza á las mujeres, se tropieza con obscenidades del género más repugnante y soez. Las alegorías más sutiles alternan con los memoriales de los poetas que tienden la mano para pedir dinero. A una pieza mordaz contra los judíos sigue una declaración de amor á una graciosa criatura del linaje de Agar. En medio de este abigarrado concurso de enamorados, de frailes, de caballeros que sutilizan sobre el amor platónico, de libertinos y jugadores, de gentes que se arrepienten, de ilustres personajes, de escritores famélicos, de versificadores que ponen tienda de coplas y las alquilan al mejor postor, resuenan de vez en cuando, como acentos fatídicos, algunas ásperas sentencias sobre la brevedad de la vida y la vanidad de los goces mundanos, sobre la implacable tiranía de la muerte, que son como la inscripción fúnebre de este festín de Baltasar. Pero estas graves preocupaciones sólo aparecen en algunas poesías de Gonzalo Martínez de Medina, de Talavera, de Ruy Páez de Ribera.

(1) Núm. 98 del *Cancionero.*
(2) Ya sabemos en qué sentido ha de tomarse esto.

En general los poetas piensan más en encontrar la resolución de un enigma ó la contestación á una *requesta,* que en arbitrar remedio á los males de su país. Los poetas á cada momento se están proponiendo cuestiones, unas de casuística galante, otras con más apariencia de gravedad; por ejemplo: ¿vale más ser rico en la juventud ó serlo en la vejez? ¿quién tiene más poder, la voluntad ó la razón? Tres, cuatro, cinco ó más trovadores se ejercitan sobre cada uno de estos problemas, sucediéndose sin tregua las explicaciones, las réplicas y contrarréplicas (1).»

La mayor parte de los versos caracterizados por el erudito lorenés de tan gráfica manera, pueden reducirse á dos géneros bien conocidos de la poética provenzal: el *serventesio,* al cual pertenecen gran número de *dezyres* políticos y satíricos, y la *tenson,* á la cual equivale nuestra *requesta,* en la que generalmente el que responde procede por los mismos consonantes que el que pregunta.

Enumeraremos brevemente algunos poetas de este grupo, especialmente aquellos de quienes hemos tomado algunas piezas para esta Antología.

Pero Ferrús, de quien tenemos muy pocas noticias y sólo cinco poesías, parece ser el más antiguo de los poetas del *Cancionero,* á excepción de su amigo el canciller Ayala. Esta circunstancia es casi la única que hace interesantes las reliquias de sus versos. Deploró la muerte de Enrique II poniendo en boca del mismo rey un encomiástico y nada verídico epitafio; anduvo en curiosos dimes y diretes con los rabinos de Alcalá, que le replicaron por los mismos consonantes, vindicando sus ritos y ceremonias, y comparando la dulzura de los cánticos de su ley con los que entonan en el vergel los ruiseñores á la alborada; anduvo platónicamente enamorado de una dama que denomina *Bella-*

(1) *La Cour Littéraire de Don Juan II, Roi de Castille.* (París, Franck, 1873), tomo I, páginas 122 y 123.

guisa (nombre de sabor provenzal y trovadoresco), y debió de ser muy leído en poemas franceses y libros de caballerías, puesto que en tan corto número de composiciones encuentra medio de traer á colación repetidas veces al rey Artús, á D. Galás, á Lanzarote, á Tristán, á Ginebra, á Isolda, al rey Lisuarte y á Roldán con su espada Durindana: revueltos todos estos nombres con los de personajes de la Biblia, como Josué, David y Absalón, y con héroes y heroinas clásicas como Pompeyo, Caco, Alejandro, Hércules, Gerión, Briseyda, Dido y Polixena. Esta erudición indigesta, de la cual más ó menos participan todos los poetas del *Cancionero*, tiene hoy la ventaja de hacernos penetrar en la intimidad de sus lecturas, y mostrarnos, por ejemplo, la época precisa en que entraron en España las novelas del ciclo bretón, y el punto culminante á que llegó su prestigio é influencia, manifestándose no sólo en la literatura, sino en las ideas y en las costumbres, para engendrar aquel nuevo género de caballería galante, quimérica y en el fondo tan poco española, que Amadís representó en el arte y Suero de Quiñones en el *Paso Honroso* de la puente de Órbigo, y contra la cual fué sublime protesta del genio de la raza la ironía vengadora de Miguel de Cervantes. Probablemente nadie se acordaría de Ferrús si en sus versos no se encontrase una de las primeras menciones del *Amadís*, y el dato de que en su tiempo existían ya *tres* de los cuatro libros que componen el texto publicado y seguramente refundido por Garci Ordóñez de Montalvo.

Mucho más que Ferrús vale el burgalés Alfonso Alvarez de Villasandino (llamado también de Illescas), que es el poeta de quien mayor número de composiciones (más de un centenar) encierra el *Cancionero*, y seguramente el predilecto de su colector, Baena, que llega hasta atribuirle *gracia infusa*, y no se harta de llamarle «esmalte é lus é espejo é corona é monarca de todos los poetas et trovadores, maestro et patron del arte poé-

tica» con otros no menos peregrinos encarecimientos. El Marqués de Santillana, que era crítico de gusto más severo, y que da la primacía á Micer Francisco Imperiál, considerándole como el primero que en Castilla mereció nombre, no de trovador, sino de poeta, hacía, no obstante, mucho aprecio de Villasandino; le llama *gran decidor*, y compara su facilidad con la de Ovidio, porque «todos sus motes é palabras eran metro».

Fué, en efecto, un versificador incansable, que convirtió su arte en oficio y modo de subsistencia, empleándole sin ningún género de escrúpulos, por cuenta propia ó ajena, en asuntos sagrados ó profanos, políticos ó picarescos, de devoción ó de obscenidad, á gusto y talante de quien alquilaba á bajo precio su musa mercenaria. Por Navidad solía componer una cantiga en loor de la ciudad de Sevilla, la hacia cantar por juglares, y el cabildo de la rica ciudad le daba de aguinaldo cien doblas de oro. Era proveedor obligado de versos amatorios, mediador poético en todo género de tratos lícitos ó ilícitos. Dió *requestas* y *fablas* al Conde de Buelna D. Pedro Niño para requerir de amores á sus dos mujeres Doña Constanza de Guevara y Doña Beatriz de Portugal; hizo versos también para las, amigas del Adelantado D. Pedro Manrique; y los hizo sobre todo, en gran número, sin duda por ser más alto el salario, para las mancebas de D. Enrique II, Doña Juana de Sosa y Doña María de Cárcamo, agotando en obsequio de una y otra todo el vocabulario de las lisonjas: «acabada fermosura», «luz de parayso», «linda estrella». Todo esto no le estorbaba para enamorarse á cada paso por cuenta propia, ya carnal, ya platónicamente, recorriendo en estas volubles pasiones suyas toda la escala social, desde la reina de Navarra é infanta de Castilla Doña Leonor, hasta una mora

Muy graciosa criatura,
De lynaje de Aguar,

por la cual declara que «pornía en condición la su alma pecadora» y á la cual dedica los versos quizás más graciosos y delicados que hizo en su vida

Lynda rosa muy suave
Vi plantada en un vergel,
Puesta só secreta llave
De la lynea de Ismaél.
. . . . . .
Mahomad el atrevido
Ordenó que fuese tal,
De aseo noble complido,
Alvos pechos de crystal.
De alabastro muy broñido
Devie ser con grant razon
Lo que cubre su alcandora.
. . . . . .

Á pesar de su inconstancia amatoria fué casado no menos que dos veces, y como era de recelar, encontró en el matrimonio providencial castigo de sus culpas. Las rúbricas del *Cancionero de Baena* nos iluminan bastante sobre esto. Vuelve uno la hoja después de haber leído una cantiga acróstica «por amor é loores de su esposa la postrimera que ovo, que avía hombre Mayor», y queda edificado leyendo inmediatamente otra que el poeta compuso «*repisso* (esto es, arrepentido) del casamiento, cuando más quisiera tener á la Doña Mayor por comadre que por mujer, segund la mala vida que en uno avían, por celos e vejez...» y por algo más que se decía sin ambajes en la lengua del siglo XV.

Nada iguala á la insolencia y procacidad de la musa degradada de Villasandino. Composiciones suyas hay que los editores del *Cancionero de Baena* no se atrevieron á insertar más que en algunos ejemplares de lujo, sustituyéndolos en los restantes con líneas de puntos. Tenemos, sobre todo, un cierto *decir* que compuso en nombre de un caballero de estos reinos para difamar y denostar á una dama que no había querido aceptar sus amores, en el cual se leen con todas sus letras las palabras más soeces de nuestra lengua, las que el

Diccionario no consigna *pudoris causa,* á pesar de su antigüedad y reconocido abolengo.

Semejante vida literaria y moral no parece la más adecuada para ganarse la consideración de las gentes, pero los tiempos andaban tales, que aquél juglar cínico que vendía su ingenio como las rameras su cuerpo, no sólo fué el poeta áulico y oficial de tres reinados, favorito de reyes y princesas, sino que llegó á caballero de la orden de la Banda,

> Estrénuo en armas é en caballería,
> En regir compañas sin ningund defeto,

como le llama su amigo Fray Pedro de Colunga.

Pero los buenos días de su inspiración pasaron, y con ellos los dones y las mercedes. El vuelco de los dados y de los trucos arruinó al poeta, su carácter se fué entristeciendo y agriando, escaseó la demanda de sus versos, el gusto poético había tomado otros rumbos durante la menor edad de D. Juan II, y los palaciegos comenzaban á decir que las trovas de Villasandino no tenían donaire ni sal. Tuvo la desgracia de sobrevivirse á sí mismo; en 1424 estaba positivamente anticuado, y además *viejo, cano, calvyllo, y lleno el rostro de arrugas y el cuerpo de bizmas de socrocio,* y entonces, ó sustituye los panegíricos con sátiras como las que compuso contra el Cardenal D. Pedro de Frías, ó *demanda vistuario* y dineros al Condestable Rui López Dávalos y á D. Álvaro de Luna, ó extiende la mano á los que pasan, repitiendo con voz plañidera, como mendigo de encrucijada:

> Sennores, para el camino
> Dat al de Villasandino.

Por honor del arte y de la naturaleza humana hay que creer que con tales miserias de carácter y con tal envilecimiento del don divino de la poesía, no es compatible ninguna cualidad poética verdaderamente superior. Y, en efecto, las que Villasandino muestra son

puramente técnicas, y se derivan todas de su portentosa facilidad para versificar, del *quidquid tentabat dicere versus erat*, unido á cierta lozanía de imaginación y á la facilidad de apasionarse de un modo transitorio y superficial, recibiendo dócil y blandamente toda impresión exterior. Sus versos agradan muchas veces por la gentileza y soltura con que se mueven, pero nunca dejan impresión profunda en el ánimo. Las cantigas á la Virgen no son tales que justifiquen mucho la esperanza del poeta, que por mérito de una de ellas esperaba redimir todas sus culpas y librarse del enemigo malo; pero el ritmo es más musical que en las del Archipreste ó en las del Canciller Ayala. En la sátira política tiene algún rasgo enérgico, especialmente al declarar las supuestas profecías de Merlín, cuyo testimonio hemos visto ya invocado por el autor del Poema de Alfonso XI y por el cronista de D. Pedro: nuevo indicio de lo divulgado que estaba el ciclo bretón y el nombre de su profeta. En las cantigas de amor no le falta frescura y gracia afectuosa, pero en general los méritos de Villasandino son méritos de versificador. En el uso de las combinaciones más artificiosas; en el juego de los metros y de las rimas, parece aun más que aventajado discípulo de los gallegos, émulo de los provenzales. En el *Cancionero de Baena*, donde abundan los buenos versificadores, especialmente en los metros cortos, él lleva la palma á todos, si no en las estancias dodecasilábicas, á lo menos en las coplas de pie quebrado, en las redondillas encadenadas y en los villancicos. Grande es su penuria de sentimientos y de imágenes; pero á veces llega á disimularla, y la lengua en sus manos parece ya blanda cera. Este mérito es muy positivo, aunque secundario, y en un autor de principios del siglo XV muy digno de tenerse en cuenta. Quizá las serranillas y otros versos cortos del Marqués de Santillana no hubiesen llegado al punto de primor y lindeza que tienen, si Villasandino no hubiese educado antes la lengua poética

para tal empleo, comunicándola las condiciones de la poesía cantable de los trovadores gallegos.

Muy semejante á Villasandino en la facilidad y soltura de versificación, y todavía más en lo estrafalario y desconcertado de su vida, se mostró Garci Ferrandes de Jerena, de quien tenemos en las rúbricas del *Cancionero* muy peregrinas noticias, las cuales reflejan á maravilla así lo inconstante y versátil de su condición como la anarquía moral á que habían llegado los espíritus á fin del siglo XIV. Aquellas juglaresas moriscas, tan caras al Archipreste y á Villasandino, fueron causa de la perdición del pobre Jerena. Enamoróse ó fingió enamorarse de una de ellas «pensando que avía mucho tesoro»; casóse con ella, perdiendo el favor de que disfrutaba en la corte de D. Juan II, y luego *falló que su mujer non tenía nada.* Desesperado de su torpeza se retrajo entonces á una ermita cabe Jerena «*enfingiendo de muy devoto contra Dios*», y dando por testimonio de esta simulada piedad suya algunas canciones religiosas que entonces compuso, entre ellas la muy linda que tiene por estribillo:

Virgen, flor de espina,
Syempre te serví:
Sancta cosa é dina,
Ruega á Dios por mí.

Pero otra cosa revolvía en su pensamiento, y deseoso de vida más holgada que la de la ermita, fingió *que iba en romería á Jersusalem*, y dió consigo y con su mujer en el puerto de Málaga, donde se hizo circuncidar y abrazó públicamente el mahometismo, dedicándose con ardor á desarrollar sus consecuencias prácticas durante los trece años que vivió en el reino de Granada, hasta que en 1401, viejo, pobre y cargado de hijos, habidos muchos de ellos en una hermana de su mujer, el arrepentimiento y la miseria le volvieron á traer á Castilla, donde arrastró el resto de su pecadora vida, escarnecido y vilipendiado en todo gé-

nero de metros por Villasandino y sus demás cofrades de la *gaya ciencia*. Su vida presenta remotas semejanzas con las de otro apóstata más célebre de aquel mismo tiempo, el franciscano mallorquín Fray Anselmo de Turmeda; pero la celebridad de éste no se funda meramente, como la de Jerena, en sus extrañas aventuras, sino que va unida á la poesía didáctica más popular y sentenciosa que hay en lengua catalana, y al más original de los apólogos satíricos en prosa, que no se desdeñó de imitar el mismo Maquiavelo. Los versos de Jerena, ni merecen ni han alcanzado una fortuna semejante.

La intemperancia que estos y otros poetas del *Cancionero de Baena* mostraron en sus costumbres trasciende en algunos á la esfera de las ideas, determinando cierta fermentación sorda y ciertos conatos de rebeldía en la mente de otros ingenios dados á más graves especulaciones, y avezados á contemplar el mundo con ojos más penetrantes que los de Villasandino ó los de Jerena. No son raras en el *Cancionero* las poesías filosóficas, y entre ellas se distinguen de un modo muy señalado las del Comendador Fernán Sánchez Talavera (1), por cuyos versos pasan ráfagas de escepticismo, de pesimismo y aun de fatalismo. El fué quien propuso á los demás trovadores la terrible cuestión de *predestinados* y *precitos*, no retrocediendo, aunque sólo fuese en son de duda y ejercicio dialéctico, hasta conclusiones extremas que confinan con el maniqueísmo:

E desta quistión se podría seguir
Una conclusion bien fea atal,
Que Dios es causa é occasion de mal.

En esta justa teológica intervinieron los más diversos campeones que es posible imaginar: el canciller

(1) *Calavera* dice el texto impreso del *Cancionero de Baena*, pero bastan las más elementales nociones paleográficas para leer en el códice de París *Talavera* y no *Calavera*.

Ayala; un paje de D. Juan I, Ferrán Manuel de Lando; un monje de Guadalupe, Fr. Alfonso de Medina; un judío converso, escribano del Rey, Garci Alvárez de Alarcón; un médico moro de Guadalajara, Mahomat-el-Xartosse; un franciscano de León, Fray Diego de Valencia, «que era muy grant letrado et grant maestro en todas las artes liberales, é otrosí era muy grant físico, estrólogo et mecánico tanto et tan mucho que non se falló otro tan fundado en todas sciencias.» Naturalmente que de un maestro tan sabio y bien fundado y macizo en todo género de escolástica, no podía esperarse nada que no fuese muy ortodoxo, y efectivamente, Talavera se sometió á su parecer y censura é hizo humilde retractación de sus errores. Pero por mucha que fuese la ciencia de fray Diego de Valencia, sus costumbres no parecen haber diferido gran cosa de las que eran corrientes en el mundo literario de entonces. Suya es la mejor poesía erótica del *Cancionero:* «*En un vergel deleitoso*». Y no se contentó con trovar «por amor á loores de una donsella, que era muy fermosa é muy resplandeciente, de la qual era muy enamorado», sino que en versos de burlas rivalizó con los más desvergonzados, como Villasandino, Nicolás de Valencia y Martín el ciego, llegando á poner su musa al servicio de *la Cortabota,* dama de León, cuyo apodo indica bastantemente su oficio.

Aparte de la cuestión de *precitos* y *predestinados,* cuyo interés en la historia de nuestra teología popular no necesitamos encarecer, y que andando los siglos había de recibir sublime realización estética en *El Condenado por desconfiado,* los restantes versos del Comendador de Villarrubia, desgraciadamente escasos, prueban que tenía para la alta meditación poética fuerzas y alientos superiores á los de todos los demás poetas del *Cancionero de Baena.* Los que siguen la cómoda y perezosa opinión de reducir la poesía del siglo XV á las coplas de Jorge Manrique, sin hacerse cargo de sus innumerables y clarísimos precedentes,

no leerán sin asombro, el *desir* que Sánchez Talavera compuso á la muerte del Almirante Ruy Días de Mendoza, del cual no sólo hay que decir con el colector Baena «que está muy bien fecho é bien ordenado é sobre fermosa invencion», sino que contiene todos los pensamientos capitales y el más bello y celebrado movimiento poético de las famosas coplas, las cuales nada pierden con no ser una maravilla aislada, como absurdamente suponen los que hacen gala de prescindir de la cronología literaria, sino el último y más sabroso fruto de una tradición inmemorial, cuyas raíces se esconden en los libros de Boecio y de San Gregorio Magno:

Pues ¿dó los imperios, é dó los poderes,
Reynos e rentas é los señoríos,
A dó los orgullos, las famas é bríos,
A dó las empresas, á dó los traheres?
¿A dó las sciencias, á dó los saberes,
A dó los maestros de la poetrya,
A dó los rymares de grant maestría,
A dó los cantares, á dó los tañeres?
¿A dó los thesoros, vasallos, servientes,
A dó los firmalles é piedras preciosas,
A dó el aljófar, posadas costosas,
A dó el algalia ó aguas olientes,
A dó paños de oro, cadenas lusientes,
A dó los collares et las jarreteras,
A dó pennas grises, á dó pennas veras,
A dó las sonajas que van retinientes?
¿A dó los convites, cenas ó ayantares,
A dó las justas, á dó los torneos,
A dó nuevos trajes, extraños meneos,
A dó las artes de los danzadores,
A dó los comeres, á dó los manjares,
A dó la franquesa, á dó el expender;
A dó los rrysos, á dó el plaser,
A dó menestriles, á dó los juglares?
. . . . . .
¿Qué se fisieron los Emperadores,
Papas é Reyes et grandes Perlados,
. . . . . .
E los que fallaron sciencias é artes,
Doctores, poetas é los trobadores?

La semejanza no puede ser más directa, y la hay

también en otras partes de la composición, á veces con tal identidad de palabras, que prueban, á mi entender, que el hijo del Conde de Paredes había leído y tenía muy presente el *decir* de Talavera á la muerte del almirante Ruy Días:

Cá non es vida la que vevimos,
Pues que *viviendo se viene llegando*
La muerte cruel et esquiva, é quando
Pensamos vevir, estonce morimos:
Somos bien ciertos á donde nascimos,
Mas non somos ciertos á donde morremos.
.....
Con llanto venimos, con llanto nos imos.

Por lo demás, estas ideas, estas imágenes y aun la misma interrogación *¿qué se hizo? ¿á dó fué?* eran en aquellos tiempos un lugar común de la predicación y de la poesía siempre que se trataba de la vanidad de las grandezas humanas y de lo instable y caduco de la vida. Sin salir del mismo *Cancionero de Baena* las encontramos en otro poeta, fray Migir, capellán del Obispo de Segovia y autor de un largo sermón fúnebre que desde su ataud de Toledo dirige á los mortales, por vía de prosopopeya poética, el muerto rey D. Enrique III *el Doliente.* Hay muchas pedanterías en este sermón, que se convierte en lista inacabable de los grandes hombres que se han muerto, tales como Salomón, el rey Saúl, Alejandro, Pitágoras, Platón, Virgilio, Catón, Aristóteles, Marco Tulio, juntamente con otros que no se han muerto nunca, porque nunca existieron, como Páris, Héctor, Tristán, Lanzarote y Amadís de Gaula; pero de vez en cuando se encuentran versos como los siguientes, que vienen en apoyo de nuestra observación:

E de sus imperios, ryquesas, poderes,
Reynados, conquistas é cavallerías,
Sus vicios é honras é otros plazeres,
Sus fechos, fasañas é sus osadías?
¿A dó los saberes é sus maestrías?
¿A dó sus palacios, á dó su cimiento?

Pero repito que en este género de poesía grave, meditabunda y sentenciosa, la superioridad de Talavera sobre sus colegas del *Cancionero* es evidente, así en este *decir* como en el que compuso sobre las *vanas maneras del mundo.* Á veces esta poesía se presenta en forma didáctica pura, como la hemos visto ahora, y entonces se enlaza en el concepto primordial, no en el ritmo, con la tradición del Canciller Ayala y del rabino de Carrión; pero otras veces suele adoptar los pomposos arreos de la forma alegórica y se injerta en el tronco de la poesía dantesca de Imperial y sus discípulos. De este género de composiciones alegórico-morales hablaremos más adelante.

Con las excepciones ya señaladas, los demás versos de escuela trovadoresca que hay en el *Cancionero de Baena* pertenecen á la poesía más ligera y fugaz, por no decir trivial é insignificante. Las tres más notables del Arcediano de Toro están escritas en gallego. Aunque recordado con cierto aprecio por el Marqués de Santillana, no era este Arcediano ningún Archipreste de Hita, pero sí un versificador muy atildado. Es ingenioso su testamento satírico (lugar común de la poesía francesa de la Edad Media hasta Villon inclusive), y no carece de gracia y primor su despedida del amor y de la poesía:

A Deus amor, á Deus el Rei
A quem servy.....
.....
A Deus senhores
Que muyto amé:
A Deus os trobadores
Con quem trobé.

Otro poeta, gallego no solamente de escuela y de lengua, sino también de nacimiento, según testimonio de su mayor amigo Juan Rodríguez del Padrón, merece aquí muy especial recuerdo, no en verdad por el mérito de las cinco canciones suyas que tenemos, y que pueden contarse sin escrúpulo entre las más insi-

pidas de su género, sino por el interés dramático de la leyenda de su vida y por la celebridad inmensa y popular de su nombre, que es para los españoles uno de los mitos simbólicos del amor trágico y fatal, como los amantes de Teruel son otro. Macías vive, no en las páginas de los cancioneros que son digno cementerio de sus pobres é insulsas querellas rimadas, sino en la fantasía popular y en las obras de otros ingenios que, más afortunados que el trovador gallego, han acertado á declarar de una manera apasionada y poética lo que el alma ardiente de Macías debió de sentir y no pudo expresar sino vaga y desaliñadamente.

La casuística amatoria de la Edad Media, mal avenida, en general, con la observancia rígida del nono precepto del Decálogo, creó en todas las escuelas de trovadores un tipo de poeta mártir del amor adúltero, llevado á veces hasta la más extravagante é inmoral apoteosis: en Francia, el de Raul de Coucy, amador de la dama de Fayel; en Cataluña, el de Guillén de Cabestanh; en Galicia y Castilla, el de Macías. La leyenda de éste parece tener algún fundamento histórico, y en sí misma no encierra nada de inverosímil; pero no hay bastante conformidad en los detalles, y ya en el primer tercio del siglo XVI, cuando el Comendador Griego escribía su glosa á Juan de Mena, tuvo que recoger la tradición *remendada á pedazos*. Esta versión del Comendador, retocada y perfilada en algunos detalles por el docto Argote de Molina en la *Nobleza de Andalucía* (libro II), es, por decirlo así, la oficial, la que ha servido de base á todos los dramas, poemas y novelas sobre este argumento. Según ella, Macías, doncel de la casa del famosísimo D. Enrique de Villena y prototipo de rendidos amadores, murió en la fortaleza de Arjonilla atravesado por la lanza del celoso marido, que se la arrojó en el momento en que estaba entonando una de sus canciones amatorias. Su cuerpo fué sepultado con grande honra en la iglesia de Santa Catalina de aquella villa, y en su tumba se depositó el

hierro de la lanza, poniendo á modo de epitafio estos versos del mismo trovador, que forman parte de una de las poesías suyas que aún tenemos:

Aquesta lanza syn falla
¡Ay coytado!
Non me la dieron del muro,
Nyn la prise yo en batalla
¡Mal pecado!
Mas viniendo á ty seguro,
Amor falso é perjuro
Me firió, é sin tardança
E fué tal la mi andança
Sin ventura.

Pudiera creerse que estos versos alegóricos, interpretados á la letra, dieron motivo al detalle de la lanza; pero si Macías no hubiese acabado trágicamente (en lo cual todos concuerdan), su leyenda no hubiera tenido razón alguna de existencia, puesto que sus canciones no eran tales que bastasen á separarle del grupo de los más adocenados trovadores ni á darle esa peculiar representación erótica. Hay otra versión más antigua, y sin duda más autorizada y no menos poética; la que consigna el Condestable D. Pedro de Portugal en su *Sátira de felice é infelice vida*. Este Condestable D. Pedro (Rey intruso en Cataluña después de la muerte del Príncipe de Viana) no fué contemporáneo de Macías, ni pudo conocerle (como por distracción afirman Amador de los Ríos y Puymaigre, confundiéndole, sin duda, con su padre el Infante), lo cual quita alguna fuerza histórica á su testimonio, trayéndole á los días de Enrique IV; pero, de todos modos, estaba más próximo á los tiempos del leal amador que Hernán Núñez y todos los que le han copiado. Refiere, pues, que Macías, enamorado de una dama á quien había salvado la vida sacándola de un río en brazos, se la encontró en un camino, ya casada, y por pago de sus servicios la demandó que descendiese, y ella, «con piadosos oydos oyó la demanda» y condescendió con ella. «E

luego ella partida, llegó su marido, é visto assy estar apeado en la mitad de la vía aquél que non mucho amaba, le preguntó qué ally fazía, el cual repuso: «Mi »sennora puso aquí sus pies, en cuyas pisadas yo en»tiendo vevir é fenescer mi triste vida.» E él, sin otro conocimiento de gentileza é cortesía, lleno de celos más que de clemencia, con una lanza le dió una mortal ferida; é tendido en el suelo, con voz flaca é ojos revueltos á la parte do su sennora yba, le dixo las siguientes palabras: «O mi sola é perpetua Sennora, á »dó quiera que tú seas ave memoria, te suplico, de mí, »indigno siervo tuyo.» E dichas estas palabras, con gran gemido, dió la bienaventurada ánima.»

Por raro capricho de la suerte, Macías, que tuvo en su vida la poesía que falta en sus canciones, vino á obscurecer con su nombre la fama de todos los trovadores galaico-portugueses, y hoy mismo se cifra en este nombre romántico y en el de Juan Rodríguez del Padrón (en quien realmente termina esta escuela) todo el recuerdo que los gallegos guardan de su pasado poético. La verdadera poesía está en otra parte, en los juglares obscuros y cuasi anónimos del Cancionero Vaticano; pero la encarnación de aquel ideal poético en la vida, no cabe duda que la realizó Macías, rubricándola con su sangre.

Y si él no tuvo la fortuna de escribir hermosos versos, á lo menos dió inspiración y tema inagotable para que otros los escribiesen y los pusieran en su boca: El Marqués de Santillana, en la *Querella de Amor:*

Ya la gran noche pasaba.....

Juan de Mena en el *Orden de Venus:*

Amores me dieron corona de amores,
Porque mi nombre por más bocas ande.....

Cuando la alegoría dantesca invadió por completo nuestra literatura, Macías fué personaje obligado en todos los *Infiernos de Amor,* desde el que compuso Don

Iñigo López de Mendoza hasta los que metrificaron Guevara y Garci Sánchez de Badajoz (1). Los enamorados trovadores iban, ó fingian ir, en peregrinación á su sepultura, como vemos en un decir del Bachiller Juan de San Pedro. Ninguno de los poetas del amor igualó su fama, por muchas extravagancias y locuras que hiciesen: ni Juan Rodríguez del Padrón, ladrando á modo de perro rabioso («Ham, ham, huyd que ravio»), ni Garci Sánchez perdiendo el seso por amores de una prima suya. El nombre del trovador gallego llega á Cataluña, y en la comedia de la *Gloria de Amor,* de Rocaberti, figura en su puesto natural, al lado de Cabestanh.

Macías, á semejanza de D. Juan (que en cierto modo es su antítesis), no muere nunca. Lo que hace es transformarse al compás de los tiempos y prestarse sin cesar á la interpretación de ingenios diversos. Lope de Vega no podía menos de encontrarle en su largo camino por la historia tradicional y poética de España, ni podía desaprovechar tan magnífico argumento. Hízole, pues, héroe de una hermosa comedia, ó, más bien, conmovedora elegía dramática, *Porfiar hasta morir,* en que el alma apasionada y turbulenta del gran poeta llega á identificarse con el suave lirismo de que su protagonista es símbolo. Mera imitación ó refundición de la comedia de Lope es *El Español más amante y desdichado Macías,* de tres ingenios. Por supuesto, Macías no levanta ca-

(1) Dice este último en su *Infierno:*

En entrando vi assentado
En una silla á Macías,
De las heridas llagado
Que dieron fin á sus días
Y de flores coronado,
En son de triste amador,
Diciendo con gran dolor,
Una cadena al pescuezo,
De su canción el empiezo:
«Loado seas, Amor,
Por cuantas penas padezco».

beza en la atmósfera glacial del siglo XVIII; pero apenas llega la renovación romántica, resucita con nuevos bríos y vuelve á sus amores desesperados, invadiendo simultáneamente las tablas escénicas y las páginas de la novela bajo los auspicios de un grande y desventurado ingenio que le toma bajo su protección, y quiere identificarse con él en vida y hasta en muerte. El segundo drama romántico en el orden de los tiempos (después de la *Conjuración de Venecia,* de Martinez de la Rosa) y primero de los compuestos en verso, tiene por asunto la trágica historia de *Macías;* y otro tanto acontece con la primer novela histórica digna de leerse entre las compuestas á imitación de Walter-Scott (excluyendo las de Trueba y Cosío, por haber sido escritas en lengua inglesa). Nunca he podido explicarme esta singular atracción y fatídico prestigio que atraía á Larra hacia la figura del *Doncel de D. Enrique el Doliente.* ¿Qué misteriosas afinidades podía haber fuera de la pasión amorosa, entre el alma sencilla del trovador gallego del siglo XV y el negro humorismo que fermentaba en el espíritu tormentoso y sutil de Larra, convirtiendo en hiel para su autor hasta los donaires de su pluma? Pero es cierto que la predilección existió, y que si se descompone en dos mitades el genio de Larra, Fígaro será la crítica y la sátira, y Macías la pasión y la locura de amor, aquella especie de exaltación imaginativa más bien que fiebre de los sentidos, que ya en nuestro siglo XV había dado un precedente á *Werther* en el *Leriano* de la *Cárcel de Amor.*

No hemos agotado, ni con mucho, la enumeración de todos los poetas que en el *Cancionero de Baena* aparecen exentos de toda influencia italiana. Aquí prescindimos de los que, como Rodríguez del Padrón y Fernán Pérez de Guzmán, sólo pertenecen al *Cancionero de Baena* por algunas composiciones de su juventud, las cuales no dan idea del desarrollo que sus facultades lograron en una vida muy larga. Uno y otro

son, en todo rigor, ingenios de la corte de Don Juan II, y allí deberemos estudiarlos con la detención que su importancia reclama. De otros varios fácilmente puede hacerse preterición, porque no tienen fisonomía propia ni aportaron elementos nuevos al arte. Otros aparecen más bien como mecenas ó como aficionados aristocráticos que como cultivadores asiduos de la poesía; pero es imposible omitirlos, porque su ejemplo y el prestigio de su alcurnia y poderío contribuyó á acreditar este género de cultura en la sociedad del siglo XV, haciéndole gala común de cuantos se preciaban de nobles y discretos. La eflorescencia poética de la corte de D. Juan II no fué artificial ni repentina: venía preparada en los primeros veinte años del siglo por una legión de próceres poetas, por quienes decía el Marqués de Santillana: «Desde el tiempo del rey Don Enrique, de gloriosa memoria, padre del rey nuestro señor, é fasta estos nuestros tiempos, se comenzó á elevar más esta sciencia de la poesía é con mayor elegancia.» Antes que metrificase el condestable D. Álvaro de Luna, lo había hecho su tío el arzobispo de Toledo D. Pedro. El mismo Marqués de Santillana no era el primer trovador de su casa: lo había sido su abuelo, el mártir de Aljubarrota Pedro González de Mendoza, de quien dice D. Iñigo que «fizo buenas canciones, entre otras *Pero te sirvo sin arte,* é otra á las monjas de la Zaydía, cuando el rey D. Pedro tenía el sitio contra Valencia; comienza: *A las riberas de un río.*» El primero de estos decires existe todavía, juntamente con otras dos composiciones del heroico alavés, una de ellas en gallego; pero la más importante para nuestro objeto es una cantiga de serrana, que ciertamente vale poco, pero que le presenta como uno de los más inmediatos precursores de su egregio nieto:

Menga, dame el tu acorro
E non me quieras matar.
Si supieres como corro,
Bien luchar, mejor saltar!

Las mozuelas en el corro
Páganse de mi sotar;
Desto todo bien me acorro
E aun mejor de chicotar.....

En cuanto á los *cantares scénicos plautinos é terencianos, así en estrambotes como en serranas,* que su nieto le atribuye, no es verosímil que fuesen verdaderos poemas dramáticos, sino más bien serranillas dialogadas.

Poeta fué también el padre de D. Iñigo, el almirante D. Diego Furtado de Mendoza, «ombre de muy sotil engenio, bien razonado, muy gracioso en su decir, osado et atrevido en el su hablar, tanto que el rey D. Enrique el tercero se quexava de la su soltura et atrevimiento». «Pluguiéronle mucho mujeres», añade su primo Fernán Pérez de Guzmán, y no lo desmienten los pocos versos suyos que tenemos, no en el *Cancionero de Baena,* sino en otro manuscrito de la Biblioteca de Palacio. Todas son eróticas, y entre ellas sobresale el lindo y picaresco *Cossante del árbol de amor,* que va en el texto da nuestra Antología:

Á aquel árbol que mueve la foxa,
Algo se le antoxa.....

El *cossante* era una danza á modo de *ballata* italiana ó provenzal, y se hace memoria de tal baile en la *Crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo.* También hizo el Almirante *serranillas* con su punta picaresca, en el género y estilo de las del Archipreste de Hita:

Un día desta semana
Partiendo de mi ostal,
Vi pasar gentil serrana,
Que en mi vida non vi tal.
Preguntéle dó venía
O á qué tierras paseava:
Díxome que caminaba
Al Prior de Rascafría,
A fazer, donde solía,
Penitencia en la solana,

Por dexar vida mundana
E tod' pecado mortal.

Con la familia de los Mendozas se enlaza, por su casamiento con la *Rica Hembra* Doña Juana (heroína de la hermosa tradición que en nuestros días ha pasado, por obra de dos preclaros ingenios (1) desde la aridez de los libros genealógicos hasta las más altas esferas de la poesía dramática), aquél Adelantado Mayor de León, D. Alfonso Enriquez, Almirante de Castilla después, bisabuelo del Rey Católico, y á quien el célebre bofetón aplicado á su dama por extraño arrebato de pasión ó por cautela amorosa, ha rodeado de más poesía que la que puede extraerse de todos los versos que dirigió á la arrogante doña Juana, inclusos el *Testamento,* la *Crida de Amor* y la alegoría del *Vergel del Pensamiento.* Quizá no merezcan recordarse de él más que estos dos versos, á modo de proverbio, que nos dan el sentido de su leyenda y parecen el mote de su triunfante empresa de amor:

Porfía mata venado,
Que non montero cansado.

Otro tío del Marqués de Santillana, D. Pedro Vélez de Guevara, «gracioso y noble caballero, escribió gentiles decires y canciones», de los cuales tenemos muchos en el *Cancionero de Baena,* alusivos en parte á las tribulaciones y desamparo en que por malas artes palaciegas se vió en los postreros años de su vida. Sus cantigas á la Virgen, y aun el tono general de su poesía recuerdan las del Canciller Ayala, de quien era muy cercano deudo (2). Pero hay versos suyos de ca-

(1) D. Aureliano Fernández Guerra y D. Manuel Tamayo y Báus.

(2) Véase, por ejemplo, este principio de una cantiga á la Virgen:

Estrella de alegría,
Corona de parayso,
Vuelve tu fermoso vyso
Contra mí, Señora mía.....

rácter menos grave, ya de amores, ya de burlas, que en nada difieren de la vulgar poesía de Villasandino y sus secuaces, verbigracia los que dedicó á ponderar *la fermosura de madama Juana de Navarra,* ó los que compuso en gallego contra Doña Sancha Carrillo, la más vieja, fea y pobre de las dueñas del palacio del Infante de Antequera.

Á la sombra de estos magnates trovadores se agrupaba buen número de cultivadores de la gaya ciencia. Muchos palacios eran academias, sobresaliendo entre ellos la casa de los Mendozas en Guadalajara, y la del magnífico y arrogante Duque de Arjona y Conde de Trastamara D. Fadrique, ejemplo grande de las vicisitudes de la fortuna, aquel de cuyas tiranías canta el viejo romance:

De vos el Duque de Arjona
Grandes querellas me dan.....

«Plógole mucho la sciencia del trovar» (según nos refiere su cuñado el Marqués de Santillana), y gustó de «tener en su casa grandes trovadores, especialmente Fernán Rodríguez Puerto-Carrero, Juan de Gayoso y Alfonso de Morana».

La cosecha poética era ciertamente abundantísima, pero con abundancia estéril. No menos que veintiocho poetas calificados de *viejos,* pero vivos aún, se citan en un *decir* de Juan Poeta, compuesto en 1435. Esta calificación de *viejos* basta para indicar que ya se había consumado un cambio de gusto, y que la escuela cortesana de los imitadores de la poesía gallega, después de haber descendido hasta los últimos grados del amaneramiento y de la insipidez, sucumbía por penuria de invención y de estilo, dejando libre el campo á una poesía de más elevadas aspiraciones y de más cultura y artificio de dicción, menos trivial y baladí en los argumentos, más rica de savia intelectual y de conceptos morales, más clásica, en suma, y más acomodada al creciente desarrollo de la cultura.

Tal fué la escuela de los imitadores del arte toscano, que toman la *Divina Comedia* por principal modelo, sin desdeñar más adelante á Petrarca ni á Boccaccio.

El honor de esta innovación, que vino á abrir al arte castellano regiones inexploradas y le lanzó desde luego en las vías del Renacimiento, poniendo ambas penínsulas hespéricas en el fructuoso comercio de ideas que ya no había de interrumpirse durante más de dos siglos, corresponde á un genovés avecindado en Sevilla, y en quien cronológicamente empieza la escuela poética de aquella ciudad. Tal fué Micer Francisco Imperial, hijo de un mercader de joyas que abrió su tienda en la metrópoli andaluza durante el reinado de D. Pedro. Imperial, que sin ser un poeta de primer orden es (aunque volando con alas ajenas) el más poeta de cuantos figuran en el *Cancionero de Baena,* debe ser considerado no sólo como el más antiguo imitador de Dante en España, sino como legítimo predecesor de Boscán, y como el primer artífice que entre nosotros manejó el hermoso instrumento del endecasílabo italiano. Y esto no de un modo casual y fortuito, sino reflexivo é intencional. El poeta italo-andaluz tenía plena conciencia de la magnitud de la empresa que acometía, y un como presentimiento de los grandiosos resultados que, no entonces, sino un siglo después habían de verse cumplidos. Por eso evocando la sombra de Dante, exclama con acentos de verdadera grandeza:

¡Oh, suma luz que tanto te ensalzaste
Del concepto mortal, á mi memoria
Represta un poco lo que me mostraste,
E faz mi lengua tanto meritoria
Que una scentella sol de la tu gloria
Pueda mostrar al pueblo aquí presente,
. . . . . .
Cá' assy como de poca scintiella
Algunas veses segundó grand fuego,
Quizá segunde d'este sueño estrella
Que lusirá en Castiella con mi ruego.
. . . . . .

Francisco Imperial parece haber sido hombre de gran cultura, familiarizado con los poetas clásicos no menos que con los italianos:

En muchos libros leí:
Homero, Virgilio, Dante,
Boecio, Lucán, desy
En Ovidio *de Amante*.....
.....
Callen poetas y callen abtores,
Omero, Oracio, Virgilio é Dante,
E con ellos calle Ovidio *de Amante*,
E cuanto escribieron loando sennores.
.....

Sabía el francés, como parece por la linda composición en que pinta el encuentro que cazando con su halcón riberas del Guadalquivir tuvo con una dama en hábito extranjero, que le dirije la palabra en aquella lengua. Hay indicios de que poseía otros conocimientos más peregrinos: el árabe; el inglés, que comenzaba á penetrar en Castilla por nuestras relaciones con la casa de Lancáster, siendo de este tiempo la primera traducción del libro de aquella lengua en la nuestra, la *Confessio Amantis*, de Gower.

Pero á pesar de esta rara erudición, en los versos de Micer Imperial no se ve más reflejo que el de la poesía dantesca, como si el autor no hubiese hecho en su vida otra cosa que leer la *Divina Comedia*, empaparse de su doctrina y estilo, aprendérsela de memoria y apoderarse de sus versos para transferirlos á distinto propósito. El mercader de Génova, transplantado á Sevilla, no luce en su vestido más joyas que las de Dante. Su obra capital, el *Desyr de las Siete Virtudes*, no es más que un centón de pasajes tomados principalmente del *Purgatorio* y del *Paraíso*. La comparación está hecha ya por Amador de los Ríos, y no hay para qué insistir en ella. Hay versos admirables, pero quizá ni uno sólo pertenece al ingenio del imitador. Lo que hay que admirar (y no es poco en un pri-

mer ensayo) es la destreza y el arte del versificador, la variedad de inflexiones métricas que se discierne aun á través de la negligencia con que transcribió los versos de Imperial el copista del *Cancionero de Baena,* que sin duda por no tener el oído avezado á la cadencia de los endecasílabos, convirtió muchos de ellos en versos de arte mayor, añadiéndoles inoportunamente una sílaba, y dejó otros sin medida alguna. Mucho trabajó Amador de los Ríos para restituir esta composición á su primitiva pureza, y sus esfuerzos hubieran tenido completo éxito á haber podido disponer de otro manuscrito, que desgraciadamente no ha aparecido hasta ahora, por lo cual quedan todavía en el *Dezyr* versos lastimosamente estragados, que no pueden ser de quien tenía el hábito de hacerlos tan fáciles y galanos, si bien alternando todavía el ritmo anapéstico con el yámbico y sáfico:

Cerca la hora que el planeta enclara,
Al Oriente que es llamado aurora,
Fuéme á una fuente por lavar la cara
En prado verde que un rosal enflora.
. . . . . .
Era cercado todo aquel jardín
D'aquel arroyo, á guisa de una cava,
E tien por muro muy alto jazmín,
Que todo á la redonda lo cercaba.
El son del agua en la dulzor passava
Harpa, dulzayna con vihuela d'arco,
E non me digan y que mucho abarco,
Cá non sé si dormía ó si velaba.
. . . . . .

El poeta toma por guía á Dante, como Dante á Virgilio, y describe en estos términos la aparición de su maestro:

Era en la vista benigno é suave,
E en color era la su vestidura
Cenisa ó tierra que seca se cave;
Barba é cabello alvo syn mesura:
Traía un libro de poca scriptura,
Escripto todo con oro muy fino,

E comenzaba: *En medio del camino,*
E del laurel corona é centura.

Fácil es estudiar aquí el procedimiento *compuesto* que usa en sus imitaciones Micer Francisco Imperial, porque en esta pintura de Dante se mezclan rasgos del retrato de Catón y rasgos de la descripción del ángel que guardaba la puerta del Purgatorio (canto IX):

Cenere e terra, che seca si cavi
D'un color era col suo vestimento.

Aunque Imperial, más que imitar á Dante lo que hace es traducirle, no se le puede negar talento de estilo y sentido de las bellezas poéticas del original. No es ya pequeño mérito la comprensión total de su modelo, que hoy mismo alcanzan tan pocos entre tantos como le citan y manosean; ni carece de ingenio y novedad la combinación de los elementos alegóricos, por la cual bien puede decirse que Micer Imperial levantó un edificio propio con materiales ajenos. Su imitación recorre todos los tonos de la escala dantesca, desde la inefable suavidad de la voz de Lía sonando entre los rosales:

Sepa cualquier que el mi nombre demanda,
Sepa por cierto que me llamo Lya,
E cojo flores por faser guirlanda,
Commo costumbro al alva del día (1).

hasta la acerba invectiva contra el mal gobierno de Florencia, aquí aplicada al regimiento de otra ciudad que parece ser Sevilla, de la cual era *estante é morador* Micer Francisco:

¡Vergüenza te vergüence, oh mal regida!
¡Vergüenza te vergüence, oh espelunca!
Que luengo tiempo faze que en ti nunca
Passó la lanza, nin fué espada erguida.

(1) Sappia quolunque 'l mio nome dimanda
Ch'io mi son Lia, é vo movendo 'ntorno
Le belle mani á farmi una ghirlanda.

No faltaban, pues, alientos de robusto poeta ni caudal de dicción noble y selecta, ni oído armónico y fino (salvo disonancias todavía inevitables en el estado de nuestra prosodia) al modesto imitador que, al fin de su ensayo, tornaba á reconocer humildemente y en forma poética y muy feliz su deuda para con el gran maestro florentino:

Esto disiendo, oí espirar un canto.
. . . . . .
De cada rosa d'aquel rosal santo:
Tan dulces voces nunca cantó ave.
Unas cantaban: *Gracia Maria, ave,*
E otras respondían: *Ecce ancilla.*
Después oyera, commo aguda esquila,
En alta voz: *Celi Regina, salve.*
Pues amansaste (dixe) en tu beber
La mi grant set, non desir yo quanto,
Díme ¡oh Poeta! que yo non sé veer
Commo estas rosas cantan este canto.
Díxome:—Fijo, non tomes espanto,
Cá están en estas rrosas Serafynes,
Dominaciones, Tronos, Cherubines:
Mas non lo vedes que te ocupa el manto.
E commo en mayo, en prado de flores,
Se mueve el ayre, en quebrando el alva,
Suavemente vuelto con olores,
Tal se moviera, al acabar la salva.
Feríame en la faz et en la calva,
Et acordé commo á fuerza despierto:
Et en mis manos fallé á Dante abierto
En el capitol que á la Virgen salva (1).

Esta *Visión de las Siete Virtudes* no sólo es la más extensa é importante de las composiciones de Imperial, sino que basta para caracterizar completamente su manera, de la cual sólo se aparta en algunas composiciones ligeras, por cierto de muy apacible y terso decir, como en los delicados versos que escribió «por amor é loores de una fermosa mujer de Sevilla que

(1) Esto es: *saluda.* El capitulo ó canto es el VII del *Purgatorio.*

llamó él Estrella Diana, un día que la vido é la miró á su guisa, ella yendo por la puente de Sevilla á la iglesia de Santa Anna fuera de la cibdat»:

Non fué por cierto mi carrera vana
Passando la puente de Guadalquivir
Atan buen encuentro que yo ví venir
Ribera del río, en medio Triana,
A la muy fermosa estrella Diana,
Qual suele por mayo al alva del día,
Por los santos pasos de la romería:
Muchos loores aya Santa Anna.
. . . . . .

Y aun aquí se advierte el apego á la cadencia del endecasílabo, que, revelando el origen italiano de Imperial, sirve para distinguirle de todos sus contemporáneos y aun de sus discípulos andaluces, hasta en aquellas composiciones en que quiso amoldarse al hábito general y escribir en versos de doce silabas. Añádase á esto que son raras las composiciones suyas, ya de amor, ya de moral, ya de política (como la *Visión de los Siete Planetas)* en que no reaparece la máquina alegórica, aunque por lo común menos ingeniosa y manejada con menos fortuna que en el *Dezyr de las Siete Virtudes.* Por donde quiera le persigue el recuerdo de

El poeta jurista, teólogo Dante,

y las enseñanzas de Beatriz le sirven para intervenir en el debate de *predestinados y precitos.*

Las consideraciones expuestas bastan para aquilatar el valor de las innovaciones de Imperial, y justificar aquella especie de alto magisterio que ejerció sobre sus contemporáneos y que consignó en gráficos términos el Marqués de Santillana: «Passarémos á Micer Francisco Imperial, al qual yo non llamaría decidor ó trovador, mas poeta: como sea cierto que si alguno en estas partes del Occaso mereció premio de

aquella triunphal é láurea guirlanda, loando á todos los otros, éste fué.»

El ejemplo de Imperial fructificó inmediatamente, si no en cuanto á la adopción del endecasílabo, del cual no volvemos á encontrar otro ejemplo deliberado hasta los sonetos del Marqués de Santillana, á lo menos en cuanto al empleo de la forma alegórica y de la visión dantesca. Una legión de poetas no vulgares, sevillanos casi todos, la cultivó primero en su escuela local, y la trajo luego en triunfo á la corte de Castilla. Sus poemas, aunque disten mucho de la relativa perfección que luego había de alcanzar éste género en el *Labyrintho* de Juan de Mena y en *Los Triunfos de los doce Apóstoles* del cartujano Juan de Padilla, muestran ya dotes análogas á las que luego resplandecieron en estos preclaros ingenios; y se distinguen, como ya notó Amador de los Ríos, por la pompa y brillantez del lenguaje poético, por cierta insólita audacia de estilo, por conatos de lujo descriptivo y por un tono más cálido y vigoroso que el que mostraban en Castilla los degenerados imitadores del arte gallego.

El poeta en quien más visibles parecen tales dotes es, sin duda, Ruy Páez de Ribera, vástago al parecer de la ilustre familia de aquel Perafán de Ribera, Adelantado de Andalucía, cuyos descendientes fueron Marqueses de Tarifa y Duques de Alcalá, y dejaron vinculado su nombre en tantas páginas brillantes de la cultura artística de Sevilla. Ruy Páez, aunque de tan noble linaje y «ome (además) muy sabio y entendido», experimentó, al parecer, contraria la fortuna, á lo menos en algún período de su vida; se vió reducido, por causas que ignoramos, á extrema pobreza; y precisamente en la pobreza misma mal sobrellevada con ánimo impaciente y soberbio, en la contemplación de sus miserias y en el áspero dolor que le causaban, encontró el germen de sus más enérgicas inspiraciones, que expresó en los versos vigorosos y crudos del *Proceso que ovieron en uno la Dolencia é la Vejez é el Destierro*

é la Pobreza, y en aquel otro dezyr en que su fiera y realista musa va «recontando todos los trabajos é angustias é dolores de que puede el ome ser aflijido», haciendo de la enfermedad hórrida pintura, pero acabando por declarar que «non falló cosa alguna que se egualase con el dolor é quebranto de la mucha pobreza»:

Sofry en el mundo amargas pasiones,
Peligros é miedos, é fuy salteado,
E algunas vegadas me ví en tentaciones
De saña de pueblo é de rey airado;
E vyme en las lenguas ser maltractado,
Mas con todo éso yo nunca senty
Las penas mortales sinon desque vy
Qual es la ravia del pobre cuytado.

. . . . . .

El pobre non tiene parientes ni amigos,
Donayre nin seso, esfuerzo é sentido,
E por la proveza le son enemigos
Los suyos mesmos por verlo caydo:
Todos lo tienen por desconocido
E non se le mienta del tiempo pasado,
Si algun beneficio ovieron cobrado
De aquellos de quien él ha descendido.
En cosa que diga nin faga por obra
Non tiene gracia, virtud nin asseo,
E porque á todos en pobreza sobra
Su dicho es tenido por grant devaneo.

. . . . . .

Si fabla ó dize, magüer que bien fable,
Su fabla de todos es muy aborrida,
E luego le dizen los ricos que calle.

. . . . . .

El rrico es sesudo, sotil é gracioso,
Gentil é garrido, é limpio esforzado,
Más que pavón lozano é donoso,
Ardit é muy bravo, é recio probado,
E más quel acero qu'es fuerte aserado
Es la del rrico su grant fortaleza,
Cá estas virtudes le ponen rriqueza,
Las quales fallescen al pobre cuytado.

. . . . . .

El pobre tiene atal maldición
E asy lo verás de fecho pasar,
Que sy lo vieren en grant perdición,
Todos se juntan á lo condemnar,

E nunca ninguno por lo salvar,
Aunque le sea pariente propinco,
Lo qual por contrario fazen al rrico,
Cá todos se plazen de lo levantar.

Sin grande esfuerzo se habrán reconocido en este trozo, como discretamente reconoció Puymaigre, pensamientos y aun frases de estos versículos del *Eclesiástico* (cap XIII):

Et sicut abominatio est superbo humilitas, sic et execratio divitis pauper. Dives conmotus confirmatur ab amicis suis: humilis autem cum ceciderit, expelletur et a notis..... Humilis deceptus est insuper et arguitur: locutus est sensate et non est datus ei locus. Dives locutus est et omnes tacuerunt et verbum ejus usque ad nubes perducent. Pauper locutus est et dicunt: Quis est hic? et si offenderit, subvertent illum.

Pero el sentimiento muy personal de Ruy Páez de Ribera presta verdadera originalidad á sus versos, sin que estas cualidades se desmientan en otros *decyres* alegóricos de más apacible carácter, como el *Proceso entre la Soberbia y la Mesura,* que compuso en loor de la Regencia del Infante de Antequera.

A la familia de los Medinas (apellido que había de ser tan caro á las letras sevillanas en el siglo XVI) pertenecen dos poetas del *Cancionero de Baena,* los jurados Diego y Gonzalo Martínez, hijos del tesorero mayor de Andalucía. Fué el Diego «ome muy honrado et muy discrepto et bien entendido, así en letras é todas sciencias como en estilo é práctica del mundo», de cuyas vanidades acabó por desengañarse, tomando la cogulla de San Jerónimo y siendo uno de los fundadores del monasterio de Buenavista. Quedan versos suyos de consulta teológica, dirigidos á fray Lope del Monte, prior de San Pablo de Sevilla; pero la más curiosa de las composiciones que se le atribuyen es un decir *contra el amor mundanal,* sobre cuya atribución puede caber alguna duda, puesto que Baena le trae en su *Cancionero* dos veces (núms. 331 y 532), la primera

con nombre de Medina, la segunda con el de Fernán Sánchez de Talavera. Más probable parece lo primero, porque del vigoroso estilo de Talavera no acertamos á descubrir huella alguna en esta desmayada y prosaica composición, notable sólo para la erudición literaria por el catálogo que contiene de infelices amadores, en que no faltan ni el Virgilio de la leyenda, suspendido del cesto; ni el Aristóteles que anda en cuatro patas, y se deja enfrenar y ensillar por su dama; ni Merlín, cautivo en el espino por las malas artes de la fada Viviana; ni los muchos caballeros que anduvieron en la demanda del Santo Grial.

Muy superior como poeta á su hermano, y quizá á todos los discípulos de Imperial (salvo Ruy Páez de Ribera) fué Gonzalo Martínez de Medina, «ome muy sotil é intrincado en muchas cosas, é buscador de muy sotiles invenciones», y juntamente tenido por «muy ardiente é suelto de lengua», cualidad que todavía se revela en la viril franqueza de sus versos políticos, en que ya con los rayos de la iracundia dantesca, ya con sátira fina y mordaz, ya en el tono sentencioso de la moral filosofía, apostrofa, execra, zahiere y lamenta la prevaricación de los jueces, la simonía de los prelados, la venalidad de los oficiales públicos, la tiranía y desvanecimiento de los favoritos, á quienes un soplo de la fortuna encumbra y otro derriba. Por suyo tengo el famoso *Decir que fué fecho sobre la justicia et pleitos et la grand vanidad de este mundo,* por más que Floranes le encontrase anónimo en el *Cancionero de Fernán Martínez de Burgos,* y por más que algún códice se le atribuya á Juan de Mena, de cuyo estilo difiere totalmente. Baena (núm. 340) no dice claramente de quién sea; pero le coloca entre poesías de Gonzalo de Medina, y suya parece por lo *ardiente y suelta*. Es un cuadro de costumbres judiciales que nos recuerda lo más agrio del *Rimado de Palacio,* y á través de los tiempos nos hace pensar en la *Paroenesis* de Teodulfo *ad judices,* mostrando cuán antiguos eran los

males en la administración de justicia y cuán ineficaces los remedios. El poeta castellano llega á envidiar, en versos muy sabidos, la justicia barata de tierra de moros, donde un solo alcalde libra lo civil y lo criminal, sin aparato de glosas ni Digestos:

Allí non es Azo nin es Decetal,
Nin es Ruberto nin la Clementina,
Salvo discreción é buena dotrina
La qual muestra á todos vevir comunal.

Y el látigo de su indignación no cae solamente sobre los alguaciles, «que pasan de tresientos, é todos viven de pura rapina»; ni sobre los escribanos y recaudadores, «que roban las gentes por extrañas vías»; ni sobre los «ciento y noventa doctores», que traen el reino burlado y en cuarenta años no acaban un solo pleito, prevaliéndose de «rasones sufísticas é malas», y sacando de sus librotes «más opiniones que uvas en cesto»; ni se detiene siquiera en las espaldas de los alcaldes, notarios y oidores, «á quien el Rey paga infinita renta», y de los señores del Consejo

Que curan muy poco del triste cuitado,
Que siempre les viene justicia pidiendo,
Mas cada cual dellos está comidiendo
Dó avrá más doblas é oro contado.

La sátira de Martínez de Medina, como la del Canciller Ayala, pica más alto, é inflamada en amargo celo no se detiene ante las más altas jerarquías de la Iglesia, ni deja de marcar con su hierro candente á «Papas, Cardenales, Obispos y Perlados»:

Que ya de Dios non han remembranza,
E de luxuria, soberbia, cobdicia,
Engaños, sofismas, mentiras, malicia,
Abonda el mundo por su mala usanza.
De vestiduras muy emperiales
Arrean sus cuerpos con grand vana gloria,
E sus paramentos, baxillas rreales
Bien se podrían poner en estoria

E seguir los rreyes en toda su gloria;
Mas las ovejas que han á gobernar,
Del todo las dexan al lobo levar,
E non fasen dellas ninguna memoria.
Ya por dineros venden los perdones,
Que devían ser dados por mérito puro,
Nin han dignidades los santos varones
Nin por elecciones, aquesto vos juro,
Salvo al que lieva el florin maduro
O cartas muy fuertes de soplicación,
E tanto es el mal et la corrubción
Que cada qual dellos se torna perjuro.

Por los versos transcritos puede haberse formado alguna idea de la viveza, calor y originalidad que suele tener el estilo de Gonzalo Martínez de Medina, digno ciertamente, como sus colegas del *Cancionero,* Imperial, Páez y Talavera, de haber nacido en época más fausta para el arte y para la patria que aquélla de transición obscura y laboriosa, de tanteos imperfectos y de embriones muchas veces malogrados, en que les tocó nacer. Por donde quiera se tropieza en sus desiguales composiciones con versos que aisladamente resultan de notable energía, y que manifiestan una imaginación caldeada á un tiempo por el sol de Andalucía y por el sol de la *Divina Comedia:*

¡Ah, guay de la tierra dó lo tal contesce,
Que bien es posible de ser destroyda!
. . . . . .
¡Que non será villa, nin cibdat, nin casa,
A donde non aya Güelfos, Gebelinos!
. . . . . .
¡Non avrá quien ose seguir el arado,
Que todo será en flamas ardientes!

La contemplación de la vanidad mundana y de lo inconstante y deleznable de la vida, tema favorito de los poetas de entonces, suele inspirarle, en medio de muchos lugares comunes, acentos de inspiración sombría, de estoica entereza ó de cristiana resignación,

que parecen vago y lejano preludio de la poesía filosófica de Quevedo y del autor de la *Epístola á Fabio:*

Non más que rocio procede tu vida.
. . . . . .
Non es seguranza en cosa que sea,
Que todo es sueño é flor que peresce.....
. . . . . .
Yo non vi alguno nin lo oi desir
Que en este mundo fuese bien contento,
Salvo el que tiene su spiritu esento,
E dá la su alma para á Dios servir.
. . . . . .
Yo creo el alma sser infinida
Et en la potencia de Dios reservada,
La qual de cosa de aquesta vida
Non puede ser jamás abastada.
. . . . . .
Cá el alma infinida é tan soberana
De cosas finidas non fase femencia.
. . . . . .
De laso en laso, de foya en foya
Imos corriendo fasta la grand sima:
En ves de llegarnos á la cierta joya
Andamos con Dios jugando al esgrima.
. . . . . .
Quanto más avemos, tenemos más poco,
Assy como suenno é sombra de luna.
. . . . . .
Que Dios es aquel que á todos espanta
Por el su tronido muy maravilloso,
E todos los centros é rruedas levanta
E non es antél ningunt poderoso.
Pues, polvo, cenisa, gusano lodoso;
¿En qué te trabajas, en qué tu has pensado?
. . . . . .
Tyra este velo delante tus ojos
Que te conturba la muy clara vista,
E fase el camino tan lleno de abrojos,
Que la tu alma muy fuerte conquista:
Que si has leydo el sánto salmista
O á Salamón, el sábio provado,
Verás este mundo mesquino, cuytado,
En menos que fumo é polvo de arista.
. . . . . .
Catad, que ante Dios non ay poderoso!
Que todo se juzga por alta potencia!
Abrid bien las puertas de vuestra conciencia,

Amat la justicia, verdat et derecho.
Desde Lucifer fasta Papa Joan
Podedes leer extrannas caydas,
Segund las estorias vos lo contarán
Et por Juan Boccaccio vos son repetidas.

Con estas últimas palabras aludía Gonzalo de Medina al libro *De Casibus Principum,* tan celebrado en aquella edad, y que ya corría traducido al castellano por industria del Canciller Ayala.

Menos dado á la alegoría que otros poetas de su tiempo y de su escuela, más brioso y desembarazado en el decir, más rico, en suma, de vida poética propia y más empapado en el espíritu de Dante que en su corteza, no merece, á nuestro juicio, este buen ingenio el olvido en que comúnmente se le tiene. Alcanzó hasta el término de la minoridad de D. Juan II, y festejó su advenimiento á la gobernación de estos reinos con una especie de himno triunfal y patriótico, en que no faltan rasgos valientes y en que el espíritu habitualmente pesimista del poeta parece abrirse á la esperanza de un porvenir mejor, la cual le hace soñar no sólo con el total vencimiento de los moros y su persecución allende el mar, sino con el rescate de Jerusalén, donde el nuevo Rey pondrá su silla y recibirá «corona de alto Emperador».

Otros muchos poetas andaluces de este grupo pudieran enumerarse, como el ya citado dominico de San Pablo fray Lope del Monte, el franciscano fray Alonso de la Monja, los cordobeses Gómez Pérez Patiño y Pero González de Uceda; pero basta citar sus nombres al vuelo, remitiendo al *Cancionero de Baena* á los que quieran hacer más familiar conocimiento con ellos. A lo sumo puede hacerse una excepción en favor de Pero González de Uceda, por la rara circunstancia de haber sido, al mismo tiempo que poeta, discípulo y adepto de la filosofía luliana, y, sin duda, uno de los más antiguos que esta doctrina logró en Castilla. Hay de él una poesía muy original y graciosa, que hoy lla-

maríamos fantasía humorística, y que pudiera titularse *castillos en el aire,* semejante en su aplicación y sentido á la fábula de la lechera ó al soneto de Micer Andrés Rey de Artieda sobre los pensamientos vanos. El autor pregunta si acontece á los demás hombres lo que á él le sucede, dejar vagar su pensamiento *(su pienso)* por diversas vías, mientras el cuerpo permanece en reposo. Unas veces se imagina estar en Alejandría, en la India ó en Tartaria; otras en las escuelas de Bolonia, leyendo á los escolares las siete artes liberales y disputando victoriosamente con los doctores:

Quando me cato, con grand ligeresa,
Véome en Flandes merchante tornado,
Do cargo dies naos de paño presciado
E de otras joyas de grande rrealesa,
E con todo ello véngome á Sevilla
Onde lo vendo con grand maravilla
E dó grand presente al rey de Castilla.
. . . . . .
A poco de rato non me pago d'esto,
E fágome pobre que va por el mundo,
E luego de cabo sobre ál me fundo
En ser hermitaño, santo muy honesto.
En estas comedias muere el padre santo,
E mi fama santa allí suena tanto
Que los cardenales me cubren el manto,
E me crían papa con alegre gesto.

Sucesivamente se imagina convertido en bizarro caballero que va á Francia y logra la más alta prez en justas y torneos, y vence por tierra y mar á los sarracenos; en astrónomo y alquimista, que convierte el plomo en oro; en labrador y cazador; en emperador triunfante, á quien todos los príncipes acatan, y, por último, en galán y enamorado mancebo:

Lindo, fidalgo, garrido et donoso:
Todas las donsellas me dán sus amores,
Mejor les paresco que Mayo con flores:
En ésto traspuesto prívanme dolores
E fállome triste, doliente, cuytoso.

En ninguna composición del *Cancionero de Baena* campea una fantasía tan apacible y risueña como en los escasos fragmentos de este poeta, verbigracia en la disputa que los colores rojo, verde y negro tuvieron ante D. Amor. Alega el rojo que él es color de la púrpura de reyes y emperadores, y que con su presencia realza el brillo y el valor del oro y de la plata; sostiene el verde que él es el más lozano de los colores:

Pruébolo con el verano,
Como quien plaze á la gente,
Cá las rosas é las flores
En mí han su nascimiento;
En mí cantan rruyseñores
Cantares muy más de ciento;
E pues fuí començamiento
Del vuestro muy gran dolor,
Por aquesto, don Amor,
Vos aved conoscimiento.
El prieto ovo á fablar,
Los ojos en tierra puestos:
—«Señor, non me sé loar
Como se loan aquestos,
E nin sé yo fazer gestos
Como los enamorados;
Mas doctores é perlados
Yo les fago andar honestos.

Y al color prieto ó negro acaba por dar la preferencia este gracioso y simpático poeta, de quien es lástima que Baena no pusiera en su compilación más muestras, porque probablemente nos hubiera indemnizado del fastidio que causa la lectura de tantos otros.

La innovación alegórica y el gusto italiano, circunscriptos al principio á las comarcas andaluzas, no tardaron en traspasar estos límites y hacer irrupción en el Parnaso de Castilla, por obra principalmente de un hidalgo sevillano, descendiente de uno de los caballeros franceses que vinieron con Duguesclin; Ferrán Manuel de Lando, doncel que había sido de D. Juan I y persona de gran valimiento en la corte durante la menor edad de D. Juan II por la privanza que su

prima Inés de Torres lograba con la reina regente Doña Catalina, después de la caída y destierro de Doña Leonor López de Córdoba. «Ferrand Manuel de Lando, honorable caballero (dice el Marqués de Santillana) escrivió muchas buenas cosas de poesía: *imitó más que ningún otro á Micer Francisco Imperial;* fiço buenas canciones en loor de Nuestra Señora; *fiço asymesmo algunas invectivas contra Alonso Alvárez,* de diversas materias é bien ordenadas.»

Dos cosas son de notar principalmente en este elogio, y las dos se confirman con la lectura del *Cancionero de Baena:* la filiación literaria de Ferrán Manuel, y su lucha ó controversia poética con Villasandino, la cual llegó á tomar, aunque de un modo superficial y exterior, el carácter de una contienda entre dos escuelas. Lando había protegido al viejo y menesteroso Alfonso Alvárez, que gracias á él pudo pasearse por Zaragoza en las fiestas de la coronación del Infante de Antequera con una *hopa* muy vistosa y en una *mula muy fermosa é garrida.* Pero al mismo tiempo daba indicios de tenerle en poco, así por la ruindad de su carácter moral como por las prácticas añejas de su versificación y estilo, que contrastaban con las que él traía aprendidas de Micer Francisco, y que le hacían mirar con cierto menosprecio la pobreza de conceptos y artificio de que adolecían las trovas cortesanas. Y como en su juvenil arrogancia no se curase de disimular esta desestimación suya, Villasandino, que tenía entre los de la vieja escuela autoridad de corifeo y maestro, no dudó en arrojarse á la palestra, zahiriendo al novel poeta, que por haber *ceñido la correa de Imperial* se tenía ya por más *sabidor* que todos, á pesar de que ignoraba todos los primores de la poética provenzal transplantada á Galicia, y nada entendía del *lay* ni del *deslay,* ni del *cor* y el *discor,* ni del *mansobre doble* y *sencillo,* ni del *encadenado* y el *lexapren,* ni de la *maestría mayor de verbo partido,* ni de la *maestría de macho y fembra,* en los cuales artificios se cifraba

para el bueno de Alfonso Alvárez toda la gala y excelencia de la poesía.

A tal agresión contestó Ferrán Manuel con una especie de cartel de desafío poético dirigido á todos los trovadores, así legos como religiosos, de la corte, proponiéndoles diversas cuestiones sutiles que habían de parecer enigmas á quien no estuviese muy versado en la lectura de la *Divina Comedia,* verbigracia:

¿Dónde pronuncian los santos juglares
Loores divinos de consolación,
Al muy alto Rey sin comparación,
A quien establecen tan dulces cantares?
Pregunto otrosy en quáles lugares
Está la Fortuna é faze mansión
. . . . . .
O qué forma tiene su symple visión?

Las adivinanzas quedaron sin resolver, y Lando abusó de su triunfo mortificando con sátiras acerbas á los «letrados é frayles faldudos» que «metrificaban sin gracia prosas de *ynota color*» y «fablaban sin órden como tartamudos».

La cuestión se fué agriando y degeneró muy pronto en una lluvia de improperios. Lando tenía el genio poco sufrido, y en alguna ocasión llegó *á los cabezones* con Alonso de Morana y otros poetas de la parte contraria. Por la suya, Villasandino, procaz y petulante como ninguno, y exasperado además por los males de la vejez y de la pobreza, no daba paz á la mano ni á la lengua, anunciando que no *cerraría su tienda* por mucho que se la desacreditase el *novel caballero,*

«Lyndo fidalgo en luna menguante»,
. . . . . .
«El muy ilustrado, sotyl, dominante,
Que saca las cosas fondo del abismo»,

el «rítmico pronto»,

«En todas las artes maestro bastante»;

motejándole en suma y zahiriéndole de mil modos su *sciencia de grant maravilla,* basada en los *inforismos*

Del alto poeta retórico Dante.

Acompañaba á Villasandino en este torneo, como fiel escudero suyo, otro poeta desvergonzadísimo, el propio Juan Alfonso de Baena, á quien debemos la recopilación del precioso *Cancionero* cuyo estudio venimos haciendo. Baena, que calificaba la poesía de Lando de *borruna, desdonada, muy salobre y de madera flaca,* se vió pagado con las setenas por el iracundo Ferrán Manuel, que atropellando ya todo decoro propio y ajeno, prorrumpió en las más venenosas alusiones contra la honra de su adversario, llegando á decirle, entre otros bestiales insultos,

Magüer vos andáis acá por la villa,
A vuestra mujer bien hay quien la *nique.*

Lando merece más atención por el estruendo de sus polémicas, por su actividad propagandista y por su influencia próxima ó remota que por el mérito de sus poesías, si bien alguna, como la que compuso en loor de San Vicente Ferrer, tiene indudable curiosidad histórica como eco de la opinión de los contemporáneos sobre aquel apostólico orador «alumbrado de gracia divina».

El triunfo del grupo de Sevilla sobre la escuela cortesana no fué inmediato, pero sí definitivo. El mismo Villasandino parecía dar testimonio de su derrota, escribiendo en forma de visión alegórica, y por cierto bien torpemente manejada, su *dezyr* á la muerte de Enrique III. Hasta los datos de la antigua poesía didáctica, los que ya habían servido para composiciones de *mester de clerecía,* se transformaban bajo la influencia de Dante, como vemos en la *Visión del Ermitaño,* poema anónimo compuesto en la era de 1410 (año de Cristo 1382), en que el antiguo tema de la *Disputación del Alma y del Cuerpo* aparece remozado mediante

una directa imitación de aquel episodio del *Paraíso* en que Dante describe la salvación del alma de Bonnacorso de Montefeltro, muerto en la batalla de Campaldino (1). El mismo Baena, tan adversario de los

(1) Fuera del mundo de los *Cancioneros* se produjeron desde la mitad del siglo XIV hasta el período de D. Juan II algunas obras mal rimadas, de carácter didáctico, que no nos atrevemos á llamar poéticas, pero que pueden mencionarse á título de curiosidades literarias. Tales son un libro del *Juego de Ajedrez,* compuesto por Moseh Azán de Tárrega, ó, más bien, imitado ó traducido libremente de alguno de los varios poemas que sobre el mismo asunto posee la literatura rabínico-española, entre ellos uno de Aben-Ezra. El códice castellano existió en la Biblioteca de El Escorial, y allí le vieron Pérez Bayer y Amador de los Ríos; pero desgraciadamente desapareció hace bastantes años. Por las muestras parece que estaba en versos pareados de doce sílabas, que con frecuencia se convierten en pura prosa, revelando la mano de un traductor servil é inexperto que va calcando el texto hebreo. Todavía es obra más bárbara y desconcertada el *Cántico de Diego de Cobos* ó *Tratado de Cirujía Rimada,* del cual sólo ha llegado á nosotros, en pésima copia de un Juanico de Arruzuriaga (Biblioteca Nacional), el segundo tratado, «el qual es de las apostemas segund universal et particular fablamiento», y fué terminado en 1412. Se conoce que el autor quiso escribir también en dodecasílabos pareados, pero, por falta de oído ó por culpa del amanuense le salieron muchos de once y trece sílabas, y muchas líneas de prosa sin medida alguna, aunque con consonantes ó asonantes, al modo de los refranes. Esta compilación quirúrgica en verso parece imitada del *Cántico* de Avicena, y puede contarse entre los precedentes del *Sumario de Medicina en verso trovado,* del Bachiller Villalobos.

Casi tan prosaico é ilegible como el *Cántico* de Cobos (á pesar de la respetable opinión de Amador de los Ríos, para quien no había cosa mala en siendo de la Edad Media), es el libro de las *Edades Trovadas* que el Canciller D. Pablo de Santa María (antes de su conversión Selomoh Halevi), obispo de Burgos y eminente controversista antijudaico, autor del *Scrutinium Scripturarum,* presentó á la Reina Doña Catalina. Esta árida y fastidiosa cronología en trescientas treinta y ocho estancias de arte mayor, que abraza «todas las cosas que ovo et acaescieron

italianistas, daba franca y hospitalaria entrada en su colección á las principales obras de Imperial y de sus discípulos, sin exceptuar siquiera los versos en que Ferrán Manuel había arrastrado su nombre por el lodo de la ignominia.

Y ahora, siquiera por agradecimiento, debemos decir dos palabras del que salvó de pérdida segura toda esta literatura poética del último tercio del siglo XIV y principios del XV, reuniéndola en su *Cancionero* como en un vasto museo. Ya sabemos que Juan Alfonso nació en la villa de su apellido, según él mismo declara, añadiendo una curiosa reminiscencia local, tan exacta ahora como entonces:

Yo nascí dentro en Baena
Dó aprendy faser borrones,
E comer alcaparrones
Muchas veses sobre cena.

Parece que no hay duda sobre su origen judaico y extracción humilde. Pero el cultivo de la poesía, que entonces allanaba todas las distancias, le emancipó como á tantos otros, y le hizo bien quisto en las cortes de Enrique III y de D. Juan II, por más que siempre sus versos se resintiesen algo de la grosería de sus hábitos y educación primera, siendo entre los muchos copleros soeces y desenfrenados de entonces, uno de los que con más frecuencia resbalan en lo impúdico, torpe y chocarraro. Su mala lengua, de la cual él llegó á preciarse diciendo que era *barrena que tala-*

desde que Adán foé formado» hasta el nacimiento de Don Juan II, cualquier cosa tendrá menos «versificación armoniosa y fácil», ni mucho menos aquella «imaginación oriental» que tan gratuitamente le concede Amador, cuyos elogios, cuando se lee el poema, parecen un verdadero sarcasmo. Salvo la raza judía del autor, no acertamos á ver otra cosa oriental en las *Edades Trovadas*. Fueron publicadas, aunque de un modo muy imperfecto, por Ochoa en sus *Rimas Inéditas del siglo XV* (París, 1843.

draba y cercenaba cuanto fallaba, le hizo temible á unos y odioso á otros, y su vida no parece haber sido más pacífica y honrada que la de Villasandino, á quien emuló no menos en lo pedigüeño que en lo insolente. Pero su característica fué la vanidad literaria y el afán de hacer ostentación de sus versos y promover querellas, certámenes y desafíos poéticos, consiguiendo más de una vez que intervinieran en ellos como árbitros ó como jueces del campo el mismo rey D. Juan II y el condestable D. Alvaro de Luna, tan aficionados uno y otro á los deportes de la Gaya Ciencia. Distaba mucho Juan Alfonso de ser un ingenio lego aunque no hubiese cursado en escuelas: para su tiempo había leído mucho, así de poesía como de historia y de filosofía moral, de todo lo cual hace pedantesco alarde en los notables versos políticos que dirigió al Rey: tenía, además, sus ideas propias, y no malas, acerca del arte de la poesía, las cuales en el proemio de su *Cancionero* declara. Preciábase, y con razón, de entendido en las poéticas provenzales, y cifraba su mayor gloria en el ingenioso cultivo de las *requestas* y *tensones:*

Yo leí de limosines
Sus cadencias logicales;
De las artes liberales
Prosas, cantos y latines.

Con estas dotes, unidas á una envidiable facilidad para versificar aun en combinaciones raras y con mucho lujo de rimas, y á cierta sutileza de ingenio que le hacía hábil en extremo para la disputa, no pudo menos de ser Baena un justador temible, ya en aquellas lides corteses en que se obtenía por premio una *guirlanda de muy lindas flores,* ya en aquellas otras arteras y viles en que rodaba por los suelos la honra y fama de ambos contendientes. De uno y otro género las tuvo con Lando y Villasandino; con D. Juan de Guzmán, hermano del Conde de Niebla; con los ma-

riscales Iñigo de Estúñiga y Pero García de Herrera; con Alvaro de Cañizares, Gonzalo de Quadros, Soria, Vinuesa, Ruiz de Toro, el despensero García de Ría y otros innumerables versificadores de alta ó de baja estofa, que en aquella corte pululaban. Sus victorias fueron muchas, pero creciendo con ellas su insoportable fanfarronería, acabó por aburrir á todo el mundo con sus carteles y preguntas rimadas (1), y se vió abandonado y desdeñado por sus protectores. Su oficio de escribano ó secretario del Rey debía de tener, á pesar del pomposo título, más de honorífico que de lucrativo, y ni siquiera el gran servicio de la recopilación del *Cancionero* parece haberle sido debidamente remunerado. Lo cierto es que, viejo y lleno de necesidad, tuvo que refugiarse en su pueblo natal, desde donde continuó la interminable serie de sus *suplicaciones* ó demandas de dinero al Rey, al Condestable y á todos los oficiales y tesoreros de la casa real. Pero los mensajeros del pobre poeta iban y no tornaban ó tornaban sin respuesta, y él proseguía clamando en desierto:

Muy lindo, fermoso é muy reverente
Rey generoso, discreto, prudente,
. . . . . .
Sabet que Agundo el mi mensajero
Nin Pedro el segundo que fué al tesorero,
Non vinieron,
Nin volvieron,
Sy murieron,
¡Ay, ay, ay! ¿por qué allá fueron?

Y añadía sentenciosamente en aquel estilo de aleluya á que parece tan aficionado:

(1) Estas cuestiones versan sobre las materias más disímiles, desde la teología pura hasta puntos de tan escabrosa resolución como el siguiente:

¿Qual gentil ombre faríe mejor guisa,
Quien la su amiga toviere en camisa,
O toda desnuda en cuerpo muy lisa?

Cuando el mensajero tarda
Es señal de burra parda.

Las últimas y más importantes poesías de Baena son posteriores al tiempo en que formó su *Cancionero,* y se han conservado en otra colección manuscrita y ciertamente inestimable, en el *Cancionero* llàmado *de Gallardo,* que posee hoy la Real Academia de la Historia. De allí hemos entresacado, para darle á luz por vez primera en esta colección, el largo poema que, sin más encabezamiento que este epígrafe,

Para Rey tan excelente
Pertenece tal presente,

dirigió á D. Juan II por los años de 1443, denunciando con noble, vigoroso y patriótico espíritu los males del reino y las *criminosas divisiones* que le traían á punto de perdición; exaltándose, no obstante su origen judaico, con el recuerdo de los antiguos triunfos de las armas cristianas y con el glorioso resplandor del sol de las Navas; y redactando para el débil monarca una especie de catecismo tan lleno de sabias máximas y de prudencia política y moral, que trae á la memoria la honrada entereza de los *Consejos* del Rabí Don Sem Tob al rey D. Pedro. Esta composición, justamente elogiada por Amador de los Ríos, nos da mucho más alta idea del carácter y aun del talento poético de Baena que todo el resto de sus obras.

Pero su mérito de colector ha oscurecido totalmente su renombre de poeta. Baena andaría confundido entre la plebe de los versificadores del siglo XV, si no hubiese tenido el buen pensamiento de recoger en un solo cuerpo todas aquellas «*cántigas* muy dulces é graciosamente asonadas de muchos é diversos artes; *preguntas* de muy sotiles invenciones fundadas é respondidas; gentiles *dezyres* muy limados é bien escandidos, y muy agradables *procesos* é *requestas*», y, en suma, todo género de producciones de «la muy graciosa é sotil arte de la poetría é gaya sciencia», para

que con ellas «se agradara é deleytase é folgara é tomase muchos comportes é plaseres é gasajados» el rey D. Juan, y asimismo «la Rrealesa é grand Señoría de la muy alta é muy noble é muy esclarecida Reina de Castilla doña María, su mujer, é las dueñas é doncellas de su casa..... et el muy ilustrado é muy gracioso é muy generoso Príncipe don Enrique su fijo..... é todos los grandes señores de sus reynos é señoríos, asy los perlados, infantes, duques, condes, adelantados, almirantes, como los maestres, pryores, mariscales, dottores, cavalleros y escuderos é todos los fidalgos é gentiles omes, sus donseles é criados é oficiales de la su casa real». El decoro exterior ha progresado tanto, que es para maravillar á cualquiera la candidez y recato de aquellas *doncellas* y la honestidad clerical de aquellos *perlados* y *priores, que folgaban* y *se deleitaban* y *tomaban mucho comporte, plaser é gasajado* con ciertas trovas de Villasandino, del mismo Baena, de su hermano Francisco, de fray Diego de Valencia y otras semejantes, las cuales hoy á duras penas se tolerarían en un mesón de arrieros ó en un cuerpo de guardia. Cada época tiene sus gustos, y no hay cosa más variable que el buen tono social y cortesano.

Históricamente, la compilación de Baena no tiene precio. Es el mejor suplemento á los anales de tres, y aun pudiéramos decir de cuatro reinados, y no sólo refleja el aspecto exterior de la vida de Castilla en todo aquello que no sale á la superficie de las crónicas, atentas principalmente á la relación de guerras, conjuras y pactos hechos y rotos, sino que mediante ella nos es dado conocer el fondo de ideas heterogéneas que informaban aquella extraña y abigarrada sociedad, en que los hábitos de la barbarie se mezclaban de un modo tan pintoresco con el refinamiento y la frivolidad mundana: la cultura pedantesca con el cinismo licencioso y desmandado.

Es cierto que en la relación puramente estética, tales versos han de ser poco menos que ilegibles para

el espíritu desdeñoso que, educado en los modelos de las épocas clásicas ó en la grande escuela del lirismo moderno, é impaciente de las dificultades de versificación y de lengua, no se resigne á considerarlos como lo que son en realidad, es decir, como antiguallas de museo inestimables para el historiador, y quiera sentir en ellos el mismo placer que en una composición realmente bella y de valor perenne y humano, ó siquera pulcra y armoniosa. Pero aun en esto conviene mitigar el juicio harto riguroso de muchos españoles, que contrasta con el más benigno de los críticos extranjeros, los cuales, en vez de hojear esta clase de libros con mano distraída y visible aburrimiento, entran en ellos con curiosidad y simpatía, único medio de sacar algún provecho de tal lectura y convertir en tolerable, y aun en interesante, lo que á primera vista parece más árido. Quizá no haya en el *Cancionero de Baena* una sola composición que del todo deje satisfechos el gusto y el oído; pero hay en más de una composición y en más de un poeta condiciones muy positivas, como las que muestran, por ejemplo, Imperial, Ribera, Talavera y Medina en la poesía elevada; Villasandino, González de Uceda y fray Diego de Valencia en la poesía ligera. Estos y algún otro eran ingenios no vulgares, aunque incompletos: su desgracia fué ser poetas de transición, y vivir entre dos épocas literarias sin pertenecer en rigor á ninguna; y así, oscilando entre diversos rumbos mal definidos aún, lucharon con la lengua, lucharon con metros nuevos, y lo que ellos iniciaban no llegó á relativa madurez sino en los reinados siguientes. Sólo entonces fué posible el tránsito de Imperial á Juan de Mena, de Villasandino á Santillana, de Talavera y Medina á Gómez y Jorge Manrique. Entonces fué cuando los imitadores de Dante supieron discurrir algo propio y de mayor valor que las insulsas y monótonas personificaciones de la Fortuna, de la Templanza, de la Mesura y de todas las virtudes y todos los vicios, con cuyo fastidioso cortejo habían pre-

tendido remedar el simbolismo grande, vivo y orgánico de la *Divina Comedia*. Entonces fué cuando se comprendió el valor del elemento histórico en la obra del poeta florentino, y se aspiró, no á copiarle, sino á emularle; y encontró el Marqués de Santillana colores vivos y adecuados para ponernos delante de los ojos la *sanguinosa lit* de Ponza; y grabó el vigoroso buril de Juan de Mena en los compartimentos del *Laberinto* la generosa muerte del Conde de Niebla (émulo de Curcios y Decios) en los esteros de Gibraltar, el amoroso tormento de Macías, la hórrida evocación de la hechicera de Medina, la serena contemplación científica de D. Enrique de Villena, la *virtuosa y magnífica guerra* de la Vega de Granada y el triunfo de la Higuera, el llanto desesperado y rabioso de la madre del *no bien fortunado* Lorenzo Dávalos, y *el ánima fresca del santo Clavero* que murió batallando por la justicia. Entonces se rompió la crisálida aprisionada en los duros versos y torpes estancias de Fernán Sánchez de Talavera, y voló como gentil mariposa en las coplas de ambos Manriques. Pero como en arte no se dan generaciones espontáneas, algo hay que conceder á los precursores, especialmente á los de la escuela dantesca de Sevilla, y reconocer con el Conde de Puymaigre que, si bien es verdad que abusaron de las visiones y personificaciones simbólicas, también lo es que con sus esfuerzos para alcanzar cierta elevación de pensamiento, consiguieron dar á los versos tono más robusto y comenzaron á crear una lengua poética. «Gracias á la influencia de Italia y también de la antigüedad latina (añade), pudo la poesía española del siglo XIV producir páginas como entonces no se escribían en Francia, muy alejada todavía de los modelos italianos y latinos: sólo un siglo después las mismas relaciones produjeron entre nosotros efectos análogos, pero menos brillantes» (1). Bueno es recordar estas palabras de

(1) *La Cour Littéraire*, tomo I, pág. 97. En un artículo re-

un sesudo y bien informado crítico extranjero que no siempre ha pecado de indulgencia con España, para que sirva de prudente correctivo al cómodo y transcendental desdén de los que, con hablar mal del *Cancionero de Baena* hasta decir que poco importó su publicación y poco hubiera importado su pérdida, se libran del trabajo de leerle y del trabajo nada leve de interpretarle y entenderle.

El estudio de la métrica del *Cancionero* daría por sí solo materia á una extensa é importante monografía, sin la cual, y sin otras semejantes, carecerá siempre de base la prosodia histórica de nuestra lengua. No es ese nuestro objeto, ni debemos desflorar en pocas líneas punto de tanta entidad. Cuando esa monografía se escriba, podremos determinar á punto fijo qué elementos de la métrica provenzal pasaron á la gallega, cuáles heredó de ellas la castellana, qué combinaciones se perdieron, cuáles otras puede suponerse que entraron por el estudio *teórico* de las poéticas tolosanas.

Los imitadores de Dante están fuera de esta dirección, y los metros que principalmente usan se reducen á dos, uno de ellos el endecasílabo, por lo común con acentuación sáfica: endecasílabo deliberado en Micer Francisco Imperial, aunque con inconsecuencias y descuidos que más bien deben achacarse á Baena ó á su amanuense que al poeta genovés; endecasílabo inconsciente y ocasional en sus discípulos, por influjo de la lectura de versos italianos.

Pero el metro que ellos preferentemente adoptan, y en el cual acaban por escribirse todas las obras poéticas graves é importantes del siglo XV; el metro que

ciente que recuerdo con agradecimiento, confirma y amplía Puymaigre esta indicación suya: "*Le XVe siècle, cette époque si interessante où l' Espagne en avance sur nous de plus d' un siècle, se trouva à peu près dans la situation où la France fut sous les derniers Valois*„. (*Polybiblion*, 1898, Abril).

recoge la herencia del alejandrino y le sustituye lo mismo para la narración que para la meditación moral y para la poesía didáctica, es el dodecasílabo de cuatro cadencias con cesura intermedia, dispuesto en estancias de ocho versos, y comúnmente llamado *metro de arte mayor,* y también *verso de Juan de Mena,* por haber fijado éste su tipo y ser el más insigne de los poetas que le cultivaron, aunque no de los más antiguos ciertamente, puesto que ya le había usado el Canciller Ayala. Todo es obscuro en la historia de esta forma rítmica: el origen del metro mismo, el de la estrofa y el tiempo de su introducción en Castilla (1). Todo induce á considerar tales versos como indígenas ó poco menos, formados probablemente por semejanza remota con la cadencia y movimiento general de algún verso latino, ora sea el *asclepiadeo,* (como quiere con poco fundamento Juan del Encina; ora (y es más probable) el *trímetro yámbico senario,* en opinión de Antonio de Nebrija, que también los llama *adónicos doblados.* El parecer de Amador de los Ríos, que se inclina á emparentarlos con la poesía hebrea, fundándose en la versión del *Juego de Axedrez,* no parece verosímil, tanto por estribar en un dato aislado cuanto por la escasa influencia que aquella poesía ejerció en la nuestra.

En las *Cantigas* aparecen por primera vez los versos de doce sílabas, pero no las estancias de ocho versos, circunstancia en que debieran haber parado mientes los que se han empeñado en defender la causa perdida de la autenticidad de las *Querellas.*

Pero versos de doce sílabas, y en gallego, sí los hizo el Rey Sabio, por ejemplo:

Por ende un miragre aquesta reyna
Sancta fes muy grand á una mesquina.
. . . . . .

(Cantiga XXVI.)

(1) Su aparición en Cataluña es muy tardía, y debida seguramente á influencia castellana.

Las coplas de arte mayor, aunque no combinadas en la disposición que luego tuvieron, no se encuentran hasta el Archipreste de Hita, en el *Dictado de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo:*

Miércoles á tercia el cuerpo de Cristo
Judea lo aprecia, esa ora fué visto,
Cuán poco lo prescia el tu fijo quisto
Judas quél vendió, su discípulo traydor,
Por treynta dineros fué el vendimiento
Quel' caen senneros del noble ungüento:
Fueron plasenteros del pleyteamiento;
Diéronle algo al falso vendedor.

De estos versos á las octavas de *maestría mayor* hay ciertamente poca distancia, y el paso definitivo podemos creer que le dieron el Canciller Ayala y los poetas de su tiempo.

En el prólogo siguiente presenciaremos el apogeo de la escuela cuyos primeros inciertos pasos hemos estudiado en el presente.

M. Menéndez y Pelayo.

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO V

LÍRICOS CASTELLANOS

RODRIGO COTA.

Diálogo entre el Amor y un Viejo..... 1

DIEGO DE SAN PEDRO.

Desprecio de la fortuna..... 23

LOPE DE SOSA.

Esparsa..... 37

GARCI SÁNCHEZ DE BADAJOZ.

Recontando á su amiga un sueño que soñó..... 39
Coplas..... 42
Romance..... 54

FLORENCIA PINAR.

Cancion d'vnas perdices que le enviaron biuas..... 59

EL COMENDADOR ESCRIVÁ.

Cancion..... 61

PUERTO CARRERO.

Coplas que hizo..... 63

ROMANCE ANÓNIMO DE UN CABALLERO..... 87

EL BACHILLER ALFONSO DE PROAZA.

Villancico..... 89

Págs.

DON JUAN MANUEL.

Romance..... 91
A la muerte del príncipe D. Alfonso..... 94
A una señora que le mandó que le escribiese nuevas suyas, viniendo él de un camino que había hecho con ella, quedando ella en Castilla..... 97
Trovas sobre los siete pecados mortales..... 102

LUIS ENRRYQUEZ.

A la muerte del príncipe D. Alfonso..... 119

JOAN ROIZ DE CASTELL BRANCO.

Vilançete..... 129

GARCIA DE RESENDE..... 133

JUAN DEL ENCINA.

Contra los que dicen mal de mujeres..... 135
A las damas..... 141
A su amiga en tiempo de cuaresma..... 144
Villancicos..... 151
Romance..... 182
Villancicos..... 183
De nuestra Señora..... 196
Villanesca..... 199
Villancico..... 200

DON PEDRO MANUEL DE UREBA.

Coplas estando triste porque yua á vna aldea..... 207
Carta á Doña María de Sesé, su mujer..... 211
Romance..... 224
Villancicos..... 225

FRAY AMBROSIO MONTESINO.

Tractado del Santísimo Sacramento de la Hostia consagrada, metrificado por servicio de la duquesa del Infantado, Doña María Pimentel..... 231
Coplas á reverencia de San Juan Baptista, y del misterio de la santa Visitación que la reina del Cielo hizo á Santa Isabel, las cuales compuso por mandato del rey D. Fernando, nuestro señor..... 257
Romance en honra y gloria de San Francisco..... 288
Coplas en gloria de Nuestra Señora, Reina del Cielo. 291
In nativitate Christi..... 295
Coplas del Nascimiento, que hizo por mandado de la marquesa de Moya..... 300

Págs.

Romance del nascimiento de Nuestro Salvador..... 306
Romance heroico sobre la muerte del príncipe de Portugal..... 309
Coplas al destierro de Nuestro Señor para Egipto.... 311
Coplas de la hora en que Nuestro Redentor expiró en la Cruz..... 314
Coplas de los Reyes orientales..... 318
Villancico..... 323

FRAY HERNANDO DE TALAVERA.

Obra docta y devota sobre la salutación angélica.... 325

FRAY IÑIGO DE MENDOZA.

Coplas que yzo, doze en vituperio de las malas hembras que no pueden las tales ser dichas mujeres, é doze en loor de las buenas mujeres que mucho triunpho de honor merecen..... 335
Dechado del Regimiento de príncipes, fecho á la Señora Reyna de Castilla y Aragón..... 344

GARCI ORDÓÑEZ DE MONTALVO.

Canción de Amadis de Gaula á Leonoreta..... 363

BACHILLER FERANDO DE ROJAS.

Canción intercalada en «la Celestina», acto décimonono..... 365

ANÓNIMOS.

Romance..... 367
Coplas de Anton Vaquerizo de Morana..... 368
Villancico..... 373
Coplas..... 374
Coplas de Magdalenica..... 377
Villancico..... 379
Canción..... 380
Villancico..... 383

POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

RODRIGO COTA

(C. G. 125).

Comiença vna obra

á manera de diálogo entr'el amor y vn viejo que, escarmentado dél, muy retraydo se figura en una huerta seca y destruyda, do la casa del plazer derribada se muestra, cerrada la puerta, en una pobrezilla choça metido; al qual subita mente paresció el amor con sus ministros, y aquel humilmente procediendo, y el viejo en aspera manera replicando, van discurriendo por su habla, fasta qu'el viejo del amor fué vencido; y comenzó á hablar el viejo en la manera siguiente:

Cerrada estaua mi puerta,
¿A qué vienes? ¿Por do entraste?
Dí, ladron, ¿porque saltaste
Las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
Ya de tí m'an libertado;
Dexa el pobre coraçon
Retraydo en su rincon
Contemplar qual l'as parado.

Quanto más qu'este vergel
No produze locas flores,
Ni los frutos y dulçores
Que solíes hallar en él.
Sus verduras y hollajes
Y delicados frutales,
Hechos son todos saluajes,
Convertidos en linajes
De natios de eriales.

La beldad de este jardin
Ya no temo que la halles,
Ni las ordenadas calles,
Ni los muros de jazmin;
Ni los arroyos corrientes
De biuas aguas notables,
Ni las aluercas ni fuentes,
Ni las aues produzientes
Los cantos tan consolables.

Ya la casa se deshizo,
De sotíl lauor estraña,
Y tornose esta cabaña
De cañuelas de carrizo.
De los frutos hize truecos
Por escaparme de tí,
Por aquellos troncos secos,
Carcomidos, todos huecos,
Que parescen cerca mí.

Sal del huerto miserable:
Ve buscar dulçe floresta;
Que tú no puedes en esta
Hazer vida deleytable.
Ni tú ni tus seruidores

Podés bien estar conmigo;
Que áun qu'esten llenos de flores,
Yo sé bien cuantos dolores
Ellos traen siempre consigo.

Tú traydor eres, amor,
De los tuyos enemigo,
Y los que biuen contigo
Son ministros de dolor.
Sábete que sé que son
Afan, desden y deseo,
Sospiro, celos, pasion,
Osar, temer, aficion,
Guerra, saña, deuaneo,

Tormento y desesperança,
Engaños con ceguedad,
Lloros y catiuidad,
Congoxa, rauia, mudança;
Tristeza, dubda, coraje,
Lisonja, troque y espina
Y otros mil deste linaje,
Que con su falso visaje
Su forma nos desatina.

AMOR.

En tu habla representas
Que nos has bien conoscido.

EL VIEJO.

Sí; que no tengo en oluido
Cómo hieres y atormentas:
Esta huerta destruyda

Manifiesta tu centella;
Dexa mi cansada vida;
Sana ya de tu herida
Más que tú de su querella.

AMOR.

Pues estás tan criminal,
Hablar quiero con sossiego,
Porque no encendamos fuego
Como yesca y pedernal:
Y pues soy Amor llamado,
Hablaré con mansedumbre,
Recibiendo muy temprado
Tu hablar tan denodado
En panes de dulcedumbre.

EL VIEJO.

Blanda cara de alacran,
Fines fieros y rauiosos,
Los potages ponçoñosos
En sabor dulce se dan;
Como el mas blando licor,
Es muy mas penetratiuo,
Piensas tu con tu dulçor
Penetrar el desamor
En que me hallas esquiuo.

Las culebras y serpientes
Y las cosas enconadas
Son muy blandas y pintadas
Y á la vista muy plazientes;
Mas vn secreto venino
Dexando pueden llegar

Qual, segun que yo adeuino
Dexarias en el camino
Que conmigo quiés lleuar.

AMOR.

¿A la habla que te hago
Por qué cierras las orejas?

VIEJO.

Porque muerden las abejas
Aunque llegan con halago.

AMOR.

No me vayas atajando,
Que yo lo que quieres quiero.

VIEJO.

Ni muestres tú falagando,
Que aunque agora vienes blando,
Bien sé qu'eres escusero.

AMOR.

Escucha, padre, Señor,
Que por mal trocaré bienes;
Por vltrajes y desdenes
Quiero darte gran honor,
A tí que estás mas dispuesto
Para me contradezir;
Assi tengo presupuesto
De sofrir tu duro gesto
Porque sufras mi seruir.

VIEJO.

Vé d'ay, pan de çaraças,
Vete, carne de señuelo,
Vete, mal ceuo de anzuelo:
Tira allá, que m'embaraças:
Reclamo de paxarero,
Falso cerro de vallena:
El qu'es cauto marinero
No se vence muy ligero
Al cantar de la serena.

AMOR.

Tu rigor no dé querella
Que manzille tu bondad,
Y pues tienes justedad,
Sigue los caminos della.
Al culpado, si es ausente,
¿Lo llaman para juzgar?
¿Pues por cual inconuiente
Al presente ygnocente
No te plaze d'escuchar?

El viejo.

Habla ya: dí tus razones:
Dí tus enconados quexos;
Pero dímelo de lexos:
El ayre no m'enfeciones:
Que segun sé de tus nueuas,
Si te llegas cerca mí,
Tú farás tan dulces pruebas,
Que el vltraje que ora lleuas
Esse lleue yo de tí.

Amor.

Nunca Dios tal maleficio
Te permita conseguir,
Antes, para te seruir,
Purifique mi seruicio;
Qual en tanto grado cresca
Que mas no pueda subir,
Porque loe y agradesca
Y tan gran merced meresca
Qual me hazeys en oyr.

Por estimados provechos
A vos, gratos coraçones,
Con muy biuas aficiones
Os meto dentro en mis pechos;
Porque pueda agradesçer
Ser oydo aqueste día,
Do haré bien conoscer
Quánto yerro puede ser
Desechar mi compañía.

¿Y ladron llamas á vno,
Sin que tengas mas enojos
Que, sin ser ante tus ojos,
No jamás llegó á ninguno?
Y pues hurto nunca vuo
Ante la vista del ombre,
¿Que respecto aqui se tvuo?
¿Y por cual razon te plugo
Darme tan impropio nombre?

No despiertes que mas quiebre:
Desonra biuos y muertos;

Que á nuestros ojos abiertos,
Echas sueño como liebre.
No te quiero más dezir;
Déxame de tu conquista;
Tú nos sueles embayr,
Tú nos sabes enxerir
Como egibcio nuestra vista.

Soy alegre que me abras
Y tu saña notifiques,
Aunque á mi me damnifiques
Por rotura de palabras;
Qu'el furor qu'es encerrado,
Do se encierra más empesce;
La venganza en el ayrado
Es calor vaporizado
Que no dura y enuanesce.

Porque á mi que desechaste
Ames tú con aficion,
Ten conmigo la razon:
Faré salua que te baste;
Y será desculpacion
De tu quexa y de la mía,
Yo saluarme de ladron:
Tu serás en conclusion
No tachado en cortesía.

Comunmente todavia
Han los viejos vn uezino,
Enconado, muy malino
Gobernado en sangre fría;
Llámase malenconía,
Amarga conuersacion;
Quien por tal estremo guía,

Ciertamente se desuía
Lexos de mi condicion.

Mas despues que t'e sentido
Que me quieres dar audiencia,
De mi miedo muy vencido,
Culpado, despauorido,
Se partió de tu presencia:
Este moraua contigo
En el tiempo que me viste,
Y por esto te encendiste
En rigor tanto comigo.

Donde mora este maldito
No jamás hay alegría,
Ni honor, ni cortesía,
Ni ningun buen apetito:
Pero donde yo me llego,
Todo mal y pena quito;
De los yelos saco fuego,
Y á los viejos meto en juego
Y á los muertos ressucito.

Al rudo hago discreto,
Al grossero muy polido,
Desembuelto al encogido
Y al inuirtuoso neto;
Al couarde esforçado,
Escasso al liberal,
Bien regido al destemplado,
Muy cortés y mesurado
Al que no suele ser tal.

Yo hallo el sumo deleyte,
Yo formo el fausto y arreo,

Y tambien cubro lo feo
Con la capa del afeyte:
Yo hago fiestas de sala
Y mando vestirse rico;
Yo tambien quiero que vala
El misterio de la gala
Quando está en lo pobrezico.

Yo las coplas y canciones,
Yo la música suaue;
Yo demuestro aquel que sabe
Las sotiles inuenciones;
Yo fago volar mis llamas
Por lo bueno y por lo malo;
Yo hago seruir las damas;
Yo las perfumadas camas,
Golosinas y regalo.

Yo baylar en lindo son,
Yo las danças y corsantes,
Y aquestas son los farauntes
Que yo embio al coraçon:
En las armas festejar
Inuenciones muy discretas,
El justar y tornear,
En la ley de batallar,
Trances y armas secretas.

Visito los pobrezillos,
Fuello las casas reales;
De los senos virginales
Yo sé bien los rinconcillos:
Mis pihuelas y mis lonjas
A los religiosos atan:
No lo tomes por lisonjas,

Sino ve, mira las monjas:
Veras cuan dulce me tratan.

Yo hallo las argentadas,
Yo las mudas y cerillas,
Luzentoras, unturillas,
Y las aguas estiladas:
Yo la líquida estoraque
Y el licor de las rasuras;
Yo tambien cómo se saque
La pequilla que no taque
Las lindas acataduras.

Yo mostré retir en plata
La vaquil y alacran,
Y hazer el soliman
Que en el fuego se desata:
Yo mil modos de colores
Para lo descolorido,
Mil pinturas, mil primores;
Mil remedios dan amores
Conque enhiestan lo caydo.

Yo hago las rugas viejas
Dexar el rostro estirado,
Y sé cómo el cuero atado
Se tiene tras las orejas;
Y el arte de los vngüentes
Que para esto aprouecha;
Sé dar cejas en las frentes;
Contrahago nueuos dientes
Do natura los desecha.

Yo las aguas y lexías
Para los cabellos roxos;

Aprieto los miembros floxos
Y dó carne en las enzías:
A la habla temulenta
Turbada por senetud,
Yo la hago tan esenta,
Que su tono representa
La forma de juuentud.

Sin daño de la salud
Puedo con mi sufficiencia
Conuertir el impotencia
En muy potente virtud:
Sin calientes confaciones,
Sin comeres muy abastos,
Sin conseruas ni piñones,
Estincos, sateriones,
Atincar nin otros gastos.

En el ayre mis espuelas
Fieren á todas las aues,
Y en los muy hondos concaues
Las reptillias pequeñuelas:
Toda bestia de la tierra
Y pescado de la mar
So mi gran poder s'encierra,
Sin poderse de mi guerra
Con sus fuerças amparar.

Algun ave que librar
Se quiso de mi conquista,
Solamente con la vista
Le dí premia d'engendrar:
Mi poder tan absoluto
Que por todo cabo siembra,
Mira como lo secuto;

Arbol hay que no da fruto
Do no nasce macho y hembra.

Pues que ves que mi poder
Tan luengamente s'estiende,
Do ninguno se defiende,
No te pienses defender:
Y á quien buena ventura
Tienen todos de seguir
Recibe, pues que precura
No hazerte desmesura,
Mas de muerto rebeuir.

EL VIEJO.

Segun siento de tu trato
En que armas contra mí,
Podré bien decir por tí:
¡Que buen amigo es el gato!
El que nunca por niuel
De razon justa se adiestra,
Nunca dá dulce sin hiel,
Mas es tal como la miel
Do se muere la maestra.

Robador fiero sin asco,
Ladron de dulce despojo,
Bien sabes quebrar el ojo,
Y despues vntar el caxco.
¡O muy halagueña pena,
Ciega lumbre, sotil ascua!
¡O plazer de mala mena,
Sin ochauas en cadena
Nunca diste buena pascua!

Maestra lengua d'engaños,
Pregonero de tus bienes,
Dime agora, ¿por qué tienes
So silencio tantos daños?
Que aunque mas doblado seas
Y más pintes tu deleyte,
Estas cosas do te arreas
Son diformes caras feas
Encubiertas del afeyte.

Y como te glorificas
En tus deleytosas obras,
¿Porque callas las çoçobras
De lo biuo mortificas?
Di maldito, ¿porque quieres
Encubrir tal enemigo?
Sábete que sé quien eres,
Y si tú no lo dixeres,
Qu'está aquí quien te lo diga.

El libre hazes catiuo,
Al alegre mucho triste;
Do ningun pesar consiste
Pones modo pesantiuo:
Tú ensuzias muchas camas
Con aguda rabia fuerte;
Tú manzillas muchas famas,
Y tú hazes con tus llamas
Mil veces pedir la muerte.

Tú hallas las tristes yeruas
Y tú los tristes potajes;
Tú mestizas los linages,
Tú limpieza no conseruas:
Tú doctrinas de malicia,

Tú quebrantas lealtad,
Tú con tu carnal cobdicia,
Tú vas contra pudicicia
Sin freno d'onestidad.

Tú vas á los ademiros,
Tú buscas los hechiceros,
Tú consientes los agüeros
Y prenósticos mezquinos;
Creyendo con vanidad
A creer por abusiones
Lo que deleyte y veldad
Y luenga conformidad
Pones en los coraçones.

Tú nos metes en bollicio,
Tú nos quitas el sossiego;
Tú con tu sentido ciego
Pones alas en el vicio:
Tú destruyes la salud,
Tú rematas el saber;
Tú hazes en senetud
La hazienda y la virtud
Y el auctoridad caer.

EL AMOR.

No me trates más, señor,
En contino vituperio;
Que si oyes mi misterio
Conuertirlo has en loor:
Verdad es que inconuiniente
Alguno suelo causar,
Porque del amor la gente
Entre frio y muy ardiente
No saben medio tomar.

El aue que con sentido
Su hijo muestra bolar,
Ni lo manda abalançar,
Ni que vuele con el nido;
Y quien no'stá proueido
De tomar término cierto,
Muchas veces es caído,
Y el amor, apercebido,
Quiere el ombre, que no muerto.

D'allí dicen qu'es locura
Atreuerse por amar;
Mas allí está más ganar
Donde está más auentura:
Sin mojarse el pescador
Nunca toma muy gran pez;
No hay plazer do no ay dolor:
Nunca ríe con sabor
Quien no llora alguna vez.

Razon es muy conoscida
Que las cosas más amadas
Con afan son alcançadas
Y trabajo en esta vida:
La más deleytosa obra
Qu'en este mundo se cree
Es do más trabajo sobra;
Que en lo que sin él se cobra
Syn deleyte se posée.

Sinmpre vso d'esta astucia
Para ser más conseruado;
Que con bien y mal mezclado,
Pongo en mí mayor acucia;
Y rebuelto allí un poquito

Con sabor de algun rigor,
El deseo más incito;
Que amortigua el apetito
El dulçor sobre el dulçor.

No lo prueuo con milagro;
Cosa es sabida, llana,
Que se despierta la gana
De comer, con dulce agro:
Assi yo, con galardon
Muchas veces mezclo pena;
Que en la paz de dissension
Entre amantes, la quistion
Reyntegra la cadena.

Porque no trayga fastío
Mi dulce conuersacion,
Busco causa y ocasion
Conque á tiempos la desuío:
Que lo que sale del vso
Contino, sabe mejor,
Y por esto te dispuso
Mi querer, porque de yuso
Subas costumbre mayor.

Por ende, si con dulçura
Me quieres obedescer,
Yo haré reconoscer
En ti muy nueua frescura:
Ponert'e en el coraçon
Este mi biuo alboço;
Serán en esta sazon
De la misma condicion
Qu'eras quando lindo moço.

De verdura muy gentil
Tu huerta renouaré;
La casa fabricaré
De obra rica, sotil;
Sanaré las plantas secas,
Quemadas por los friores:
En muy gran simpleza pecas,
Viejo triste, si no truecas
Tus espinas por mis flores.

EL VIEJO.

Allegate vn poco más:
Tienes tan lindas razones,
Que sofrirte hé que m'encones
Por la gloria que me dás:
Los tus dichos alcahuetes,
Con verdad ó con engaño,
En el alma me los metes;
Por lo dulce que prometes
D'esperar es todo 'l año.

EL AMOR.

Abracémonos entramos,
Desnudos sin otro medio:
Sentirás en tí remedio,
En tu puerta nueuos ramos.

EL VIEJO.

Vente á mi, muy dulce amor,
Vente á mí, brazos abiertos;
Ves aqui tu seruidor,
Hecho sieruo, de señor,
Sin temer tus dones ciertos.

AMOR.

Hete aqui bien abraçado;
Dime, ¿que sientes agora?

VIEJO.

Siento rauía matadora,
Plazer lleno de cuydado;
Siento fuego muy crescido,
Siento mal y no lo veo;
Sin rotura estó herido;
No te quiero ver partido,
Ni apartado de deseo.

AMOR.

Agora verás, Don Viejo,
Conseruar la fama casta;
Aqui te veré dó basta
Tu saber y tu consejo:
Porque con sobervia y riña
Me diste contradicion,
Seguiras estrecha liña
En amores de una niña
De muy duro coraçon,

Y sabe que te reuelo
Vna dolorida nueua,
Do sabrás cómo se ceua
Quien se mete en mi señuelo:
Amarás más que Macías,
Hallarás esquiuidad,
Sentirás las plagas mías,

Finirán tus viejos días
En ciega catiuidad.

¡O viejo triste, liuiano!
¿Qual error pudo bastar
Que te auia de tornar
Ruuio tu cabello cano?
¿Y essos ojos descozidos,
Qu'eran para enamorar,
Y esos beços tan sumidos,
Muellas y dientes podridos,
Qu'eran dulces de besar?

Conuiene tambien que notes
Que es muy más digna cosa
En tu boca gargajosa
Pater nostres, que no motes:
Y el tosser que las canciones,
Y el bordon que no la espada;
Y las botas y calçones
Que las nuevas inuenciones,
Ni la ropa muy trepada.

¡O marchito corcobado!
A ti era más anexo
Del yjar contino quexo,
Que sospiro enamorado:
Y en tu mano prouechoso
Para en tu flaca salud,
Más un trapo legañoso
Para el ojo lagrimoso,
Que vihuela ni laud.

Mira tu negro gargüero
De pesgo seco, pegado;

¡Quán crudío y arrugado
Tienes, viejo triste, el cuero!
Mira en ese ronco pecho
Cómo el huélfago t'escarua;
Mira tu rescollo estrecho,
Que no escupes más derecho,
De quanto ensuzias la barua.

¡Viejo triste entre los viejos
Que de amores te atormentas!
Mira como tus artejos
Parescen sartas de quentas:
Y laś vñas tan crescidas
Y los pies llenos de callos,
Y tus carnes consumidas,
Y tus piernas encogidas,
Cuales son para cauallos!

¡Amargo viejo, denuesto
De la humana natura!
¿Tu no miras tu figura
Y verguença de tu gesto?
¿Y no vees la ligereza
Que tienes para escalar?
¿Qué donayre y gentileza
Y qué fuerça y qué destreza
La tuya para justar?

¡Quien te viese entrometido
En cosas dulces de amores,
Y venirte los dolores
Y atrauessarte el gemido!
¡O quien te oyese cantar:
Señora de alta guisa,
Y temblar y gagadear;

Los gallillos engrifar
Tu dama muerta de risa!

¡O maldad enuegescida!
¡O vejez mala de malo!
¡Alma biua en seco palo,
Biua muerte y muerta vida!
Deprauado y obstinado,
Desseoso de pecar,
Mira, malauenturado,
Que te deja á tí el pecado,
Y tu no l' quieres dexar.

El viejo.

El qual y no l' muerde, muere
Por graue sueño pesado;
Assi haze el desdichado
A quien tu saeta fiére.
¿A do estavas, mi sentido?
Dime ¿cómo te dormiste?
Durmiose triste, perdido,
Como hace el dolorido
Qu'escuchó de quien oyste.

Cabo.

Pues en ti tuve esperança,
Tú perdona mi pecar;
Gran linaje de vengança
Es las culpas perdonar.
Si del precio del vencido
Del que vence es el honor,
Yo de tí tan combatido
No seré flaco caydo,
Ni tú fuerte vencedor.

DIEGO DE SAN PEDRO.

Desprecio de la fortuna.

(C. G. 263).

Mi seso lleno de canas
De mi consejo engañado,
Hast' aqui con obras vanas
Y en escripturas liuianas
Siempre anduuo desterrado:
Y pues cargó ya la edad
¡Donde conosco mi yerro,
Afuera la liuiandad,
Pues que ya mi vanidad
Ha complido su destierro!

Aquella *Carcel d' amor*
Que assi me plugo ordenar
¡Qué propia para amador!
¡Qué dulce para sabor!
¡Qué salsa para pecar!
Y como la obra tal
No tuuo en leerse calma,
He sentido por mi mal,
Quan enemiga mortal
Fue la lengua para ell alma.

Y los yerros que ponía

En vn *Sermon* que escrebí,
Como fué el amor la guía,
La ceguedad que tenía
Me hizo que no los ví:
Y aquellas *Cartas de amores*
Escritas de dos en dos,
¿Que seran, dezí, señores,
Sino mis acusadores
Para delante de Dios?

¿Y aquella *Copla y Cancion*
Que tú, mi seso, ordenauas
Con tanta pena y passion,
Por saluar el coraçon
Con la fé que allí le dauas?
Y aquellos *Romances* hechos
Por mostrar el mal allí,
Para llorar mis despechos,
¿Que seran sino pertrechos
Conque tiren contra mí?

Invocacion.

Mas tú, Señor eternal,
Me sey consejo y abrigo
Con tu perdon general;
Que sin gracia diuinal
No sabré lo que me digo:
Y pues tu, mi Dios sagrado,
De bondades eres fuente,
Plégate, Señor, de grado
Assoluerme lo passado
Y ayudarme en lo presente.

Yo no siento causa alguna

Por que sufren quantos son,
Tener sin causa ninguna
Tan señora la fortuna
Y tan sierua la razon:
Y pues muestra su poder
Liuiano y de poco peso,
Si lo quereys conoscer,
Yo no sé porqué ha de ser,
Señora, de nuestro seso.

Y si queremos temella
Porque señora se muestra,
Visto el daño que ay en ella,
No será por fuerça della,
Si no por flaqueza nuestra:
Y si somos sus catiuos
Es por que con fines coxos
Son todos nuestros motiuos
En lo qu'es dañoso, biuos,
Y en lo qu'es onesto, floxos.

Mas puesto que conoscemos
Las burlas que le hallamos,
Con vanidad que tenemos
Andamos tras lo que vemos,
Dexamos lo qu'esperamos:
Pero ¿qual sabio querrá
Seguir ley tan falsa y fita
Que con poca fé que ha
Lo que en largo espacio dá
En breue tiempo lo quita?

Y quien es della querido
Para mejor maña y suerte,
Dale de su bien fengido

Porque vaya enrriquescido
Con arras para la muerte:
Y pues nos es tan escura
Su vana prosperidad,
Huyamos de su locura,
Que siempre nos assegura
De poca seguridad.

En el dar se muestra clara:
Dios sabe lo que s'encubre:
Y como aquí se dèclara,
Cuando nos buelue otra cara,
¡Quanto engaño se descubre!
Es muy falsa y desigual,
Y es blanda para ser dura,
Y es qual es el animal
Que tiene secreto el mal,
Y pública la blandura.

Quando ya sus bienes dan
Fauor á los que se quexan,
Como sin firmeza van,
Y con holgura los han,
Desesperando los dexan:
Mas el que discreto fuere,
Como son bienes de fuera,
Ni los pide, ni los quiere,
Y no teniendo qué espere,
De nada no desespera.

Todo tiene de acabar
Y en tierra se ha de boluer,
Y pues qu'esto ha de passar,
Ni es el ganar ganar,
Ni es el perder perder:

Y porque en vida veamos
Que ningun plazer encierra,
Quando mucho trabajamos,
Aun el poluo que sacamos
Se haze en el pecho tierra.

D'allí vienen opiniones
Que dañan las voluntades;
D'allí sallen diuisiones,
D'allí se siembran quistiones,
D'allí nascen mortandades:
Y como los coronistas
Afirman los hechos tales,
Notando las cosas vistas,
De allí se vieron conquistas
Entre todos los mortales.

De lo qual pobreza apela,
Que aunqu'el mundo se consuma,
Ni vela, ni se desuela,
Ni tiene de qué se duela,
Ni tiene de qué presuma:
Pues visto con mi rudeza,
Si se vsasse la verdad,
Podrie con grand grandeza
Ser señora la pobreza
Y sierua prosperidad.

Ella cierto dormirá
Sin dar buelcos en la cama:
No teme lo que verná,
Ni llora que perderá
La hazienda, ni la fama:
Y aunque biua en una cueua
Nunca mudará su fuero;

Ninguna cosa l'es nueva,
Y por sú bondad es prueua
Del amigo verdadero.

Y entre estas cosas que siente
Fortuna que no relaxa,
Siempre se muestra presente,
Burlando continuamente
De los que sube y abaxa:
Burla de los que abaxó
Porque no la conoscieron:
Burla y burlando rió
Tambien de los que subió
Porqu'en algo la touieron.

Riquezas, onrras ganar,
Bienes son de buena suerte:
Si quedasse algun lugar
Para podellas gastar
Entr'el trabajo y la muerte:
Lo cual cualquiera lo siente,
Pero nuestro no hartar
Tal cobdícia nos consiente;
Que s'acaba juntamente
Con la vida el trabajar.

Y pues esto no se vieda
Mire bien quien no miró
Que del bien y el mal que rueda
Solamente dello queda
El contar cómo passó:
Todo ha de perescer,
Lo peor y lo mejor,
El ganar con el perder,
Con el pesar el plazer,
Con el morir el dolor.

Todo descanso á mi ver
¡O quán poco firme está!
Que si es, s'a de perder,
Y si fué, dexó de ser,
Y si fuere, no será:
Y como si lo passado
Ha de ser lo no venido,
Parésceme á mí escusado
El plazer por lo ganado
Y el pesar por lo perdido.

¿Qué aprouecha mejorar
Con riquezas el beuir,
Qu'en medio del trabajar
Nos venimos á lançar
Por las puertas del morir?
Por dó cualquiera que pueda,
Sin fatiga beuirá
Entre todo lo que rueda
Pues tan presto quien se queda
Tiene de ir tras quien se vá.

Alixandre como fundo
La fortuna le ayudó,
Y con consejo profundo
La mayor parte del mundo
Por fuerza la conquistó:
Pero deste su tener
Y potencia y presumir,
¿Qué provecho pudo auer,
Pues que le faltó poder
Para no poder biuir?

Tomemos vida segura,
Pues fortuna nos contrasta;

Que mirando con cordura,
Biuiendo segun natura
Cualquiera cosa nos basta.
Qu'el muy rico que se lança
En ser que jamás amengua,
Tiene hambre con puxança,
Y el pobre que seso alcança
Tiene hartura con mengua.

Los bienes que á muchos ví
No sospiraré por ellos;
Porqu'el mal sabor de mí
Ménos parte tiene en sí
Quien más parte tuuo en ellos:
Y como los tales son
Regidos sin ley alguna,
Tienen con ciega opinion
Por madrastra la razon,
Y por madre la fortuna.

Y aquestas riquezas llenas
De fatigas y pesar,
Pues sin gualardon dan penas,
No sé para qué son buenas
Sino para solo dar.
Pero como son amadas,
Prenden á todo varon
Si no saben sus entradas,
Así pueden ser llamadas
Cadenas del coraçon.

Los sabios no las retienen,
Ni por ellas mucho dan,
Y con sabieza que tienen,
Ni les plaze cuando vienen,

Ni les duele cuando van:
Y á soltallas ó á perdellas
Están muy aparejados.
Y por en poco tenellas,
Vsan solamente dellas
Como de bienes prestados.

Somos hechos d'una massa
Leue, flaca y no segura.
Que sin que tengamos tassa,
Trocamos por lo que passa
Lo que para siempre dura:
Y aquel Dios á dó se alcança
Todo nuestro bien perfecto,
De la bien aventurança
Acá nos dió el esperança,
Y arriba nos dió el efecto.

Y esta fama tras que andamos,
Porque por ella duremos,
¿Para qué la desseamos,
Pues tan tarde la ganamos
Y tan presto la perdemos?
Y porque la vee estimar,
Quantos loores le den,
Boecio quiere prouar
Con elocuente hablar
Cómo no es entero bien.

Dize qu'es razon prouada
Del Tholomeo aquí á punto,
Que toda la tierra andada,
Con el cielo comparada,
Es vn muy pequeño punto:
Y como en él se reparte

Notoria calor y helada,
Sin lo qu'el agua departe,
No más de la quarta parte
Es de gentes habitada.

Pues segun su componer,
Guardando razon derechos,
Bien poco bien deue ser
Aquel que puede caber
En tan pequeños estrechos:
Mas aunque fama dá
A todos contentamiento,
Más perfectó bien terná
El sabio varon qu'está
De qualquier cosa contento.

Mas como somos de lodo
Y de tan falso metal,
No hallo por ningun modo
Contento en el mundo todo
A ningun ombre mortal.
Quien de gran linaje viene,
Tiene falta de muger,
Y el que buena muger tiene,
Porque de otra parte pene
No puede hijos auer.

El que tiene fuerza y brío,
Está por caso lisiado,
Y el que tiene poderío,
De buen seso y aluedrío
Será del todo menguado.
Quien bien dispuesto paresce,
Tiene mala complission,
Y el qu'en riquezas floresce,

Por auentura caresce
De buena dispusicion.

De aqueste bien temporal
Lleno de tantos cuydados,
¿Por qué hazemos caudal,
Pues que la muerte es ygual
Para todos los estados?
Y por exemplo procuro,
Y con la verdad secreta
En aquel peligro duro,
¿Quién estaua más seguro,
Julio César ó Amicleta?

Pues quien quiere galardon
No pierda por su malicia:
Adorne su coraçon,
Si lo hizo á sin razon
Y se bañó de cobdicia.
A quanto conosco yo,
Loor justamente dado,
No sé quien lo meresció
Mejor que quien despreció
Lo qu'es de todos preciado.

Fabricio, segun hallé,
Como Séneca lo reza,
Á cuya razon di fe,
Afirma y dize que fué
En estremo su pobreza:
El cual era muy valiente,
El cual los suyos alaban
Por el seso tan prudente,
Aunque despreció el presente
Que los señores le dauan.

Y llenando este niuel
Pesó su habla con ellos,
Y siendo tan sabio él,
Quiso más la fama d'él,
Que no la riqueza d'ellos.
Si en el coraçon contiene
Todo mal ó bien que sea,
Como creer conuiene,
No es pobre quien poco tiene,
Mas el que mucho dessea.

Según se sabe y se obra,
Pocas veces vienen males
Donde escándalo se cobra,
Sinó auiendo mucha sobra
D'estos bienes temporales;
D'allí la cobdicia prende,
Por allí la embidia anda,
D'allí luxuria s'enciende,
D'allí vanagloria offende,
D'allí la soberuia manda.

Pues los bienes mundanables
Que tanto mal se concordan,
¿Con quien pueden ser estables,
Si ellos desuariables
Entre si se desconcordan?
¿Nuestra locura do vá?
¿Que hazemos, dónde andamos?
¿Nuestro seso dónde'stá?
Que cierto no'stan acá
Los bienes que deseamos.

El auctor contra la fortuna.

Pues, fortuna, yo reuoco
Quanto en mi tu fuerza obró,
Y notando lo que toco,
Tu me podrás tornar loco,
Mas nunca vencido, nó.
Y porque tus formas sé,
Y conozco tu denuedo,
Y más te perseguiré,
Que ciertamente yo hé
De tus obras poco miedo.

Eres á todo tormento
Y como siempre te vi
Desacuerdo y movimiento:
Ninguna persona siento
Qu'esté contento de ti:
Que quexan todos estados
De tu vano descompás;
Los mezquinos, los menguados,
Los grandes, por los cuydados
Que les das con lo que das.

Desamando los que van
Por la carrera segura,
Por las fatigas y afan
Que tus malas obras dan
Á quien sigue tu locura;
Quexanse los que posiste
En rebueltas que ordenaste,
Y tambien con rostro triste
Se quexan los que sobiste
Y despues los abaxaste.

Fin.

Pues tu, fortuna temida,
Mirando lo qu'es oydo
Con sentencia conoscida,
Yo pienso que estás corrida
Y tú que'stó yo corrido;
Mas sin temer tu grandeza,
Ni tus bienes ni tu yra,
Ni tu mal ni tu franqueza,
Si burlas de mi pobreza,
Yo burlo de tu mentira.

LOPE DE SOSA

Esparsa.

Á su amiga, porque estaua en una iglesia rezando ella en vnas horas, y por causa del rezar no le miraua.

(C. G. 268.)

No deués, dama real,
En rezar tan continuado
Trabajaros,
Porque quien os hizo tal,
Él se tiene ya el cuydado
De saluaros;
Y pues que podemos nos
Las razones d'esto vellas,
Que rezen otras por vos
Para que rezeys por ellas.

GARCI SANCHEZ DE BADAJOZ

Recontando á su amiga un sueño que soño.

(C. G. 273.)

La mucha tristeza mía
Que causó vuestro desseo,
Ni de noche ni de dia,
Quando estoy donde n'os veo,
No oluida mi compañía.
Yo los dias no los biuo;
Velo las noches catiuo,
Y si alguna noche duermo,
Suéñome muerto en vn yermo
En la forma que aqui escriuo.

Yo soñaba que me yua
Desesperado d'amor
Por una montaña esquiua
Donde si no vn ruyseñor,
No halle otra cosa biua:
Y del dolor que leuaua,
Soñaba que me finaua,
Y el amor que lo sabia,
Y que á buscarme venía
Y al ruiseñor preguntaua:

«Dime, lindo ruyseñor,
¿Viset por aquí perdido
Vn muy leal amador
Que de mí viene herido?»
—«¿Como? ¿Soys vos el amor?»
—«Si, yo soy á quien seguis,
Y por quien dulçes beuis
Todos los que bien amais».
—«Ya sé por quién preguntays,
Por Garci-Sanchez dezis.

Muy poco ha que passó
Solo por esta ribera,
Y como le vi y me vió,
Yo quise saber quien era
Y él luégo me lo contó
Diciendo: «Yo soy aquel
Á quien más fué amor cruel,
Cruel que causó el dolor,
C'á mi no me mató amor
Sino la tristeza d'él.»

Yo le dixe: «¿Si podré
Á tu mal dar algun medio?»
Dixome: «No, y el por qué
Es porque aborri el remedio
Quando de él desesperé».
Y estas palabra diziendo
Y las lágrimas corriendo,
Se fue con dolores graues:
Yo con otras muchas aues
Fuemos empós d'él siguiendo,

Hasta que muerto cayó
Allí entre unas açequias,

Y aquellas aues y yo
Le cantamos las obsequias
Porque d'amores murió:
Y áun no medio fallescido,
La tristeza y el oluido
Le enterraron de crueles,
Y en estos verdes laureles
Fue su cuerpo conuertido.

D'allí nos quedó costumbre
Las aues enamoradas
De cantar sobre su cumbre
Las tardes, las aluoradas,
Cantares de dulcedumbre:
«Pues yo's otorgo indulgencia
De las penas que el ausencia
Os dará amor y tristura
Á quien más su sepoltura
Servirá con reuerencia».

Fin.

Vime alegre, vime vfano
D'estar con tan dulce gente;
Vime con bien soberano
Enterrado honradamente,
Y muerto de vuestra mano:
Alli estando en tal concierto
Creyendo que era muy cierto
Que veía lo qu'escriuo,
Recordé y halleme biuo,
De la qual causa soy muerto,

Coplas

á los galanes fingiendo que los vido presos en la casa d'amor á los biuos, y á los pasados con las canciones que hizieron. llámase infierno d'amor.

(C. G. 274.)

Caminando en las honduras
De mis tristes pensamientos,
Tanto anduve en mis tristuras,
Que me hallé en los tormentos
De las tinieblas escuras:
Vime entre los amadores,
En el *Infierno d'amores*,
De quien escribe Guevara;
Vime donde me quedara
Si alguno con mis dolores
En ser penado ygualara.

Vilo todo torreado
D'straña lauor de nueuo,
En el cual despues d'entrado,
Vi estar solo vn mancebo
En vna silla asentado:
Hízele la cortesía
C'a su estado requería,
Que bien vi qu'era ell amor,
Al cual le dixe: «Señor,
Yo vengo en busca mía
Que me perdi d'amador».

Respondiome: «Pues que vienes
Á uer mi casa real,

Quiero mostrarte los bienes,
Pues que has visto mi mal
Y los sientes y los tienes».
Leuantose y luego entramos
Á otra casa do hallamos
Penando los amadores
Entre los grandes señores,
En las manos sendos ramos,
Todos cubiertos de flores.

Díxome: «Si en vna renta
Vieres andar mis catiuos,
No te ponga sobreuienta;
Que de muertos y de biuos,
De todos hago una cuenta:
Todos los tengo encantados,
Los biuos y los finados,
Con las penas que touieron,
De la misma hedad que fueron,
Quando más enamorados
En este mundo se vieron.

En entrando vi assentado
[En] vna silla á Maçías,
De las heridas llagado
Que dieron fin á sus días
Y de flores coronado:
En son de triste amador
Diziendo con gran dolor,
Vna cadena al pescuezo,
De su canción el empieço:
Loado seas amor
Por cuantas penas padeço.

Vi tambien á Juan Rodríguez
Del Padron dezir penado:

Amor, ¿porque me persigues?
¿No basta ser desterrado?
¿Aun ell alcance me sigues?
Este estaua vn poco atrás,
Pero no mucho compás
De Maçías padesciendo,
Su misma camción diziendo:
Biue leda si podrás,
Y no penes atendiendo.

Vide luego á vna ventana
D'una rexa estar parado
Al marques de Santillana,
Preso y muy bien recabdado,
Porque estaua de su gana:
Y diziendo: *Mi penar*
Auque no fue á mi pesar,
Ni son de oro mis cadenas,
Siempre las terné por buenas,
Mas no puedo comportar
El grand dolor de mis penas.

Vide el amor que ponia
Vna guirlanda de flores
A Monsalue que sentia
De sus penas las mayores
Y vascando assi dezía:
La merced que amor me haze
Sin vos no me satisfaze,
Ni el dolor que m'atormenta,
Mas mis penas acrescienta,
Pues serviros os desplaze
Y loaros descontenta.

A Gueuara vi quexarse
Tal que me puso manzilla,

Y en biuas llamas quemarse,
Como quien hizo capilla
Para en ella sepultarse:
Y el secreto mal d'amores,
De penas y disfauores
No podiendo más sofrir,
Comiença luego á dezir:
Liuianos son los dolores
Qu'el seso puede encobrir.

Vi estar á Don Rodrigo
De Mendoça en soledad,
Diziendo solo consigo:
¡O dama de gran beldad!
¿Porque'stas así conmigo?
Mas dezia con tristura:
Dichosa fué mi ventura
Por darme vos el tormento,
Pues á mi conoscimiento
No vence sola hermosura,
Más otras gracias sin cuento.

Y vi luego á Juan de Mena
De la hedad que amor sintió,
Con aquella misma pena
Como cuando lo encantó
Ell amor en su cadena:
Y de tal llaga herido
Que le priuaua el sentido,
Diciendo como oluidado:
¡Ay dolor del dolorido
Que non oluida cuydado!

Vi qu'estaua en vn hastial
Don Diego Lopez de Haro

En vna silla infernal,
Puesto en el lugar más claro
Porque era mayor su mal.
Vi la silla luego arder
Y él sentado á su plazer
Publicando sus tormentos,
Y diziendo en estos cuentos:
Caro me cuesta tener
Tan altos mis pensamientos.

D. Jorge Manrrique andaua
Con gran congoxa y tormento:
De pensar no se hartaua,
Pensando en el pensamiento
Que pensar más le agradaua,
Diziendo entre sí consigo:
Siempre seré mi enemigo
Pues en darme me perdí,
Mas si yo mismo me di,
No sé porque me fatigo,
Pues con razon me vencí.

A Sant Pedro presso ví,
Que dezia muy sin pena
Manzilla no ayais de mí,
Que aquesta gruessa cadena
Yo mismo me la texí.
Y tornaua con dolor:
¡O cruel, ingrato amor,
Lleno de rauia mortal!
¡O biua muerte y gran mal,
Tenémoste por señor,
Y tu galardon es tal!

Vide á Juan de Hinestrosa
Llorando con gran passion,

De una flecha ponçoñosa
Herido en el coraçon
De mortal llaga rauiosa:
Nunca tan perdido ví
Ninguno después de mí,
Diziendo: Pues biuo yo
Con mal que nadie biuió,
No sé para que nascí,
Pues qu'en tal estremo estó.

Vi venir á Cartagena,
Diziendo con pena fuerte:
Ved qué tanto amor condena,
Que áun no me pudo la muerte
Libertar de su cadena.
Y dezia con passion:
Para mí ouo conclusion,
Mas no para mis dolores:
Ved cuán fuera de razon
Va la ley de los amores,
Ser los ojos causadores,
Y que pene el corazon.

Vi tambien andar penando
El Vizconde d'Altamira,
En amores contemplando:
De rato en rato suspira
Muy amenudo hablando,
Diziendo con gran tristura:
Aued vn poco mesura,
No me deys ya más cuydados,
Que bien bastan los passados,
Señora de hermosura,
Guia de los desdichados.

Vi á D. Luis arder,
Su ermano en llamas d'amores;
Que sus gracias y saber,
Ni sus muy altos primores
Le pudieron socorrer:
Del todo desesperado,
Pero no desamparado,
Segund su dicho s'esmera,
Diziendo desta manera:
Si n'os ouiera mirado,
Pluguiera Dios que n'os viera.

Vi luego que vn gran harpon
A D. Diego de Mendoça
Le passaua el coraçon,
Por la mano d'una moça
Tirado con afection,
Y diziendo: *Pues sin verte*
Biue mi vida en la muerte,
Muera yo porque no pene,
Y luego cantando viene:
Pues no mejora mi suerte,
Cedo morir me conviene.

Don Luys de Torres ví
En el norte estar mirando,
Mirando y como entre ssí
Tales palabras hablando,
Hablando y diciendo assí:
Los ojos en el estrella,
Si el remedio de perdella
Ha de ser ver otra tal,
¡Quan sin él está mi mal,
Pues ninguna es tal como ella!

Vi D. Manrique de Lara
Com'ombre muy aborrido,
Su pena oscura muy clara
De todas partes herido,
Muerta la flor de su cara:
Por el suelo vi tendida
Su real sangre vertida,
Sin guardarle preminencia,
Diziendo muy sin paciencia:
Desespérese mi vida
De sanar d'esta dolencia.

Vi mas á Don Bernaldino
De Velasco allí'ncantado
Qu'estaua assí de camino,
Vestido de colorado,
De seda y de paño fino:
Vi otros en derredor,
Con él heridos de amor
Que yuan en su compañía
Diziendo como aquel día:
No juzgueys por la color,
Señora, que nos cobría.

Vi D. Hernando d'Ayala
Con toda la gentileza
Que murió y de toda gala,
Herido de gran tristeza:
Vílo andar por vna sala:
Vi que ninguno no vale,
Tanto qu'en amor se yguale
Con él de los amadores:
Vi su esfuerzo y sus primores:
Vi que ell alma se le sale,
Diciendo: *¡Amores, amores!*

D. Esteuan de Guzman
Vi que andaua muy lloroso,
Sufriendo cuyta y afan,
Y cuanto más él quexoso,
Tanto más penas le dan.
Dezía: *si atormentarme*
Quereys por la muerte darme,
Señora de grand valer,
Terneos que agradescer,
Mas no quereis acabarme,
Por más mal poder hacer.

Allí vi al Comendador
Juan de Hinestrosa andar
Herido de un passador;
Era cossa de temblar:
Mis ojos sus manos vieron,
Sacadas con gran dolor,
Diciendo hazia el amor:
Las tus manos me hizieron
Y formaron amador.

A D. Bernaldino vi,
Manrrique tañer cantando
Como ombre fuera de sí,
En tristezas lamentando,
Tal que en verlo enmudescí:
Tal lo vi qual yo me veo
Con el mal con que peleo,
Muy lloroso y sospirando,
Diziendo de quando en quando:
Descanso de mi desseo,
Te meresco desseando.

A D. Yñigo Manrrique
Vi penar de tantos modos,

Qu'es razon que lo publique
Porqu'en el castiguen todos
Y sus penas notifique:
Vi su gesto y su plazer
Y el cuerpo en llamas arder
Con el coraçon partido,
Diziendo: *Aunque soy perdido,*
Mejor fué perder mi ser,
Señora, que no auer sido.

Y tambien vi á D. Diego
De Castilla desseando,
Muy vascoso y sin sossiego,
Con la muerte andar lidiando
En lo mas biuo del fuego:
Verdaderamente creo
Que nunca fue tal desseo
Qual mostraua que tenía,
Diziendo, sin alegría:
¿Dónde'stás que no te veo?
¿Qu'es de ti, esperanza mia?

Pasaua mal sin medida
Don Antonio de Velasco,
Y ell esperança perdida,
Dezía con muy gran vasco:
Perdónesseme la vida,
Cruel amor, diziendo, pués
De matarme gana aués,
Y en ello mi mal s'afirma,
Mi voluntad lo confirma,
Spiritus promptus est,
Caro autem est infirma.

Vi á Don Sancho su hermano,
En el mismo fuego arderse,

De la muerte tan cercano,
Que ni él podía valerse,
Ni dar al otro la mano,
Diciendo: *¡Que gran dolor*
Que tengamos por señor
Á quien causa nuestro daño!
¿Puede ser más claro engaño?
Nunca fué pena mayor,
Ni tormento más estraño.

Vi Ariño que venía
Con su ballesta y aljaua,
Com'ombre sin alegría:
Des que le vi qual estaua,
Preguntele qué sentía.
Dixo: *Siento tal passión,*
Pena, desesperación,
Que de verme en tal estrecho,
Hago tiros con despecho
Que tiran al coraçón
Del mismo que los ha hecho.

Vi una merced que amor
hizo allí á D. Aluar Perez,
Diziendo: *Mi servidor,*
Quiero que seas mi alferez,
Pues eres tan amador.
El viendo'l peligro qu'era,
Tomó luego la bandera,
Y con desesperación
Tañe y canta esta cancion:
Mi uida se desespera
Temiendo su perdicion.

Vi estar muerto d'amores
A su hermano Don Alonso,

Sepultado entre las flores,
Y cantándole vn responso
Calandrias y ruyseñores:
Vi que Venus y Cupido
Fauorescen su partido,
Tanto qu'aunque desespera,
Le vi dezir: *Aunque muera*
Más quiero assi ser vencido
Que vencer d'otra manera.

Y vi más á D. Manuel
De Leon, armado en blanco
Y ell amor la ystoria d'el
De muy esforzado y franco,
Pintado con un pinzel:
Entre las cuales pinturas
Vide las siete figuras
De los moros que mató,
Los leones que domó
Y otras dos mil aventuras
Que de vencido venció.

Cabo.

Perdonen los caualleros
A quien hago sinjusticia,
Pues quedan por estrangeros
Y agenos de mi noticia
De poner en los primeros:
Y si d'esto se quexaren
Los que aquí no se hallaren
Porque assi cierro la puerta,
La materia queda abierta,
Pónganse los que faltaren (1).

(1) En los Cancioneros de 1527, 1540 y 1557, se añaden las siguientes estrofas:

Romance.

(C. G. 468.)

Caminando por mis males,
Alongado d'esperança,
Sin ninguna confiança
De quien pudiese valerme,
Determiné de perderme,

El amor vi que tiraua
Flechas al Conde de Haro,
Con yerua que le passaua
Los pechos de claro en claro,
Mas la yerua no trabaua,
Diciendo: *Si no muriere,*
Y veys qu'es porque me hiere
Con toda su fuerça amor,
Por do es mi mal mayor,
Si por caso yo viuiere
Partiendo con tal dolor.

Iñigo Lopez andaua
Con vna mortal herida
Qu'el coraçon le passaua;
Recelando la salida
El alma que en él estaua,
A grandes vozes dezia:
Harto de tanta porfia
Sostengo vida tan fuerte,
Qu'es triste el anima mia
Hasta que venga la muerte.

Lope de Sosa venia
Enclauado de saetas,
Tal que muerte descubria
Sus passiones muy secretas;
Estas palabras dezia:
Pues amor su haz m'esconde,

D'irme por unas montañas,
Donde ví bestias estrañas,
Fieras de quien vue miedo;
Mas esforçé con denuedo
De mi desesperacion;

Y á mi seruir no responde,
Cierto es mi desesperar.
Y comiença de cantar:
Más embidia he de vos, Conde,
Que manzilla ni pesar:

Luys de Espindola estaua
Con gesto sin alegria;
D'amores se traspassaua;
Ni velaua, ni dormia,
Ni dormia, ni velaua:
En su robada color
Mostraua su disfauor
Con el esperança muerta,
Diziendo: *Razon, despierta,*
Ved qué causa el desamor
Que contra amor se concierta.

Vide à Hernando de Llanos
Andar regando su huerta,
No de peros, ni mançanos,
Mas de males que concierta
Amor á sus más ancianos:
Y aunque como seruidor
Le trataua amor peor,
Mostraua contentamiento,
Diziendo con gran contento:
Son mis passiones de amor
Tan altas de pensamiento...

Vide á Rodrigo Mexia
Alli entre todos enmedio
Qu'en viuos fuegos ardia,
Ni tornaua su remedio,
Ni dexaua su porfia:
Que era muerto, siendo viuo

Fuyme á ellas de rrendon
Por ver si me matarían,
Mas vnas á otras dezían:
—No le dé nadie la muerte,
Qu'el mal que trae es mas fuerte
Que ninguno que le venga:
Dexalde muera á la luenga,
Que de amor viene herido,
Pues assí tan aborrido
Házia nosotras se viene;

Y siendo libre, catiuo,
Declarando su vivir,
Y dezia en su dezir:
El mal que de vos recibo
Es más que para morir.

A D. Lope de Leon
Con todos sus amadores,
Vi cantar en tal sazon,
Y votauan por amores
De no darse á otra prision
Sino aquella que tenian,
Por seruir á quien seruian,
Donde perdieron sus vídas,
Mirandose las heridas,
Alegres porque cumplian
Las deudas á amor deuidas.

Vi á D. Juan de Guzman,
Primogenito de Niebla,
Estar perdido en muy gran
Y muy escura tiniebla;
Tal que apénas vi su afan,
Diziendo: *Quien conoceros*
Pudo como yo y perderos,
Justa cosa es qu' esté aquí;
No, señora, porque os ví,
Porque mi vida en no veros
Tal gloria quitó de sí.

Y áun porque el mal que tiene
A nosotras no se pegue,
Huyamos antes que llegue
Su fuego tan peligroso.
Yo les dixe con reposo
Cuando tal temor les ví:
—¿Para que huys assí
D'ombre de tan triste suerte?—
Y queriendo allí la muerte,
Y tambien la sepoltura,
Començé con gran tristura
Este cantar que diré:
—Hagádesme, hagádesme
Monumento d'amores ¡he!

Assí como fué acabada
Mi triste lamentacion,
Dixeles esta razon:
—Atendé, no ayays temor;
Mas pues que sabeys de amor,
Dezí ¿con qué os remediays
Quando en el lugar que amays
Vuestro amor no es recebido?
Dixieron:—Por respondido
Te deuiras tu tener,
Pues consejo quieres ver
De quien no tiene razon.—
Viendo qu'en su relacion
No podía auer enmienda,
Abaxé por vna senda
Á vnos valles suaues
Donde ví cantar las aues
De amores apassionadas,
Sus cabeças inclinadas
Y sus rostros tristezicos:

Desque ví los paxaricos
En los lazos dell amor,
Membréme de mí dolor
Y quise desesperar;
Mas escuché su cantar
Por ver si podría entendellas:
Viles sembrar mil querellas
Que de amor auien cogido;
Desque ví assí cundido (1)
El poder de amor en todo,
Yo tome desde allí vn modo
De tener consolacion,
Díxeles esta razon,
Rogandoles que cantasen,
Porqu'ellas no sospechasen
Que quería mas de oyllas:
—Cantá todas, auezillas,
Las que hazeys triste son,
Discansar á mi passion

No porque queda cansada
De sufrir tanto tormento,
Que si mi pena es doblada,
Hazela bien empleada
El mucho merescimiento;
Porque doble el pensamiento,
Cantad, y con triste son,
Discantar á mi passion.

(1) Otras ediciones *condido*.

FLORENCIA PINAR

Cancion d'vnas perdices que le enviaron biuas.

(C. G. 343.)

Destas aues su nacion
Es cantar con alegría,
Y de vellas en prision
Siento yo graue passion,
Sin sentir nadie la mía.

Ellas lloran que se vieron
Sin temor de ser catiuas,
Y á quien eran más esquivas
Essos mismos las prendieron:
Sus nombres mi vida son
Que va perdiendo alegría,
Y de vellas en prission
Siento yo grave passion,
Sin sentir nadie la mía.

EL COMENDADOR ESCRIVÁ

Cancion.

(C. G. 392.)

Ven muerte tan escondida
Que no te sienta comigo
Porqu'el gozo de contigo
No me torne á dar la vida.

Ven como rayo que hiere,
Que hasta que ha herido
No se siente su ruydo,
Por mejor herir do quiere:
Assí sea tu venida:
Si no, desde aquí me obligo
Que el gozo que auré contigo
Me dará de nueuo uida.

PUERTO CARRERO

(C. G. 794.)

Coplas que hizo

porque passando vn día por vna calle donde su dama estava con vna compañera suya, y también tercera d'él que se llamava Xerez, las cuales él no havia visto, fué llamado por su señora, y començaron á hablar los dos; y algunas vezes ella burlando d'él y desfraçéndole y buelve la habla á su compañera; donde él toma argumento para hacer este diálogo en que se introduce Puerto Carrero, Perez, ella, que es su señora, y Lope Osorio, hermano de la señora; y comiença ella desta manera:

E. ¡Puerto Carrero!
P. ¡Señora!
E. ¿Dónde vays?
P. No sé dó voy
Ni do vengo ni dó stoy,
Ni sé de mi parte agora.
E. Nunca yo menos os ví:
P. Verdad es;
Mas la culpa vuestra es,
Que después que os conoscí
Nunca m'acuerdo de mí.

E. Quien de ssi no tiene acuerdo
¿De quién se puede acordar?

P. De vos qu'en n'os olvidar
Acuerda mi desacuerdo:
De mi biuo descuydado,
Y quiera Dios,
Que la memoria de vos
Me ponga en tanto cuydado
Que biva desacordado.

Dice ella á la compañera.

Hermana, ¿vos no le oys?
X. Sí, señora.
E. ¿Qué os parece?
X. Que á ssu cuenta no meresce
Los males que le dezis.
E. ¡O! callá, que m'enojays;
No es despecho
Qu'en descuento de lo hecho
Diga más.
X. ¡Donosa estays!
¿Y d'esso os maravillays?

E. Péname ver quál estays.
X. Y á mi lo que vos hazeys.
A quien tanto mal quereys,
Veamos, ¿por qué le hablays?
E. Poco lleuays, d'esta tienda,
Ni él m'entiende,
Porque quien seguro prende,
Hasta tomar d'el emienda
Trabajo que no m'entienda.

X. ¿Quereys ver si os aprovecha?
Llamalle: ved si uerná.

E. No, sino vos le llamá,
Porque suba sin sospecha.
X. Mejor es que le dexeys,
Qu'es pecado:
Harto está desuenturado:
Baste el mal que le hazeys,
Sin que le desespereys.

E. No os turbe velle turbado,
C'aun que en las muestras paresce
No es el más el que padesce,
Que yo siento su cuydado.
X. Bien, que no vasse á morir.
E. Yo os digo:
Escondeos, vell'eys comigo;
Hazelle acá subir
Si aueys gana de reyr.

X. ¡En venir está pensando!
No verná si os entendió.
E. Tan ayna lo llame yo
Como verná trompicando.
X. ¿Quereys apostar que no?
E. ¿Qué va que si?
Mas n'os ha de ver aquí.
X. ¡Cómo! ¿Estoruaros hé yo?
Llamadle, que ya me vió.

E. ¿Acordays de responderme?
P. No sé qué acuerde de mí,
Pues acordar que os serví
Acuerda el desgradescerme.
Pues con tristeza acordada
Me matays...
E. Acabá, dezi do vays.

¡Qué respuesta tan penada!
P. Triste voyme á mi posada.

E. Acordaos quando boluays
C'aueys de subir acá.
P. Yo me doy por vuelto ya;
Por esso, ved qué mandays.
E. No son cosas para en plaça.
P. Subiré,
Si manda uuestra mercé,
Aunque auia d'ir á caça.
E. Subí, ¿quien os embaraça?

Habla ella á ssu compañera diziendole qual le verá desque suba, y dice:

Ora le vereys venirse
Passeando y requebrarse;
Velle eys sin pena quexarse,
Y con quexas despedirse;
Velle eys mil vezes partirse
Sin que parta;
Velle eys que nunca se aparta
Dela muerte sin morirse;
Vereys que no es de sufrirse.

La consideración qu'él hace subiendo.

Pues tan alagüeña está
Quien jamás me dió respuesta,
Cautela deue ser ésta.
¡Líbreme Dios! ¿qué será?
Del sí que dí me arrepiento
¿Mas por qué,
Que yo en mi vida le erré?

Pero en ser llamado siento
Nouedad con que me afruento.

Señor, á ti m'encomiendo,
Que vó entre la Cruz y el lecho.
Mas yo, triste; ¿qué l'he hecho
Para que suba temiendo?
Subir sin temor puedo,
Mas subido,
No quisiera ser nascido,
De turbado, qu'el denuedo
Huyó de miedo del miedo.

Pero ya fueme forçoso
De seguir lo començado,
Presumiendo d'esforçado
Con coraçon de medroso.
Encubriendo mis temores,
Fuy en presencia
De quien vi tanta excelencia,
Qu'en contemplar sus primores
Me mudé de mil colores.

P. Vuestra merced ¿qué me manda?
E. ¿Qué? que murays mala muerte,
O que biuays de tal suerte
Que huyais vuestra demanda.
P. ¿Luego morir me mandays?
E. Yo no lo hago,
Pero leuareys en pago
De la pena que mostrays
Reués de lo que buscays.

P. Busqué harto mal en veros,
Pues que m'es fuerça serviros;

Busqué vida con sospiros,
Causada por conosceros;
Busco el fin, y en mi ventura
No le hallo;
Busqué más dolor que callo,
Porque no tiene figura
Mi crescida desuentura.

E. Será mejor que busqueys
Fin á comienço tan largo,
Donde'l medio es tan amargo
Que n'os arrepentireys
De huyr por mi consejo
Vuestra gana;
Y la yda sea temprana,
Porque n'os huya el conejo;
Acordaos que es refran viejo.

P. ¿Y esso es nuevo para mí
Sin que esse refrán viniera?
Lo que siruiendo s'espera
Dias ha que lo entendí;
Pero quien os conosciese
No podrá
Huyros, ni lo querrá,
Porque sin vos quien biuiere,
Mientre más biue más muere.

E. ¿Sabés ora quánto os vá?
Entendida es vuestra cuenta,
Pero la mayor afrenta
Sé qu'en mi beuir está.
P. Y en la muerte está el reposo,
Aunque s'esconde.
E. ¿Qué digo y qué me responde?

Ios, que soys enojoso.
P. Ni sé, ni quiero, ni oso.

E. ¡Mira como s'arrepiente!
P. No tengo otra cosa buena
Sino que si sufro pena,
De mi grado se consiente.
E. Pues quitá el pie del escala,
Y bolueos
Sin buscar otros rodeos;
Si no, ¡assí Dios me vala!
C'aureys d'ir enoramala.

P. Mejor enmienda pedís
Que verme con tan ruyn vida,
Sin tenerla merescida.
E. Y vos, ¿por qué la sofris?
P. Porque resulta más gloria
En mi passión
Que meresce la afición;
Y con esta tal memoria
Mi dolor es mi victoria.

E. Bien hazeys el requebrado,
Desdeñado y mal querido:
Do no fuérdes conoscido
Serés mejor empleado.
P. Fin ha hecho mi esperança.
E. ¿Y qué os la quita?
P. Vuestra beldad infinita:
Mi dicha, que no os alcança,
Causa en mi desconfiança.

E. ¡Catá qué dososo estays!
¿El mundo acábase en mí?

P. Para mí, señora, sí,
Que del todo m' acabays.
Y con tan justa raçón
Pues yo's veo,
Cabo soys, porqu'el desseo
Da comienço á la afición
Donde acaba el coraçón.

Acaba quien no comiença
Á quexar sus desuenturas.
E. Dexaos ya d'essas locuras;
Noramala, aué vergüença.
P. De no quexar lo que siento.
Assi gozeys
Como lo que meresceys,
Y mi no merescimiento
Quítame ell atreuimiento.

E. Que si fuésemos yguales,
No auría más que hazer.
P. No os plaze de me entender
De que n'os penan mis males.
Digo que no puede ser
Quien os vió
Hacer más de lo que yó;
Y aquí quiero fenescer,
Sin poderos merescer.

E. Merescen vuestras maneras
Pena por lo que haueys dicho.
Desde aquí os pongo entredicho
Porque hablemos de veras;
Si no dexáme rezar.
P. ¡O señora!
Sobre ser mi matadora

Me quereys disimular
Porque crezca mi penar!

¡Por Dios que me remedieys!
E. Por vuestra vida ¿qu'es esso?
¡Que buen enmendar d'auieso!
¡De penado os atreueys!
Nunca mas passion ni pena
Tenga yo
De la que mi uista os dió,
Que yo la terné por buena.
P. Nuevo dolor se me ordena.

E. No es ya cosa de sofrir
Engaño tan descubierto.
¿Vos no pedís veros muerto
Huyendo vuestro vevir?
¿Qué nouedad de dolor
Puede ser
Puesta sobre fenescer?
P. Lo que sufre el amador
Sin dubda es mucho peor.

E. Y lo qu'es peor d'aquí,
Pedir mis tristezas vos.
P. Señora, no plega Dios,
Antes me acaben á mí.
Soy de buen conoscimiento.
E. Assí os quemen
Como vuestros miedos temen
Memoria del mal que siento,
Ni os passa por pensamiento.

P. En más congoxas me veo
Que dubdays mi pena fuerte,

Que de recebir la muerte,
Pues la pide mi desseo.
¿Quién sostiene tanto daño?
E. ¿Como quién?
P. Vos, señora, porque el bien
De miraros muy estraño
Sufre el mal de todo el año.

E. Ios d'ay, no me enojeys.
¿Dónde os vino atreuimiento?
P. De mi triste pensamiento,
Del mal que vos me hazeys,
Qu'el da causa que se os diga...
E. ¡Callad ya!
P. No sé cómo lo hará
Quien quexando su fatiga
Os halla más enemiga.

Pues vuestra merced s'enoja,
Quiero que tengais derecho
Haciendo's algun despecho.
E. ¡Guarda allá! ¿qué se os antoja?
P. Veros vuestra gentileza;
Y quanto os veo,
Todo lo pide el deseo;
Mas do ay tanta crueza
Lo mejor es más tristeza.

E. Estad, noramala, quedo.
P. No quiero ni quiera Dios.
E. ¿Que tanpoco tengo en vos?
P. Más de ser mucho no puedo.
E. ¿Mucho llamays enojarme?
P. No querría;
Mas mi forçosa porfía

Busca para más penarme
Maneras de consolarme.

E. Bien hazeys á costa agena.
P. Yo, señora ¿en qué os ofendo?
E. Ea, no vamos riñendo.
P. ¿Qué más puede ser mi pena?
No sé que más mal hagays.
E. ¿Qué os he hecho?
P. Tanto mal que de derecho
Merezco, aunque no querays,
Qu'en mi gloria consintays.

E. ¿Cómo pensais que os entiendo?
Mejor me perdone Dios.
P. Él me dé gracia con vos.
E. ¡Ihesú! de vos me defiendo.
P. Y no de vos, más de mí.
E. De vos ¿por qué?
P. Bien dezís, porque busqué,
Viendo que no os merescí,
Vida con que fenescí.

E. Fenescido y requebrado
No caben en vn sugeto,
Aunque os tengo por discreto.
P. Téngome por desdichado,
Mas quien pone su cuydado
Do se olvida,
Aún más pierde que la vida,
Pues está predestinado
A beuir desesperado.

E. Eso más fué d'estudiante
Que de discreto en amores.

Trocá el estudio á primores,
Pues presumís de constante.
P. Aprendí ¡mala ventura!
En vuestra escuela,
Do mi saber se desuela;
Y quanto bien me procura
Mi gloria, es mi desuentura.

Este es el estudio mío:
Con mil passiones estrañas
Allí quemo mis entrañas,
Y á la fin me desconfío
De la dicha y mi porfía
Y de la ciencia,
Pues no hallo diferencia
Sirviendo's, de mejoría,
Antes peor cada día.

Pues he dicho mi tormento,
Mis cuytas y dessearos,
No quiero más enojaros.
E. Más os vá que juramento.
P. Dezilde que no se quexe.
E. Adeuinar,
O no teneys que quexar,
Presto mi vida me dexe,
Porque tanto mal se alexe.

¡O quien no fuera nascido,
Pues manifiesto paresce
Lo que mi beuir padesce,
Lo que espera lo sofrido!
¡Aun bien no quitan la nema,
Comparado
Al dolor apasionado

Do mi fe se abrasa y quema,
Y decís que acabe el tema!

Mirá cuanto sobrepuja
Al que he dicho mi dolor,
Que de muy luenga lauor
Fué el enfilar del aguja.
Es vihuela que tempré;
Fué el tentar
Sin tañer y sin cantar;
Fué justa que concerté
Do á mala bes m'ensayé.

Missa en pontifical fué
Mi triste comparación,
Y paró en la confissión,
No porque faltó la fé.
Mi pena, Dios es testigo,
Y mi razón,
Mas vuestra dispusición
Contraria al bien que consigo,
Vierte todo cuanto digo.

Causa de vida penada
Es esta gloria de veros,
Pues no puedo hacer creeros
Las quexas de mi embaxada.
Y aun no hize la leuada
De lo qu'es,
Y vos, dama descortés,
Sin ser la salua acabada
Days la mesa por alçada.

E. Dexad las comparaciones
Y quexad lo que sentís,

Porque quanto me dezís
Todo passa entre renglones.
Tomays vnas conclusiones
De penar;
De no saberos quexar,
Ó de falta de passiones
Os fallescen las razones.

P. Lo que siento es lo que veys;
Tal es, que de amor m'espanto:
De mí, cómo sufro tanto:
De vos, de quanto hazeys.
Sin vos siéntome morir,
Y presente
No ay lugar que me contente,
Ni manera de beuir:
Juzgad qué debo sentir.

Sufro el desseo de veros,
Y en veros desseo oyros,
Y en oyros conosceros,
Donde m'es fuerça seruiros.
Seruiros cresce el desseo,
Y el desear
Me haze desesperar,
De la gloria que posseo
Quando cabe vos me veo.

Más sufro delo que digo,
Qu'el amor es sospechoso:
Desta causa soy celoso
Por serme más enemigo;
No de vuestra condición
Más de mí:
Tan sin ventura nascí,

Y vos en tal perfectión
Qu'está cierta la pasión.

E. ¿Vos hablays?
P. No, ni quisiera.
E. Mas, de veras, ¿dezís algo?
P. No, ni sé si entro ni salgo,
Si'stó dentro, si'stó fuera.
Ni sé si prueue á sallirme
Ó si estaré,
Ni pienso lo que haré,
Ni bien oso despedirme,
Ni'stó ni quiero partirme.

Y pues que yo no m'entiendo,
No es mucho que no m'entiendan,
Ni que mis males me ofendan,
Pues los busco y los entiendo.
¿Dónde se cosió esse guante?
E. ¡Qué deslates!
¿Vienen ya los disparantes?
Pues yo's do fe que m'espante,
Si m'echays el pie delante,

Toda esta seda se ahaja:
P. No porfie vuesta mercé,
Que á media rienda os terné
Los arfiles de ventaja.
E. ¿Ya cuyo será aquel mote?
P. ¿No quereys?
Pues yo's doy fe si perdeys,
Que me pagueys ell escote
De traerme al estricote.

E. ¿No mirays qué tarde hace?
P. Para mí no ay nada bueno:

Ni muero con lo que peno,
Ni el plazer me satisfaze.

E. Dezí, señora Xerez,
Mi dechado,
¿Dexástele en el estrado?
Mi fe, si juzgays belmez
Mate quedays d'esta vez.

Según os fué d'este trance
callar os fuera mejor:
presumís de jugador
y soys mate al primer lançe.

P. Cien mil escusas daré,
y la más cierta
es veros que desconcierta,
quantos juegos concerté,
y assi está en xaque la fe.

E. No podeys sallir de xaque.

P. Ni lo pido, ni lo quiero:
Pido la muerte, qu'espero
Que de tal vida me saque.
Pues la pena de huyros
Está cierta,
La razón qu'es encubierta
Del desseo y mis sospiros,
Ésta me obliga á serviros.

Esta dió lugar al fuego
Que s'emprendió del querer,
Donde se quemó el plazer
Con las pieças deste juego:
Mas vó penado y contento,
Que la fama
D'auer sido mate dama,

Y vuestro merescimiento
Quitan la pena que siento.

No se aparta, mas ufana
Queda, pues de vos se ofresce;
Es tristeza y no entristece,
Dolor sufrido de gana:
Es vn beuir congoxoso
Sin congoxa,
Porque la ocasión afloxa
El nudo mas peligroso,
Y assi la pena es reposo.

E. ¿Vos venis en vuestro seso?
Tornad en vos, ¿dónde estays?
¿No mirays con quien hablays?
P. Miro que me teneis preso
Con prisiones que soltarme
Es la cadena;
Y estar fuera d'esta pena
Péname tanto apartarme,
Qu'es pena para matarme.

E. Quantas pasiones fengís,
Quantas congojas mostrays,
Dos tantas leguas estays
Lexos de lo que dezis.
Quan preso, quan libertado,
Y tan contento,
Como en vuestro pensamiento
Aueys hecho el requebrado
Cativo y desesperado.

P. ¡O desdichado de mí!
Amor, ¿para qué me ciegas?

Húyote, pues que me niegas
Lo que padesco por tí.
Huyamos lo que queremos,
Qu'en la muerte
Con tan desdichada suerte,
Aunque mucho mal passemos,
Ya no sigue tus estremos.

E. Ya n'os digo lo que creo,
Viendo tanto desconcierto,
Que querés passar por muerto
Quando mas vfano os veo.
P. No es mi muerte mi passión:
Es miraros;
Oluidar de acordaros
Que auys sido la ocasión
De mi fin y perdición.

E. ¡Vistes qué se me da á mí!
P. ¿Luego no teneys conciencia?
E. No la tengo, aued paciencia.
P. En mal punto vine aquí.
E. Dios os lo lieue adelante.
P. Y él os pida
Cuenta de mi triste vida,
Tan estrecha c'os espante,
Porque si lloro que cante.

Si mi penar os contenta,
Bueno deuo estar con vos.
E. ¡Ay! mal me venga de Dios
Si mi cuydado os afruenta.
P. Tanto, que de mí me alexo.
E. ¡Qué razón!
No finjays ya mi passión;

Pues que no teneys buen dexo,
De lo pasado me quexo.

P. Yo no de lo porvenir;
Ni lo temo, pues presente
Tanto dolor os consiente
Qu'es la vida no beuir.
Lo qual de lo c'a pasado
Se despecha,
Y tambien, pues no aprouecha,
Quexar de lo qu'es quexado,
Estó de mí despechado.

E. Desclauada fe y bien floxa
Tiene quien tan presto suelta:
Destorceys á media vuelta;
No es de ley vuestra congoxa.
Quien de verdad s'enamora,
Su conorte
No lo rige por su norte;
Su amiga y su señora
Tiene por su guiadora.

Y los seruidores buenos
Andan en este compás;
Camino de lo qu'es más
Van ellos, pues son lo menos.
Requebrado ¿que os parece?
P. Qu'es tan alta
Vuestra discreción, que falta
En mi saber y caresce
La respuesta que meresce.

Señora, mi desatino
De no ver en vos consuelo

De mis passiones y duelo
Me puso en aquel camino;
Mas ya me vueluo adoraros.

E. ¡Qué descuento!
¿Echays palabras al viento,
Y pensays que desculparos
Basta para perdonaros?

¿Parésceos buen complimiento
De quien desconciertos dize?

P. Pésame de lo que hize,
Señora, que m'arrepiento;
C'os seruiré quanto biva;
Que soy vuestro
Con mayor pena que muestro;
Qu'es mi fe vuestra catiua
Aunque más muertes reciba.

Como el temor sin medida
Qu'en las tormentas del mar
Suelen las gentes passar,
Con el buen tiempo s'oluida;
Su cobdicia ès tan sobrada
Que les fuerça,
Y el peligro les esfuerça
Porque l'afruenta passada
Pone esperança doblada.

Estos la mar los encierra,
Que es término de sus días;
Votan cien mil romerías,
Y al fin no salen á tierra.
Ni más ni menos he sido;
En la buelta
Hallo ya tanta rebuelta,

Que fuera mejor partido
Dexar perder lo perdido.

Yo soy quien con más firmeza
Sufro la comparación
A costa del coraçón,
Que es la misma tristeza.
Y otra mayor mal andança
Que podistes
Dar á mis pasiones tristes
Mucha mal auenturança
Negándome la esperança.

E. Ni la pedís, ni la niego,
Ni os la dó, ni la tomays;
Ni só yo la que buscays,
Aunque os he tenido juego.
Assí que á las penas tristes
Y al engaño,
Y á quien quexa vuestro daño,
Y á quantas quexas me distes,
Ningún derecho touistes.

Que si confessays verdad,
No aurá culpa ni daño,
Ni vos receleys engaño,
Ni la vuestra libertad.
A quitar la ociosidad
Os entrastes;
Pues passatiempo buscastes,
No finjays necesidad,
Qu'es tocar en liuiandad.

Pero dexémonos d'esto;
¿Vuestra muger está buena?

P. Cerca debe estar la cena.
E. Ya salléssedes trauieso.
P. Pues vuestra merced dó está?
E. Al oratorio.
P. ¡Por vida de Lope Osorio!
E. D'otra çosa os segurá,
Que aqueso jurado está.

P. Segurá quánto os querello
De mi penado beuir.
E. Guardá, que van á seruir.
P. Y que sirvan, ¿qué os va en ello?
Más me vá en estar do'stays.
E. ¿Cómo más?
Lo mejor queda detrás,
Puesto que á mí me siruays,
Si la merienda oluidays.

P. ¡Por vida de quien se fuere!
Mas no sé que vos enbie,
Ni en qué ni de quién me fíe.
E. El qué de quanto viniere;
El en qué, do quier que venga;
El con quien...
Quien quiera lo traerá bien
En tal que no se detenga;
El tanto que no se abenga.

P. Cerezas haré traer,
No oluidando c'hay mançanas,
Aluarcoques y auellanas.
Más pedíme á mí muger.
¿Ay más frutas que pidays?
E. Cornezuelos.
P. Préndase en essos anzuelos

El marido qu'esperays,
Pues tal fruta demandays.

Guindas ay, mas son aun verdes.

E. ¡Ihesú, qu'enportuno estays!
Andá, ios; con tal que os vays,
Embiáme lo que quisierdes.

P. Pues lo mejor se m'oluida;
Natas hay.

E. Leonorica, corre, vay!
Vellaca; ¿no eres venida?
Dágelas, por vuestra vida.

P. No sufre mi pensamiento
Pensar que me despedís,
Ni entiendo lo que dezís,
Ni sé decir lo que siento.
Sé que amagays con el cuento,
Con color
De llamarme seruidor;
Sufro del yerro tormento;
No sé cómo os tome tiento.

Siéntome desesperar
Porque mandays apartarme,
Con voluntad de matarme
Más que no de merendar.

E. ¿No quereys acabar oy?
¡Que postema!

P. Señora, bolvime al tema;
Pero ya triste me voy,
Pues tan desdichado soy.

Cabo.

Ya me voy de donde quedo:
Vóyme sin poder partir:

Con certeza de morir
Tomo la empresa sin miedo,
Lleuo la pena sabida
Y voy porqué
No me consiente la fé
Otra manera de vida
De ver que assi soys perdida.

ROMANCE ANÓNIMO DE UN CABALLERO

(C. G. Apéndice 26.)

Durmiendo yua el Señor
En una nave en la mar;
Sus discípulos con él,
Que no le osan recordar.
El agua con la tormenta
Començose á leuantar;
Las olas cubren la naue,
Que la quieren anegar.
Los discípulos con miedo
Comenzaron á llamar,
Diziendo:—Señor, Señor,
Quiérasmos presto saluar.
Y despierto el buen Jesú,
Començoles de hablar:
¡O hombres de poca fé!
¿Que temeys? Quered pensar
Quan gran ofensa es á Dios
De su gran poder dubdar.
Y leuantose mandando
A los vientos y á la mar;
Gran espanto puso entr'ellos
Y muy más marauillar,
Diciendo:—¿Quién es aqueste
Que el tiempo haze mudar?

Villancico.

Poca fe haze mudar,
Y al amor
Quien le prueba es el temor.
Aquesta tormenta fué
Por mandado diuinal
Para en prueua de la fé;
No fué cosa natural:
Donde muestra que quien ama,
En el temor
Ha de auer la fe mayor.
Pues la barca d'este mar
Por la fe nuestra se cuenta
Que no se puede anegar,
Aunque reciba tormenta;
Como el fuego enturbia el oro
Su color,
Más después sale mejor.

EL BACHILLER ALONSO DE PROAZA

Villancico.

Contrahecho por el que dice:

Lo que queda es lo seguro.

(C. G. 35.)

Lo del cielo es lo seguro,
Que lo qu'el mundo nos dá,
A la fin su fin aurá.

Es seguro y perdurable,
Sin mudanza, lo del cielo,
Y lo más cierto del suelo
Todo incierto y variable.
Que por ser de ssi mudable,
Lo que más más durará
A la fin su fin aurá (1)

(1) La edición de 1527 añade la siguiente estrofa:

Lo que arriba contemplamos
Es simple, puro metal,
Y aquí grueso y sensual
Lo que vemos y tratamos.
Yo no sé por qué trocamos
Aquello por lo de acá,
Que á la fin su fin aurá.

Qu'ell alma qu'es cibdadana
De las celestes alturas,
En estas baxas honduras
S'amengua ser aldeana;
Y jamás se halla sana
En este mundo de acá,
Que á la fin perescerá.
Y pues claro conoscemos
Ser finito lo de aquí
Y perpetuo lo de allí,
Lo segundo procuremos;
Que'l plazer que allí tenemos
Tanto tiempo durará,
Que jamás fenecerá.

DON JUAN MANUEL (1)

Romance.

(C. G. 455.)

Gritando ua el cauallero,
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto
Aforradas en sayal,
Por los montes sin camino,
Con dolor y sospirar,
Llorando, á pie y descalço,
Jurando de no tornar
Adonde viese mugeres,
Por nunca se consolar
Con otro nueuo cuydado
Que le hiziesse oluidar
La memoria de su amiga,
Que murió sin la gozar;
Va buscar las tierras solas
Para en ellas abitar.
En vna montaña espesa,
No cercana de lugar,
Hizo casa de tristura;

(1) No ha de confundirse este poeta de fines del siglo XV con el gran prosista castellano del siglo XIV, *D. Juan, fijo del Infante D. Manuel.*

En el *Romancero General* se atribuye este romance á Juan de la Enzina, y se le titula *El Mezquino Amador.*

¡Qu'es dolor de la nombrar!
D'una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal:
Las tejas puso leonas (1)
Sobre tablas de pesar;
El suelo hizo de plomo,
Porqu'es pardillo metal;
Las puertas chapadas dello
Por su trabajo mostrar,
Y sembró por cima el suelo
Secas hojas de parral,
C'a dó no s'esperan bienes
Esperança no ha d'estar.
En aquesta casa escura
Que hizo para penar,
Hace más estrecha vida
Que los frayles del Paular:
Que duerme sobre sarmientos
Y aquellos son su manjar:
Lo que llora es lo que bebe,
Y aquello torna á llorar,
No mas d'una vez el día,
Por más se debilitar.
Del color de la madera
Mandó vna pared pintar:
Vn doser de blanca seda
En ella mandó parar;
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar vn altar,
Con cafora (2) vitumado,

(1) En otras ediciones *leonadas*, y parece mejor lección.
(2) En otros textos *canfora*.

De raso blanco frontal.
Puso el bulto de su amiga
En él para le adorar,
El cuerpo de plata fina,
El rostro era de cristal;
Vn brial vestido blanco
De damasco singular;
Mongil de blanco brocado,
Forrado en blanco cendal,
Sembrada de lunas llenas,
Señal de casta final.
En la cabeça le puso
Vna corona real,
Guarnescida de castañas
Cogidas del castañal.
Lo que dize la castaña
Es cosa muy de notar:
Las cinco letras primeras
El nombre de la sin par.
Murió de veyntidos años,
Por mas lastima dexar:
La su gentil hermosura,
¿Quien que la sepa loar?
Qu'es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar.
En lo qu'él pasa su vida
Es en la siempre mirar;
Cerró la puerta al plazer,
Abrió la puerta al pesar,
Abrióla para quedarse,
Pero no para tornar.

A la muerte del príncipe D. Alfonso.

En modo de lamentación.

¡Ah lágrimas tristes, ah tristes cuydados!
¡Ah graues angustias, ah mortal dolor!
Tu t'apareja, discreto lector,
Leyendo mis llantos tan amargurados.
Mortales singultos, sospiros dobrados,
Dad fin á my vyda, que es pena mayor,
Y quiebren mis ojos, pues vieron quebrados
Los vuestros, ah prinçipe, nuestro señor!

¿Que fué de la vuestra tan linda estatura,
Que tanto excedia las otras del mundo,
La frente serena del rrostro jocundo?
¿Que fué de la vuestra ermosa fegura!
¿Á dó hallaremos á la hermosura
De los vuestros ojos tan mucho estremados!
Vayamos, seguidme, oh desuenturados,
Rrompamos, rrompamos la su sepultura!

A ver si hallaremos sus muy sublimadas
Virtudes ynmensas, autos muy vmanos:
A ver si hallaremos sus muy lindas manos,
Por muchas merçedes de todos besadas.
¡Oh fiyestas malditas, desauenturadas,
Que luego tan presto vos aveys tornado
Em lloro el prazer, en xerga el brocado,
Las danças en otras muy desatynadas!

¿Adó vos llevaron, oh nuestro plazer,
Que assy tan apryessa, señor, vos partystes,
Que á vuestros padres y cara mujer
Nynguna palaura dezyr-le podystes!

Ny á vuestro tyo, que tanto quisystes,
Cosa del mundo quisistes oyr;
Assy los dexastes á todos tan tristes
Que fueron alegres destonçes morir.

¿Que hará vuestro padre, que assy vos amaua,
Que dia ninguno podia bevyr,
Syn ver-nos naquel entrar y salyr,
Dozyentas myl vezes ado el estaua!
El que de ver-vos jamás se hartaua!
¡Qué muerte tan fiyera le será el ausençia,
Desesperado de ver la presençia
D'aquel, que con tanto rreçelo criaua!

¡Guay de la madre, que vyó tan ayna
El byen de su vyda assy feneçer,
A quien solorgia, saber, mediçina,
Poder, ny rryquezas pudyeron valer!
Quedó despedida de jamás vos ver,
Ny de ver cosa que no fuese pena:
¡O muerte maldita, que más mal ordena
A quien en tal vida dá permaneçer!

¡O alta prinçesa, la más virtuosa
Que vyerem, ny vieron jamás los vmanos,
Del vuestro marydo syn fyn deseosa,
Syn fyn deseada de los Lusitanos!
Nefanda fortuna y casos mudanos
Por nuestros pecados an delyberado,
De los vuestros braços ser arrebatado,
Y puesto de donde le coman gusanos.

¡O quan disymyles fueron y son
La vuestra venida y vuestra tornada:
La vna tan prospera y tan sublymada,

La otra tan llena de tribulaçion!
De marmor por çierto es la condiçyon,
Que pudo sofrir ver como partistes,
Si vydo y se myembra (1) de como venystes,
De tan poco tiempo tan gran mutaçion!

¡O ynclyto duque! el tu sentimiento,
Avnqu'escrevir quisiesse my pluma,
Es empossyble que sola la suma
Dyga, sy quiere decir tu tormento.
Tus ojos nos muestran que tu pensamiento
Jamás no se parte de quien te partiste:
Aquel su tristeza passó n' un momento,
Y tú para siempre ternás vyda triste.

A tal desventura, á mal tan creçydo
Es inposyble poder consolar
Tu anyma tryste, que tiene perdido
Abytáculo otro muy singular.
Por çierto que n'esto no hay que dudar,
Que es conclusiyon muy çierta y muy prima,
Qu'el anyma nuestra ally suele estar
Más donde ama que no donde anyma.

¡Quan prospero fuera quien fuera delante,
Por no ver la cumbre de tanta tristura,
Y particypara de su sepultura,
Quien fue de su cámara participante!
Tristes d'aquellos, que agora denante
Cantamos su boda en leto conssorçio,
Ahora lloramos su triste devorçio!
De vno al otro no ovo vn istante.

(1) En el *Cancionero* de Resende, *nyembra.*

Fyn.

Qualquiera que suffre tan graue manzilla,
No busque manera de ser consolado,
No menos m'escusa aquesta obrezylha,
Pues lamentaçyon sea yutitulado.
Dios todo poderoso ser deue rrogado,
Que aquesta muerte, que agora lloramos,
Que nos n' este mundo da triste cuydado,
Nell'otro nos cause que allegres seamos.

Cantiga.

Despediste me, senhora
¿Vida mia, á do m' yré?
No biuiré sola vn ora.
Çierto es que moryré.

Hir-me-e á tierras estranhas;
Ally tal vida haré:
Vida con las alymañas,
Tal consuelo me daré,
Altas bozes bradaré:
Do está la my senhora?
No byuiré sola vn'ora,
Çierto es que moryré.

Á una señora que le mandó que le escribiese nuevas suyas, viniendo él de un camino que había hecho con ella, quedando ella en Castilla.

Que yo cyen bocas tuviese,
Y la voz fuese de fierro,
Es inposible syn yerro

Que mys angustias dixese.
Y mandais-me vos aora
My triste vida escreuyr:
Es inposible señora,
En dos myl años dezir
Lo que sufro cada ora.

Mas qu'esto sea verdad,
Seguiré lo acostumbrado,
Qu'es azer vuestro mandado
Y nunca my voluntad.
Y pues de my perdymiento
Sois verdadero testigo,
Vereis, que de my tormento
Mas de lo que puedo digo,
Y menos de lo que syento.

Desque soy por mi fortuna
De vuestra vista apartado,
My lecho fago laguna
Llorando demasiado.
Y jamas cesan mys males,
Ni mis catiuos dolores,
Tan grandes, que no sé quales
Se puedan dezyr maiores,
Avnque sean infernales.

Las noches my sentimiento
De claras faz tenebrosas,
Y my triste pensamiento,
De pequeñas espaçiosas.
N'aquellas son memoradas
Las mys angustias creçidas,
Presentes como passadas,
Por lo cual son mal dormidas,
Maguer sean bien lloradas.

No cuento yo por pasion
Las lágrimas de mys ojos,
Las cuales de mys enojos
Han sydo consolacion;
Mas á my triste memoria,
Pues ella me desordena
Todo bien, toda vitoria,
Ó con la presente pena
Ó con la passada gloria.

¡O quan bien auenturados
Son aquellos que gustaran
El Leteo, pues quedaran,
De sus hechos oluydados!
Mas ya yo no podería
Querer tal buena ventura:
Ca, maguer mi fantasía
Me dé vida con tristura,
Syn ella no bevyría.

Porque la pena presente
D'algun passado plazer,
Por graue que suele ser,
Algo me dexa contente.
Mas este conoçimiento
No me quita la pasion,
Antes creçe mi tormento,
Sintiendo á my perdiçyon
Cada ora creçimiento.

La vuestra forma exçelente,
Que my memoria rretiene,
Ante mys ojos se viene
Como sy fuesse pressente:
Y con esto my sentido
Y mi triste entendimiento

Me dexa triste, afligido,
Tan çercano de tormento,
Quan apartado d'oluydo.

Cada un dia yo ymagino
Como n' aquel vos miré,
Y la ora determino
En qu' estonçes vos hablé,
Y digo lo c'a my ver
Me pareçe que dezia,
Y no os viendo rresponder,
Antes mi muerte quería
Que tal pena padeçer.

Aquellos lugares todos,
Do vos vy, y no vos veo,
Por çien mil vias y modos
Cada ora los rrodeo,
Y pues lloro nel lugar
Donde entonçes m' alegré,
Vos deveis ymaginar
Qué hare donde lloré,
Que no vos pued'oluydar.

Las sierras por dond' andamos
Ahora syn vos las ando;
Ally donde descansamos,
Ally muero sospirando;
Los verdes prados y rrios
Es forçado c'acreçienten
Tanto los dolores myos,
Que no sé como se cuenten,
Que no diga desuarios.

No sé quién padeçerá
Nel jnfierno más tormento

Ni qué fuego quemará
Mas que este pensamiento.
¡O memoria de my bien,
Llorada noches y días,
O vos, señora, por quien
No creo que Jeremyas
Más lloró Jerusalen!

La músyca que solía
Mys cuydados amanssar,
Agora multiplicar
Los ha fecho em demasía.
Sy digo alguna cançion
Que disse naquellos días,
Son en tanta alteraçion,
Que no las lágrimas myas
Sufren desymulaçion.

D' amigos y d'enemygos
M'es auydo por gran mengua,
El ser mys ojos testigos
Contrarios de la my lengua.
Y pues cantar y llorar
M'aconteçe cada ora,
Deueis vos considerar,
Si ssyn lágrimas aora
Esto puedo rrecontar.

Assi qu'el tiempo presente,
Que syn vos m'es otorgado,
Es gastado enteramente
Em llorar otro passado.
Los lugares, á c'amor
Me causan vuestra presençia,
Todos llenos de dolor

Los ha fecho vuestra ausençia,
Que no pudo ser mayor.

Fyn.

Para que yo escriuiese
Enteramente mys daños,
Compliría que biuiesse
Grande multitud de años;
Mas es my vida penosa,
Para mys males sentir,
En extremo copiosa,
Y corta, para dezyr
Pena tan espaçiosa.

Trovas sobre los siete pecados mortales (1).

Poderoso rrey, prudente,
Manifico, liberal,
En quien el çeptro rreal
Está dinyssymamente;
Sobre señores señor,
Muy omilde seruidor
Del qu'el mundo ha produzido,
De viçios nunca vençido,
D'enemigos vençedor.

(1) En el *Cancionero* de Resende lleva el epigrafe siguiente: "*Trovas qve dom Joam Manuel, camareyro moor, fer sobre os sete mortaes, enderençadas a el rrey, as quaes nan acabou.*

El rey de quien se trata es D. Juan II de Portugal.

Hemos respetado la ortografía del *Cancionero* de Resende en todo aquello que no es evidente corruptela, nacida de la estrecha semejanza entre las lenguas castellana y portuguesa.

Como yo la tu nobleza
Y virtud ymagynase,
De cada cual su grandeza
My juyzio perturbase,
En espirtu arrebatado
Supitamente lleuado,
Syn saber en qué manera,
Me fallé d'una ribera
Y grandes montes çercado.

Ally dos caminos vy
C'a principio se juntauan,
Y despues afegurauan
El pitagorico y.
Mas en tanta alteraçion
Me fallé, c'a la ssazon
Tuve nenguna esperança:
Ca la súpita mudança
Siempre causa admyraçion.

Despues que my coraçon
Algun tanto rreposó,
Y que my sangre ocupó
Su primera abitaçion,
Syn saber lo que facia,
Estuue parte del dia
Los caminos esguardando
Comigo mucho dudando
Qual d'aquellos seguiria.

El de la parte syniestra
Era muy espacioso,
Llano, verde, deleytoso
Y muy apto à la palestra.
De fructífera rribera

Y flor de mucha manera
Se çercaua y se cobria,
De manera que impedia
Claridad á la carrera.

Era el otro tan contrario,
Que dezyr (1) no se podria
Quan oculto y solitario
Cuesta rriba pareçia.
Era muy defectuoso,
Y á lugares dudoso
A quien fuesse ynsapiente;
Mas á quien fuesse prudente
Menos era trabajoso.

Como á nuestra vmanidad
Es el malo mas possyble,
No por ser mas elegible,
Mas por su façilidad,
Camyné por el camino
Por do nuestro padre vino
De su muger engañado,
Quando antepuso um bocado
Al mandamiento deuyno.

Andando por esta via,
Despues de muchas jornadas
Pareçio-me que sentya
Bozes muy desacordadas.
Oy muy tristes gemidos,
Clamores muy doloridos,
En sentençia concordados:

(1) En el *Cancionero* de Resende «dizer».

Que los allí condenados
No seriam rredemydos.

El camino feneçia
En un pozo muy profundo,
A donde vy que caia
La mayor parte del mundo.
Ally era situado
El fuego perpetuado,
De los mortales tormento,
Que por bienes de momento
Quieren mal continuado.

Y vy otras seys carreras
Nel pozo se consumyr,
Por las quales vy venyr
Gentes de muchas maneras.
Yo voluer no me podia,
Porque la gente venia
De rrondon, que me Ileuaua
De manera que penssaua
El my postrymero dia.

Al fuego sin rresplandor
Me fallaua condenado,
Sy del diuino fauor
No fuera rremediado.
Ca con gesto prefulgente
Una donzella exçelente
Vy al encuentro venyr,
A cuya forma escreuyr,
No seré suffiçiente.

Aquesta, como ocupó
El logar dó yo estaua,

Del peligro me lybró
Tanto quanto deseaua.
Mas yo, que á la sazon
Con poca dispossyçion
Tan grande bien alcançé,
Le dyxe, como diré,
La sussequente oraçion:

«O clarisyma visyon
Sobre toda claridad,
Careçe tu puridad
De toda comparaçion!
A ty, cuyo benefycio
Me lybró de preçepiçio
Y d'enfynytos pesares,
Suplico que me declares
El tu nombre y el tu offiçio.»

Muy mansamente rrespuso:
«Dyuyna Graçia me digo,
Que sobre natura sygo
A quien bien se me dispuso,
No la que es gratys data,
Mas aquella que esbarata
Todo delito mortal,
Y la anyma infernal
Ante Dios torna muy grata.»

De tal rrespuesta turbado
Y de coloquio tan alto,
Despues que del sobresalto
Me vy menos alterado,
Le dyxe: «diuina guía,
Pues syn justiçia mia
Tanto bien se m'ofreçe,

Aquesto c'aquy pareçe
Pon en my sabydoria.»

«Aquellos caminos dos»
Dixo, «que fallaste luego,
El vno feneçe en Dios,
El otro naqueste fuego.
Y estas siete carreras
Son otras tantas maneras
De pecados prinçipales,
Por do vienen los mortales
A ynmortales fogueras.

De superbia y elaçion
Es el primero camino,
Por donde Luçyfer vino
De la celestre mansion;
Vinieron de Babilon
Con elato coraçon,
Sus grandes fabricadores,
Y de Egypto los mayores
Con el su rrey Faraon.

Por aquy el rrey Tarquino,
Postrero de los Rromanos,
Por aquy el grande Nyno
Qu'ynperó los Asyanos,
Por aquy rrey Lamedon,
Destruydo el Elyon,
Por aquy Luçio Ssyla,
Y con sus socios Atyla,
Vinieron al Fregeton.

Y muchos otros que fueron
Elatos naqueste mundo,

Tanto quanto acá subieron,
Descendieron al profundo.
Ca Dios ha determinado
Que quien pone su cuydado
En sobir quanto podrá,
Quanto Dios puede, será
Para siempre derrocado.

D'avariçia es el segundo,
Do las Arpias an lugar.
Por donde van al profundo
Los que adoran el metal:
De Troya vyno Antenor,
De Traçia Polynestor,
Con el rrey Myda Frigiano,
De Roma Domyçyano,
Postrimero enperador.

Por aquy vyno Nembrot,
Que fué tirano primero,
Y Judas Iscariot,
Que vendió Dios verdadero;
El qual no fué poseydo
Del que lo vuo vendido,
¡Ay de los sus mercadores!
Mas d'aquel qu'em sus dolores
Y sangre fue rredemido.

Que todos los qu'escriuieron
En el mundo se juntassem,
No creo que numerassem
Los que por aquy vinieron.
Sy tanta generaçion
Ha venydo en perdiçion
Por esta çiuil myserya,

Es, porqu'ella es la materia
De toda vuestra ambyçion.

Los que á Venus adoran
Por esta senda terçera
Cada día se devoran
En ynfynita manera.
Por aquy los Sodomytas,
Y gentes casy ynfinitas
Qu'inçestos muchos fizieron:
Las cuales tan muchas fueron
Que no pueden ser escritas.

D'adulteros multitud,
Multitud de forçadores,
Que fynarán su salud
Con infynitos dolores.
De los quales notaré
Algunos, y pediré
Al señor de los señores,
C'al escritor y lectores
Asombre lo que diré.

Por aquy vino Aaman
C'a Tamar vuo forçado,
I su ermano Absalon,
D'Achytofel consejado.
La madrastra d'Ipolito,
Y Tolomeu rrey d'Egipto,
Y s'yscryuys quantos fueron,
Farás proçeso infynyto.

Anssy concluyendo digo,
Que tanto á vuestra naçion
Es este viçio amygo,

Que no lo priua rrazon.
Ca el apostol dizia:
... Muy ympossible sería
Que yo aya continençia,
Sy la diuina clemencia
Del cielo la non enbya...

Por aquesta quarta senda
Vienen los enbidiosos,
Que con agena fazyenda
Syempre biuen trabajosos.
Todos los mortales viçios
Tyenen dulçes exerçiçios;
Pero la graçia se seca:
Este quantas vezes peca,
Tantos tiene de supliçios.

Enxemplifica.

El primero rrey vngydo
En el pueblo d'Israel,
El primer ombre naçido
Que fue llamado cruel,
Y los fyjos de Coré,
Los primeros que se cre
Que fuessen detratadores,
Y los cruçifycadores
De Jhesu de Nazaré:

De todo tiempo y lugar,
De todo estado y naçion
No es possyble contar
Los que traxo esta passion.
Porque aunque los Umanos
Todos fuesen escriuanos,
Y solamente quisieran

Escreuir, nunca pudieran
Los que traxo cortesanos.

Y por la quinta han venido
Muchas gentes al caos,
Las quales han presumido
Que su vientre (1) era su dios.
Toda comemoraçion
D'aquesta bruta naçion
Se deuería escusar,
Ny con los malos cantar
Por quanto pessimos son.

Mas para que se rretrayan
Los vmanos de seguyr
Aqueste vyçio, que cayam,
Estos puedes escriuyr:
Isaú seya el primero,
Y luego su compahero
Sardanapolo será
Luçio Luculo verná
Nesta cuenta por terçero.

El quarto, y hum mylon
D'aquestos s'escreueria,
Mas el proçeso seria
Llamado Antychaton:
De prelados solamente
Vyno y vyene grande gente;
De los cuales yo diria:
Que qual es la perlaçia,
Tal es la gula seguente.

(1) En el *Cancionero* de Resende *ventre*.

Por est'otra senda sexta
Vynieron los ayrados,
Que d'otros siendo enojados
An conssigo la rrequesta.
Todo emperador ó rrey,
Para bien juzgar su grey,
D'yra deue ser guardado:
Ca no ve la ley el yrado,
Mas es visto de la ley.

Ca contra todas las leys
Typhon Osyrys mató,
Y en partes vinte & tres
El su cuerpo dividió (1),
Porque á cada conjurado
Su parte le fuesse dado,
D'aquel qu'era su hermano:
Un fecho tan ynvmano
Por yra fue conssumado.

Por aquesta ha descendido
La fija de Pandyon,
Que por culpa del marido
Dio al fijo punyçion.
Este fue muerto y assado
De su madre, y presentado
A su padre por manjar:
La yra pudo causar
Hum fecho tan çelerado.

Otros muchos an venido
Y mugeres muchas más:
Ca la vengança sabrás

(1) En el *Cancionero* de Resende *devidó*.

Que de fraqueza ha naçido.
Ca Dios, de quien se pregona
Que todo viçio perdona,
Llamamos onypotente;
Y aquel qu'es ynpotente
Nunca perdona persona.

Por la setima vinieron
Aquellos qu'en su offiçio,
Dinidad, o beneficio
Syempre negligentes fueron.
Yo llamo negligentes
A los que son diligentes
En los bienes temporales,
Sy de los çelestriales
Tienen desviadas mentes.

Por aquesta desçendió
Candaulo, rrey lidiano,
Y Seleuço, syryano,
Que dos años ynperó.
Estos dos rreys coronados
Anssy fueron descuydados
En los rreynos que rrigieron,
Que juntamente perdieron
Las animas y estados.

Aquel mal aventurado
Aurelyo, rrey d'España,
Pues con angustia tamaña
Será syempre rremembrado.
Por libremente folgar
A Mares fue tributar
Mucha moneda y cavallos,
Y hyjas de sus vasalhos,
Qu'el deuiera de casar.

El rrey de Françia Grifon,
Hijo de Carlo Martel,
Con vn muy grande tropel,
Oluidado á la sazon.
Prelados, que conssyntieron
Que sus ovejas paçyeron
Todo lo qu'era vedado,
Eterno tienen cuydado,
Porque negligentes fueron.

Por estas carreras todas
Vinieron á perdiçion
Aquellos todos que non
Vistieron rropa de bodas.
Los qu'en otro abito son,
Solamente correçion
Rreçibieron en su vyda,
Mediante su venida,
Por muy diuina ynfusion.

Mas, que sea aqueste fuego,
Que tu myras, ynfernal,
Que tu notes, yo te rruego,
Qu'ella es pena açidental.
Es el ynfinyto mal;
Mas por rrazon teologal
Te prouariamos nos,
Que no ver el sumo Dios
Es la pena essencyal.

Qua quanto Dios es mejor
Que todas las cosas buenas,
Tanto no ve-lle es mayor
Que todas las otras penas.
Mas esta rrazon que fundo

Dexemos, pues que en el mundo
Por çierta fé la tuviste,
Y d'este camino triste
Boluamos á lo jocundo.

Yo, que tanto queria
Ser libre d'aquel logar
Callé, por no ynportar
Dilaçion á la tal via.
Mas era tal la carrera,
Que muy ynposible fuera
Venir al fiyn deseado,
Sy no fuera suleuado
D'aquesta tal conpañera.

Cuyo coloqyo diuino
Anssy fallava suave,
Que no se me fizó graue
El aspérrimo camyno.
Porque qvanto más andaua,
Más dispuesto me fallaua
Para syempre caminar,
Y solamente canssaua
Quando dexaua de andar.

Subiendo siempre venimos
A hum lugar emynente,
De donde el mundo presente
En sus partes dividimos.
Demostró la çeguedad
D'aquellos que ymperaron,
Sy por tan poco dexaron
La deuyna claridad.

Despues que fuimos venidos
En la mas sublime altura,

D'una muy verde llanura
Nos fallamos rreçebidos.
Vi quatro rrios caudales,
Y d'arboles singulares
Un ynfiynyto proçeso:
Un tan ameno seçeso
Nunca vieron los mortales.

D'ally eran desterrados
Todos los falleçimientos,
Qu'en todos quatro elementos
Son en el mundo fallados.
El calor primeramente (1)
Templado syngularmente,
Mas que se puede narrar,
Syn exceder, ny menguar
Cosa que fuesse noçente.

Era perpetuamente
El ayre clarefiycado,
El sol en seteno grado
Era ally mas prefulgente.
Era tanto rresplandor
Syn exssesyuo calor,
Y syn frio desmedido;
Mas el medio posseydo
Con muy suave dulçor.

Las rriberas proferidas,
Que por el uerto corrían,
De vna fuente naçidas
Una cruz constytuían;
Y la lynfya, que fluía

(1) En el *Cancionero* de Resende *primeiramente*.

Tan clara que pareçia
El suelo por do passaua,
La sed por siempre mataua
A quien d'aquella beuia.

Toda la tierra criaua
Las plantas todas frutíferas,
Y las yeruas odoryferas
Solamente germinaua.
Un arbor que se nombraua
De la vyda, preestaua
A la fuente qu'es escrito,
Cuya fruta en ynfinito
Toda fanbre extenuaua.

Mys sentydos, deseosos
De tantos bienes fruyr,
De objetos tan gloriosos
No podia despedir.
Ca la conpañera mia
M'aquexaua que conplia
El camino açelerar,
Par'al castillo llegar
Que delante pareçia.

Despues que propinco á el
Me hyzo my compañera,
Vy cuatro torres n'aquel
Tocantes la prima esphera.
En perpetuo diamante
El tytolo semejante
Sobre la puerta dizia:
Que muerte no gustaria
Quien ally fuesse abitante.

La primera torre entramos,
A donde por tribunal
Una donzella fallamos
Mas que vmana, angelical.
De gente muy mesurada
Era siempre acompañada,
Y era aquella clausura
De perdurable pintura
Sotylmente matizada.

Ally eran matizados
Los fechos que tu formaste,
Con los quales anpliados
As los rreynos qu'eredaste.
El grande mar Oceano
Mostraua ser á tu mano
Con su rrypa somytido,
Y gran pueblo convertydo
De ereje cristiano.

.....

LUIS ENRRYQUEZ

Á la muerte del príncipe D. Alfonso.

O pueblo de Portugal!
Llorad la triste cayda,
Em que perdystes
Vuestro señor natural,
Vuestro amparo & vuestra vyda,
De vos tristes.
Y llorad vuestro moryr
Pues tenés muchas rrazones,
Y no una.
Llorad su triste partyr,
Byen anssy sus perfeçyones,
Y su fortuna.

O dia tan perdidoso
De martes, que mas valyera
No ser dya!
O dia triste, lloroso
Do perdimos la bandera,
Y nuestra (1) guía!
Em dia lleno d'agüero,
Em dia tam rreçeloso,
De partyr,
Partió-sse nuestro luzero,

(1) En el *Cancionero* de Resende *nostra*.

Partiendo tam deseoso
De bevyr.

O maldita y triste ora,
Lugar, sazón y momento
Desastrado,
De vuestro mal causadora,
En quien nuestro bien sin cuento
Fué apartado!
Cavallo triste, carrera,
Pareja cruel, mortal
Del padeciente,
Que recebió muerte fiera (1),
Syn poder valer al mal
La su gente!

Principe más excelente,
Príncipe más generoso
No lo avía:
Más fidalgo et prefulgente,
Más humano et virtuoso
Se dezía.
Los passados ny presentes,
Ny los que están por venyr
Fueron yguales,
A quien las extrañas gentes
Deseaban de servir
Por naturales.

Animoso, muy umano
Príncipe, más dadivoso,
Y más amado,
Portugués y Castellano,

(1) En el *Cancionero* de Resende *morte fera*.

De la gran princesa esposo
Y namorado.
A quien excelentes bodas,
Fyestas, justas tam gozosas
Y crecidas,
A las quales hyvan todas
Las gentes, tam deseosas
De sus vidas.

¡Ricas ropas y collares,
Brocados, grandes baxillas
Y pedraría!
¡Quanto gozo en los lugares,
En las ciudades et villas
Se fazía!
Ora, por nuestros pecados
Y males tan merecidos,
Fallarés
Grande luto en los poblados,
Y los llantos muy crecidos
Oyerés!

En el dia afortunado,
En que muertes recibieron
Nuestras vidas,
Dió cayda el deseado
D'aquellas que lo perdieron
Doloridas.
Perdio-lo su triste madre,
De su vida deseossa
Y de su gozo,
Perdio-lo el triste padre,
Y perdió la congoxosa
El su esposo.

Mas lo perdieron los suyos
Criados, qu'él tanto amó
Y quería;
¿Cuyos se llamarán, cuyos,
Pues la muerte les robó
Su señoría?
¿A quien pedyrés merçedes?
¿A quién los fijos darés?
¡Tristes nos!
Que la prenda (1) que oy perdedes
Cobrar no la poderés,
Pues quiso Dios.

Admiracion del autor.

O desuenturada, triste
Nueva, cruel, espantosa,
Desmayada!
No syento quien te rresiste
Syn morir muerte (2) rrauiosa
A uer contada.
O tu rreyna, tu princesa!
¡Cómo vuestros syntimientos
No sentiam
La tristura syn deffesa
Las angustias y tormentas
Que os veniam!

Las nueuas que llevaran á la reyna y prinçesa

Esposa y madre de quien
Cayó la mortal cayda
Del cauallo,

(1) En el *Cancionero* de Resende se lee *perda* con evidente error.
(2) En el *Cancionero* de Resende *morte*.

Andad á uer vuestro bien,
Antes que se vos despida,
Hyd busca-llo.
Yo le dexo amorteçydo;
A su padre no rresponde
Nada, nó:
Hyd á uer vuestro marido,
Hy vos madre al fiyjo d'onde
Se cayó.

La partida d'ellas.

Solas las dos se partierom,
Syn mas esperar compañas,
Desmayadas,
Corriendo quanto pudieron,
Las que lleuan sus entrañas
Lastimadas.
Llegando com gran dolor
Començan d'esta manera,
Gritos dando:
«Vida mya y my senhor!
¿No me ablais, fijo, syquera?
¿Desde cuando?

El triste rrato del día
Y noche tan amargosa
Estouieram
En el lugar, do yazia
El, que nunca dixo cosa,
Ny le oyeram.
Y despues á el segundo
Dia triste, em que murieron
Syn morir
Partio-sse d'aqueste mundo

El, por quien llantos fizieron
D'escreuir.

El planto del rrey.

«Fijo suyo, y my amor,
Vida de la vida suya,
Desseada;
Fijo, my defendedor,
My prazer, my alegría
Ya passada!
My dolor tan lastimero,
My lembrança, my passion
Syn deporte;
Muerte mya, com que muero:
Fijo myo, my prisyon
Es tu morte!

¡Muerte, qué mal escogiste
Em lleuar á quien lleuaste,
Dexando á mym,
Lleuaras al padre triste,
Y no á el que assy mataste
Y dyste fym!
O muerte triste, cruel,
Careçida de piedad,
Syn manera,
No lleuaras, triste, á el,
Mas á my em crueldad
Lastimera!

Fym del planto con este dicho de Dauid:

Circundederunt me dolores mortis et pericula.

Cercáramme los dolores
Y la muerte triste en medio

Me tomó.
Çerquaram me los temores
De males tam sym rremedio,
Triste yo!
Los pelygros del ynfierno
Me falharam mereçyente
Del tormento;
Pero querrás tu, eterno,
Meter aquel ynoçente
En tu cuento!

El planto de la rreyna.

Fyjo, amor de mys entrañas,
La vyda de mys plazeres
Y conorte,
Bueluem-sse penas estranhas,
Fyjo, pues la causa eres
De my morte!
Fyjo da desconsolada
Madre, triste, que vos paryó
Y amaua tanto,
Ah morte cruda maluada
Diez y seis años llevó
Por my quebranto!

Fyjo, amor tam desdychado!
Yo la madre mas coytada
Que naçió!
Vuestra pena ha ffim dado,
Y la suya trabajada
Començó.
Biuiré soffrindo el trago
De la muerte, deseando,
Fyjo, ver-os.

Biuiré simpre en un lago
De tristuras, contemplando
El perder-os

Fym del planto con este otro dicho dell propheta:

Laboravi in gemitu meo.

Dias, noches biuiré,
Trabajante em gemido
Y angustura;
El my lecho rregaré,
Con lagrimas y sentido
De tristura;
Rreguaré ell my estrado
Com las fuentes de mys ojos,
No çessables,
Pues que triste m'an entrado
Los tormentos á manojos,
Lastimables.

El planto de la prinçesa.

O amor de my querer,
Querido del coraçon
Mas que my vida,
Comienço de mi plazer,
Comienço de my passion
Desmedida!
O fym de todo my bien,
Venero de my tristura
Sym compas,
Sola yo! dyrám, de quien
Se partio buena ventura
Por jamas.

Yo soy la triste veuda,
Cubierta de mil tristuras
Sym abrigo,
De todo my bien desnuda,
Y muy llena d'amarguras
Sym amigo.
Oh amor de muchos años,
Faltó-nos la piedad
Ambos á dos;
Mas no los terribles daños,
Ny la triste soledad,
Que he de vos.

O vida tan enemiga,
O muerte tam deseada,
Que no vienes
Dar manera, como siga
Por quien viuo trabajada,
Pues lo tienes!
Duele-te de my congoxa,
Duele-te de my tormento
A que no fuyo,
Pues no mengua ny sse afloxa;
Sea my enterramiento
Con el suyo.

Prosygue ell planto con este dicho de David:

Defecerunt in dolore vita mea...

Desfallece em dolor
My vida con el tormento
C'atormenta
La congoxa de amor,
La triste, que no tem cuento
Su affruenta.

Los mys años em gemidos
Acabaram su beuir
Y mal inmensso,
Y los mys males sobidos
No sse poderám dezyr
Por extenso.

Fyn con este dicho de Job.

Dies mei velocius transierunt.

Tam á priessa y tam trigosos
Mys dias se trespassarom
Mal logrados,
Y com casos tam lhorosos
Mys penssamientos quedarom
Dessypados,
Atormentantes de mym
Coraçon lleno de duelo
Y d' espanto:
¡O porque no fago fym,
Porque viuo neste suelo
De quebranto!

Fim & oraçion.

Virgem, cuya humildad
Mereçyó ser tanto dina
Que la persona deuina
Quys tomar vmanidad,
Y ser de tu ventre naçido,
Por lo qual my alma implora,
Que al padre rroguadora
Seas por el faleçido.

JUAN ROIZ DE CASTELL BRANCO.

Vilançete.

A donde tienes las mientes
Pastorzico descuidado,
Que se te pierde el ganado?

No te pasmes, Juan Colado,
De la descuydança mya,
C'Amorío m'a rrobado
Tod'el seso que tenía.
No rreposo noche & dia:
En todo lo despoblado
No puedo caber coytado!

Glosa de Juan Roiz de Castell Branco á este vylancete.

Adonde tienes las mentes?
Dy, negrigente pastor?
A dond'están tan ausentes,
C'a las ovejas presentes
Muestras tanto desamor?
Que vemos unas messar-sse,
Todas juntas apocar-sse,

Tu hazienda menoscabar-sse:
Todo el tuyo destruyr-sse?

Pastorzyco descuydado,
Solyas byen pastorar,
Solyas ser alabado
D'ombre de mejor rrecado
Que se pudiesse fallar.
Aora veo tu vyda
De todo desordenada,
Tu persona entristecyda,
Tu majada mal rregyda,
Tu memorya oluydada.

Que se te pierd' el ganado:
Myra byen c'andas perdydo;
Myra qual eres tornado,
Que eres de demudado,
De muchos non conoçydo.
Mira c'anda tu color
Desuelada & denegryda:
Vas-te de mal á peor,
Tal que seria mejor
Tener la vida perdida.

No te pasmes, Juan Collado,
Ny s'espante tu persona
De me ver qual soy tornado:
Que quien esto m'a causado,
A ninguno no perdona.
Antes haze tanta guerra
A qualquier que sobreviene,
Que de la qu'en my s'ençierra
Pasmo yo cual es la tierra
Que sobre sy me sostiene.

De la descuydança mia,
De la perdiçion de my,
De no ser el que solya,
Fue la causa, fue la vya
La libertad que perdy.
Que del dia que myré
Aquella por quien tal ando,
Del ganado descuydé,
De my mysmo m' oluydé,
Nunca d'ella m'oluydando.

Amoryo m'a rrobado
My fuerça com su poder,
Háme descansso quitado,
Háme de todo apartado
De lo que causa plazer:
Háme dado tanta pena
Su fuerça y esquiuydad,
C'a la muerte me condena
Otra voluntad agena,
Que syrue my voluntad.

Tod' el sseso que tenya
Es tornado en afycion,
Em pesar el'alegría,
Rrebuelta la fantasya,
Mudada la condiçyon;
Ageno nel penssamiento
De my propyo el pensar,
Todo myo el sentimiento
Lyvre del contentamiento,
Sujeto del desear.

No rreposo noche & dya
Momento, punto, ny ora,

Ni byuo como queria,
Porque la ventura mya
Siempre my mal empeora.
Tal que en aquesta montaña,
Dó ando con my ganado
Es la labrança tamaña,
La memorya tam estraña,
Qu'es de my tod' oluydado.

Em todo lo despoblado
Nunca pastor abytó
Que, vyendome tam penado,
Pudiesse (1) contynuado
Soffrir lo que suffro (2) yo.
Porqu'es de tal condicion
El mal que me dyó fortuna,
Que, vyendo my perdiçion,
No puede my coraçon
Azer mudança ninguna.

No puedo caber coytado
En todas estas montañas,
Todo ando afortunado,
Muy ardido y debrasado
Del fuego de mys entrañas,
Açeso nel coraçon
Naçydo de my deseo,
Consseruado en afeçion
De la mucha perfeçion
D'aquel my Dios en que creo.

(1) En el *Cancionero* de Resende *podesse*.
(2) En el *Cancionero* de Resende *soffro*.

GARCÍA DE RESENDE.

Mira, gentil dama,
El tu seruydor,
Como está tam triste,
Con tanto dolor.

Mira, que mereço
No ser desamado,
Ny tan oluydado,
Pues tanto padeço.
Y pues con dolor
Mi vyda te llama,
Myra, gentil dama,
El tu seruydor.

Pues tu hermosura
Causó my dolor,
Myra my tristura
Y tu disfauor.
No trates peor
El que mas te ama:
Myra gentil dama,
El tu seruidor

JUAN DEL ENCINA.

Contra los que dicen mal de mujeres.

Quien dice mal de mujeres
Haya tal suerte e ventura,
Que en dolores e tristura
Se conviertan sus placeres:
Todo el mundo le desame:
De nadie sëa querido:
No se nombre ni se llame
Sino infame, más que infame,
Ni jamas sëa creido.

Siempre viva descontento,
Fatigado e congojoso:
Nunca se vea en reposo,
Jamas le falte tormento:
Jamas le falte cuidado,
Pene más que pena fuerte,
Viva tan apasionado
Que de muy desesperado
Haya por buena la muerte.

E muera, pues que merece
Morir como mal hechor,
Pues por malicioso error
Lo bueno mal le parece,

Que el que está de vicios lleno
Es enemigo mortal
Del que del mal es ajeno;
Mas los buenos, de lo bueno
Nunca saben decir mal.

Los maldicientes mundanos
Sufren menguas más que menguas,
Que se esfuerzan en las lenguas
Acobardando las manos:
Mas quien tiene fama buena,
De ser maldiciente huya;
Que el más malo más ordena
De matar la fama ajena
Pues que no luce la suya.

Yo no sé cómo ni quién
Puede tener por costumbre
De querer matar la lumbre
De las que son nuestro bien.
¡Oh malditos maldicientes,
Hombres no para ser hombres,
En maldades diligentes!
¿Á personas inocentes
Quereis infamar sus nombres?

Ved el gran bien que tenemos
Por una Virgen doncella;
E pues fué mujer, por ella
Todas las otras honremos.
Que si bien consideramos
Cuanta honra se les deba,
Siempre en debda les quedamos;
Pues que por mujer cobramos
Lo que perdimos por Eva.

Sírvanlas todos de gana;
Pues que Dios, por nos salvar,
De mujer vino á tomar
En el mundo carne humana.
Que si mal le paresciera
La primera que crió,
Creo yo que no la diera
Por mujer e compañera
Al hombre, como la dió.

Si decís ser ella el medio
Del pecado de los dos,
Aquello permitió Dios
Para ser él el remedio.
Y el primer siglo acabado,
Puesto el mundo en perdición,
Él mesmo tuvo cuidado
De dejar acompañado
Con la mujer el varon.

He por mucha maravilla
Cuál traidor puede amenguar
Lo que Dios quiso criar
De nuestra mesma costilla:
Á nosotros amenguamos,
Pues los hombres son sus padres:
Si á mujeres ultrajamos,
Miremos que deshonramos
Las honras de nuestras madres.

¿Con qué gesto ó con qué cara
El que maldiciente fuere,
Si algun mal dellas dijere,
Delante dellas se para?
Que en nuestras honras desface

Dar en sus honras estrago:
E á Dios dello no le place
Que á quien tanto bien nos hace
Hayamos de dar mal pago.

Ellas son muy pïadosas
En todas nuestras fatigas;
E las que más enemigas
Son no ménos amorosas:
E la de más crüeldad
Es de bien tan virtüoso,
Que tiene de voluntad
Mas mancilla e pïedad
Quel hombre más pïadoso.

Pïadosas en dolerse
De todo ajeno dolor
Con muy sana fe e amor
Sin su fama escurecerse:
Ellas nos hacen hacer
De nuestros bienes franquezas;
Ellas nos hacen poner
Á procurar é querer
Las virtudes e noblezas.

Ellas nos dan ocasion
Que nos hagamos discretos,
Esmerados e perfetos
E de mucha presuncion:
Ellas nos hacen andar
Las vestiduras polidas,
Los pundonores guardar,
E por honra procurar
Tener en poco las vidas.

Ellas nos hacen devotos,
Corteses e bien criados;
De medrosos, esforzados;
Muy agudos de muy botos.
Queramos lo que quisieren;
De su querer no salgamos;
Cuanto más pena nos dieren,
Cuanto más mal nos hicieren,
Tanto más bien les hagamos.

Que si con nuestra porfía
No siguiésemos su gala,
Maldita la mujer mala
Que en el mundo se hallaría.
Nosotros fingimos penas
Por mostrarles que penamos,
Mil prisiones e cadenas,
E aunque quieren ser muy buenas,
Nosotros no las dejamos.

No porque muchos no tengan
Tal querer con las que quieren,
Que mueren e más que mueren;
Mas otros hay que se vengan.
Vénganse de las burlar
E que siempre mal les vaya;
Mas quien quiere su pesar,
No se debe de contar
Por hombre donde hombres haya.

Miremos lo que es razon;
Si algunas culpadas hallan,
Callemos, pues ellas callan,
Que las culpas nuestras son.
Callemos nuestra maldad,

Nuestros engaños con arte,
Pues ellas son en verdad
Inclinadas á bondad,
Todas por la mayor parte.

Mas los hombres, ved qué dicha!
Que los buenos son muy ralos,
E veréis mil hombres malos,
E una mujer por desdicha.
Si decís que la vergüenza
Encubre sus pensamientos,
Esa fué más excelencia
Darles Dios más preminencia
Por sus más merecimientos.

No hay mujer, según su estado,
La mayor ni la menor,
Que no tenga algún primor
Que merezca ser löado.
Todas deben ser löadas,
Todas son dignas de gloria,
Todas sean acatadas,
Todas de todos amadas,
Pues amarlas es vitoria.

Bendito quien las sirviere
Y ensalzare su corona.
¡Viva, viva la persona
Del que más suyo se viere!
Muera quien mal las desea
Peor muerte que Torrellas:
En placer nunca se vea,
¡Y de Dios maldito sea
El que dijere mal dellas!

A las damas.

Como quien entra en floresta
De muy süaves olores,
Muy galana, muy compuesta,
Con vista ganosa e presta
Para contemplar sus flores,
Sus lindezas, sus colores,
Tal que nunca tal se vió,
Que despues con los amores
De ver sus altos primores
Alaba al que tal crió;

Así yo, más que dichoso,
Con dichoso pensamiento,
De veros muy desëoso,
Entréme sin más reposo
En vuestro aposentamiento:
Donde viendo muy atento
Vuestra gracia e discrecion,
Vuestro gran merescimiento,
Alabo cada momento
Al que os dió tal perfeccion.

Porque damas tan guardadas
Como vosotras estais,
Tan perfetas e acabadas,
No serán ni son halladas,
Que á todo el mundo penais.
Los que os miran e mirais
No gozan de libertad
Por más e más que os sirvais:
De tanta bondad usais
Que sois la mesma bondad.

Señoras damas reales,
Muy galanas, muy hermosas,
¡Oh, cuán buenos son los males
De los galanes mortales
Á quien dais penas penosas!
Vuestras gracias muy graciosas
Hízolas Dios tan sin par,
Que sus vidas lastimosas
De sólo penar, dichosas
Se deben cierto llamar.

En amaros muy despiertos,
Con tormentos que les dais,
Descubiertos, encubiertos,
No me espanto de los muertos,
Mas de los que no matais.
Cuando más favor negais,
Más cativos los teneis:
Cuando más se los mostrais,
Más e más los cativais
Á querer lo que quereis.

E todo vuestro favor
Es en mostraros servidas
De su pena e su dolor:
Los que os tienen más amor
En ménos tienen sus vidas.
Harto sois agradescidas
En haber dellos memoria,
De sus penas muy crescidas,
Bien sufridas, mal sufridas;
En su pena está su gloria.

¡Oh qué gloria de sentir,
El que vuestro puede ser,

Ser dichoso de os servir,
Y el que emplea sú vivir
En seguir vuestro querer!
Porque se debe tener
Por muy dichoso, aunque muera;
Y es vitoria padecer
Por tan alto merescer,
Pues otro fin no se espera.

No se espera de alcanzaros,
Ni se alcanza por quereros,
Ni hay quien ose deseëaros
Para más poder gozaros
De sólo gozar de veros.
Harto se pierde en perderos
Quien no goza de serviros;
Porque en sólo conoceros,
Sin jamas pensar venceros
Se ganan cien mil sospiros.

Sospiros que dan consuelo
En darse por quien se dan:
Danse que llegan al cielo,
Tan penados, que me duelo
De ver cuán penados van.
Al ménos e más galan
Los teneis ya tan cativos,
Tan cativos, que dirán
Que ni saben dónde están
Ni si están muertos ni vivos.

Viven sin vida muriendo,
Viviendo penada vida,
Vida que muere viviendo,
Más que muerte padesciendo,

Dichosa pena sufrida.
Sufrida bien merescida,
Pues por veros se atormentan
Con esperanza perdida,
No de pena despedida,
Que con pena se contentan.

Serviros son sus deseos;
Para más os contentar,
Procuran galas e arreos,
Toros, cañas e torneos,
Festejar, danzar, justar.
Nunca pueden sosegar
Estos cativos galanes,
Vandëar é pelear,
Desafïar e lidiar
Con mil trabajos e afanes.

Así que, señoras damas,
Á los que tan vuestros son,
El amor con vivas llamas,
Por dejar vivas sus famas,
Les abrasa el corazón:
Pues os tienen afición
Favoreced su cuidado;
Porque, en fin e conclusion,
Con su pena e su pasion
Les pagais, e bien pagado.

A su amiga en tiempo de cuaresma.

Bien sufre el tiempo lugar
Que querelle mi querella,
Pues habeis de confesar

La pèna de mi penar,
Vos que sois la causa della.
Vos crüel cuando doncella,
E ágora muy mucho más,
Pues os hizo Dios tan bella,
La vida puedo perdella,
Mas la fe nunca jamas.

Acordad vuestra memoria,
Vuestra poca contricion,
Robadora de mi gloria,
Que venganza es la vitoria
Del vencido corazon:
Haced ya satisfacion,
Tornad lo suyo á su dueño,
Confesad en confesion,
La culpa de mi pasion
No como de mal pequeño.

Restitüidme mi vida,
Mis placeres tan robados;
Conoced, desconoscida,
Cuánto sois desgradescida;
No negueis vuestros pecados.
Porque seamos librados
Vos de culpa, yo de pena,
No descuideis mis cuidados
En estos dias contados
Desta santa cuarentena.

Basta ya lo que he sufrido;
Consentid mi atrevimiento,
No por haberos servido,
Mas por haberos querido
Tanto, con tanto tormento:

E porque en el pensamiento
Os acordeis de mi mal,
Para mayor complimiento
Contaréis por este cuento
De aqueste memorïal.

Ordenaréis confesaros,
De manera que digais
Cuánto peno por amaros,
Cuánto huyo de enojaros,
Cuán mala vida me dais.
Confesad que me causais
Que, por serviros á vos,
Vos que tanto me penais,
Por ganar que me querais
Olvido servir á Dios.

Las iglesias donde creo
Que más cierta soleis ser,
Sígolas más con deseo;
E las mismas donde os veo
Vos me estorbais de las ver.
Vos me esforzais padecer
Cuanto mal mi mal padece;
Por vos me dejo perder;
Por vos pierdo mi placer,
E por vos Dios me aborresce.

Á vos debe Dios culpar
Las culpas de mis errores;
A mí debe perdonar
E apartarme de os amar,
E á vos daros mis dolores.
Vos me poneis mil temores,
Vos me quitais el temor,

Vos favor e disfavores,
Vos me meteis en amores,
Vos me mostrais desamor.

Justicia no las consiente
Pasiones tan lastimeras:
Penaisme, si soy presente;
Mataisme, si soy ausente;
Más es mi mal que de véras.
Cuanto más busco maneras
Para alcanzar lo que pido,
Tanto son más verdaderas,
Más crecidas, más enteras
Mis penas e vuestro olvido.

Vos sois en cargo de mí
Sin de mí tener cuidado.
¡Triste yo lo que temí
Desde el dia que me ví
Tan de vos enamorado!
Á mí tengo ya olvidado
Por más de vos acordarme:
Vivo tan apasionado,
Que el remedio es escusado
Si tardais en remediarme.

Adonde quiera que vais,
Allá voy con mis pasiones;
Siempre estoy adonde estais;
Voy con vos, que me llevais
Preso de vuestras prisiones.
Vos quitais mis devociones
E haceisme hacer del devoto;
Haceisme andar estaciones;
Soy tan cierto en los sermones
Como la pega en el soto.

No puedo ¡triste! sentir
Lo que mejor me sería;
Siempre pienso en vos servir,
Pierdo el comer y el dormir,
Peno de noche e de dia.
¡Ay cuitado! que solia
Escribir devotas cosas,
E hora amor con su porfía
Me manda sin alegría
Que escriba penas penosas.

De noche me desconcierta
Mucho más mi desventura,
E mi vida medio muerta
En pasaros por la puerta
Algun tanto se asegura.
Ya que no basta cordura,
Si me duermo con fatiga,
Entre sueños, con tristura,
Sueño ver vuestra figura,
Más crüel que de enemiga.

Entierros e perdonanzas,
Sigo siempre, romerías:
Tengo más desconfianzas,
Más e más desesperanzas
Que aquel triste de Macías.
Son serviros mis porfías,
E vos siempre más crüel;
Hago mill hechicerías,
Hago de las noches días,
Llora sangre mi papel.

Las justas e los torneos,
Juegos de cañas e toros

No me alegran mis deseos;
Ántes me träen rodeos
Para más doblar mis lloros;
Sois mi bien e mis tesoros,
E daisme tan gran dolor,
Que preso en tierra de moros,
Entre negros ni entre loros
No me trataran peor.

En vuestra vista contemplo
Con aficion amorosa;
De galanas sois ejemplo;
Luégo á vos hicieran templo
Los antiguos por hermosa.
Que os alabe de graciosa
De suyo se está alabado;
De discreta, de donosa:
Sois en todo tan dichosa
Cuanto yo soy desdichado.

Nunca yo supe sufrir
Hasta que vos me heristes;
Nunca yo supe morir,
Ni en amores escribir,
Hasta que vos me prendistes.
Vos, señora, me vencistes;
Vos sola me cativastes;
Vos con vos sola hecistes
Tanto más mis dias tristes,
Cuanto más me enamorastes.

Cese ya mi triste suerte,
Cese ya vuestra crüeza,
Cese mi penosa muerte,

Cese ya mi mal tan fuerte,
Cese ya mi gran tristeza.
Pues no cesa mi firmeza,
No cese vuestro remedio:
Ponga ya vuestra belleza,
Vuestra virtud e nobleza
En mi pasion algun medio.

Ya sabe que me es en cargo,
Ya sabe mi sufrimiento,
Desembargue ya el embargo
Puesto en mi vivir amargo
Por vuestro merecimiento:
Haya en vos conocimiento
Cuanto mi querer os quiere;
Haya de mi perdimiento
Algun arrepentimiento,
Pues el tiempo lo requiere.

No querais que se publique
Mi dolor, pues yo no quiero,
Ni querais que más replique,
Ni que más os certefique
Qué mal es el de que muero.
Es mi mal tan verdadero,
Que si tal fuese mi bien,
Tal cual yo de vos espero,
Yo sería por entero
Más rico que no sé quién.

Así que vuestra beldad
Confiese con gran paciencia
Su sobrada crüeldad,
E ponga su volundad

Conforme con mi inocencia.
Descargad vuestra conciencia
De males tan inhumanos,
E así hecha penitencia,
Con debida reverencia
Beso vuestros piés e manos.

Villancicos.

I.

Decidme, pues sospirastes,
Caballero, que goceis,
¿Quién es la que más quereis?

Lástima tan lastimera
¿Para qué la preguntais,
Pues que sabeis que me dais
Mayor mal porque más muera?
Quien yo quiero que me quiera,
Vos, señora, lo sabeis;
E más no me pregunteis.—

En preguntaros, señor,
Yo no creo haber errado;
Que en veros apasionado
Hobe de vos gran dolor.
Si padeceis mal de amor,
Así della vos goceis!
Que vos no me lo negueis.—

¡Oh señora, e qué lindeza
La de quien me cativó,
Sino que se me tornó
Para mí toda en crüeza!
Es tanta su gentileza,

Que vos mesma la amaréis
E á mí no me culparéis.—

No negueis vuestra fatiga
Á quien os busca consuelo:
Pues de vuestro mal me duelo,
Sepa quién es vuestra amiga.
Que más parece enemiga
Esa por quien padeceis,
Pues que vos no la venceis.—

Obedescer e serviros
Es lo que yo más deseo;
Que lo sepais bien lo creo,
Mas mi mal quiero deciros:
Los tormentos e sospiros
De la pena en que me veis,
Remediar vos los podeis.—

Remediar á vuestra pena
Si decis penaros yo:
Pues el Amor os prendió,
El quitará la cadena.
Sabed que ya soy ajena;
Vos de mí más no cureis,
Que mal remedio teneis.

II.

Vencedores son tus ojos,
Mis amores;
Tus ojos son vencedores.

Fué de tal contentamiento
Mi querer de tu beldad,
Que te dí mi libertad
Á troque de pensamiento,

E me hallo más contento
Que todos los amadores.
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

Rematada está la cuenta,
Pues mi fe te da la paga;
Que no hay cosa que no haga
Por tener á tí contenta.
Yo no sé quién se arrepienta
De sufrir por tí dolores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

Aunque pongas duda en ella,
Tienes mi fe tan vencida,
Que por ti perder la vida
En poco tengo perdella.
¿Quién te puede ver tan bella
Que en mirar no le enamores?
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

No descuides mi cuidado,
Mira bien cuánto te quiero,
Que amador tan verdadero
No debe ser olvidado.
Mil pasiones he pasado
Por alcanzar tus favores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

Con esfuerzo e osadía
De poderme llamar tuyo
No me temo ni rehuyo
Cativarme, vida mia.

Tú, mi bien e mi alegría,
Pones e quitas temores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

E mi libertad cativa,
Pues la tienes, ten por cierto
Que seré mil veces muerto
E la fe quedará viva.
Olvida de ser esquiva
Porque mis bienes mejores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

Si bien sientes mi deseo,
Sentirás en tu memoria
Que mirarte es tanta gloria
Cuanto mal si no te veo.
Así que por ti poseo
Amarguras e dulzores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

Conformes creo que estamos:
¡Plega á Dios que siempre sea!
E lo que el uno desea
Ambos juntos lo queramos.
E muy buena fe tengamos,
E las obras muy mejores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

Agora por no enojarte
No te digo más de aquesto,
Sino que de aquí protesto

De ser tuyo sin errarte,
E jamas nunca olvidarte
Aunque muestres disfavores;
Mis amores,
Tus ojos son vencedores.

III.

Montesina era la garza
E de muy alto volar:
No hay quien la pueda tomar.

Mi cuidoso pensamiento
Ha seguido su guarida,
Mas cuanto más es seguida,
Tiene más defendimiento.
De seguirla soy contento
Por de su vista gozar:
No hay quien la pueda tomar.

Otros muchos la han seguido
Pensando poder tomalla,
E á quien más cerca se halla
Tiene más presto en olvido.
Harto paga lo servido
En sólo querer mirar:
No hay quien la pueda tomar.

Nunca vi tanta lindeza
Nï ave de tal crïanza;
Mas á quien tiene esperanza
Muéstrale mucha esquiveza.
Puede bien con su belleza
Todo el mundo cativar:
No hay quien la pueda tomar.

Tiene tan gran hermosura
Y es tan noble e virtuosa,
Que en presencia nadie osa
Descobrirle su tristura.
Es de dichosa ventura
El que sirve en tal lugar:
No hay quien la pueda tomar.

El que más sigue su vuelo
Le parece muy más bella:
Por sólo gozar de vella
El trabajo le es consuelo:
Su mirar pone recelo,
Porque calle el desear:
No hay quien la pueda tomar.

Si la sigo por halago,
No me crece mi deseo;
Si por mal perdidos veo
Los servicios que le hago,
Quiérole pedir en pago
Me deje suyo llamar:
No hay quien la pueda tomar.

E pues de tan alta suerte
La hizo Dios en estremo,
De ningun peligro temo
Si es contenta con mi muerte.
Puede con su fuerza fuerte
Ligeramente matar:
No hay quien la pueda tomar.

No quiero sino fatiga,
Soy contento ser penado,
Pues que quiere mi cuidado

Que sin descanso la siga,
E que pene e no lo diga,
Pues es vitoria penar:
No hay quien la pueda tomar.

Así que por muy dichoso
Me siento por la servir,
Aunque sienta mi vivir
Trabajo muy trabajoso.
Quiero vida sin reposo
Por huir de la enojar:
No hay quien la pueda tomar.

IV.

Anda acá, pastor,
A ver al Redemptor.

Anda acá, Minguillo,
Deja tu ganado,
Toma el caramillo,
Zurron e cayado:
Vamos sin temor
A ver al Redemptor.

No nos aballemos
Sin llevar presente;
Mas ¿qué llevarémos?
Dilo tu, Llorente.
¿Qué será mejor
Para el Redemptor?—

Yo quiero llevarle
Leche y mantequillas,
E para empañarle

Algunas mantillas,
Por ir con amor
A ver al Redemptor.

Con aquel cabrito
De la cabra mocha
Darle algun quesito
E una miga cocha,
Que terná sabor,
Sabor al Redemptor.

No piense que vamos
Su madre graciosa
Sin que le ofrescamos
Más alguna cosa;
Que es de gran valor
Madre del Redemptor.

En cantares nuevos
Gocen sus orejas:
Miel e muchos huevos
Para hacer torrejas,
Aunque sin dolor
Parió al Redemptor.

V.

Levanta, Pascual, levanta:
Aballemos á Granada,
Que se suena ques tomada.

Levanta toste prïado,
Toma tu perro e zurron,
Tu zamarra e zamarron,
Tus albogues e cayado.

Vamos ver el gasajado
De aquella ciudad nombrada,
Que se suena ques tomada.—

¿Asmo cuidas que te creo?
¡Juro á mí! que me chufëas.
Si tú mucho lo deseas,
Soncas, yo más lo deseo.
Mas á la mia fe no veo
Apero de tal majada,
Que se suena ques tomada.

Hora ¡pese á Diez contigo!
Siempre piensas que te miento:
Ahotas que me arrepiento
Porque á tí nada te digo.
Anda acá, vete comigo,
No te tardes más tardada,
Que se suena ques tomada.—

Déjate deso, carillo,
Curemos bien del ganado,
No se meta en lo vedado
Que nos prenda algun morillo.
Tañamos el caramillo,
Porque todo lo otro es nada,
Que se suena ques tomada.—

Pues el ganado se estiende,
Déjalo bien estender;
Porque ya puede pacer
Seguramente hasta allende.
Anda acá, no te estés ende,
Mira cuánta de ahumada,
Que se suena ques tomada.

¡Oh, qué reyes tan benditos!
Vámonos, vámonos yendo,
Que ya te voy percreyendo,
Segun oyo grandes gritos.
Llevemos estos cabritos,
Porque habrá venta chapada,
Que se suena ques tomada.—

Aballa, toma tu hato,
Contaréte á maravilla
Cómo se entregó la villa,
Segun dicen, no há gran rato.
¡Oh, quién viera tan gran trato
Al tiempo que fue entregada!
Que se suena ques tomada.—

Cuenta, cuéntame las nuevas,
Que yo estoy muy gasajoso;
Mas no tomaré reposo
Hasta llegar do me llevas.
Chapado zagal apruebas:
Dios nos dé buena jornada,
Que se suena ques tomada.—

Yo te diré cómo fué;
Que nuestra Reina y el Rey,
Luceros de nuestra ley,
Partieron de Santa Fe.
E partieron, soncas, que
Dicen que esta madrugada:
Que se suena ques tomada.

Ya luégo allá estarán todos
Metidos en la ciudad
Con muy gran solenidad,

Con dulces cantos e modos.
¡Oh claridad de los godos,
Reyes de gloria nombrada!
Que se suena ques tomada.

¡Qué consuelo e qué conorte,
Ver por torres e garitas
Alzar las cruces benditas!
¡Oh qué placer e deporte!
Y entraba toda la córte
Á milagro atavïada,
Que se suena ques tomada.

Por vencer con tal vitoria
Los Reyes nuestros señores,
Demos gracias e loores
Al Eterno Rey de gloria.
Que jamas quedó memoria
De Reyes tan acabada:
Que se suena ques tomada.

VI

Nuevas te trayo, carillo,
De tu mal.—
Dímelas hora, Pascual.—

Sábete que Bartolilla,
La hija de Mari-Mingo,
Se desposó di domingo,
Con un garzon de la villa.
He gran cordojo e mancilla
De tu mal,
Porque eres tan buen zagal.—

Dí si burlas ó departes,
Ó si lo dices de vero,
Porque en mal tan lastimero
No es razon que tu me enartes.
Yo hablé con ella el mártes
So el portal;
Mas nunca me dijo tal.—

Yo te juro á Sant Rodrigo
Que no te burlo ni miento,
Porque á su desposamiento
Me llamaron por testigo:
Créeme lo que te digo,
Que este mal
Te será muy desigual.—

¡Pese á Diez con el cariño
Que yo con ella tenía,
Porque con su galanía
Me ha burlado como á niño!
Tal descuetro e desaliño,
Por tu mal,
Me será más que mortal.—

Si te tuviera amorío,
Sábete cierto e notorio
Que aburriera el desposorio
Con todo su poderío.
Su querer es muy crudío,
Que en lo tal
No hizo de tí caudal.—

¡Oh lazerado e aborrido!
No hay dolor que así me duela,
Que en perder esta mozuela

El gasajo he ya perdido.
Estoy tan amodorrido,
Que muy mal
Te conozco ya, Pascual.—

Tu cordojo e tu llanteo
Me pone gran acedía,
Que toda tu mancebía
Has gastado en devaneo.
Muda, muda tu deseo,
Pues tu mal
Es un mal muy principal.—

No puedo mostrar mudanza,
Ni vivir sin su presencia,
Que no trayo mi hemencia
Sino tras su semejanza.
Sufrir con desesperanza
Tanto mal,
Es cosa descomunal.—

Apacienta tu ganado,
Procura buscar conorte,
Las fiestas date á deporte,
Los juéves vete al mercado.
No cuides en tal cuidado,
De lo cual
Te puede venir más mal.—

Ya no quiero el caramillo,
Ni las vacas ni corderos,
Ni los sayos domingueros,
Ni el capote de pardillo,
Ni quiero ya zurroncillo
Ni cotral,
Ni yesca ni pedernal.—

Ora, Carillo, descrucia
De seguir esta zagala;
Ni te quellotre su gala,
Ni tengas en ella hucia,
Dígote que era muy lucia;
De lo ál
No te sabré dar señal.—

Aunque pese á quien pesáre,
Juro á mi de siempre amalla,
De seguilla e remiralla
Do quiera que la halláre.
Á quien esto me estorbáre,
Si me val,
Yo le daré mal final.

VII.

¿Quién te trajo, caballero,
Por esta montaña escura?
—¡Ay, pastor! que mi ventura

¡Para el cuerpo de sant Polo
Que estoy asmado de tí!
¿Quién te arribó por aquí
Tan lagrimoso e tan solo?
Yo cuidé que eras Bartolo,
Vn pastor de Extremadura,
Que aprisca en aquel altura.—

¡Pluguiera á Dios que yo fuera
Ese rústico pastor,
Por quel falso del amor
Subjeto no me tuviera.
Ando muerto sin que muera,

Cual te muestra mi figura,
Que vivir ya no procura.—

¿E cuidas tú, palaciego,
Que á nosotros los pastores
No nos acosan amores,
No nos percunde su fuego?
¡Mie fe! yo dellos reniego,
Que áun aquí en esta espesura,
No perdonan criatura.—

Pues dices que sois heridos
Y en amores padeceis,
Dime qué es lo que haceis
Para ser de amor queridos.
Que no pueden mis sentidos,
Ni discrición, ni cordura,
Hacer mi vida segura.—

Dígote que una zagala
Me ha traido amodorrido;
Mas hétela perseguido
Hasta deslindar su gala.
E otra que dicen Pascuala,
De muy huerte gestadura,
Trayo ahora en aventura.—

¡Triste de mí, desdichado!
Sin ventura soy perdido,
Que me tiene despedido
Quien me tiene cativado.
Quiero ya tener cuidado
De buscar la sepultura,
Pues mi mal es sin mesura.—

Dime, dime quién tú sos,
Y endílgame quién es ella;
No quellotres tu querella,
Aunque pese á non de Dios.
Vámonos ambos á dos:
Amostrarte hé una verdura
Donde tomes gran holgura.—

Desque ya perdí la gloria
De quien me negó por suyo,
Ni yo sé quién soy, ni cuyo,
Ni de mí tengo memoria.
Ha ganado tal vitoria
En amar mi desventura,
Quel placer es mi tristura.—

Descordoja ya tu saña,
Desensaña á tus cordojos;
Deja ya holgar tus ojos
Siquiera en esta montaña.
Vámonos á mi cabaña,
Que allí tengo albergadura
E gran abondo e hartura.—

Consolando más me hieres;
Vete ya, que se va el dia:
Dios te dé tanta alegría
Cuanta tú para mí quieres.
Yo no sé, pastor, quién eres,
Que te duele mi amargura,
La cual ya no sufre cura.—

Yo soy Domingo Pascual,
Carillo de la vecina,
Y es mi choza so un encina

La mayor deste encinal:
Duéleme tanto tu mal,
En ver tu pena tan dura,
Que estoy sin semejadura.—

Por tu sér á mí me place
Desta noche estar contigo;
Aunque de cierto te digo
Que muy duro se me hace:
Pues el placer me desplace
E mi muerte se apresura,
Ya mi vida no es de cura.

VIII.

Ya soy desposado,
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Dime, dime, Mingo,
De tu buen estrena.—
Mi-fe ayer domingo
(¡Dios en hora buena!)
Con la que me pena,
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Ques lo que te han dado
Con tu desposada?—
Harto del ganado,
E casa alhajada,
E moza chapada.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Qué ganado sacas
Que te den de vero?—
Un buey e dos vacas,
E más un otrero
Con todo su apero.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿No te dan con eso
Otra res alguna?—
Un burro bien grueso,
E una res porcuna,
E áun otra ovejuna.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Pues te vaga espacio,
Cuéntame su gesta.—
Es de buen gernacio,
Galana e dispuesta,
Aliñosa e presta.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Es quizá vecina
De allá de tu tierra?—
Yo soy del Encina
Y ella es de la Sierra
Que me daba guerra.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Deslindame luégo
Sus deudos juntos.—
Son ella y el crego

Carmenos conjuntos
Que sacar por puntos.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Qué diste á las vistas
La vista primera?—
Alfarda con listas,
E faja, e gorguera,
Cinta dominguera.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Saya no le diste
Para andar preciada?—
Una que se viste
Añir torquesada
De manga tranzada.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Tu dar me semeja
De buen repiquete.—
Zapata bermeja,
E mucho alfilete,
E buen cordoncete.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Bien topo contigo,
No sé si me enartas.—
¡Ah! pues no te digo
Cercillos e sartas
E otras cosas hartas.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

E allí si vinieron
Muchos zagalejos.
E áun barveza dieron
Á largos concejos
Á mozos e á viejos.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Hobo barraganes
En alguna lucha?—
Pastores e aldranes,
E otra gente mucha,
Otëa y escucha.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Veamos, ¿llevaste
La tu fe degosa?—
¡Pesar de Santiaste!
¿Quién lleva tal cosa
A ver á su esposa?
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Tocaste las quintas
De tu caramillo?—
E al trocar las cintas
Mucho cantarcillo,
Dime aqueste orillo.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¡Cuánta castañeta,
Mingo, por el cielo!—
E aunque zapateta

Daba allí un mozuelo,
Á tremer el suelo.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

La buena pro haga,
Pues no se te escusa.—
Agora ¡Dios praga!
Ya di sobreusa
Allá do se usa.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Qué le diste en donas?
¡Qué te dé Dios vida!—
Lo que otras personas
Dan á su querida;
Cosa bien garrida.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Manto de bermejo,
Hásle ya donado?—
E áun buen capillejo
De hilo trenado
Azul e morado.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Dístele, vaquero,
Sortija de prata?—
Buen revolvedero,
Buen zueco e zapata;
Ques moza que mata.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Aburre los celos;
Tenla repicada.—
Sobarbos e velos,
Camisa labrada
De estopa delgada.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Para bien te sea:
¿Dístele más dones?—
Á fuer del aldea,
Saya de mangones
Como otros garzones.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Qué donas honradas,
¡Llevaste, Minguillo!—
E áun mangas brocadas
Le di de amarillo,
E bolsa e tejillo.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

De ajüar de casa
No te dejen mondo:—
Soncas ya se embasa
Todo bien abondo,
Chapado e redondo.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Dos camas de ropa
Habrá, tales cuales.—
Sábanas de estopa,

Hietro e cabezales,
Mantas e costales.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Si tal es el hecho,
Soy en que te veles.—
Darme han ante lecho,
Frundas e receles,
E mesa e manteles.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

E darte han almario,
Arca y espetera.—
E áun de buen donario,
E trulla e caldera,
Olla e cobertera.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Dente, dente jarro,
E algun tajadero.—
E áun colodra e tarro,
E un cántaro entero
Con su coladero.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Darte han badilleja,
E arganas y escaño.—
Cesto e gamelleja
Y escriño tamaño,
E áun ántes de un año.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

También, pues, debrias
Pedir todos hatos.—
Jarra e altamias,
Barreños e platos,
E dos ó tres gatos.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Dente algun dornajo,
Rallo e asadores.—
E áun darme han un tajo,
E más dos morteros
Con sus majaderos.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Cucharon e cazo
Tambien lo demanda.—
E artesa e cedazo,
Que aliñando se anda,
Y á mercar se manda.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Mérquente unos pendes
Para pendar lana.—
Sí tú me los vendes,
Antes de mañana,
E áun de buena gana.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Ella pide rueca,
E un huso e tortera.—
E áun gallina crueca

E otra ponedera,
E ánsar criadera.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Despues á la boda,
Que tal será el gasto.—
Á la gente toda
Hartalla á repasto,
Todo muy abasto.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Yo seré el padrino,
Gasta, no te duela.—
Pan e carne e vino,
Ajo e mostazuela
Hasta tentejuela.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Todo te me engrilla,
Deja esos picaños.—
E áun á mi esposilla
Dártele otros paños,
Paños muy extraños.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

¿Darle has otro manto
Tú de tu dinero?—
Sí, si yo entre tanto
No debroco o muero,
Mejor quel primero.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Dale con que vaya
Buena vestidura.—
Buena sobresaya,
Verde ó verde escura,
Con botonadura.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

Asmado me dejas
Muy en demasía.—
E áun si más me aquejas,
Más te contaría,
Ende esta otro dia.
Nuestramo,
Ya soy desposado.

IX.

¡Ay triste, que vengo
Vencido de amor,
Magüera pastor!

Más sano me fuera
No ir al mercado,
Que no que viniera
Tan aquerenciado,
Que vengo cuitado,
Vencido de amor,
Magüera pastor.

Dí queses en villa,
Viera una dueñata;
Quise requerilla
E aballó la pata:

Aquella me mata
Vencido de amor,
Magüera pastor.

Con vista halaguera
Miréla, é miróme;
Yo no sé quién era,
Mas ella agradóme,
E fuése, e dejóme
Vencido de amor,
Magüera pastor.

De ver su presencia
Qnedé cariñoso,
Quedé sin hemencia,
Quedé sin reposo,
Quedé muy cuidoso,
Vencido de amor,
Magüera pastor.

Ahotas que creo
Ser poca mi vida,
Segun que ya veo
Que voy de caida.
Mi muerte es venida,
Vencido de amor,
Magüera pastor.

Sin dar yo tras ella
No cuido ser vivo,
Pues que yo por ella
De mi soy esquivo
Y estoy muy cativo,
Vencido de amor,
Magüera pastor.

X.

Dime, Juan, por tu salud,
Pues te picas de amorio,
¿Si es mal de amores el mio?

Maginar debes ¡Dios praga!
¿Cómo quieres tú, Pascual,
Que te diga yo tu mal
Sin que me cuentes la llaga?
Si algun espacio te vaga,
En este monte sombrío
Cuénta me tu modorrío.—

¡Ay triste! que todo el bazo,
Asadura é pajarilla,
Todo se me desternilla,
Que no me queda pedazo.
Cada pierna e cada brazo
Siente muy gran dolorïo.
¿Si es mal de amores el mio?

Cosa no puedo comer
Aunque me muera de hambre;
Toma me tan gran calambre,
Ques dolido de me ver;
Gran temblar e gran tremer,
Muy gran pasmo e calofrío.
¿Si es mal de amores el mio?

Siempre estoy despeluncado,
Que desmayo cada rato;
No conozco ya mi hato;
Ando ya desojarado;

Nunca estoy sino cansado,
Aunque no de laborío.
¿Si es mal de amores el mio?

De mí tengo ya despecho:
No siento ningun abrigo;
Aunque me dan pan de trigo,
Ni aunque voy dormir so techo,
Nunca duermo ni aprovecho;
Poco á poco me resfrío.
¿Si es mal de amores el mio?

Nunca dejo de pensar,
Puesto mano sobre mano;
Cada paso me rellano
Que no me puedo aballar;
Gran gemir e sollozar,
Que nunca jamas me río.
¿Si es mal de amores el mio?

Ando ya desmemorado,
Sin poder tomar reposo,
Deslumbrado, muy pensoso,
Muy cuidoso é descuidado;
Piérdese todo el ganado.
Dios me tiene ya omecillo.
¿Si es mal de amores el mio?

Solia cuando más mozo
(Bien lo sabes tú, Juanillo)
Repicar mi caramillo,
Mi respingo é mi retozo;
¡Mie-fe! ya no me alborozo,
Del gasajo me desvío.
¿Si es mal de amores el mio?

Pariente, primo segundo,
No te quiero decir más;
En el gesto me verás
Que ya no soy deste muudo;
Que de pasmo me perhundo,
Como yo no desvarío.
¿Si es mal de amores el mio?—

Pues áun quiero que me cuentes
Este mal tan lastimero
Donde te tomó primero,
E de cuando acá lo sientes;
Aguza, pára bien mientes,
Esfuerza sin aborrío,
Que de tu salud confío.—

Percanzóme esta pasión
El día de la velada,
Otëando mi adamada
Aquella del Torrejon,
Do sentí tal turbacion
Que de mi ya desconfio.
¿Si es mal de amores el mio?

Llévame tras sí los ojos
Donde quiera que la veo;
Cuanto más e más la oteo,
Siento más e más antojos;
E con todos mis enojos
Para velar me atavio.
¿Si es mal de amores el mio?

Siento en mí tan gran cariño,
Que me quema como fuego;
Hélo preguntado al crego,

No me sabe dar aliño.
Sobre esta razon me ciño
Que tú sabrás, yo lo fio,
¿Si es mal de amores el mio?—

¿En cuál seso agora cabe,
Pues que quieres que lo diga,
Que sepa yo tu fatiga
Cuando el crego no lo sabe?
No creas que yo me alabe
Ni con mi saber me engrio,
Que no sé, ni lo porfio.—

Aunque sós de estos casares
De aquesta silvestre encina,
Tú sabrás dar melecina
Á mis cuitas é pesares;
Pues allá con escolares
Ha sido siempre tu crio.
¿Si es mal de amores el mio?—

Mie-fe, Pascual, bien lo siento,
Aunque yo crego no so,
Que sonriéndome estó
No conocer tal tormento.
Es amor tu perdimiento,
Que bien siento su natío,
Su amargor e saborío.—

Juro á mí que yo lo creo,
Segun sus ahincos son,
Que me van al corazón
Los aguzos y el deseo;
Pues que sus males poseo,
Dí quién es este amorío.
¿Si es mal de amores el mio?

Es amor un no sé qué,
Que se engendra no sé como,
Yo ningun tino le tomo,
Aunque mucho suyo fué;
Sé que pone tanta fe
Su forzoso poderío,
Que cativa el albedrío.—

Pues dime, ¿que te parece
Que debo ¡triste! hacer
Para me poder valer
Deste mal que siempre crece?
¿Con qué remedio guarece
El que está de amor sandío?
¿Si es mal de amores el mio?—

Si alguna zagala bella
Amares sin ella amar,
Ama tú en otro lugar
Ó la sigue hasta vencella;
E si tambien te ama ella,
No muestres tanto amorío;
Que este consejo es el mío.

Romance.

Por unos puertos arriba
De montaña muy escura
Caminaba el caballero
Lastimado de tristura:
El caballo deja muerto,
Y él á pie por su ventura,
Andando de sierra en sierra

De camino no se cura,
Huyendo de las florestas,
Huyendo de la frescura,
Métese de mata en mata
Por la mayor espesura.
Las manos lleva añudadas,
De luto la vestidura,
Los ojos puestos en tierra
Sospirando sin mesura;
En sus lágrimas bañado,
Más que mortal su figura;
Su beber y su comer
Es de lloro é amargura,
Que de noche ni de día
Nunca duerme ni assegura
Despedido de su amiga
Por su más que desventura,
A haberle de consolar
No basta seso é cordura;
Viviendo penada vida,
Más penada la procura,
Que los corazones tristes
Quieren mas menos holgura.

Villancicos.

I.

Ya cerradas son las puertas
De mi vida
Y la llave es ya perdida.

Tiénelas tan bien cerradas
El portero del Amor;

No tiene ningún temor
Que de mí sean quebradas.
Son las puertas ya cerradas
De mi vida,
Y la llave es ya perdida.

Las puertas son mis servicios,
La cerradura es olvido,
La llave que s'ha perdido
Es perder los beneficios.
Así que fuera de quicios
Va mi vida,
Y la llave es ya perdida.

Puse la vida en poder
D'aquella que siempre amo;
Ahora triste, aunque llamo,
No me quiere responder.
Cerróme con su poder
La salida,
Y la llave es ya perdida.

Fin.

Servíla con tanta fe,
Con cuanta nadie sirvió;
El galardón que me dió
Fué peor que nuncá fué.
Cerróme no sé por qué
La salida,
Y la llave es ya perdida.

II.

Más vale trocar
Placer por dolores,
Qu'star sin amores.

Donde es gradecido
Es dulce morir;
Vivir en olvido
Aquel no es vivir;
Mejor es sufrir
Passion y dolores,
Qu'estar sin amores.

Es vida perdida
Vivir sin amar,
Y más es que vida
Saberla emplear:
Mejor es penar
Sufriendo dolores,
Qu'estar sin amores.

La muerte es vitoria
Do vive aficion;
Qu'espera haber gloria
Quien sufre passion:
Más vale presion
De tales dolores,
Qu'estar sin amores.

El que es más penado
Más goza d'amor;
Qu'el mucho cuidado
Le quita el temor:
Assi qu'es mejor
Amar con dolores,
Qu'estar sin amores.

No teme tormento
Quien ama con fe,
Si su pensamiento

Sin causa no fué;
Habiendo por qué,
Más valen dolores
Qu'estar sin amores.

Fin.

Amor que no pena
No pida placer,
Pues ya le condena
Su poco querer:
Mejor es perder
Placer por dolores,
Qu'estar sin amores.

III.

Hermitaño quiero ser
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Por probar nueva manera,
Mudar quiero mi vestir,
Porque en el traje de fuera
Desconozcan mi vevir;
No mudaré mi querer;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Serán mis hábitos tales
Que digan con mi dolor;
Será el paño de mis males,
Será la fe la color
Y el cordon de padescer;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Será hecho mi cilicio
De muy áspero tormento,
Tejido con mi servicio,
Cosido con sufrimiento,
Y helo siempre de traer;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Las cuentas para rezar
Han de ser cient mil querellas;
El bordon para esforzar
Ha de ser la causa dellas:
Y pues me dejé vencer,
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Crescerán mis barbas tanto
Cuanto cresciere mi pena;
Pediré con triste llanto
«Dad para la Magdalena».
Si me quisieren valer,
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

No peinaré mis cabellos
Ni descansarán mis ojos,
Hasta que se duela de ellos
Quien me causa mil enojos;
Si se quissiese doler,
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Haré vida tan estrecha
Que peor será que muerte,
Porque no tenga sospecha

Que vivo por otra suerte,
Y no tomaré placer;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Andaré sin alegría
Aquejado de cuidados,
Por los páramos de día,
De noche por los poblados,
Y ansi quiero fenescer;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Quizá que por mi ventura
Andando de puerta en puerta,
Veré la gentil figura
De quien tien mi vida muerta;
Si saliesse á responder,
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Los sospiros encubiertos
Que he callado por mi daño,
Hora serán descubiertos
En hábito de hermitaño,
Hora ganar ó perder;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Pensarán los que me vieren
Que sospiro con pobreza,
La que mis ojos ver quieren
Bien sentirá mi tristeza,
Bien me sabrá conoscer;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

Fin.

¡Oh qué bienaventuranza!
Ternia mi corazón,
Si cumpliesse mi esperanza
Viéndome en tal Religión:
Haré todo mi poder;
Por ver,
Hermitaño quiero ser.

IV.

Romerito, tú que vienes
De donde mi vida está,
Las nuevas della me da.

Dame nuevas de mi vida,
¡Así Dios te dé placer!
Si tú me quieres hacer
Alegre con tu venida,
Que después de mi partida
De mal en peor me va.
Las nuevas della me da.—

Bien muestras en el hablar
Ser ageno de placeres,
Mas si yo no sé quien eres
¿Qué nuevas te puedo dar?
Quien nunca te oyó nombrar
¿Cómo te conocerá?—
Las nuevas della me da.

«Véome triste, aflegido,
Más que todos desdichado
Que en el tiempo ya pasado

Solía ser conocido.
Mas agora con olvido
La memoria muerta está.
Las nuevas della me dá.—

Aunque mis nuevas te den,
Pensamiento, tú descansa,
Y los sospiros amansa,
Y las lágrimas deten.
Dime tu mal y tu bien,
Que yo te conozco ya.—
Las nuevas della me da.

Bien sabes que me partí
Fuyendo del mal que quejo,
Mas cuanto yo más me alejo,
Muy más cerca está de mí.
La esperanza que perdí
Ya nunca se cobrará.
Las nuevas della me da.—

Fin.

Yo bien sé que te partiste
Con mucha desesperanza,
Y tu bienaventuranza
Vino y no la conociste.
¡Mas esfuerza, esfuerza, triste!
Que tu acuerdo vivo está.—
Las nuevas della me da.

V.

Pues amas, triste amador,
Dime, ¿qué cosa es amor?—

Es amor un mal que mata
A quien le mas obedesce,
Mal que mucho más maltrata
Al que menos mal meresce,
Favor que más favoresce
Al menos merescedor.

Es amor una aficion
De desseo desseoso,
Donde falta la razon
Al tiempo más peligroso;
Y es un deleite engañoso
Guarnescido de dolor.

Es amor un tal poder
Que fuerza la voluntad;
Adonde pone querer
Quita luego libertad;
Es mas firme su amistad
Cuando finge desamor.

Es una fuente do mana
Agua dulce e amargosa,
Que á los unos es muy sana
E á los otros peligrosa;
Unas veces muy sabrosa
E otras veces sin sabor.

Es una rosa en abrojos
Que nasce en cualquier sazón,
Cuando se vencen los ojos
Consintiendo el corazon;
Cógese con gran passion,
Con gran pligro é temor.

Fin.

Es un jarope mezclado
De un placer é mil tristuras,
Desleido con cuidado
En dos mil desaventuras,
Que si beberlo procuras
Morirás si no hay favor.

VI.

¿A quién debo yo llamar
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María?

Todos te deben servir,
Virgen y madre de Dios,
Que siempre ruegas por nos
Y tu nos haces veuir.
Nunca me verán decir
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María.

Duélete, Virgen, de mí,
Mira bien nuestro dolor,
Qu'este mundo pecador
No puede veuir sin ti.
No llamo desque nací
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María.

Tanta fué tu perfeccion
Y de tanto merecer,
Que de ti quiso nacer

Quien fué nuestra redención;
No hay otra consolacion,
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María.

El tesoro divinal
En tu vientre se encerró,
Tan preciosa que libró
Todo el linage humanal.
¿A quien quejaré mi mal,
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María?

Tu sellaste nuestra fé
Con el sello de la cruz;
Tú pariste nuestra luz,
Dios de ti nacido fué.
Nunca, jamás llamaré
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María.

Fin.

¡Oh clara virginidad,
Fuente de toda virtud,
No cesses de dar salud
A toda la cristiandad!
No pedimos piedad,
Vida mia,
Sino á ti, Virgen María.

VII.

Ninguno cierre las puertas
Si Amor viniere á llamar;
Que no le ha de aprovechar.

Al amor obedezcamos
Con muy presta voluntad;
Pues es de necesidad,
Con fuerza virtud hagamos.
Ell amor no resistamos,
Nadie cierre á su llamar;
Que no le ha de aprovechar.

Amor amansa al más fuerte,
Y al más flaco fortalece;
Al que menos le obedece,
Más le aqueja con su muerte.
A su buena ó mala suerte
Ninguno debe apuntar;
Que no le ha de aprovechar.

Amor muda los estados,
Las vidas y condiciones,
Conforma los corazones
De los bien enamorados;
Resistir á sus cuidados
Nadie debe procurar;
Que no le ha de aprovechar.

Aquel fuerte del Amor
Que se pinta niño y ciego,
Hace al pastor palaciego
Y al palaciego pastor.
Contra su pena y dolor
Ninguno debe lidiar;
Que no le ha de aprovechar.

El qu'es amor verdadero
Despierta al enamorado,
Hace al medroso esforzado

Y muy polido al grosero.
Quien es de amor prisionero
No salga de su mandar;
Que no le ha de aprovechar.

Fin.

El Amor con su poder
Tiene tal jurisdiccion,
Que cautiva el corazon
Sin poderse defender.
Nadie se debe asconder
Si Amor viniere á llamar;
Que no le ha de aprovechar.

VIII.

Tan buen ganadico,
Y más en tal valle,
Placer es guardalle.

Ganado d'altura
Y más de tal casta,
Muy presto se gasta
Su mala pastura;
Y en buena verdura,
Y más en tal valle,
Placer es guardalle.

Ansí que yo quiero
Guardar mi ganado,
Por todo este prado
De muy buen apero:
Con este tempero,
Y más en tal valle,
Placer es guardalle.

Está muy vicioso
Y siempre callando;
No anda balando
Ni es enojoso;
Antes da reposo
En cualquiera valle:
Placer es guardalle.

Conviene guardalla
La cosa preciosa,
Que en ser codiciosa
Procuran hurtalla.
Ganado sin falla,
Y más en tal valle,
Placer es guardalle.

Pastor de buen grado
Yo siempre sería,
Pues tanta alegría
Me dá este ganado;
Y tengo jurado
De nunca dejalle,
Mas siempre guardalle.

De nuestra Señora.

Pues que tú, Reina del Cielo,
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que reinas con el Rey
D'aquel reino celestial,
Tú, lumbre de nuestra ley,

Luz de linaje humanal;
Pues para quitar el mal
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, Virgen, que mereciste
Ser madre de tal Señor,
Tú que cuando le pariste
Le pariste sin dolor;
Pues con nuestro Salvador
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que del parto quedaste
Tan virgen como primero,
Tú, Virgen, que te empreñaste
Siendo virgen por entero;
Pues que con Dios verdadero
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que lo que perdió á Eva
Cobraste por quien tú eres,
Tú, que nos diste la nueva
De perdurables placeres;
Tú, bendita en las mugeres,
Si nos vales,
Darás fin á nuestros males.

Tú, que te dicen bendita
Todas las generaciones;
Tú, que estás por tal escrita
Entre todas las naciones;
Pues en las tribulaciones
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que tienes por oficio
Consolar desconsolados;
Tú, que gastas tu ejercicio
En librarnos de pecados;
Tú, que guias los errados
E los vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que tenemos por fé
Ser de tanta perfeccion,
Que nunca será ni fué
Otra de tu condicion;
Pues para la salvacion
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

¿Quién podrá tanto alabarte
Segun es tu merecer?
¿Quién sabrá tan bien loarte
Que no le falte saber?
Pues que para nos valer
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

¡Oh madre de Dios y hombre!
¡Oh concierto de concordia!
Tú, que tienes por renombre
Madre de misericordia;
Pues para quitar discordia
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que por gran humildad
Fueste tan alto ensalzada,
Que á par de la Trinidad

Tú sola estás assentada;
Y pues tú, Reina sagrada,
Tanto vales,
Da remedio á nuestros males.

Tú, que estabas ya criada
Cuando el mundo se crió;
Tú, que estabas muy guardada
Para quien de tí nació;
Pues por tí nos conoció,
Si nos vales,
Fenecerán nuestros males.

Fin.

Tú, que eres flor de las flores;
Tú, que del Cielo eres puerta;
Tú, que eres olor de olores;
Tú, que das gloria muy cierta;
Si de la muerte muy muerta
No nos vales,
No hay remedio en nuestros males.

Villanesca.

Pedro, y bien te quiero,
Magüera vaquero.

Has tan bien bailado,
Corrido y luchado,
Que m'has namorado
Y d'amores muero.—

A la fe, nostrama,
Ya suena mi fama,

Y áun pues en la cama
Soy muy más artero.—
No sé qué te diga,
Tu amor me fatiga;
Tenme por amiga,
Sey mi compañero.—

Soy en todo presto,
Mañoso y dispuesto,
Y en ver vuestro gesto
Mucho más me esmero.—
Quiero que me quieras;
Pues por mí te esmeras,
Tengamos de veras
Amor verdadero.—

Fin.

Nostrama, señora,
Yo nascí en buen hora,
Ya soy desde agora
Vuestro por entero.

Villancico.

Una amiga tengo, hermano,
Galana y de gran valía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

Júrote por á San Gil
Que si tú la conociesses,
Ahotas que no dijesses
Haber otra mas gentil.
No puede ser entre mil
Otra de mas galanía.—
¡Jur'à diez! más es la mía—

Ufano muestras que estás;
Sábete, e no te alboroces,
Que si la mía conoces,
Yo cuido que la amarás.
Otëa, mira, verás
Que en beldad e lozanía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

El diablo me semejas;
Bien sabes de garatusas;
Pues de la verdad rehusas,
Aburramos las ovejas.
Vamos ver las zagalejas,
No'staremos en porfía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

No pienses que no barrunto
Tus lazos y guadramañas;
Aunque piensas que me engañas,
Yo sé mas que el diablo un punto;
Por la tuya te pregunto:
Dime si es la que solía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

De la mía tú te sabe
Qu'es muy garrida zagala;
Tiénese tanta de gala,
Que en el cuerpo no le cabe.
No sé como te la alabe;
Mátame su donosía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

Es tan fuerte mi adamada,
Que mata con su figura;
En cuerpo y en gestadura

No hay otra tan repicada.
Siempre está recrestillada,
Y más cuando se atavía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

La mía tiene buen hato,
Buen copetón y cernejas,
En ojos y sobrecejas
Nadie le llega al zapato:
Echa cuando no me cato
Un mirar de travesía.—
¡Jur'à diez! más es la mía.—

Es mi dama muy aguda
Y en el trage medio dueña,
Ojiprieta y aguileña,
No tuerta ni tartamuda,
No tetuda ni bocuda,
Muy sabionda en demasía.—
¡Jur'à diez! más es la mía!—

No marra cosa en su gesta;
Tiene buenas mamilleras,
Buena boca sin bolseras,
Buenos mollares y tiesta,
Buenas nachas, bien dispuesta.
Tiene en todo mejoría.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Zagala de buen aliño
Es la mía más que todas;
Baila muy bien en las bodas,
De lo que yo más me ciño.
Téngole muy gran cariño,
Que mil saludes m'envía.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Ya tú sabes que en abono,
Aunque pese á San Pachon
Que tiene ella un Chaton
Sin donas que yo l'endono.
Pues contigo me razono,
Contarte he su valería.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

No se viste mi querida
Sino paños de color;
De joyas de gran valor
Siempre está muy bien guarnida;
Saya plegada y fruncida,
A fuer de la serranía.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Azul se viste y pardillo
La de quien soy namorado,
Alcorques de colorado
Y las cintas d'amarillo,
Buena gauela y tejillo,
Cercillos, botonería.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Mi dama, buen capillejo
E alfardas bien orilladas,
Buenas bronchas granujadas,
Buen manton del tiempo viejo,
E zapatos de bermejo,
E faja de polecía.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Al somo de las laderas,
Por los valles, por los cerros,
Ando buscándole berros,

Cornezuelos y acederas.
Sírvola de mil maneras
Por le dar más alegría.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Tráigotele tortolillas,
Asisones y abutardas,
Pájaras blancas y pardas,
Cogujadas y abubillas,
Y gavanzas cada'l día.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Repúllole chanzonetas,
Úrdole mil remoquetes,
Hágole mil sonsonetes,
Sáltole mil zapatetas.
Tráigole mil berbilletas,
Y aun ella más merecía.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Hora juro á ¡non de Dios!
Tus trovas y cantilenas,
Que dicen que son agenas,
Y el dueño tu no lo sós.
Desenártote entre nos,
Aunque estás en terrería.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Bien me place desa nota,
¡Hideputas rabadanes!
Lladran detrás como canes
Y no saben una jota.
No les daré más bellota
Dell encinal que solía.—
¡Jur'á diez! más es la mía.—

Fin.

Otearte quiero ya
De buen llotro y de buen rejo,
Qu'el cordojo y sobrecejo
Ya quitándoseme va.
Anda, Carillo, anda acá,
Dejemos esta porfía.—
¡Jur'á diez! más es la mía.

D. PEDRO MANUEL DE URREA

Coplas estando triste porque yua á vna aldea.

Nunca medreys vos, Aldea
Y tan bien quien os fundó.
¿Por qué tengo de estar yo
Donde nadi estar desea?
Que cualquiera que me vea,
Dirá estoy mas retraydo
Que ninguno nunca ha sido
De mi linaje de Vrrea.

Yr de collado en collado
Siempre en monte como zorro,
Juzgadlo vos, aldeorro,
Si estaré yo descansado.
Según me aueis enojado
En ver esta cuesta arriba,
Si fuérades cosa viua
Ya os uviera degollado.

Pues andar siempre en la huerta
Tras zorzales con el arco,
Bien veys que tan poco abarco,
Qu'es cosa poco despierta:
Pues tal vida desconcierta
El deleyte más altiuo,

¿Cómo puedo estar yo viuo
Estando en la cosa muerta?

¡Y que por tiempo de vn año
Me tengais vos aquí preso!
¿Quien dirá que tengo seso
Haziendo yerro tamaño,
Donde, ni seda, ni paño
No vestiré, sino cuero,
Pues que no soy cauallero
Con la vida de hermitaño?

¡Caçar liebres ni conejos
Quando vá mucho á la larga!
¡Es la vida muy amarga
Yr tras grajas ni vencejos!
Los que entienden mis consejos
Yrán por alto volando,
Sin holgar d'estar hablando,
En la plaça, con los viejos.

Es vida contenplatiua,
Como frayle en monesterio;
Muy léxos de aquel mysterio
De la otra vida actiua;
Es un tragar la saliua
Como haze el enojado,
Quando en hablar no es osado
Y entre sí solo s'esquiua.

Es estar toda persona
Perpétuamente dó doman,
Como quando preso toman
Al de carta de corona
Que no sale aunque se encona;

Mas yo, sin hazer por qué,
No sé porqué aquí estaré
Donde nada se razona.

Aldea, en estos letijos
Hazeys mis velas surgir;
Mándanmelo consentir
La madre, muger y hijos.
Vuestras masmorras y fijos
Me tienen aquí presente,
Mas no viera yo otramente
Aziagos escondrijos.

Juzgad quán clara passion
Es esta que se me dá,
Que esté yo donde no está
Otro de mi condición.
Yo con muy gran intencion
Me muero aquí sepultado,
Como en guerra el mal armado
Con valiente coraçon.

Y ni sé donde me vaya;
No puedo yr dó mas veo,
Porque me lieue el deseo
Lo que la obligacion traya:
Aunque aquí el alma desmaya,
Son tales aquí mis prendas,
Que adrede y muy á sabiendas
Me hazen tener á la raya.

Pensarán más de quinientos
Por qué estoy yo retraido:
¿Será baxo mi sentido?
¿Pequeños mis pensamientos?

Van errados estos cuentos;
Mal canpo y buena simiente,
Mucho aprouecha en la gente
Los naturales cimientos.

Pero ya, pues mi ventura
Me tiene ya en tal comedio,
Que ni medio ni remedio
No hallo para soltura;
Pues esta vida me dura
Dó nunca me yrá muy bien,
No quebralla con desden,
Mas sufrilla con cordura.

Esta presion cortés mia
De vida de tortolylla,
Que yo sé que haze manzilla
A quien quiere mi alegría,
Pues mi libre fantasía
Podrá yr quando quisiere,
Sufra este tiempo que fuere
Con las muestras de falsía.

Porque andar mucho entre gente
Avnque al cuerpo es beneficio,
Para el alma está gran vicio
De contino muy presente;
Y el que quiere ser prudente
En esto ponga desuio,
Porque es caer en el rio
Pensando andar por la puente.

No digo siempre dexar
Por la aldea la ciudad,
Porque con la soledad

Tan bien se puede pecar;
Mas las dos cosas juntar,
Vida plaziente y penosa,
Que estar siempre en vna cosa
Vicio se puede llamar.

Fin.

Aldea, ved mi deseo
Que del vuestro se destierra,
Pues que vos soys buena tierra
Para tapias, segun veo.
Mas, segun lo que yo creo,
Tanto tiempo aquí se muere,
Que quando de aquí saliere
En vos haré jubileo.

Carta de D. Pedro Manuel de Urrea.

A la muy noble y virtuosa señora D.ª María de Sesé, su mujer.

SEÑORA:

Ufano y muy contento pensamiento es el mio, pues que veo que del mayor lazo y peligro que Dios acá puso soy librado, porque, como todos los sabios dizen, nuestro vivir es tan fatigoso, que desde la cuna hasta la huesa andamos enbueltos en trauajos, el mayor de todos los quales es aquel que viene á causa del casamiento, descubriendose adelante cosas para que las voluntades estén dañadas, y esto es un lago donde muchos caen, unos por amores, otros, porque teniendo ojo al interesse, olvidan lo que más conviene; y por otras muchas maneras vemos en muchos

estados, unas públicas y otras secretas, angustias que anichilan todos los bienes; y como yo de todo esto me halle libre, ¿con qué lengua podré dar á Dios todas las gracias deuidas, ni á vos, Señora, agradecer todo lo que es razon? Porque, cierto, el que en tal compañya acierta, no dexa á la fortuna cosa en que ella pueda vsar de enojo; este es el que ante teniendo temor á la fortuna, viene á ser temido della; el que deste bien se halla ageno, no ay bien que le venga ni fatiga que se vaya, y pues, con vos, Señora, me ha dado Dios tanto contentamiento, no sé con qué pueda pagallo sinó con tener el amor tan crecido y firme, que ni pueda mudarse, pues ay para ello tantas razones, que vuestras muchas virtudes serían acusadoras contra mí, quanto más que, sobre tener honestidad tan crecida vuestra gentil persona, es tanto hermosa, que yo no me podría mejorar: en donde vereys mis pasos seguir, Señora, á los vuestros, y no hazer lo que hazen otros, que dexan lo mucho y bueno, por lo poco y malo; que estando casados con muy gentiles damas buscan otras de baxa manera y feas. Que es como el cuchillo que cansado de cortar gallinas, se afila en una piedra. De lo qual, Señora, vos podeys ser cierta, que ni hasta aquí, ni de aquí adelante, no ha venido, ni verná cosa que á vos sea enojo; y á mi juizio, ni las largas absencias, si vinieren, no tendrán fuerça para vencer mi ánimo contento. Sobre el qual contentamiento he hecho vna obrezilla en donde publico la publicada dicha que con vos he tenido. A sido mi voluntad dezir esto, porque la onestidad de contino deue ser loada, porque así como menguan los vicios con las reprensiones, crecen las virtudes con las alabanças, y porque de vuestro buen principio y medio no me espera sino semejante fin: vuestra virtud y mi contentamiento he querido poner en esta obra, la qual vá debaxo desta carta para que vos, Señora, la leays, que yo, viendo quán poco caso se hace del trobar, ya no curo mucho dello, porque se tiene por yerro el tal

exercicio, que parece estar hombre sin cuydados quando en esto entiende mucho.

Fin.

A D.ª María, su mujer.

Los que conocen el mal
Son los que estiman el bien;
Los otros hazen desden
No teniéndolo por tal.
Muchos bienes dió Natura;
Mas el de mayor valía
Que ella dá,
Es aquel que siempre dura,
De la buena compañía
Donde está.

Es un ñudo el casamiento
Que no puede deshazerse;
Por donde por no perderse
Cada qual anda con tiento.
Que vemos ser una cosa
Donde muchos se destierran
Si no despiertan;
Que, en cosa muy peligrosa,
Muchos mas son los que yerran
Que los que aciertan.

Yo, viéndome ya librado
De peligro tan profundo,
No doy las gracias al mundo
Sino á Dios que me ha guardado.
Desmayan nuestros saberes
Si Dios no guarda de arriba;

Cierto veo,
Que en los hechos de mugeres
Es la cordura catiua
Del deseo.

Avnque fortuna me siga
Con males tras mi persona,
Mi voluntad lo perdona,
Pues en esto me fué amiga.
Hizo ser mi nacimiento
Segundo y desposeido
De la hazienda,
Mas despues, al casamiento,
En mi pequeño partido
Hizo enmienda.

No digo de las riquezas,
Pues muchos pobres las tienen,
Mas de otros bienes que vienen
Que son mayores bellezas.
El que fuere gran Señor
Gana fama en los Estados
Con estrangeros;
Mas mirando, ay bien mayor:
Los grandes no son loados
Por dineros.

Lo que agradezco á ventura
Es que me dió por muger
La hermosura y el valer,
La riqueza y la cordura.
El que con esto se halla
Puede dezir se libró
De la guerra
De este mundo, qu'es batalla,

Y Dios que más bien le dió
Que ay en la tierra.

Dando yo gracias al Cielo
Y á la santa trinidad
Con alegre voluntad
Por ser fuera de recelo;
Porque ya cosa liuiana
No traerá inconuenientes
De cuydados,
Estuue con grande gana
Lo supieran mis parientes
Los finados.

Con esta gana contenta
Sin temeroso sentido
Estuue tan adormido
Que no vi cosa que sienta.
Sin saber quánto ha pasado
De tiempo, me desperté
Muy ligero,
Que fué sueño muy holgado,
Y junto conmigo hallé
Vn cauallero.

Díxome, ¿no me conoces,
Don Pedro Manuel de Urrea?
A quien gran bien te desea
Óyele y no te alboroces.
Soy aquel que te engendró,
Que mi sangre en tí se encierra
Segun ví;
Soy aquel que se partió;
Quando veniste á la tierra
Me partí.

Oyendo yo estos antojos
Con esfuerzo no liuiano,
Llegué y beséle la mano
Con lágrimas en los ojos.
Diziendo con osadía,
Sabiendo ningun recelo
Me vendrá:
¿Dexa vuestra Señoría
La gloria del bien del cielo
Y viene aca?

Dixo: sí, para contarte
Lo que te ha dicho tu madre;
Que si viuiera tu padre
Te uviera dado más parte.
Quando despedí la vida
Por la que no ha fin jamás,
Me pesó,
Que en aquella despedida
A Trasmóz solo y no más
Te quedó.

Viendo lo que uvo hablado,
De rodillas á él llegué
Y las manos le besé
Con el coraçon quebrado;
Díxele: Señor, Señor,
En mi desdicha partiste
Tú dichoso:
Fuiste á ver al Salvador;
Yo, triste, quedé en lo triste
Sin reposo.

Un dolor me veo tener
Entrando tú en blancos paños;

Por no pasar de cuatro años
No te pude conocer.
Mas despues por tu memoria
Te conocí por la onra
De tu fama:
Acá fama y allá gloria;
No tuuiste acá desonra
Ni allá llama.

Mas quando sin tí me ví
Que tan triste yo quedé,
¿Por qué yo no te alcancé
O tú no alcanzaste á mí?
Que en quitar lo que baldona,
Escusado es ya que ande
Mi porfía,
Que en perder yo tu persona,
¡O qué pérdida tan grande
Fué la mía!

La onrra que nos ganaste
Con ella sóla viuimos;
Que ninguna más tuuimos;
¡Tanta fué la que dexaste!
Quando partiste de aquí,
Que fueste al gozo conplido
Sin letijo,
Te diré qué fué de mí,
Porque sepas lo que ha sido
De tu hijo.

Al tiempo que tu subida
Començaba yo á subir:
Començaba mi viuir
Quando se acabó tu vida.

Yéndome reconociendo,
Ví me quedaban mil daños
Sin libertad,
Y así andando, viuiendo,
Hasta diez y nueue años
De mi edad.

Despues fortuna el dolor
Voluió plaziente alegría,
Dándome tal compañía
Qual tú tuuiste, Señor.
Mas por más bien que me ha dado
Fortuna con tal corona
Gozos buenos,
De contino yo he hallado
La falta de tu persona
Mucho ménos.

Respondióme, y dixo así:
Quando la deuda pagué,
A cuydado me allegué
Por despedirme de tí.
Allá dó estaua en la gloria
Rogando á Dios, que á ninguno
Diesse huegos,
Me fué plazer la victoria,
Que te dió Dios trino y uno
Por mis ruegos.

Dixe: ¡si vieses qué ha hecho
Mi casa tanto luzida!
Díxome: ya sé que es vida
De vida onrra y prouecho.
Acá en este baxo ser
Todo ombre deue buscar

Más que quiere;
No naçe con el naçer,
Porque al tiempo del casar
Naçe ó muere.

Boluí diziendo: Señor,
Mira, pues, como nací,
Que despues que así me ví
Jamás me he visto dolor.
Que todo se me concierta,
Pues no conuienen enmiendas
En tal mujer,
Que quando en tal no se acierta
Vemos las grandes haziendas
Deshazer.

La hazienda queda robada,
Cansada y muerta la vida;
La onrra queda perdida
Y la holgança ajenada.
Todas onrras se destierran
En llegando aquel difamo
Al discreto:
Que tantos males se allegan,
Quando vemos el que es amo
Ser sugeto.

Que si dizen que es corona
La mujer de su varon,
Tanbien puede ser pregon
Que todos daños pregona.
Quando ellas no son tales
¡Quán gran trabajo que viene
Siempre allí!
No sé que mayores males

Que aquellos que el hombre tiene
Cabe sí.

Unas hazen los estados
Con pequeña ayuda dellos,
Y otras en llegando á ellos
Los tienen muy derribados.
Unas de contino harian
Los bienes siempre creçer
Sin enojos,
Las otras destruirian
Todo quanto pueden ver
Con los ojos.

La buena es bien que se vió
Que arriba, en la mayor gloria,
Tuuo Dios grande memoria
De aquel á quien gela dió.
La otra, á los desdichados
El todo bien y gobierno
Les oluida;
Quiso Dios, por sus pecados,
Que tuuiessen el infierno
En esta vida.

¡Pues quántos bienes mereçe
La que con bien es conforme,
Donde ningun caso ynorme
Jamás della se parece!
La que trabaja en echar
A todo su bien y abrigo
En destierro,
Dios sólo le puede dar
Aquel deuido castigo
De su yerro.

Donde claro se concluye,
Que pequeña y grande renta
Con las vnas se acreçienta,
Con las otras se destruye;
Y bien uviendo mirado,
Sin que la culpa haya sido
Nada nuestra,
Lo pequeño aumentado
Y lo muy grande abatido
Se nos muestra.

Al que tal bien Dios ha dado
Tiene un bien que está sin par;
En su casa sin pesar,
Y de fuera sin cuydado.
¿Cómo podrá á Dios seruir
Tanto quanto es razon
Por lo que viene,
Ni á su mujer dezir
La sobrada obligacion
Que le tiene?

Yo diziendo estas razones,
Díxome la compañía,
Que muy gran razon tenía
De á Dios hazer oraciones:
Y queriendo yá dexarme,
Como otra vez me dexó
Con su muerte,
Començó así á hablarme,
Las palabras que me habló,
De tal suerte:

Don Pedro, hijo, los bienes
De muger, que mucho biua,

Yo te los uve de arriba
Con otros deudos que tienes:
Yo me voy en estos puntos,
Yo rogaré sin letijo,
Tú y tu madre
Que subais, siendo defuntos,
Donde vereys á Dios hijo
Cabe el padre.

Hallándome yo espantado
De caso tan espantoso,
Fuí buscando mi reposo
Por hallarme reposado.
Allí donde está el mayor,
Donde tengo el pensamiento
De contino,
Llegué perdiendo el temor
Deste sueño tan contento
Que me vino.

Habla con su muger.

A vos, Señora, me allego,
Que me soys mil corazones:
Que aunque tenga mil passiones
Se me bueluen en sosiego.
A vos, que soys mi alegría,
Que jamás no me dejais
Ver querella;
Vos, que hazeis mi fantasía
Alegre, sabiendo estais
Vos en ella.

Algunas que vemos ser
De tan liuiano sentido,

Que aquello que ama el marido
Aborrece la muger;
A vos cordura y razon
Os anda siempre leuando
El cuerpo preso;
Onestidad, discrecion,
Anda siempre acompañando
A vuestro seso.

Y pues, Señora, os preciays
De onestidad que teneys,
Sed cierta que manteneys
Mucho más que no pensays.
Las alabanças sobradas
De honestidad y cordura,
Es honrra presta:
Biudas, donzellas, casadas,
No hagan caso de hermosura
Desonesta.

Porque siempre así se vió,
Que cualquier muger errada
De ningunos es loada,
Ni avn de aquel por quien erró;
Guárdense siendo seruidas,
Que huegos presto se encienden
En hermosas;
Mas en tanto son tenidas,
Quanto más caro se venden
Todas cosas.

Yo puedo bien reposar
No teniendo que temer,
Pues que veo en mi poder
Cosa de tanto estimar.

No tengo miedo á dolor,
Pues que tambien me asegure
Mi alegría,
Que con descanso mayor
No hay cuydado que me dure
Más de vn dia.

Fin.

Así yo puedo dezir
Tal bien en vos veo y ví,
Que me ha dado Dios aquí
El mayor bien de biuir.
Y pues esto he yo alcançado,
No me cumple querer más
Bien de aquello,
Por lo qual quedo obligado,
De á Dios siempre jamás
Seruir por ello.

Romance.

En el plaziente verano,
Dó son los dias mayores,
Acabaron mis plazeres,
Començaron mis dolores.
Quando la tierra da yerua
Y los árboles dan flores;
Quando aves hazen nidos
Y cantan los ruyseñores;
Quando en la mar sosegada
Entran los nauegadores;
Quando los lirios y rosas
Nos dan los buenos olores;

Y quando toda la gente
Ocupados de calores,
Van aliuiando la ropa
Y buscando los frescores;
Dó son las mejores oras
Las noches y los albores,
En este tiempo que digo
Començaron mis amores
De una dama que yo ví,
Dama de tantos primores;
De quantos es conoscida
De tantos tiene loores.
Su gracia por hermosura
Tiene tantos seruidores
Quanto yo por desdichado
Tengo penas y dolores;
Donde se me otorga muerte
Y se me niegan fauores;
Mas yo nunca olvidaré
Estos amargos dulçores,
Porque en la mucha firmeza
Se muestran los amadores.

Villancicos.

I.

¿Qué aprovecha, Pascualejo,
El querer á la zagala
Pues no merezco su gala?

Cualquiere zagal en vella
Le tiene luégo cariño;
No siento viejo, ni niño,

Que no muera por querella.
Si tú vieses sus respingos
Con su muy graciosa gala,
Dirias ser gran zagala.

Vierasla tanto chapada,
Muy ricamente vestida,
Con gorguera retorcida
Y vna cinta oripelada,
Saltando con mil saltillos;
Más que ninguna zagala
En hermosura y en gala.

Salió á la plaça una fiesta
Vestida de mil colores,
Que más de tantos pastores
Descompuso en ser compuesta.
¡O Pascual, si me quisiesse
Aquesta linda zagala
Que es para baylar en sala!

Fin.

Zagala de tal respingo
Nunca vieron los nacidos,
Pues que deja amodorridos
A Pedro, Pascual y Mingo.
Yo triste ya no me cingo;
Despues que ví tal zagala
Ando siempre en ora mala.

II.

Tus beldades me cautiuan,
Que te veo muy lozana,
Hermosa çaragoçana.

Con gran plazer y alegría
Tan grande gracia retoça,
Pues en toda Çaragoça
No ay tu par en loçanía.
Eres linda en demasía;
Ninguna çaragoçana
No puede ser más loçana.

Con tu saya la amarilla,
Y tus chapines pintados,
A todos das mil cuydados,
De nadi tienes manzilla.
La sortija y la manilla
Te hazen yr muy loçana,
Hermosa çaragoçana.

Vas, estirada la çanca,
Con largo y justo calçado
Y tu baylar mesurado
Gran sobra de tierra atranca.
Tan colorada y tan blanca
Como vna linda mançana,
Hermosa çaragoçana.

Sales tan chapa dorada
Quando sales los domingos,
Haziendo dos mil respingos,
Que turbas la garçonada.
Hazes tú con tu baylada
La sonada más galana,
Hermosa çaragoçana.

La gente que te percata
Lieua pasmadas las gestas,
Porque de cara y de cuestas

Pareces hecha de plata.
Baylando, alças la pata
Como zagala loçana,
Hermosa çaragoçana.

Mas eres tanto feroce
Que escondes tu personaje.
Que yo bien sé que trabaje
El que bien te reconoce,
Huyes del que te conoce,
Escondeste como rana,
Hermosa çaragoçana.

Tu baylar como ligera
En el son tanto se funda,
Que avnque naciste segunda,
Mereces ser eredera.
Que el zagal siempre te espera;
Por verte andar tan liuana
No bayla de buena gana.

Fin.

Baylar con tales antojos
Quando en el mandil te tocas,
Que te miran con las bocas
Abiertas como los ojos.
Tú quitas todos enojos
Con tu buelta tan liuana,
Hermosa çaragoçana.

III.

Ayer vino un cauallero,
Mi madre á me namorar;
No lo puedo yo oluidar.

Soy dél seruida y amada,
El es de mí muy amado;
Tan cortés y bien criado
Que me tiene sojuzgada.
Juró en la cruz de su espada
Nunca jamás me dexar;
No lo puedo yo olvidar.

Su vista ya me consuela
Tanto quanto lo consuelo,
Que si él tiene desconsuelo
Lo mismo á mí desconsuela;
Que viene con su vihuela
Cada noche aquí á cantar;
No lo puedo yo olvidar.

Su manera es tan discreta
Quanto esté en ninguno biuo,
Que si le tengo catiuo
Él me tiene á mí sujeta.
No es cosa que esté secreta
Ambos y dos nos amar;
No lo puedo yo oluidar.

Es tal su disposición
Que me tiene tan contenta,
Que me pondré yo en afrenta
Por sacalle de passion.
De su linda condicion
No m'e podido librar;
No le puedo yo oluidar.

Él es tan cuerdo y sabido
Que no esperaua esperança;
Que yo creo que él no alcanza

Que es de mí tanto querido.
No debo poner yo oluido
En quien bien me quiere amar;
No le puedo yo olvidar.

Fin.

Si tarda en venir á verme
Yo le quiero hazer saber,
Como de su gran querer
No e podido defenderme.
Yo quererle y él quererme
Ha de ser sin sospirar;
No le puedo yo olvidar.

FRAY AMBROSIO MONTESINO

OBISPO DE CERDEÑA

Tractado del Santísimo Sacramento de la Hostia consagrada, metrificado por servicio de la duquesa del Infantado, Doña María Pimentel.

He visto por la razon,
Que todo lo mide y pesa,
Que ninguna discrecion
Es mayor; ni devocion,
Que la vuestra, gran duquesa.
Del Infantadgo en ditado,
De virtudes en esencia,
Porque el mas ilustre estado
Os tenga por un dechado
De excelencia.
Así que, razon me guia
A servir con diestro aliento
Desta nueva obra mia
A vuestra gran señoria,
Por la gran fe que le siento.
Porque guste la dulzura
De Dios en pan de conhorte,
Encubierto en su blancura

Con toda la hermosura
De su corte.
  Como flama de pavilo
Ante el sol de rayos claros,
Como el arroyo en el Nilo,
Gran duquesa, es todo estilo
Que mas presume loaros;
  Y por esta conclusion,
En tal caso, yo sentencio
Que la larga relacion
Se captive en la prision
Del silencio.
  E con esto dejo aparte
El gran mar de las virtudes,
En vos dotadas por arte
Del sumo Dios, que reparte
Gracias, dones y saludes.
  Y comienzo á poner mano
En esta obra suprema
Del manjar que hizo sano
A todo el linaje humano,
Que es el tema.

COMIENZA LA OBRA.

  Es el centro en que yo fundo
Mis metros, sin presunción,
Solo aquel que es luz del mundo,
De cuyo saber profundo
Les espero perficion.
  Y sé que, por inefable
Que él en este pan consista,
Me dará favor que hable
Lo que es mas aceptable
En su vista.

En favor de la fe.

El callar con el creer
En cosa tan admirable,
Es, segun mi parecer,
La vena del merecer
La corona perdurable.
Mas no presta impedimento,
Si desta regla me salgo,
Ni fe sufre detrimento,
De tan alto sacramento
Decir algo.
Mas por esto no se sigue
Que la fe, que es clara estrella,
A nuestra razon se ligue,
Por mas hablas que mendigue
La lengua para con ella.
Por lo cual sigue mi pluma
Lo que San Ambrosio dijo:
Que ningún sabio presuma
En caso que es fe la suma,
Ser prolijo.

DESCUBRE LA OBRA.

Memoria, Señor, heciste
De tu divina franqueza,
Al tiempo que estableciste
El Pan santo, en que nos diste
Retraida tu grandeza.
Cabo fué de gran potencia
E fin de amor excesivo,
Rica prenda de clemencia
Para sufrir el ausencia
De Dios vivo.

Pan de esfuerzo, vida entera
Contra vicios capitales,
Por ti huye y desespera
La guarnición y bandera
De las huestes infernales.
Que es guerra tan empeciente
Por tu secreta baraja,
Como celada de gente,
Que arremete cuando siente
Su ventaja.
Es la Hostia fuerte roca
Que la Iglesia defiende;
Es un bien que nos provoca
A dejar la pompa loca
Que mas se nos reprehende.
Es de bienes rica tienda
Para vivos y defuntos,
Do hallamos sin contienda
Quien por lloros nos los venda
Todos juntos.
Es de nuestra fe muralla,
É quien nuestra gloria fia;
Es vigor que vence y halla
En toda fuerte batalla,
Vitoria con osadía.
Es mar de serenidad,
Que causa por cuatro vientos
Paz é luz, fe, caridad,
É de rios de piedad
Cien mil cuentos.
En ti, Pan, se representa
La pasión del Rey fiel,
Que nos manda que se sienta
Por librarnos de la cuenta
De su jüicio cruel.

Adórote, memorial
De plagas, que amor consiente,
No pintadas en frontal,
Mas en vivo original
Del paciente.
Esta Hostia, en parte lisa,
Y en parte de cruz impresa,
Es misterio é gran devisa,
Cuya lumbre nos avisa
A tener firmeza expresa.
Que la sagrada Pasion
No tocó en Dios eternal,
Mas que hizo su impresion
En sola su complision
Corporal.
Esta Hostia prenda es
En que Dios nos da seguro
Que aquí nos será pavés,
Y que nos dará despues
Por ella el cielo de juro.
Y por esta certidumbre
Ya tenemos, si velamos,
Acá gozo, gracia y lumbre
Y despues el reino y cumbre
Que esperamos.
Así que, por ser iguales
La deuda con el empeño,
Supliquemos los mortales
Que por muchos temporales
Nos la deje acá su dueño.
¡Oh, Señor, no se nos quite,
Que es frutal mejor que palmas,
Do tu Hijo se derrite
En el medio del convite
De las almas!

Consejo del autor.

Vistamos, como comemos,
Vestiduras de amor casto,
Pues que ya comprehendemos
Quién somos y qué valemos
Mantenidos de tal pasto.
E por esto Dios no quiera
Que el que trata el sacrificio,
En lugar de vivir, muera,
Si lo come con dentera
De algun vicio.

COMPARACION Y APLICACION.

Que fué mas hacer del pan
Cuerpo vivo en carne santa,
Que criarse sin afan
Cielo y tierra como están,
En firmeza tal é tanta.
Bien así por el poder
Con que fué el mundo criado,
Se mudó el pan, de su ser,
En carne, sin parecer
Ser mudado.

El fin del establecimiento de la hostia.

Tal manjar se estableció
Por remedio verdadero
Del daño que nos nació
De la poma que comió
Adán, el padre primero.
Mas por este Pan sagrado

Mayor bien recibe el sigro;
¡Oh venturoso pecado!
Que mas fruto nos has dado
Que peligro.
En ti, mar de pïedades,
Hostia sacra, se doctrina
Que algunas enfermedades
Por contrarias calidades
Reciben la melecina.
Como aquí, Pan deseado,
Que no siento quien te coma
Que no sea restaurado
De los males del bocado
De la poma.

De la figura deste sacramento.

Sus figuras fenecieron
En adorables verdades,
Segun que las escribieron
Los que en ellas prometieron
Riquezas é libertades.
Tal fué el Cordero criado
En flores para la Pascua,
Que es ya pan carne tornado
Con amor más inflamado
Que de ascua.
Panes de proposicion,
En horno de oro cogidos,
Figura fueron que son
Vivo pan de salvacion
Para todos los nascidos.
El cual horno tan dorado
Ser la Vírgen se figura,
En la cual fué fabricado

Este pan, que es adorado
Con fe pura.
No pongamos en olvido
Este horno reluciente,
En que fué este Pan cocido
Con un fuego desmedido
De caridad trascendiente.
Porque no fué terrenal,
Tú, que lees, porque mires
Más el seno virginal
Distinto como frontal
De zafires.

PROSIGUE.

No pudo hacer tal masa
Mano de fea manera,
Mas el rey que pone tasa
A la mar, que nunca pasa
La raya de su ribera;
Cuyo poder desigual,
En este vientre sagrado
Te compuso, Pan rëal,
Como cera en el panal,
Bien labrado.
Horno fué de un oro fino
Este de los doce panes,
Que en la ley más daba tino
A este Pan todo divino,
Remedio de los afanes.
Y fué significacion,
¡Oh, Reina! que el oro puro
Es, en tu comparacion,
Como cieno de abusion
Muy escuro.

¡Oh grande reparadora
De los bienes de Dios trino!
Toda gente te es deudora,
Pues que el Pan que nos mejora
De tus entrañas nos vino.
Tu pureza original,
Fué, Señora, la harina,
Y tu fe sacramental
Le dió forma corporal
La mas dina.

De la figura de la manna.

Fué tu carne un ornamento
Sobre solo Dios difuso,
Y tú eres, segun siento,
El arca del Testamento
Do la manna se repuso.
Así que, lo que solia
Ser figura en la ley triste,
Nos es ya de cada dia
La carne que tú, María,
Concebiste.
Esta manna deleitosa,
Muy más blanca que morena,
Mudóse por mejor cosa
En la Hostia gloriosa
Que con Dios nos encadena;
Cuyos inmensos dulzores
Hacen vivo del mas muerto,
Y en mil grados son mejores
Que los místicos sabores
Del desierto.
Desta manna tan dispersa
En yermos de terebintos

Gustaba la gente adversa,
Según su gana diversa,
Muchos sabores distintos.
Mas la Hostia, que sucede
Por Pan de divinos gustos,
A todo saber excede,
Por el cielo que concede
A los justos.

HABLA ALGO DE LA CENA.

Rey de majestad serena,
Vuele fama en las alturas
De la gloria de tu Cena,
Por la cual no se condena
Gran suma de criaturas.
Allí, cierto, renovaste
Tus milagros sin tercero,
Pues que así te abreviaste,
Que te diste y te quedaste
Todo entero.
En tal cena fenesció
La hambre de tus amores,
En la cual por Pan se dió
La carne que concibió
La Virgen, flor de las flores.
¡Oh desmedido hervor
De impaciente enamorado!
Y ¿quién trajo al pecador
A ser de tanto dulzor
Substentado?

Contemplación que tenian los apóstoles en la cena.

¿Qué podia, Rey, pensar
Aquella compaña buena,

Cuando te vido hablar
Que te les querias dar
En Hostia, de vida llena?
De tanta fe les dotaste,
Que no siento quien no deba
Creer que los levantaste
Sobre el cielo que criaste,
Con tal nueva.
Con la Hostia se les dió
La fe que les convenia,
De lo cual se recresció
Tal temor, que creo yo
Que en sus caras parecia.
No por eso que turbados
Quedasen, ni Dios lo mande,
Mas divinos y alterados
De verse templos tornados
Del Rey grande.
É de ver que se les manda
Lo que nunca visto fué,
Cada uno vuela y anda,
Contemplando la vianda
Por lo alto de la fe.
No se curan de razones
Que el secreto hagan raso,
Mas lavan sus corazones
Con llantos y devociones
En tal caso.
Unos perdian sentidos,
Otros mudaban colores,
Otros dellos dan gemidos
Con sospiros recrescidos
De reverendos temores.
Y todos la mesa riegan
Con lloro de tristes hinos,

Y al santo Maestro ruegan
Que del Pan á que se llegan
Sean dinos.
Sus corazones estaban
En dos extremos partidos:
Es el uno, que pensaban
En aquel Pan que adoraban,
Robador de sus sentidos.
Es el otro en lamentar
Que Cristo se les partia,
Para nunca mas tornar
Al trato familïar
Que solia.
¡Oh, que dos extremidades
Para rematar cuidados!
¡Oh, qué dos propïedades
Para destruir maldades,
Para consumir pecados!
Así que, contemplacion
Tenian, y muy llorosa,
En el pan de salvacion,
Y tambien en su pasion
Fructüosa.

De la transformacion que hace la Hostia en los devotos.

Al tiempo que comulgaron,
Deste siglo ya remotos,
En el Pan se transformaron,
De son que se enajenaron
De sí mesmos, de devotos.
È así se les certifica,
Por lo que razon no alcanza,
Ser gran Dios en hostia chica
El que en ellos edifica
Tal mudanza.

El peligro del que comulga en pecado.

A fuego de grande espanto
Se condena desde aquí
Quien comulga, Rey muy Santo,
Ê no gusta de ti tanto,
Que ya no sepa de sí.
No te teme de contino
El que el mundo así no olvida,
Que se halle tan divino,
Que del todo pierda el tino
Desta vida.
Siempre dieron tal caida,
Que nunca sanar pudieron,
Los que con virtud fingida
É sin alma recogida,
Vivo Pan, te recibieron.
Lo cual se puede notar
En Júdas por cosa fea,
Que despues de comulgar,
Se fué luego á contratar
Con Judea.
Santifica su frecuencia
Al siervo que lo recibe,
Si temor y reverencia
Y pureza de conciencia
De tal uso se concibe.
Mas si no toma sabor
Sino en solo el accidente,
Infierno, que no favor,
Le sucede al pecador
Que lo siente.

COMPARACION.

La purga en disposicion
Del estómago indigesto
Hace tanta alteracion,
Que pierde la complision,
É á las veces mata presto.
Comulgar no mata menos,
Sin hervor de serafin;
Por eso teman los buenos,
Si se quieren ver ajenos
De tal fin.
¿Qué alma sofrir pudiera
La penosa soledad
Que este mundo padeciera
Si de tal Pan careciera,
Que es vida, luz é verdad?
Daño fuera no sufrible
Carecer de tal descanso,
Porque es Pan tan apacible
Que á Dios hace de terrible,
Sernos manso.

En favor de San Juan Evangelista.

Allí vieras á San Juan
Hecho mar de pensamientos
Tan altos, que se le dan
Cuantos secretos están
Sobre cielos y elementos;
El cual estaba caido
Sobre aquel pecho que adoro,
De dolor de haber sabido
Haber ya Júdas vendido
Su tesoro.

Según la carne dormia,
Segun el seso velaba,
Bebiendo sabiduria
De aquel sol de eterno dia,
Que en él ya reververaba;
Ya sentia los efectos
De la Hostia recebida,
Como suma de perfectos
Sobre todos los electos
Desta vida.
Dinos, águila, que vuelas
Mejor que los querubines,
Por qué fines te consuelas
En las eternas escuelas
De los altos serafines.
Creo yo que es tu intención
Ser allí nube que bebas
Luz eterna, á condición
Que venido á tu nacion
Nos la llevas.
Por cierto que así lo heciste
Cuando de vuelo bajaste,
Que cuantas luces bebiste,
De tal son las escribiste,
Que el mundo todo alumbraste.
Y perdió su ceguedad,
Hecho grande ya de chico,
Por creer la Trinidad
Relatada en brevedad
Por tu pico.
E por esto los nascidos
Deudores te son sin mengua,
Pues les haces ser sabidos
Secretos tan escondidos
Por tu pluma y por tu lengua.

E cuanto menos pudieron
Ser salvos sin los oir,
Tanto mas todos debieron
Servirte, pues los oyeron,
O morir.
Bendita la Hostia sea
Deste primo Dios, tu hermano,
Que comida te volea
Hasta el cielo, y te florea
De más flores que el verano.
Porque ya de ti se infunda
Vaso virgen de pureza,
Luz al siglo tan fecunda
Que por ella se confunda
Su rudeza.

Alaba el sentido del oir, sobre los otros cuatro sentidos, en la Hostia.

¡Oh benditos los oidos
Que de tal fe se guarnecen,
No engañados ni vencidos,
Como los cuatro sentidos
Que en la Hostia desfallecen!
Así que, al oir está
En lo cierto por la fe,
Que por él entra y se va
Al corazon que le da,
En que esté.
La vista con el color
De la Hostia se contenta,
La nariz con el olor,
El gusto con el sabor,
La mano con lo que tienta.
Mas desto nada se extiende

A fines de mayor peso,
Mas por el oir se prende
Que es el Pan Dios que traciende
Nuestro seso.
Por otra cosa tenemos,
O no por carne sentimos,
Lo que gustamos y olemos,
Lo que tomamos y vemos,
Mas por Cristo lo que oimos.
Porque aquellos accidentes
No son su cuerpo divino,
Mas cortinas excelentes
Que lo encubren de las gentes
De contino.

Aviso de la intención que se ha de tener en adorar la Hostia.

Pues mírese de manera
Esta Hostia, nuestro centro,
Que nuestra fe se refiera,
No á la cantidad de fuera,
Mas á la gloria de dentro.
Adorándolo invisible,
Que es el cuerpo, alma y sangre
Del verbo, que es impasible,
Por hartura convenible,
De mi hambre.

De la razon por qué el Señor no se puede ver en la Hostia.

Yo no siento quién osara
Comulgar, si ver pudiera,
Rey, la gloria de tu cara,
A la cual no se compara
El sol cuando reverbera.

E aun digo que el que mas dino
Que en los cielos se hallara,
Tuviera tal desatino,
Que en te ver tan cristalino
Desmayara.
Así que, por tu bondad,
En esta Hostia tratable
Encúbrese tu deidad
E tu santa humanidad,
Por ser mas participable.
¡Oh qué amor tan impaciente,
Oh que Padre de compañas,
Oh qué Dios tan excelente
Que da por pan á la gente
Sus entrañas!
Porque la fe permanezca
En su ser de mayor grado,
No te place que parezca
La gloria ni resplandezca
De tu ser glorificado.
Mas encúbrese con velo
De accidentes de limpieza,
Sin que pierda solo un pelo,
Del cual siempre está en el cielo
Tu grandeza.
Tu bondad aquí se muestra,
Hijo del Rey de la vida,
Pues que das desde su diestra,
Para ser vianda nuestra
Tu santa carne escondida.
E dasla sin facultad
De ser vista su lindeza,
Porque con mas libertad
Se trate de su deidad
E pureza.

Con los ángeles te has
Como sol visto de léjos,
E á nosotros te nos das
Dios y hombre, como estás,
Con tus dulzores anejos;
No para ser convertido
En nuestra pobre sustancia,
Mas para ser engerido
En tí, Dios, nuestro sentido
Sin distancia.

Efectos deste manjar

Cuando tal Hostia reside
En pecho purificado,
No se tasa ni se mide
La gracia que en él preside
De fruto no limitado;
Porque tanto bien influye
Su digno recebimiento,
Que no hay mal que no destruye,
Como la paja que huye
Del gran viento.
En tal Pan se participa
La gracia en su propia fuente;
Por él se nos notifica
Que de toda culpa inica
Se nos da perdon patente.
Es esfuerzo de la via
Que la muerte nos ordena,
Cuando solos nos envia
A la tierra é compañia
Tan ajena.

De cómo el amor y el gran poder de Cristo fueron causa deste bien.

Los gigantes se juntaron,
Que no saben ser vencidos,
Y tanto te importunaron,
Dios mio, que nos causaron
Estos dones desmedidos.
Amor el uno se llama,
El otro Poder se nombra;
Estos dieron, segun fama,
La Hostia que nos inflama
Con su sombra.
De notar es, sin excusa,
Mi Dios, el poder terrible
E la caridad difusa
Que en esta Hostia se usa,
Segun que te fué posible.
Pues que quieres definir
Que en el Pan que nos concedes
Se vengan á consumir
Tu dar é nuestro pedir
De mercedes.
Es amor de fragua ardiente
Este pan que nos procura,
Es ciudad permaneciente,
Cuyo uso no consiente
Division en criatura.
¡Oh muy rëal propiedad,
Oh suma de rëaleza,
Que ata á la cristiandad
En una conformidad
De firmeza!

Reconocimiento deste maravilloso beneficio.

Gran socorro fué por cierto
Habernos tú redimido
Con los sudores del huerto,
Y con ser en la cruz muerto
Vencedor, nunca vencido.
Mas por más declaración
Deste amor superlativo,
Conservas la redencion
Con esta consagracion
Del Pan vivo.
Muéstrase lo que valemos
Por lo que al Rey le costamos,
Mas no menos lo creemos
Por la Hostia que comemos,
Que es tu cuerpo que adoramos.
Mas ¡ay dolor lamentable!
Que todo se nos olvida,
Cuando algun vicio culpable
A su gozo no durable
Nos convida.
El Pan de que nos mantienes,
Que á los ángeles negaste,
Es señal, Rey, que nos tienes
En más que todos los bienes
Que en cielo y tierra criaste.
Y allende deste favor,
Que toda boca divulga,
Convertirse es el mayor
En ti mesmo tu amador,
Si comulga.
E despues de transformado
En ti por este convite,

¿Qué enemigo hay tan armado,
Qué pasion ó qué nublado
Que de ti, mi Dios, lo quite?
Porque la virtud que planta
En las almas su comida,
Es sin duda tal y tanta,
Que las libra y las levanta
De caida.
Conosce tibieza humana
Peligro de corazones,
La caridad soberana
Del que te repara y sana
Con este don de los dones.
Que de tal forma se da,
Que el dador y el don es uno,
Y está en el cielo y acá
Con el amor que nos ha,
Importuno.
¿Quién hay que no se derrita
Al calor de su presencia,
Pues por su gracia infinita
Nunca de las almas quita
Mil diluvios de conciencia?
Participando riquezas
De gozo nunca diviso,
Y haciendo de tristezas
Y de nuestras asperezas
Paraíso.
¡Oh Majestad asistente
En nuestros limpios altares!
¿Qué bondad te hizo fuente
Tan comun al mas sediente,
En que beba y le repares?
No son aguas de elemento,
Mas gracia que siempre dura

Vida y paz de eterno asiento,
Que se encierra en elemento
De blancura.

COMPARACION.

Este Pan refrigerante
Es un piélago infinito,
Tan profundo, tan bastante,
Que en él nada el elefante
Y vadea el corderito.
Así los mas alumbrados
Gozan dél cuasi del todo,
Y los menos inflamados
Son tambien muy consolados
En su modo.

Del concurso de los ángeles cuando se consagra el Corpus Christi.

Sean los cristianos ciertos
Que al punto del sacrificio
Están los cielos abiertos,
E dan á vivos y muertos
Libertad por beneficio.
Los ángeles son presentes,
E adorando á Cristo, notan
Cómo aquellas claras fuentes
De sus llagas relucientes
No se agotan.
Allí todas cinco manan
Mil remedios no finales,
Y del Padre eterno ganan
El perdon de los que sanan
De sus culpas criminales.

Y de tales influencias
Se espantan los nueve coros,
Para cuyas excelencias
Muchos son en las conciencias
Medio moros.

De lo que hacen los ángeles en el altar.

Si los vieras tú, verias
En presencia del Pan santo,
Venir por secretas vias
Las más altas hierarquías
A temblar allí de espanto.
E venidas con fervor,
Adoran al sumo Cristo,
No mirando su color,
Mas al piélago de amor
En que es visto.
Contemplan la brevedad
Que por nosotros mortales
Tiene la su Majestad
So pequeña cuantidad
De formas accidentales.
No han envidia estimulosa
De nuestros grandes alivios,
Mas temen que tan gran cosa
No nos sea peligrosa
Por ser tibios.
No hay estilo de escritura
Ni lengua que decir pueda,
¡Oh Hostia de hermosura!
Cuán cercada es tu figura
De los ángeles en rueda;
Que vienen á tus olores
Todos hechos una enjambre.

Como abejas á las flores,
Para fabricar licores
Con la hambre.

COMPARACION

Bien tal como cuando nieva,
Que están los aires muy llenos
De copos que el viento lleva,
Con que blanquea ó renueva
Tierra y montes poco menos;
Así ángeles sin cuento
Abajan con diestro vuelo
A gustar del Sacramento
Mayor gozo en crescimiento
Que en el cielo.

DECLARACION DE LO QUE HA DICHO

Porque la recreacion
Que en la gloria han con su cara,
No es de tal admiracion,
Ni de la consolacion
Que les da, visto en el ara.
Así que, como le ven
En misterio más secreto,
Determinan lo que leen,
Que es el gozo que poseen
Más perfecto.

De lo que los ángeles entienden en la Santa Hostia.

Allí veen cómo puede
Ser la Hostia partes hecha,
Y que, partida, sucede

Que Cristo entero se quede
En la grande y mas estrecha.
Y que es uno solo, exento
De ser otro en cada una,
Y tan uno solo cuento,
Que si cresce en sacramento,
No repuna.

DA CONCLUSION Á LA OBRA, Y HABLA Á LA SEÑORA DUQUESA.

Ya razón me determina
Ser, duquesa, mal avieso,
No dar cabo muy ahina
A la lengua peregrina
Que dilata este proceso.
E aun si ángeles tratasen
Deste pan, é no callasen,
Serian como la nieve,
Derretida cuando llueve,
Por mas alto que hablasen.
Esté pues mi lengua á raya
Con sus metros de miseria,
Pues que el seso, su atalaya,
Ya se ciega y se desmaya
Del fulgor desta materia;
E vuestra gran señoría,
Pimentel doña María,
Gran duquesa, así lo mande,
No menos buena que grande
En extremo demasía;
Y tal, que en el coronel
De vuestro muy claro estado,
Se puede poner en él
El renombre Pimentel,
De ricas piedras bordado;

En señal que sois lucero
De vuestro linaje entero,
Por tener excelsitud,
Clemencia, temor, virtud,
No mudables de ligero.
A vuestra grandeza pido,
Porque Dios no se le esconda,
Que nunca padezca olvido
Del gran bien que está escondido
En esta hostia redonda;
Y reciba con fe estable
Este servicio notable
De su siervo más indino,
Fray Ambrosio Montesino,
Ante Dios el mas culpable.

Coplas á reverencia de San Juan Baptista, y del misterio de la santa Visitacion que la Reina del Cielo hizo á Santa Isabel, las cuales compuso por mandado del Rey D. Fernando, nuestro señor.

PROEMIO DEL AUTOR.

De tus virtudes, Baptista,
No hago largo proemio,
Porque dellas un arista
No penetra nuestra vista
Ni las cala nuestro ingenio;
Mas para ditar la cumbre
De tus obras transcendientes,
Déme tino aquella lumbre

De que diste certidumbre
A las gentes.
Obra fué que prometí,
Discantar de tu grandeza,
Cuando, de muerto, me vi
Sano ya, Señor, por ti,
Sin temor é sin flaqueza.
Pues cumpliendo ya mi voto
Do comienzo á tus loores,
Como tu siervo devoto,
En estos metros que noto
De tus flores.

COMIENZA LA MATERIA DEL PROPÓSITO.

Ofreciendo Zacarías
Encienso, segun costumbre,
Vino á él por altas vias
De las claras jerarquias
Un ángel de mansedumbre,
Con alas de mil colores,
De tan linda hermosura
Y de tales resplandores,
Que á todos daba temores
Su figura.
Sus plumas eran distintas,
Azules, moradas, verdes,
Tocadas de verdes pintas,
Como rosicler de cintas,
Porque dél mejor te acuerdes;
Otras eran plateadas,
Con matiz de resplandor;
Otras como pavonadas,
E no bien determinadas
En color.

La beldad de su melena,
Si con discrecion se aprecia,
Era madeja tan buena,
Como dorada en la vena
Del oro fino de Grecia.
Fué su voz tan pavorida,
Que turbaba los oidos;
Tan delgada y recogida,
Cual no oyeron en su vida
Los nascidos.
¡Oh, qué gala fué de galas
Ver al ángel sostenido
En el aire de sus alas,
No por invenciones malas,
Illusoras del sentido!
El cual venia de donde
No viene cosa con mengua,
Con tal gesto, que responde
Al secreto que se esconde
En su lengua.

Del temor del Santo Zacarías.

E luego cayó el perlado,
De miedo en el pavimento,
Y de muy desatinado,
Le vieras allí trabado
Del arca del Testamento.
Allí vieras su tiara
De la cabeza caída,
Y tan de mortal su cara,
Que ninguno lo juzgara
Ser con vida.

Conforta el ángel al pontífice y dale esperanza que concebirá su mujer.

El Angel con voz callada
Dispuso de le decir:
«Jerarca, no temas nada;
Que te traigo la embajada
Que nunca pensaste oir.
»Ya por cierto tu oracion
En los cielos es oida,
Por la cual sin dilacion
Dios ordena en conclusion
Su venida.
»E tienes mas de saber,
Porque pierdas turbacion,
Que tiénete de nascer
Un tal hijo, que ha de ser
Medio de la redencion.
»El cual será tan cercano
Al redentor piadoso,
Como el brazo es de la mano
Y las flores del verano
Deleitoso.
»E si es dificultad
Ser mañera tu mujer,
Y de tal antigüedad,
Que parir es novedad
Imposible al parecer,
»Arrímate á la grandeza
Del gran Dios que en esto entiende,
Que dispone y da firmeza
A lo que naturaleza
No se extiende.
»No te cures de encoger

Ni te turbes mas conmigo,
Que, aunque fuese tu mujer
Mas vieja que puede ser,
Será cierto lo que digo;
»Que no es hombre Dios que mienta
A ningun mozo ni viejo,
Ni mortal, que se arrepienta
De lo que una vez asienta
Su consejo.
»El cual le dará verduras
De principios maternales,
E á ti, vaso de escripturas,
Las castas desenvolturas
Que son matrimoniales;
»Y será esta concepcion
Tan casta, tan virtuosa,
Que vencerá devocion
A la carne de pasion
Vergonzosa.
»En tus claros pensamientos
Te digo que luego atines
Cuál será en merescimientos
El niño destos cimientos
En sus admirables fines.
»El que mas le paresciere,
Tarde ó nunca será tal;
Por eso ninguno espere
Para cuanto Dios viviere
Ver su igual.

Dice las dignidades futuras de San Juan.

»Este será adelantado
Del partido militante
De todo cristiano estado,

Que será presto fundado
Del rey cristiano triunfante;
»Y será por el creido
Ser Dios hombre en carne breve,
Y asimesmo recebido
Como Verbo prometido
Como debe.
»Su nombre será San Juan,
Sus moradas los desiertos,
Su vida sudor y afan;
Langostas serán su pan,
Su cama terreros muertos;
»Su dulzor será abstinencia,
Gran silencio su lenguaje,
Sus deleites la paciencia,
Su torre la penitencia,
De homenaje;
»Su beber agua salobre,
Su dormir siempre velar,
Su oratorio un seco roble,
Su retablo el cielo noble,
Su canto siempre llorar;
»Su calzado las espinas,
Aguas, vientos sus arreos,
Sus blanduras disciplinas,
E las cortes cristalinas
Sus deseos;
»Su alma será un libro,
Sus estudios la conciencia,
Los seglares su peligro,
Su gran bien salir del sigro,
Su sol la divina Esencia;
»Tristes valles sus jardines,
Solas aves su compaña,
Su deporte serafines,

Y empezar desde maitines
La mañana.

Prosigue.

»La fe será su firmeza,
El estrado sus rodillas,
Su hábito fortaleza,
Su enemiga la tibieza,
Su vida mil maravillas;
»Su siervo la carne propia,
La de Dios su libertad,
Su vergel sol de Etiópia,
Su tesoro de mas copia
Humildad;
»Su cinta virginidad,
Sus perfumes oraciones,
Su fuego la caridad,
Su gran ley la Trinidad,
Su apetito eternos dones.
»Será mate de pecados,
Virtudes lo mandarán;
Seránle sones preciados
Los sonidos destemplados
Del Jordan;
»Y serán sus defensiones
El cielo, que se le humilla,
Con que traiga las naciones
A gozar de los perdones
Del cordero sin mancilla.
»Jordan le será elemento,
Sus temores el abismo,
Solo Dios su pensamiento,
Sus baños el sacramento
Del baptismo.

»Será su recreacion
Hacer á los vicios guerra,
Y será su perfeccion
De tan grande admiracion
Que mueva cielos y tierra.
»Los cielos á querer ver
Que es ángel en carne dina,
La tierra para creer,
Aceptar y obedecer
Su doctrina.
»Su principal intencion
Será que en Cristo se crea,
Y dar luz de salvacion
A la muy dura nacion
De la ciega de Judea.
»Y será la gran ciudad
Del cielo, porque te goces,
Poblada de cristiandad
Por la fuerza y calidad
De sus voces.
»El será contra tiranos
Roquero y fuerte castillo,
Y de crueles profanos
Y de lisonjeros vanos
Será cortador cuchillo.
»Será de los adulterios
Afrentador muy celoso;
Será arca de misterios,
Y de eternos refrigerios
Deseoso.
»La ley vieja en él fenece,
La de gracia en él apunta;
De donde claro parece
Que en este niño amanece
Libertad y gracia junta;

»Y de aquí se toma tino,
Por estas claras señales,
Que en el reino de Dios trino
De gozos será más dino
Triunfales.
»De ser los cielos abiertos
Serán suyas las albricias,
Y los vivos y los muertos
Por sus voces serán ciertos
Del Redentor, que cobdicias.
»No te debes afligir,
Porque yo muy claro veo
Que quiere en carne venir
Nuestro Señor á complir
Tu deseo.»

Acaba el ángel las dignidades de San Juan, é dice el autor cuál quedó el Pontífice.

Del semblante y claridad
De aquel gesto arcangelino,
Turbacion de humanidad
Y temor de soledad
Al gran Sacerdote vino.
E caido el incensario,
Y por tierra la tiara,
Cayó dentro en el sagrario,
Medio muerto y solitario,
Sobre el ara.
E del caso quedó mudo,
Mas cobró su fortaleza
Al oir el son agudo
Con que el santo ángel pudo
A sus votos dar firmeza.
E fuése con su vejez

A su casa religiosa,
Y luego el sumo Jüez
Dió órden á la preñez
Miraglosa.
Aquí hizo parescer
De sus fuerzas infinitas
En hacer pechos crecer,
Arder y reverdecer
Las entrañas ya marchitas
De la madre del Profeta,
Mañera, seca, rugosa,
No por signo ni planeta,
Mas por potencia perfeta,
Espantosa.

De cómo Cristo y su Madre fueron á visitar á Santa Isabel é santificar á San Juan, y de la causa desto.

En el punto que se vido
El gran Dios ya hombre hecho,
Tan presto le vieras ido
A San Juan ya concebido
Por su camino derecho.
E sirvióse en esta via,
Como de nave ligera,
De ti, su madre María,
Que lo llevas; mas él guia
La carrera.
El Señor va con intento
De se mostrar á San Juan,
Por le dar conocimiento
De su santo advenimiento,
Cual los ángeles lo han.
E no por letras vocales
Le fué dado ser discreto,

Mas por luces no mortales
Vió los gozos eternales
Del secreto.
Tambien fué por declarar
Por miraglo de evidencia
Qu'el muy estrecho lugar
De aquel vientre singular
No menguaba su potencia.
Y por esto juntos van
Hijo y Madre, Sol y Luna,
A relumbrar á San Juan,
Al cual ante seso dan
Que la cuna.
La deífera Señora
Camina con pensamiento
De ser baja servidora
De la parienta, que mora
En la montaña de asiento;
Porque el ángel le dijera
Ser de hijo ya preñada;
Que por ser vieja é mañera,
Hasta allí nunca se viera
Consolada.
Tambien fué por le ayudar,
Segun de cierto presumo,
A dar gracias y alabar
Por aquel don de notar
Al Rey de los reyes sumo.
Y por esto el movedor,
Que es el Verbo no mudable,
Le guiaba con hervor,
En su vientre hecho flor
Deleitable.

De la disposicion que llevaba nuestra Señora por aquel santo camino.

Con pasos acelerados
Iba la Vírgen preciosa
Por los valles y collados,
Más hermosa en cien mil grados
Que la Luna, Sol ni rosa.
La luz eterna más clara
La esforzaba por de dentro,
¡Oh bendito el que hallara,
Si en tal hora caminara,
Tal encuentro!
¡Oh quién fuera pastorcico,
Que te viera y preguntara:
«¿Dónde vas, tesoro rico,
Dímelo, yo te suplico,
Con tan gloriosa cara?
»—¿E por quién había de ser,
Respondieras, tal afan,
Sino por engrandecer
La preñez con el nacer
De San Juan?»

La Vírgen.

E si aire acelerado
Es el paso con que aguijo,
Hácelo el amor sobrado,
De mayor tenor y grado,
Que á San Juan tiene mi Hijo.
E agora lo favoresce,
Que por él solo camina;
Y es tanto lo que se merce,

Que seré yo, si se ofresce,
Su madrina.

El autor.

Fe, caridad y hermosura
E humildad compañas son
De ti, traslado é figura
De la gloria que mas dura
Para nuestra salvacion.
En ti llevas resplandor
Por quitar costa de cera,
Tesorero y contador,
Y el pan, que es por su sabor
Vida entera.
No llevaba guarniciones
De compañas de doncella,
Mas millares de millones
De angélicas legiones,
Que iban en guarda della.
El tardar le era contrario,
Tibieza la descontenta,
Hasta que de su sagrario
Reciba gozo plenario
Su parienta.
En par de Hierusalen
Se apresura y no se muestra,
Porque no le estaba bien
Que allí la mirase alguien,
Para la doctrina nuestra.
Mas á mí bien me estuviera
¡Oh mi Reina! tal encuentro,
Porque viendo á ti creyera
Que, pues Dios tal te hiciera,
Que iba dentro.

Del sudor de la señora.

Su rostro deificado
Alteraciones comienza,
Del andar apresurado.
Y de haber en él obrado
Mil colores la vergüenza.
Y entre color y color,
Como aljófar, parecia
Un rocío de sudor,
Que al sol lleva en el valor
Demasía.

COMPARACION.

Como los azucarales
De verdes valles viciosos
Tienen sus cañaverales
De los ardores solares,
Los nudos todos melosos;
Bien así la rama tierna
De Jesé, que es profecía,
Sudaba, hecha linterna
De la luz, que es vida eterna
Por la vía.
¡Oh, si la vieras cuál iba,
Tú, mi alma, esta princesa
Por aquel recuesto arriba,
En la cual la vida viva
Tenia hecha represa!
Vieras en ella colores
Diversos en fermosura,
Y del mucho andar, sudores,
Mas que bálsamo ni flores

De frescura.
¡Oh, bendito quien pudiera
Ser de tal sudor ungido,
Que luego le sucediera
Tal salud, que no muriera
Condenado ni perdido!
Cuya lindeza de olores
Pudo quitar pestilencia.
¡Oh qué adorables humores,
Que dieron destos licores
Influencia!

Nota la causa material de la virtud deste virginal sudor.

Porque fué su manadero
De la crisma virginal
El bálsamo verdadero,
Sanador que fué primero
Del pecado original.
El Hijo de Dios fué este,
Hecho en ella temporal,
Causador que el sudor preste
Defension contra la hueste
Infernal.
Así que, bien se acompaña
Esta nuestra intercesora,
En el merecer tamaña,
Que si Dios se nos ensaña,
Del perdon es fiadora.
En ella va muy suave
El tesoro deste siglo,
Y el rey Cristo, que es la llave,
Que va dentro como en nave
Sin perigro.
Iban tres entendimientos

Dentro en su cuerpo doncel,
Todos distintos y exentos,
Sin haber discordia en él (1).
Fué del verbo el principal,
De su alma fué el segundo,
Otro el seso oriental
De la Reina imperial
Deste mundo.

Habla el autor con Nuestra Señora.

Válanme los pensamientos
Deste tu viaje bueno,
Con estos alumbramientos
Que van en los velamentos
De tus entrañas y seno.
Yo creo por fe derecha,
E aun tengo que Dios lo quiso,
Que en aquella via estrecha
Ibas toda cuasi hecha
Paraíso.

Prosigue.

¡Oh santidad sin revés,
Que con solo Dios te mides,
Nunca, antes ni despues,
Se vieron guiados pies
Por tales tres adalides!
E pues podiste alumbrar
Desde allí mundos perdidos,
Pídote, Reina sin par,

(1) Falta un verso.

Que no dejes peligrar
Mis sentidos.
¡Oh Madre, que tanto vales
Cuanto Dios pudo poder,
Con tres adalides tales,
A puertos celestiales
Salirás, sin te perder.
¿Quién vido nunca ciudad
Tan regida ni alumbrada
Como va de claridad
¡Oh vena de piedad!
Tu jornada?
Ligereza y devocion
Un punto no te dejaron:
Mansedumbre é discrecion
E suma contemplacion
Para siempre te quedaron.
Tú llevas por manto fino
Resplandor por nuevo modo,
E por tu favor contino
El abrigo de Dios trino
Tu bien todo.
Hacíale Dios un viento
Que entre los cedros rugía,
Que le puso pensamiento
No ser aire de elemento,
Segun su dulce armonía.
E como el viento le daba
De parte de las espaldas,
Como águila volaba;
Que tardanza no causaba
Tener faldas.
E no dudo aquí de tanto,
Que el aire que la movia
Fuese el Espíritu Santo,

Que mueve cosa de espanto,
Lo que por su mano guia;
  Porque el vaso que Dios baña,
De su buen licor motivo,
De tibieza no se daña,
Pero luego lo acompaña
Fuego vivo.
  Volvámonos al dechado
De la Virgen gloriosa,
Que en camino tan forzado
Iba su rostro atapado,
Encogida y vergonzosa,
  E no por via patente,
Mas por vereda escondida,
Porque siempre fué impaciente
De ser de ninguna gente
Conoscida.
. . . . . .

De cómo saludó la Señora á Santa Isabel, é de los misterios que allí sucedieron entre Cristo y San Juan é la Virgen é Santa Isabel.

  Deste fué real cimiento
La Virgen que alumbra y sana;
Que de su concibimiento
Dió noticia y sentimiento
La su noble prima anciana.
  E su voz saludadora
Dió luego sin otros puntos,
Gozo é luz alumbradora
A hijo é madre á deshora
Tan conjuntos.

La prima, cuando sintió
La voz que la saludaba,
Ser Dios se le reveló
El hijo que concibió
La Virgen que le hablaba;
Y dijo con claro tino:
«¡Oh Madre de Dios sagrada!
Y ¿de dónde á mí me vino
Ser de ti deste camino
Visitada?
»Dígote, Señora mia,
Que por tu salutacion
Mi hijo tiene alegría,
Alta fe con profecia,
Que es cosa de admiracion.
»Sobre todas las mujeres
Eres y serás bendita,
Con el fruto que parieres,
Que es Dios, cuya madre eres
Infinita.
»El calor que de tu beso
Dió á mi hijo por tu boca,
En la fe le tiene preso,
Y su gozo y nuevo seso
A tu vista lo provoca;
»El cual todo se levanta
A loar tu alto nombre,
Como quien de ver se espanta
En ti hecho, Madre santa,
A Dios hombre.

Prosigue más Santa Isabel.

»Por la fe, Virgen, que diste
Al ángel en su embajada,

Luego al punto mereciste
Ser del Rey que concebiste
Madre bienaventurada.
»No se dilató tu seno
Mas que cuanto se le debe,
Mas tu fe le hizo lleno
Del Dios Cristo Nazareno,
Que te mueve.»

Admiracion del auctor.

¡Oh inaudita novedad,
Que el vientre no se dilata,
Y la inmensa Majestad
No padece brevedad
Ni se encoge ni maltrata.
Mas quedando por compás,
Cada extremo en su partido,
El seno no creció mas,
Ni el gran Dios revino atrás,
De encogido.
Así que santificado
Fué San Juan del Salvador,
Alumbrado y confirmado
En el don que le fué dado
De nunca ser pecador;
Ya tenía el buen infante
En el vientre clara escuela
De la fe, que en adelante,
Como estrella radïante,
Fué tutela.
Por eso tened espanto,
Cielos, tierras y la mar,
Pues que el Verbo sacrosanto
Dotó de seso por manto

A San Juan de tal edad;
  Al cual dió, por su potencia,
Desde aquel vientre adorable
Tan esclarecida sciencia,
Que conoció su presencia
Inefable.
  De seis meses conoció
La suma luz eternal,
Y de ello le sucedió
Que en el punto feneció
Su ignorancia natural.
  Y adoró al Rey prometido,
Por el cual todos se rigen,
Por el solo allí venido
En el vientre retraido
De la Virgen.
  ¿Qué mudanza, qué costumbre
Es esta de entendimiento,
Ver San Juan la eterna lumbre,
Por fe de gran certidumbre,
Antes de su nacimiento?
  Padres no los conocia,
Ni de sus ojos usaba,
E ya noticia tenia
De la gran sabiduria
Que adoraba.
  ¿Quién vido nunca creer
Antes de poder oir?
¡Óh qué miraglo de ver,
Si pudiésemos tener
Lengua para lo decir!
  Por arte de maravilla
Le fué infusa la verdad
Al niño que aquí se humilla
A la Virgen sin mancilla

De humildad.
Tuvo tan sobremanera
Esta fe el niño novelo,
Que en su madre reverbera
Por dedentro y por defuera
En gloria del Rey del cielo.
Y esta fe, que no organiza
El Hijo por la garganta,
Su Madre la evangeliza
Y á veces la profetiza
Y discanta.

Comparacion.

Como teclas bien tocadas
Del músico tañedor
Causan voces concertadas,
Suaves, bien entonadas,
En órganos de dulzor;
Bien así San Juan movia
A su madre á no cesar
De cantar la melodia,
Que en el vientre él no podia
Confesar.
Del infante se traslada
Lo que la madre pronuncia,
Del cual ella fué alumbrada
En favor de la preñada,
Que de Dios madre denuncia.
Y no fué inspirada menos
En ver que su hijo tiene
Los vasos del alma llenos
De dones y gozos buenos,
Sin que suene.
Las dos madres se holgaban

En ser templos excelentes,
En que dos niños moraban,
Que de alegres, celebraban
La redención de las gentes.
Mas el que el sol inflama
Hizo al otro su lucero,
Y de su venida y fama,
Y del cielo, á que nos llama,
Pregonero.
¡Oh madres de salvacion,
Mas notables que la vida!
¿Qué lenguaje, qué nacion
De vuestra consolacion
Puede dar cierta medida?
Decir lo que allí gustastes
No puede lengua ni historia,
Porque allí os adelantastes
A los gozos que hallastes
En la gloria.
¿Qué diré de los infantes
En el vientre encortinados,
Alegres y gozodantes,
A sus madres ocultantes
Lo propio de sus estados?
Los gozos que el mundo espera
Para salir del peligro,
Uno á otro en su manera
Los difunde y reverbera,
Como libro.
Cada cual dellos pelea
Por ser más humilde visto,
Mas el campo, se me crea,
Que del todo enseñorea,
El rey de los reyes, Cristo;
Porque á él solo conviene

De virtudes ser primado,
Y dél solo nace y viene
Cuanta vida y gracia tiene
Lo poblado.
Y en esto que así batallan,
De ninguno son oidos,
¡Oh, qué sienten! ¡Oh, qué callan!
¡Oh, qué tan fuertes se hallan,
Qué santos sin ser nacidos!
Y del gozo y amistad
Destos dos grandes amigos
Sus madres de autoridad,
Como templos de verdad,
Son testigos.

Pone la diferencia destos niños y de los otros, en lo que por ellos sucede á las madres.

Otros hijos dan pasiones
A sus madres en el vientre;
Estos dieron mar de dones
Y luz de revelaciones
Aquel día y para siempre;
Do se dió por compañia
Que la Madre por Dios vivo
A la de San Juan servia,
Y le fué de noche y dia
Defensivo.
Dinos, antigua mujer,
Dinos, dinos, madre nueva,
¿A qué te llegó el placer,
Cuando pariste, de ver
La salud del mal de Eva?
Que si el parto te alteraba
Con temores del letijo,

La Reina del cielo estaba
A tu diestra, que esperaba
Ver tu hijo.
Esperábalo envolver
Por sus manos en pañales,
Para hacernos saber
Que el niño esperaba ser
Lucero de los mortales.
Y fué buena consecuencia
Que la Madre honrase tanto
Al que el Hijo por clemencia
Con su divina presencia
Hizo santo.

Prosigue.

Infante de los infantes,
Sin pecado é sin espina,
Por tus hechos relumbrantes,
No vistos despues ni antes,
La fe nuestra determina;
Que apenas es comparable
A ti, niño el mas perfecto,
Por ser tú firme y estable,
Y en la fe nunca mudable
Y sin defecto.
Infante, de fe mas pura
Que diamantes de rocas,
De ti dice la Escriptura
Que en el vientre de angostura
A tener fe nos provocas;
Pues que primero adoraste
A Dios que el mundo te viese,
Y primero lo gustaste
Que la leche que mamaste

Se te diese.
¿Quién vido nunca miraglo
Mayor que este, ni su igual,
Que á Dios el niño que hablo
Adorase en el retablo
De aquel vientre virginal?
Y dotado en tal edad
De gracia, que no de ojos,
Adoró con humildad
La su infinita Deidad
De hinojos.

Privilegios de la santificacion de San Juan.

En la Ley fué prometido
Y del Angel anunciado,
Por miraglos concebido,
Y en el vientre esclarecido
Y en la gracia baptizado.
Cristo fué su baptizante
Y la Virgen su madrina,
Fué la fruta fe constante,
E el compadre circunstante
La luz trina.
Su crisma de reverencia
Le fué el Espíritu Santo,
El capillo la inocencia,
Y la sal fué la sapiencia,
La candela luz de espanto.
Fuego del divino ardor
Fué el agua deste baptismo,
Porque fué tal el favor,
Nueva triste de pavor
Al abismo.
Este solo fué la prima

De los chicos y mayores,
Y ante Dios de tal estima,
Que quien más á él se arrima
Es más libre de temores.
Ved si es bueno defensivo
Para nunca peligrar,
Que dél se quiso Dios vivo
En grado superlativo
Auctorizar.

Item, en favor de San Juan, en el baptismo del Señor.

Cuando dió la Trinidad
De Cristo fe soberana,
Testigo de auctoridad
Fué San Juan, segun verdad,
En la ribera Jordana;
Adó vido que se abrió
El cielo, segun se toma,
Y la voz que el Padre dió,
Cuando en Cristo descendió
La paloma.
Llegando Cristo á San Juan
Para que lo baptizase,
Pasmóse el río Jordan,
Como los montes que están
Sobre peñas sin mudarse.
Y como el reformador
Del mundo se desnudaba,
Cubriólo tal resplandor,
Que al sol mas alumbrador
Denigraba.
Y con loable porfia
Se repunaban los dos;
Mas San Juan no se vencia

Para tener osadia
De baptizar á su Dios.
  Mas al fin, si fué vencido,
Corona de vencedor
Le quedó deste partido,
Por haber obedecido
Al mayor.

Palabras de San Juan á Cristo.

  Mas díjole muy turbado,
Con reverencia profunda:
«¡Oh, Señor! ¿quién será osado,
Sin que caiga de su estado,
Baptizar tu carne munda?
  »Dios mio, véte de aquí,
Que tiemblo y estó erizado,
Porque yo he de ser de tí,
Y tú, Rey, nunca de mí
Baptizado.
  »Porque eres el que baptizas
En espíritu de ardor,
Y el que das é solemnizas
La gloria que evangelizas
A los que tienes amor.
  »Y eres el que perdonas
A los que el baptismo lava,
Y tú los desaprisionas,
Y les das claras coronas
Tras el agua.
  »Así que tú, mi Señor,
No recibas mi baptismo;
Que en pedirlo das temor
Al cielo, que es tu labor,
Y conturbas el abismo.

»Porque este licor no quita
El mal sino á quien lo tiene;
Mas á ti, mi luz bendita,
Que eres pureza inflnita,
No conviene.
»Yo baptizo á pecadores
En agua sola, y les digo
Que no bastan mis licuores
Para lavar sus errores,
Sin tu gracia y buen abrigo.
»Y están todos deseando
Tus virtudes defensivas,
No mas ni menos que cuando
Está la tierra esperando
Aguas vivas.
»Tu resplandor te defiende
De mis manos y albedrio,
É la fe que aquí se ofende,
Que pecado en ti no entiende
Que deba lavar el rio.
»Y aun los tribus y levitas
Dirán que son engañados;
Que por formas exquisitas
Les dije que solo quitas
Los pecados.
»Pues suplícote, Señor,
Que no mandes que yo haga,
Que só tu siervo menor,
Lo que, de puro temor,
No quiere hacer el agua.
»Mas mira que las corrientes
Del Jordan se escandalizan,
Y tornándose á sus fuentes,
Ser tú lumbre de las gentes
Profetizan.

»¡Oh, Señor! si te baptizo,
¿Qué dirán de mi doctrina?
Que á todos evangelizo,
Que cielo y tierra se hizo
Por tu persona divina.
»Pues con pueblo tan mudable
No me pongas en requesta,
Por el agua deleznable (1),
A tí presta.
»Si en las aguas entras, ellas
No hay en ti cosa que laven,
Porque es la tierra que huellas
Mas limpia que las estrellas,
Como los cielos lo saben.
»Cuanto más, que yo vencer
No me puedo en campo raso,
Y aun, segun mi parecer,
No te debo obedescer
En tal caso.»

El auctor.

La suma Sabiduria,
Revestida en carne humana,
Bien notaba y bien oia
Lo que San Juan le decia,
Vestido de ruda lana.
Mas nuestro Rey generoso,
Elegante y muy paciente,
Respondióle con reposo,
De semblante glorioso,
Lo siguiente:

(1) Falta un verso.

Replica Cristo á San Juan.

«Baptízame sin conquista,
Que mi baptismo es salud;
Que así conviene, Baptista,
Porque el agua se revista
Con mi carne de salud;
»Porque yo si en aguas entro,
Daréles vigor eterno,
Y tal, que el que entrare dentro
Se libre del bajo centro
Del infierno.
»Yo dellas no tomaré
Sino frio de frescura;
Mas yo las consagraré
Con mi carne, y les daré
Infinita hermosura.
»Cuyas ondas baptismales
Harán, de gentes perdidas,
Personas celestiales,
Y de naciones brutales,
Claras vidas.
»É así las aguas serán
Salud de los que lavaren,
Y vida eterna darán;
La cual todos perderán
Cuantos no se baptizaren.
»So cuyo claro elemento
Daré espíritu divino,
Porque sane en un momento
El que de tal sacramento
Fuere dino.»

Fin, dirigido al Rey.

Príncipe, Rey soberano,
Sin mayor á nuestra vista,
Cabo del poder humano,
Más clemente, más cristiano,
Siervo de San Juan Baptista;
Del cual manda vuestra alteza
Que por metro artificioso
Escriba lo que se reza
De su gracia é aspereza,
Y decir más dél no oso.

Comparacion.

Porque como en claro dia
Pierde vista la lechuza,
Tal, muy alto Rey, seria
Y es la sabiduria,
Que en San Juan mejor se aguza;
Y pues fué tan señalado,
De más laudes me despido,
Porque es el libro cerrado
Que San Juan ser muy sellado
En su *Apocalipsi* vido.

Romance en honra y gloria de San Francisco.

Andábase San Francisco
Por los montes apartado,
Sobre las nubes traspuesto,
En Dios vivo trasformado;
Sus ojos llovian aguas,

De lloroso y fatigado,
De temor si le quedaba
Por plañir algun pecado;
Mas no eran menos grandes
Las del segundo nublado,
De miedo que no le fuese
El Jüez del mundo airado,
Y de verse tan ausente
De Cristo su enamorado.
La tibieza era su muerte,
Su vida fundar su estado
En tan alta perficion,
Que no tiene mayor grado;
De flamas de caridad
De contino fué abrasado,
Y de pobres y leprosos
Derretido y sojuzgado
Usaba de duras peñas
Por blanda cama y estrado;
Ayunar sin comer nada
Era su mejor bocado;
Sospiros sonables, tristes,
Su canto más acordado;
De espinas y duras guijas
No le defendió calzado;
Sayal áspero vestia
Junto al cuerpo remendado.
Su oratorio fué el sereno,
El hielo mas destemplado,
Y sumirse por la nieve
Desnudo y apasionado;
Érale oro potable
Su llorar demasiado,
Por castigar los placeres
Del vano tiempo pasado.

Silencio fué su lenguaje,
Y los yermos su poblado;
Estregaba en los zarzales
Su cuerpo muy delicado
Por tener dentro en la carne
Espíritu libertado.
Estas cosas te trajeron,
Padre bienaventurado,
A que los coros del Cielo
Siempre andaban á tu lado,
Hecho sol tu entendimiento,
De devoto y alumbrado.
Tu cuerpo fué relicario,
En fragua de amor labrado
De mano del Rey del Cielo,
Que cruz viva te ha tornado,
Y de su vida muy alta
Sobrenatural traslado;
En ti relumbran sus llagas,
En pies, manos y costado,
No con menos hermosura
Que luce el Cielo estrellado.
La lanzada que ya muerto
No sintió crucificado,
Tú, su alférez, la sentiste,
De su mano traspasado;
Deste misterio quedaste
Sucesor deificado,
De su vida y de su muerte,
Sobre cuantos ha criado;
¿Quién dirá la hermosura
Que ha tu alma cobrado,
Si tu cuerpo, que es envés,
De tal gloria fué dotado?

Coplas en gloria de Nuestra Señora, Reina del Cielo.

Reina del Cielo,
Del Mundo señora,
Sey mi valedora;
Del Sol revestida,
De estrellas cercada,
De Luna crescida,
Chapines calzada,
En la eterna vida
Estás laureada,
Noble emperadora.
Si el mar Oceáno
Fuese la tinta,
Y el Sol escribano
Que el verano pinta,
No puede ni mano
De pluma distinta
Loarte, Señora.
El que te puede
Loar de contino,
Del Padre procede
Y en tu vientre vino,
Porque te quede
Por nombre más digno,
De paz inventora.
E la Trinidad,
Tu parienta grande,
Mandó á su ciudad
Que por ti se mande,
Y tras tu beldad
Que el Cielo se ande
Todo tiempo y hora.

Tú tienes la llave
De su gran potencia,
¡Oh vena suave
De toda clemencia!
Y en ti solo cabe
Por suma excelencia
No ser pecadora.
Afloja la cuerda
Del arco occidente,
Porque no se pierda
Del mal pestilente
La gente que espera
Salud excelente
Por ti cada hora.
La divina esencia
Por ti da mil vidas,
Y muda sentencia
De almas perdidas,
Y en los abismos
De nuevas oidas
Su pena mejora.
Por siervos los tienes
Los ángeles, dama,
Y todos los bienes
Ser tuyos es fama,
Y con ellos vienes
A ver quién te llama,
Volando á deshora.
Si duermo ó si velo
Tú eres mi muro,
Pues Mar, Tierra y Cielo
Son tuyos de juro;
La vida no es pelo
Si no hay tu seguro,
Rëal defensora.

A ti en sus tristuras
El mundo se arrima,
De las criaturas
Remedio y la prima,
Y quédase á escuras
Quien mas no te estima,
Diestra guiadora.
¡Oh sola esperanza
De cuanto se espera,
Amor sin mudanza,
Que nunca se altera!
Por ti ya se alcanza
La luz verdadera,
Muy alumbradora.
No siento querella
Que Dios de mí tenga,
Que por ti, doncella,
Perdon no me venga,
Ni Cielo ni Tierra
Que no se mantenga
Del bien que en ti mora.
No hay pena que mida
El dolor tan triste,
Que tú, mi gran vida,
En ti recebiste,
Cuando en la cruz
Defunto lo viste
El Rey que se adora.
Allí te abrazaste
Con aquel madero,
Al cual adoraste
Tú sola primero,
Y sola guardaste
Su fe por entero,
Sin ser torcedora.

Allí te vestias
Con el Sol de luto,
Y nunca tenias
Tu gran lloro enjuto;
Mas algo sofrias
Por ver el gran fruto
Que la cruz trasflora.
Por este misterio
Te ruego, Princesa,
Que des refrigerio
Á mi alma presa
En tu alto imperio,
Do tu fe mas pesa
Que cuanto allá mora.
Si se nos indina
El rey de la lumbre,
Tu gesto lo inclina
Á gran mansedumbre,
Y de su luz trina
Nos da certidumbre,
Por ti fiadora.
Tú eres crismera
De bálsamo tal,
Que dentro y defuera
Destruyes el mal,
Y eres la cera
Do más que cristal
Dios luce y se adora.

Fin.

¡Oh fuente de fuentes,
Sellada! Tú manas
Diluvios crescientes
De fe con que sanas

Las almas dolientes,
Y al fin tú las ganas
Por su guiadora.

In nativitate Christi.

—¿Si dormis, esposo,
De mí mas amado?
—No; que de tu gloria
Estó desvelado.

JOSEF.

¿Quién puede dormir,
Oh reina del Cielo,
Viendo ya venir
Ángeles en vuelo
¡Ay! á te servir,
Tendidos por suelo?
Porque sola eres
Del Cielo traslado.
¿Si dormis esposo?
Yo no dormiria
En este momento,
Porque, esposa mia,
Tengo sentimiento
Que viene ya el dia
Del gran nacimiento
Del rey que sostiene
Tu vientre sagrado.
Tú tienes, Señora,
Tan linda la cara,
Que el Sol por agora

No se te compara,
É á Dios enamora
Tu gloria tan clara,
Que tus resplandores
Me tienen turbado.
Tu gran refulgencia
No hay Sol que la mida,
Ni de tu presencia
Quien se te despida,
Porque tu excelencia,
Señora, convida
A que Cielo y Tierra
Te sirvan de grado.
¿Qué habedes sentido
En noche tan fria?
Señora, sonido
De dulce armonia
Y el aire vestido
De tan claro dia,
Que de los abismos
Se han alumbrado.

MARÍA.

A mi parescer,
Esposo leal,
Ya quiere nascer
El rey eternal;
Así debe ser,
Pues que este portal
Claro paraiso
Se nos ha tornado.

JOSEF.

Y vos, la mi esposa,
¿En qué conoscés

Que nasce la rosa
De vos, que Dios es?

MARÍA.

Esposo, no es cosa
Que saber podés,
Si de solo Dios
No os fuese mostrado.

AUCTOR.

Hablaban en esto,
Y nasció el infante,
Más claro, más presto
Que sol radiante;
Bien muestra su gesto
Ser solo bastante
Para ser el mundo
Por él remediado.

MARÍA

El gozo é lindeza
Tan grande que siento,
Y la ligereza
Con mi nuevo aliento,
Me dicen que es cerca
Ya su nascimiento,
De todos los siglos
Muy mas deseado.

AUCTOR.

Así que nascido,
Estaba, de espanto,

En tierra caido
El esposo santo;
Y más cuando vido
Alzar dulce canto
Á las hierarquías
En son concertado.

MARÍA

Jesú ¡qué desmayos,
Esposo fiel!
Catad que esos rayos
Del Niño doncel
No son sino ensayos
De la gloria dél,
De la cual serés
Despues informado.

AUCTOR.

Nascido el infante
Que el Cielo rescata,
Más que diamante
Ni sol ni que plata,
Con fe muy constante
Su madre lo trata,
Puesto en un pesebre
Medio derrocado.
Con tal fe lo acata,
En el heno estante,
Que se le relata
El ser el gigante
Que á la muerte mata,
É aun será adelante
Abridor del Cielo,
Que cerró el pecado.

Sirvan los mortales
Al infante, y sigan,
Pues dos animales
Le adoran y abrigan,
Por cuyos pañales
Ya se nos mitigan
Los grandes furores
De su padre airado.
¡Oh que alumbramientos,
Señora, te rigen!
¡Oh que pensamientos
De ser madre é virgen!
Y si frios vientos,
Mi reina, te afligen,
Con estos alientos
Te habrás consolado.
Así quien desdeña
Nuestras presunciones,
Al frio sin pena
Ni consolaciones,
É así nos enseña
Con tales lecciones
Que el que menos tiene
Es mejor librado.
Su voz la primera
Fué lamentacion,
Porque se le espera
Por mi salvacion
La cruz lastimera
De cruda pasion,
Segun que de tiempos
Fué profetizado.
La madre lo acalla
Con leche del Cielo,
Con la cual se halla

El niño novelo
Para la batalla
Que le da recelo,
Alegre y contento
Y muy esforzado.
La tu deidad,
Mi hijo, te vala;
Que mi pobredad
No tiene otra sala
Para tu beldad,
Ní buena ni mala,
Sino diversorio
Abierto y helado.

Coplas del Nascimiento, que hizo por mandado de la marquesa de Moya.

¡Quién os ha mal enojado
Mi buen amor?
¡Quién os ha mal enojado?

¿Quién te ha, niño, tornado
Eterno Dios?
¿Quién te ha, niño, tornado?
Por tu sola caridad
Recebiste humanidad,
Y toda tu dëidad
Se encerró
En sagrario muy sellado.
É el noble niño tierno,
Engerido en verbo eterno,
En la yema del invierno
Nos nasció,
De la Virgen engendrado.

Sin mudar Dios deïdad
Ni la Virgen su beldad,
La cara de majestad
Que tomó
Hizo firme nuestro estado.
¡Oh reina de mil primores,
Corona de emperadores,
De diciembre tantas flores,
¿Quién las dió,
Sino tú, Virgen sagrada?
Cata, alma, que te inclines
Al dulzor destos maitines,
Que en ellos de serafines
Mereció
Este parto ser cerrado.
¡Oh parida sin partera!
Quien te viera no muriera,
Cuando sol que reverbera
Pareció
Tu gesto deificado.
No hay lengua que decir pueda
Cuál la madre Virgen queda,
Ni por cuál linda vereda
Lo parió
Tan hermoso y delicado.
Esta madre sin fatiga
Entre sus pechos lo abriga,
Y á la cruz se nos obliga,
Pues lloró
De frio tan destemplado.
De esta parida sin cama,
Más limpia que flor en rama,
Voló presto al Cielo fama,
Y envió
Nueve coros á su estrado.

Cuya córte en legiones
¡Oh reina! con dulces sones
Acatando tus facciones,
Recibió
Paraiso aventajado.
É adoraron luego al niño,
Claro, blanco mas que armiño,
Mirando con cuanto aliño
Lo envolvió
La doncella de buen grado.
Mas destos embajadores
Vánsele y vienen colores
Á la Virgen, flor de flores,
Cuando vió
Serafines á su lado.
Y vos, ilustre Marquesa,
Contemplad esta princesa,
Y al niño cómo la besa,
Y se vió
De sus pechos muy trabado.
La madre, que conoscia
Su eternal sabiduria,
Adorando lo envolvia,
Y temió
Con semblante mesurado.
Aunque era, Virgen preciosa,
Al rey tu leche sabrosa,
De mirarte tan hermosa,
La dejó,
De tu beldad espantado.
Mas yo, Reina, tambien siento
Que su claro acatamiento
Del muy grande alumbramiento
Levantó
Tus sentidos de su estado.

¡Oh que extremos se juntaban
Cuando tus ojos miraban
Los de Dios como lloraban
Y calló,
Con la teta consolado!
¿Cuál razon sufre tal lloro,
Paraíso y gran tesoro?
¡Que heno vistas por oro,
Siendo Dios
Inmenso, no limitado!
¿Qué fuerza te puse en esto,
Infante de claro gesto,
Que en pesebre estés tu puesto,
Porque yo
Me sirva de tu reinado?
Ya por cierto desta vez,
¡Oh cordero, gran jüez!
Tu padre por tu niñez
Proveyó
De socorro mi pecado.
¡Oh bendito sea el suelo
De mas dignidad que el Cielo!
Porque en ti pobreza y hielo
Padesció
Nuestro rey tan deseado.
Rey de tronos, rey de sillas,
Grandes son tus maravillas;
Mas mayor es que te humillas
Al rigor
Del pesebre derrocado.
Los regalos y la cuna
Del que hizo Sol y Luna
Fué pesebre, que fortuna
Le faltó,
Como fué profetizado.

La soberbia se me quiebre,
Y mi corazon celebre
La humildad deste pesebre,
Que tomó
Dios eterno por estrado.
¡Oh príncipe nazareno!
¿Qué sientes de tal sereno,
Y desta ropa de heno
Que te dió
Nuestro criminal pecado?
Esta muy pobre librea,
De que tu madre te arrea,
No hay cristiano que no crea
Que vistió
Nuestras almas de brocado.
¡Quien pudiera ser tu escudo,
Precioso infante desnudo,
En aquel frio tan crudo
Que extremó
Tu cuerpo tan delicado!
Saliendo de las entrañas
Virginales muy extrañas,
De dos bestias por compañas
Se preció
Este rey más acabado.
De los cuales racionales,
Al modo de animales,
Con gestos reverenciales
Se adoró
El santo Verbo encarnado.
Con su huelgo escalentaban
El diversorio do estaban,
É del pasto que les daban
Se abrigó
El portal desentoldado.

Sin saber filosofia,
Latin ni sabiduria,
Abrigaban á porfia
Al que crió
Cuanto vemos hoy criado.
Hazme, hazme de tal grey,
Dios eterno, sumo rey,
Pues de sayo aqueste buey
Te valió,
De verte necesitado.
¡Oh dolor de grande aprieto,
Niño claro é Dios secreto!
Que sea el asno discreto,
É no yo,
En servirte de buen grado.

Fin.

Pongas, niño, en tus pañales
Mis deseos temporales,
Y saldrán celestiales,
Pues cayó
La mi firmeza y estado.

Fin y oracion por la señora Duquesa.

Dios, tu trono siempre oya
Á la marquesa de Moya,
Pues tu Padre acá por joya
Se nos dió
De remedio mas probado.

Romance del nascimiento de nuestro Salvador.

Ya son vivos nuestros tiempos
Y muertos nuestros temores;
De otro sol se sirve el mundo,
La luna de otros colores;
De la noche hacen dia
Los cielos con resplandores;
Despierte el seso turbado
Con tan divinas labores;
Que nascida es ya en Betleem
La luz de los pecadores
Para reparar la culpa
De nuestros antecesores.
Este es el Rey de los reyes
Y Señor de los señores,
Concebido como flor
Y nacido sin dolores;
De dentro consiste Dios,
Sin tener superiores,
De fuera padesce frio
De muy ásperos rigores;
Fueron de su nascimiento
Angeles albriciadores;
Do servian serafines
De muy suaves cantores;
Diciendo: *Gloria in excelsis*,
Con tiples y con tenores;
Mas oid las contrabajas
De armonía no menores;
Que el Príncipe por quien cantan
Lloró con bajos clamores.
Por ensayarse en el heno

A otros plantos mayores,
Con los cuales dió su alma
En la cruz por mis errores.
Vestido de alegres luces
Un ángel de los mejores,
Revelando este misterio,
Esto dijo á los pastores:
«La Vírgen, llave del cielo,
Corona de emperadores,
Hoy es parida de un hijo
Más hermoso que las flores,
Excelente más que el cielo,
Más que todos sus primores;
Los reyes le son captivos,
Los ángeles servidores;
Las estrellas todas cuenta
Sin arte de contadores;
El mundo soporta entero
Sin segundos valedores;
En todas sus partes mora
Sin verlo los moradores;
Con todas las cosas cumple
Por cien mil gobernadores;
Mas de tanta majestad
No cures de haber pavores,
Que todo es vena de vida
Y cordero sin furores.
»Id á Betleem de Judea,
Como diestros corredores,
Y serés deste tesoro
Los primeros inventores
Y verésle envuelto en paños,
No en brocados cobertores;
Su Madre lo está adorando
Cubierta de resplandores,

Y de verlo Dios y hombre
Vánsele y vienen colores.»
Los pastores desta nueva
No fueron despreciadores.
A Betleem van, y lo hallan
Sin ricos aparadores,
Sin brasero, sin cortinas,
Sin duques por servidores,
Sin bastón é sin corona
De labor de esmaltadores,
Sin estoque, sin celada,
Sin grandes embajadores;
Mas hállanlo fajadito,
Encogido de temblores;
Un pesebre era su trono,
Dos bestias sus valedores;
Heno se viste por oro,
No ropa de brosladores;
Un portal son sus posadas,
No labrado de pintores,
Común á los cuatro vientos
Y á todos los labradores.
¡Oh Dios mio, quien te viera
En tan bajos desfavores!
Adoran luego al Niño
Con reverendos honores,
Espantados de su Madre,
Mas sábia que los doctores,
Que daba leche al Infante
Con ojos contempladores.
¡Oh flaca naturaleza,
Qué buen par de intercesores
Te puso Dios en el mundo
Para que en el Cielo mores!
Pues buen tiempo es ya, mi alma,

Que lo sirvas y lo adores;
Que tú, Vírgen pia y Madre,
Por el *Montesino* implores
Fray *Ambrosio*, de la orden
Muy tuya de los Menores.

Romance heroico sobre la muerte del príncipe de Portugal.

Hablando estaba la Reina
En cosas de bien notar
Con la infanta de Castilla,
Princesa de Portugal.
A grandes voces oyeron
Un caballero llorar,
Su ropa hecha pedazos,
Sin dejarse de mesar;
Diciendo: «Nuevas os traigo
Para mil vidas matar;
No son de reinos extraños;
De aquí son, deste lugar.
Desgreñad vuestros cabellos;
Collares ricos dejad;
Derribad vuestras coronas,
Y de jerga os enlutad;
Por pedrería y brocado
Vestid disforme sayal;
Despedíos de vida alegre,
Con la muerte os remediad.»
Entrambas á dos dijeron
Con dolor muy cordïal,
Con semblante de mortales,
Bien con voz para espirar:

Acabadnos, caballero,
De hablar y de matar.
Decid, ¿qué nuevas son estas
De tan triste lamentar?
¿Los grandes reyes d'España
Son vivos, ó váles mal,
Que tienen cerco en Granada
Con triunfo imperïal?
¿A qué causa dais los gritos,
Que al cielo quieren llegar?
Hablad, ya que nos morimos
Sin podernos remediar.—
Sabed, dijo el caballero,
Muy ronco de voces dar,
Que fortuna os es contraria
Con maldita crueldad,
Y el peligro de su rueda
Por vos hobo de pasar.
Yo lloro porque se muere
Vuestro príncipe rëal,
Aquel solo que pariste,
Reina de dolor sin par,
Y el que mereció con vos,
Rëal Princesa, casar,
De los príncipes del mundo
El mayor, el mas igual,
Esforzado, lindo, cuerdo,
Y el que más os pudo amar;
Que cayó de un mal caballo,
Corriendo en un arenal,
Do yace casi difunto
Sin remedio de sanar.
Si lo querés ver morir,
Andad, señoras, andad;
Que ya ni vee ni oye,

Ni menos puede hablar;
Sospira por vos, Princesa,
Por señas de lastimar;
Con la candela en la mano,
No os ha podido olvidar;
Con él está el Rey, su padre,
Que quiere desesperar.
Dios os consuele, señoras,
Si es posible conhortar;
Que el remedio destos males
Es á la muerte llamar.

Coplas al destierro de nuestro Señor para Egipto.

A la puerta está Pelayo
y llora.

Desterrado parte el Niño,
Y llora.
Díjole su Madre así,
Y llora:
Callad, mi Señor, agora.
Oid llantos de amargura,
Pobreza, temor, tristura,
Aguas, vientos, noche escura,
Con que va nuestra Señora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
El destierro que sofris
Es la llave con que abris
Al mundo que redimis,

La ciudad en que Dios mora
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
No puede quedar en esto;
Morirés, y no tan presto;
Mas la cruz do serás puesto
Me traspasa desde agora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Callad vos, mi luz é aviso,
Pues que vuestro Padre quiso
Que seais del paraíso
Flor que nunca se desflora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Esas lágrimas corrientes
Que llorais tan excelentes,
Son baptismo de las gentes,
Que su partido mejora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
¡Oh gran Rey de mis entrañas,
Cómo is por las montañas,
Huyendo á tierras extrañas
De la mano matadora!
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Este frio no os fatigue,
Ni Herodes, que os persigue,
Por el gran bien que se sigue
Desta vida penadora.
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Por la ira erodiana
Que sofris, Hijo, de gana

Dais la gloria soberana
Al que tal destierro adora.
Y llora:
Callad, mi Señor, agora.
Vos tomais este viaje
Por guardar el homenaje
Que hecistes al linaje
De la gente pecadora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Con su Hijo va huyendo,
Ya cansado, ya temiendo,
Ya temblando, ya corriendo
Tras la fe, su guiadora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Llora el Niño del hostigo,
Del agua y del desabrigo
Con la Madre, que es testigo,
Nuestra luz alumbradora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
¡Oh cuáles van caminando,
Temiendo y atrás mirando
Si los iba ya alcanzando
La gente perseguidora!
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
A la Virgen sin mancilla
La verde palma se humilla,
En señal de maravilla,
Que es del Cielo emperadora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.
Estando el Niño en sus brazos,

Fajadillo de retazos,
Se hicieron mil pedazos
Los ídolos á deshora,
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.

Fin.

¡Oh si supieses, Egito,
Cuánto ya eres bendito
Por el tesoro infinito
Que hoy en tí se atesora!
Y llora;
Callad, mi Señor, agora.

Coplas de la hora en que nuestro Redentor expiró en la Cruz.

Ya cantan los gallos,
Buen Amor, y véte;
Cata que amanece.)

El Rey de la gloria
Ya se muere, y llama,
En la cruz por cama.

A Dios da querellas
Tan ronco y llorando,
Y la Virgen dellas
Casi está expirando.
¡Oh Dios mio, y cuándo
El que mas te ama
Tendrá cruz por cama!

En ñudoso tronco
De ganchos agudos,
Con un canto ronco
De tormentos crudos,
Con brazos desnudos
A su Padre llama
En la cruz por cama.
El Padre no cura
De le dar respuesta,
Mas con muerte dura
Luego le requesta.
¡Oh riqueza presta
Para quien te llama!
¿Quién te dió tal cama?
Cuya voz tan triste,
Llena de querellas,
De tinieblas viste
La luna y estrellas,
Y el maestro dellas
Su sangre derrama
En la cruz por cama.
Vistos sus desmayos
Del dolor de espinas,
Cubrió el sol sus rayos
Con negras cortinas.
Dios, ¿por qué te inclinas
A tan baja fama,
Que es la cruz por cama?
Del dolor tan puro
En que agora andas,
Yo triste só el duro,
Y las piedras blandas.
Dios, que el Cielo mandas,
Oye á quien te llama
Por tu triste cama.

Rey de las naciones,
Gloria de batallas,
Entre dos ladrones
Vencido te hallas.
Del dolor que callas
Ha volado fama
A la mar que brama.
Cual dama de amores,
Oh rëal persona,
De cardos por flores
Te puso en corona.
Amor me aprisiona,
Que á vosotros ama,
Y me da tal cama.
¡Oh venas corrientes
De sangre tan viva,
Que sanais las gentes
De la muerte altiva!
Librad de captiva
Mi vida, que os llama,
Puesto en cruz por cama.
A la hora nona
De verlo defunto
Nuestra gran Señora
Muere y vive junto,
Y en el triste punto
Al sol fué la fama,
Y luz no derrama.
Del costado abierto
Dolor que atormenta
Y de lo ver muerto
La Virgen lamenta.
Puesta está en afrenta,
Porque mas lo ama,
Llorando su cama.

Alto Rey del Cielo,
De los siglos arte,
En el templo el velo
De dolor se parte.
Para contemplarte,
Tú, Señor, me inflama
En tu dura cama.
La Reina divina,
Madre del finado,
De ver tanta espina
En su enamorado,
Cayó de su estado
So la verde rama,
Que es la cruz por cama.
El dolor la mata
Y el amor la aviva,
Y al Padre relata
Su pena pasiva,
Y muy pensativa,
Se le queja y llama
Al pie de la cama.
Por el dulce fruto
Del vientre sagrado
Puso el cielo luto
De su propio grado.
¡Qué dolor doblado
En tí se derrama,
Oh preciosa dama!
Reina de alto vuelo,
¡Oh mar de virtudes!
Al verte en el Cielo
Mil sentidos mudes,
Y á morir de flama
En la cruz por cama.
Las piedras digádes

Que solés ser duras,
Cobraste blanduras;
Por qué á sus tristuras
Nuestro Dios nos llama
En la cruz por cama.
Vosotras las gentes
Sois las duras, cierto,
Que no parais mientes
Por vos Dios ser muerto;
Su costado abierto
Nos quebranta é llama
A sentir su cama.

Fin.

Nosotras las piedras
Os damos ejemplo,
¡Oh almas protervas,
Duras en tal tiempo!
Que el Rey vuestro y templo
De tal son os ama,
Que es la cruz su cama.

Coplas de los Reyes orientales.

¿De quien tomais lengua,
Reyes de Oriente?
Del rey excelente
Que en buen punto venga,

Vimos una estrella
Clara y relumbrante,
Y en el medio della

Un divino infante,
En brazos estante
De dama excelente,
Con cruz en la frente
De luz radïante.
Su voz nos decía:
«¡Oh reyes de Arabia,
De Virgen muy sábia
Dios nació este dia;
Tomad, pues, la via,
Y sin resistencia,
Para su presencia,
Que yo só la guia.
»Habed alegria
Con fe verdadera;
Que este rey me envia
Á seros bandera,
Que no hay quien mas quiera
Salvar vuestra gente;
Llevadle presente,
Que pobre os espera.»
Seguimos la via
De Hierusalem,
Mas la profecía
Nos puso en Betleem,
Porque allí nos den
Fe, luz, gracia y tino
Del Verbo divino
Que es el sumo bien.
Y cuando llegamos
La madre envolvia
Al rey, que adoramos,
Que en brazos tenia.
¡Oh Virgen Maria,
Qué nuevo hospedaje

No menos en traje
Que en sabiduría!
Y luego la estrella,
Mayor que una rueda,
Sobre la doncella
Se vino á estar queda;
No hay oro ni seda
Ni luna cresciente
Que, reina prudente,
Medir te se pueda.
La madre ha temores
Y toda se altera,
Pensó que era Herodes
La gente extranjera;
Fué tan lastimera
Esta turbacion,
Que su corazon
La mostró defuera.
Segun los sonidos
De los dromedarios,
Pensó ser venidos
Allí los contrarios;
¡Oh flor de rosarios,
Oh mi vida entera,
Quien sanar pudiera
Tus miedos plenarios!
A sus pechos junta
Su gracioso infante,
Y teme y pregunta
Al mas circunstante:
«¿Quién os fué causante
Aquí esta venida,
Que estoy muy perdida
De veros delante?»
La *cœli fenestra*

Dijo con temblores:
«La venida vuestra
¿Por quién es, señores?
Que vuestros clamores
Me ponen tal miedo,
Que sanar no puedo
Si sois ofensores.»
¡Oh reina, muy llena
De mil perfecciones,
No recibais pena,
Temor ni pasiones,
Porque estos varones
Que con vos estamos
Al niño adoramos,
Trayéndole dones.
De mirra y encienso
Y de oro muy fino,
Porque es Dios inmenso,
Que á salvarnos vino,
Al cual por mas dino
Rey de Tierra y Cielo,
Rodillas por suelo
Honramos contino.
De Persia partimos,
De en par de Etiópia,
É á darle venimos
Tesoros en copia;
¡Oh Vírgen muy propia!
¡Oh muy clara aurora!
Tomadlos agora
Para vuestra inópia.
Y no se os olvide
El significado:
Que el oro se mide
Con su gran reinado;

Encienso le es dado
Por Dios eternal;
La mirra en señal
De crucificado.
No somos adversos
Ni herodïanos,
Mas reyes diversos
Y buenos cristianos,
Que ya en vuestras manos
Cierto prometemos
Que predicaremos
La fe á los paganos.
Es el diversorio
De pobre labor,
Mayor consistorio
Que de emperador,
Porque solo amor
De fuego crescido
Os ha retraido
Á tal disfavor.
Ese cinteruelo
De que está ceñido
El pobre mozuelo,
Del heno vestido,
Es de nos habido
Por mejor brocado
Que el Cielo estrellado
Más esclarecido;
Porque contemplamos,
Segun fe y verdad,
Que este que adoramos
En tal pobredad,
Que en su dëidad
No tiene mudanza,
Mas por él se alcanza

La felicidad.
Bien lo representa
Su gran hermosura,
Que de luz sustenta
Al Sol su figura,
Que no hay criatura
Que una vez lo vea,
Que luego no crea
Que es gloria segura

Villancico.

¿Quién te trajo, rey de Gloria,
Por este valle tan triste?
—¡Ay, hombre! Tú me trajiste.

Bien de todos nuestros bienes,
De eterna gloria Señor,
¿Quién te trajo como vienes
A este valle de dolor,
De los Cielos hacedor?
¿Cómo ser hecho quisiste?
Siendo Dios, ¿cómo naciste?
—Siendo Dios, ser Dios y hombre
Quise yo, y púdelo ser,
Recibiendo forma y nombre
Que no solia tener.
Por morir quise nascer;
Que á mi muerte causa diste
Cuando la vida perdiste.
—Poder de todos poderes,
Pues nos puedes redimir

Sin que mueras, ¿por qué quieres
Por redimirnos morir?
Pues salvarnos sin venir
Desde tu trono podiste,
Dí, Señor, ¿cómo veniste?
—Perdiste tanto en perderte
Por la culpa cometida,
Que no muriera tu muerte
Si no muriera mi vida;
La causa de mi venida,
En que el remedio consiste,
Es morir, pues no muriste.
—Hombre Dios, sin hombre padre,
Luz de luz, Verbo engendrado,
Dios que de humana madre
Procediste humanado,
Por ti sea trasladado
El hombre que redemiste,
Al Cielo de do veniste.
Lo que fuiste siempre siendo,
Lo que no era tomaste,
De mujer virgen naciendo,
Hombre Dios siempre quedaste;
Nuestra vida reparaste,
Nuestra muerte destruiste,
¡Gloria á ti, que tal hiciste!
¿Quién te trajo, Rey, sino
La eternal sabiduría?
La noche antes que partió,
Esta señal nos déjó
Del amor que nos tenia.

FRAY HERNANDO DE TALAVERA

PRIMER ARZOBISPO DE GRANADA.

Obra docta y devota sobre la salutación angélica (atribuída á Fr. Hernando de Talavera) (1).

Invocación á la Virgen.

¡Oh suma de nuestros bienes
Y de todos nuestros males
Fin y quito!
¡Oh Virgen, que, virgen, tienes
Apretado ya en pañales
A tu Hijo, Dios chiquito!
¡Oh nuestra torre más alta,
Donde la gracia y verdad
Nunca mengua!
Pues sabeis cuánto me falta,
Vos, Señora, me la dad,
Con que os alabe mi lengua.

(1) Fúndase esta atribución en el testimonio de Fr. Juan de Pineda en su *Agricultura Cristiana* (2.ª parte, diálogo trigésimo primo.—Salamanca, 1589).

Ave.

¡Oh desculpa original,
Donde la gracia se estrena!
Dios te salve;
Pues te hizo toda tal,
Tan del todo toda buena,
Que ningun mal no te malve.
Dios te salve; de dolor
Nunca cubra el rostro tuyo
Triste velo;
El divino resplandor
A ti hizo centro suyo
Para mirar dende el cielo.

María.

¡Oh mar amarga, salada,
Cuya sal saló la carne
Corrompida,
Cuya mirra aheleada
No sufre que se descarne
La carne convalescida!
¡Oh mar, nunca peligrosa
Sino á quien no se te acerca,
De cobarde!
¡Oh medicina famosa,
La salud del que te merca
No puede ser que se tarde!

Gratia.

Que tus gracias y donaires
Sanan la rabia muy fiera

Del pecado,
Con aquellos frescos aires
Que corren por tu ribera
Y reposan en tu vado.
Lustre de las gracias todas
Es el sonido jocundo
De tu voz,
Que contrajo tales bodas,
Que te dan lugar segundo
En el palacio de Dios.

Plena.

Donde pariste sin pena,
Sin dolor y sin presura,
Mal ni daño;
Porque fuiste, Virgen, llena,
Recibiéndolo natura
Por injuria y por engaño;
Llena de la inmensidad
De aquel Dios inmensurable,
Dios de Dios;
Llena de sonoridad
Del Verbo eterno inefable,
De quien fué san Juan la voz.

Dominus.

Aquel Señor que David
Ser su Señor confesó,
No de sí;
Por el cual venció la lid,
Por el cual solo reinó,
Por él solo, y no por sí;
Señor que hace escoria

Los consejos de las gentes
Cuando exceden;
Aquel gran Rey de la gloria,
Contra quien los más potentes
Menos pudieron y pueden.

Tecum.

Porque solo amor le doma,
Con esta dulce porfía
Llama á tí:
Vén ya, vén, la mi paloma;
Vén ya, vén, amiga mía;
Vén ya, vén, hermana, á mí;
Vén ya, vén, fuente sellada;
Vén ya, vén, huerta ceñida;
Vén ya, vén;
Vén ya, vén, Virgen preñada;
Vén ya, vén, Virgen parida,
Reina de Hierusalem.

Benedicta.

Siempre bendita del Padre,
Siempre del divino Amor
Muy querida;
Del Hijo para su Madre
Por la mayor y mejor
Ab aeterno prevenida;
Todas las generaciones
Siempre bienaventurada
Te dirán;
Que de los divinos dones
Ni sube ni sobra nada
Sobre á los que á ti se dan.

Tú.

Tú la fuerza y la virtud,
Tú la virtud y la gracia
De la ley;
Tú la vida y la salud,
Tú la sala do se espacia
La gran majestad del Rey;
Tú le tienes, tú le das
A quien quieres y te place,
Sin cohecho.
Pues ¿qué quieres, Virgen, más,
Que quien servicio te hace,
A Dios piensa que le ha hecho?

In mulieribus.

¡Oh gloria de las mujeres!
Ya por tí el Cerbero triste
No les ladre;
Porque tú la Virgen eres,
Virgen después que pariste
Hombre y Dios, tu Hijo y Padre.
¡Oh mujer toda perfeta!
¿Cómo abarcará mi voz
Tu renombre?
Que es verdad, aunque secreta,
Que heciste al hombre Dios,
Y á Dios heciste hombre.

Et benedictus.

Glorificado y bendito,
Alabado y ensalzado

Siempre sea
Nuestro gran Ser infinito,
De tus manos abarcado,
Vestido de tu librea.
El cielo y toda su corte
Gracias y gloria le dén
Sin medida
A este divino norte,
En el cual solo se ven
Las horas de nuestra vida.

Ventris.

¡Oh tierra nunca maldita,
Vientre bienaventurado
De María!
Por quien tanto mal se quita,
Por quien tanto bien se ha dado
A quien tanto mal tenía.
Vos sois vientre consagrado,
La tierra de promisión
De Israel,
La que mana de su grado
Por divina bendición
Blanca leche y dulce miel.

Tui.

¡Oh Virgen! tuya es la caja
Donde Dios dobló los velos
De su rima:
El licor de tu almarraja
Llenos tiene ya los cielos,
Y aun rebosa por encima.
Secretos del vientre tuyo,

Al serafin que más sabe
Más se encubren;
Que dél hizo nido suyo,
Del corto manto que cabe,
A quien mil mundos no cubren.

Jesus.

Toda carne y corazón
El sacro sacre Jesu
Desdeñó;
Mas tu limpia Concepción
Al primero Huco Hu
Por las pihuelas le asió.
Con gran gana se abatió,
Y se asentó sin pereza
En tu humildad;
Porque le engolosinó
El cebo de tu pureza
Con olor de suavidad.

Sancta.

Santa nunca mancillada;
Porque dende aquella luz
De eterno día
Fuiste pieza señalada
Para ser rico capuz,
De que Dios se vestiría;
El cual se vistió de tí
(Todas las naturas hartas
De socorros),
Con aquel tu carmesí,
Al cual las divinas martas
Se juntaron por aforros.

María.

¡Oh mar por do navegó,
Hecho Dios mercadería,
Y el amor,
Mercader que le trocó,
Dejándote, cual solía,
Por un hombre sin favor!
¡Oh mar por donde navegan
Los que quieren ir al cielo!
Van sin guerra.
¡Oh mar do todos se anegan
Los que toman por consuelo
Desembarcar en la tierra!

Mater.

¡Oh árbol, delante quien
La fruta más sana y buena
Causa tos!
No demandes ya más bien,
Pues todos á boca llena
Te llaman Madre de Dios;
Y aun cantan lo que mereces
Las estrellas que llamamos
Matutinas;
Nuestras tierras enloqueces
Con las flores de tus ramos,
Que llevan frutas divinas.

Dei.

El que en todo Dios se espacia,
Y es la inmensidad del Padre

Su escondrijo,
Te pide, Virgen de gracia,
Que te plega ser su Madre,
Que él desea ser tu Hijo.
¡Oh princesa soberana!
¿No basta que tal riqueza
Se te entregue,
Sino que con tanta gana
Aquella divina Alteza
Te lo mande y te lo ruegue?

Ora.

Ruégale, pues te rogó,
Y es tu Hijo, y tanto privas
Ya con él;
Nuestras almas, que formó,
Queden sanas, queden vivas;
Después de juzgadas dél,
No prosiga la sentencia
Por el rigor de justicia,
Mas pregone
Misericordia y clemencia
Antes que nuestra malicia
Su braveza más encone.

Pro nobis.

Por nosotros, que ya estamos
Ahogados en dulzores
De pecados;
Por nosotros imploramos
No nos dejen tus favores
Al mejor tiempo olvidados;
Por nosotros, que no vemos,

Porque con graves delitos
Nos cegamos,
Que las sillas heredemos
De los ángeles malditos,
De que no se contentaron.

Peccatoribus

Esclavos de mil pecados
Nos dejó hechos Adan
En sus lomos;
Mas ya, por ti libertados,
Del Rey á su mesa y pan
Mantenidos, Virgen, somos;
Esclavos de nuestras obras,
En que ya nos reveemos,
Siempre malas,
Si tú, Virgen, no nos cobras
Gracia para que volemos
So la sombra de tus alas.

Amen.

Di, Virgen, amen, amen;
Y pues tanto nos amaste,
No nos dejes;
Pues que nuestro sumo bien
Contigo nos le acercaste,
Nunca ya te nos alejes.
¡Oh tregua de nuestra paz!
Manda luego apaciguar
Mis temores;
Vaya yo donde tú estás,
Do mejor pueda cantar,
Amen, amen, tus loores.

FRAY IÑIGO DE MENDOZA

Coplas que yzo, doze en vituperio de las malas hembras que no pueden las tales ser dichas mujeres, é doze en loor de las buenas mujeres que mucho triunpho de honor merecen.

En este mundo disforme
Do la virtud y bondad
Son habidas por baldon,
Cuando quier que no conforme
La muy crecida beldad
Con lo que quiere razon,
Es una red barredera
Que cuanto toma delante
Todo lo prende y cautiva,
Es una cosa muy fiera,
Es una fuerza gigante
Que todo el mundo derriba.
Es un arco muy sañudo
Que cuando quiera que tira
Con su sangriento omecillo,
Si Dios no está por escudo,
Dos muertes lleva en su bira
Revueltas en el tasquillo:
La gran pena desigual
Que sufren los amadores

Es la una de las dos,
Es la otra la infernal
Que durarán sus dolores
Mientras que Dios fuere Dios.
Es una cosa muy vieja
De luengos tiempos sabida,
Que acaesce en la colmena
Que si nos pica el abeja
Tan presto pierde la vida
Quan presto nos da la pena;
Y ansí tirando su frecha
Con voluntad encendida,
Por matar á quien aplace,
La dama queda contrecha
De la presta sacudida
Del mismo tiro que hace.
Y quedan ambos heridos
De la culpa y condenados
A los infernales fuegos,
De sus quereres bencidos,
Del polvo de amor cegados,
Hechos cautivos y ciegos;
Cautivos que se bendieron
Y pusieron su querer
En manos de la afición:
Ciegos porque lo que vieron
Les hizo perder el ver
De la lumbrosa razón.
Asi que, damas, vos queda
De la belleza sobrada,
Si razon no la govierna,
Que por su causa se hereda
Después de vida penada,
Espantosamente eterna;
Y quédaos del soliman

Y del alconcilla fina
Otros donosos provechos,
Mucho fuego de alquitran
Y mucha pez y resina
Por el rostro y por los pechos.
Pues por hermosa que sea,
Puede creer sin recelo
La dama que no es mentira,
Que mejor fuera ser fea
Si tira con anapelo
Con los ojos cuando mira.
Que los gestos que son feos,
Por bien que solen sus llamas,
A poca gente escalientan;
Mas si torcidos deseos
Tienen las famosas damas,
Cuantos miran atormentan
Son aquestas el mochuelo
Que con los ojos convida
A los tordos que los tomen;
Son el cebo del anzuelo
Que hace costar la vida
A los peces que le comen;
Son secreta saetera
Do nos tira Lucifer
Con yerba por nos matar;
Son carne puesta en buytrera
Do quien la viene á comer
Escota bien el yantar.
Son el grito con que llama
Despues que ya tiene armado
Con voz fingida de cierva
El ballestero que brama
Para que venga el venado,
Do le tire con la yerba;

Porque en la boca de ésta
Estando dentro escondidos
Los enemigos llamando,
Tienen las ballestas prestas
Para que siendo venidos
Nos puedan matar tirando.
Son guerrero capitan
Que por doquiera que anda
Siempre piensa algun engaño;
Son tambien el alacran
Que muestra la cara blanda
Y hace áspero el daño.
Son unas heladas cuestas
Do los hombres que pasean
Es por fuerza que resbalen.
¡Qué comparaciones estas
Para que las malas vean
Cuan pocos dineros valen! (1)
E pues tiene la mujer
Quando no tiene temor
Ni vergüenza de su vicio,
La muerte vuelta en placer,
Para dar al amador
En pago de su servicio;
Huyamos de tal nación,
Y sus placeres dexemos,
Que son dados a renuevos;
Que de su conversacion
Todo quanto ganaremos
Es el caldo de los huevos.

(1) Hasta aquí copiado del manuscrito del Escorial; lo que sigue de un *Cancionero* impreso (sin año) existente también en el Escorial.—32-1-13. Son caracteres del siglo XV y al parecer de una imprenta de Zaragoza, probablemente la de Paulo Hurus.

Pues desta gente guerrera
Quien quiera tenga recelo
De sus tan muchas celadas,
Y passe de su frontera
Si quiere llegar al Cielo
Por tierras muy desviadas;
Que todos los sabidores
Sobre este caso leidos
Muy juntamente concluyen,
Que en la batalla de amores
Los que esperan son vencidos,
Vencedores los que huyen.
Son aquel quajado mar
Donde los hombres entrados
Se quedan por moradores;
Son secreto rejalgar
Entre sabrosos guisados
Que matan sus comedores;
Son aquella isla iman
Do la nao quando llega
Se queda presa y travada;
Son agua de por Sant Joan,
Que del vino nos despega
Y al pan non ayuda nada. (1)

. . . . . .

Vengan ya las otras damas,
Pues es cierto que hay muchas
En esta nuestra Castilla
Que en los combates y luchas
Las sus famas y sus camas
Defendieron de mancilla;

(1) Esta estrofa, en el impreso, está colocada antes de las tres anteriores; y en el manuscrito está al último, según esta copia.

Porque el lodo con el oro
Puesto junto y cotejado
De los tales dos estremos,
Pongamos luego un thesoro
El oro limpio acendrado,
Y el vil del lodo pisemos.
Aquellas damas hermosas
Que en esta nuestra comarca
De virtudes tan mañera
Entre las gentes viciosas
Tienen guardada en un arca
Su limpieza verdadera,
Es clara cosa que tienen
Mucho lucidos y altos
Los quilates de bondad,
Pues de contino sostienen
Combates y sobresaltos
Por causa de su beldad.

Compara.

Mas reciben tal renombre,
Por el fuerte resistir
Que hacen por la limpieza,
Qual suele cobrar el hombre
Quando mas quiere morir,
Que non cometer vileza;
Qual el alcaide leal,
Quando mucho combatido
Le dexan por vencedor (1);
Como en batalla campal
El capitan que ha vencido
Mucha gent sin grand señor. (2)

(1) En el manuscrito dice: Se queda por vencedor.
(2) Idem id.: Mucha gente y gran señor.

En el humano linaje
Son las damas que han tenido
Y tienen limpia la vida
Unas torres domenaje (1)
Do ya lo otro perdido,
La virtud es retrayda;
Son unas secretas cuevas
Que tienen dentro escondidos
Thesoros de grand valía;
Son unas alegres nuevas
Que hacen dar alaridos
En el cielo de alegria.
Son un lucido brocado
Que pocas personas visten,
Sino grosero sayal;
Son alcazar defensado
Do pocas armas resisten
A los combates del mal;
Son herizos por de fuera,
Anubladas espinosas (2)
Al hombre quando las toca,
Mas de dentro son lumbrera;
Son finas piedras preciosas,
Son castillo puesto en roca.
Es cualquiera dama tal,
Que guardada y defendida
De las no buenas se esmera,
Una cosa angelical
Aun que de carne vestida (3)
En que non sello pudiera;
Y en esta virtud iguales
Con las buenas á mi ver

(1) En el manuscrito dice: Una torre de homanaje.
(2) Idem íd.: De púas muy espinosas.
(3) Idem íd.: Que aunque de carne, etc.

Non son los angeles buenos,
Porque ser castos y tales (1)
No los es de agradecer (2)
Pues son de cuerpos ajenos.
¡O que gloria tan pomposa!
¿Qué dama puede alcanzarte,
Que de gozo no de gritos,
Que la dama virtuosa
Sea mas en esta parte
Que los angeles benditos?
Pues do tan alto loor (3)
Viene por tener cerrada
La puerta del corazon,
Los servidores de amor
Non deben hallar posada,
Remedio ni compasión.
Son angeles y mujeres
En la vida y hermosura,
En los cuerpos y en las almas;
Son santas en los aferes,
Laureles en la verdura,
Mas en el fruto son palmas;
Son palmitos en la sierra,
Ques cosa muy despantar
Por la su grand frialdad;
Son buenas en nuestra tierra,
Ques más de maravillar
Segund es nuestra maldad.
Quien tiene casta por nombre
Puede delante quien quiera
Sin ningun miedo decir

(1) En el manuscrito dice: Porque ser estos ya tales.
(2) Idem id.: No les es de agradecer.
(3) Idem id.: Y pues tamaño loor.

Que tiene por sobre nombre
Comendadora de espera
De la gloria por venir,
Pues con este tal consuelo,
Quando con alas de azores
Las vuelan los cortesanos,
Parescan ante su vuelo
Los neblís remontadores,
Los girifaltes milanos.
Assi que las virtuosas
Son unas claras estrellas
Entre muy escuras gentes;
Pero son muy peligrosas
Para conversar con ellas
Segund estamos dolientes;
Porque somos mal pecado,
Esta gente castellana
Con qualquiera dama buena
Como estomago dañado
Que haun q' la perdis es sana
Con ella se empacha y pena.
Pues será consejo sano
A los que luego enfermamos
Con todo cuanto comemos,
Mientra vive el cuerpo humano,
Que de las malas huygamos,
De las buenas nos guardemos:
De las malas porque son
Unas redes en que vemos
Que lo mas del mundo cay (1),
De las buenas por passion
Que en nosotros conoscemos
Non por lo que en ellas ay.

(1) En el manuscrito dice: Caen.

Fin.

E poniendo la contera
A la pequeña obrecilla,
Que en esta copla se acava (1)
Yo llamo linda cimera
A las damas de Castilla
En quien tal vicio nos traba, (2)
Mas á las damas sin bien
Con su mirar del diablo (3)
Degüellan á quien acatan,
Llamo cabestros con quien
Diablos en sucio establo
A los hombres bestias atan.

Dechado del Regimiento de principes, fecho á la Señora Reyna de Castilla y Aragon (4).

Alta reyna esclarecida,
Guarnecida
De grandezas muy reales,

(1) En el manuscrito dice: Se acabe.
(2) Idem id.: No cabe.
(3) Idem id.: Con el su mirar, etc.
(4) Por las muchisimas variantes que este impreso tiene, comparado con el manuscrito del Escorial, se deduce que se imprimió en vista de otro manuscrito diferente. En muchos versos gana el impreso al manuscrito; pero en otros desmerece bastante; y aunque no se notan aquí todas y cada una de las variantes, se han tenido presentes el impreso y el manuscrito, á fin de interpretar mejor algunos versos.

A remediar nuestros males,
Desiguales
Por gracia de Dios venida:
Como quando fué perdida
Nuestra vida
Por culpa de una mujer,
Nos quiere Dios guarnecer
É rehacer
Por aquel modo y medida
Que llevó nuestra cayda.

Mas es mucho menester
A mi ver,
Que digais al boticario
Que nos faga el letuario
Muy contrario
Al que nos fizo perder,
Porque si nos da á comer
É beber
De los guisados de antaño,
Podrá nos facer tal daño,
Que ogaño
Peor sea el recaher
Quel primero adolecer.

Por eso, reyna excelente,
Muy prudente,
Determina mi rudeza
De servir á vuestra alteza
Sin pereza,
Con este rudo presente
En el qual mi mano atiente
É se afruente,
Á labraros un dechado
De do pueda ser sacado

É labrado,
El modo con que la gente
Goberneis discretamente.

Áceme grand resistencia
Insufficiencia,
Ca no me hallo tan loco
Que non sé que sé tan poco
Que non toco
Al pie de vuestra excellencia;
Pero la real prudencia,
Con paciencia,
Compete mi groseria,
Tomando en la obra mia
Por su guia,
Non la grosera aparencia,
Mas mi gana é su sentencia.

Comienza el dechado y pone la labor dè la virtud de la justicia.

De sirgo fino de grana,
Muy de gana,
Se debe luego labrar
Una espada singular,
De tal cortar,
Que haga la tierra llana.
Que la gente castellana
Es tan ufana
É tan mal acostumbrada,
Que nunca será curada
Si el espada
De la justicia no afana
Entre la gente tirana.

Será de punto real,
Porque es tal
Cual lo pide la labor,
E sangrienta su color
Por dar temor
Á todos en general.
Su punto muy por igual,
No interesal,
Nin errado por favor;
Mas al mayor y menor,
Por un tenor,
Darles la pena del mal,
Que es labor muy especial.

De seda negra et morada,
Esmerada,
Labrará su empuñadura,
Ca con amor y tristura,
Su agrura
Debe ser executada,
Non con gana apassionada
De ver vengada
Affection particular,
Mas con amor et pesar,
Degollar
La obeja enfectionada
Por guarescer la manada.

Pues, reyna nuestra Señora,
Lo que dora
Los leales gobernalles,
Es que ande por las calles,
Fecha dalles,
Esta espada matadora,
Q' si la gente traydora,

Robadora,
Anda suelta sin castigo,
Á Dios pongo por testigo,
Red que os digo,
Que verés el mal de agora
Como siempre se empeora.

Oyanme los castellanos:
¿Los romanos,
Por qué causa prosperaron?
Por cierto porque labraron
Et guardaron
Esta lavor con sus manos,
Mas despues que los tyranos,
Inhumanos,
Passaron sin punición,
Cayó su gobernación
De tal son,
Que sus cetros soberanos
Se tornaron muy enanos.

Pues si non quereis perder
Y ver caher,
Más de quanto está caydo,
Vuestro reyno dolorido,
Tan perdido,
Que es dolor de lo ver,
Emplead vuestro poder
En facer
Justicias mucho complidas;
Que matando pocas vidas
Corrompidas,
Todo el reyno á mi creer
Salvareys de perecer.

Pone la labor de la bayna.

Labrarán una bayna
Mucho fina
De seda floxa encarnada,
Para en q'esté secrestada
Vuestra espada
Cuando clemencia os inclina,
Que la razon determina
Ver cosa digna
Que los que piden perdon
Fallen en vos compasion,
Con condicion
Que con esta medicina
Se remedie muy ayna.

Pone la labor de la fortaleza.

De seda mucho torcida,
Escogida,
Pardilla porque es afan,
Por punto de amor atan
Labrarán
Una torre muy lucida,
En tal son fortalecida
Y bastecida,
Que de dentro vuestra alteza,
Con mucho firme firmeza
Y destreza,
Se falle favorecida
Cuando se viere afligida.

En el real corazón,
Nunca pasion

Debe turbar la esperanza
Su real lanza y balanza;
Sin mudanza
Se muestre siempre en un son;
Que segun la presuncion
Desta nacion,
Si le sienten cobardia,
Vos vereis la tirania,
Cadal dia
Sembrará mas destruycion
En toda nuestra región.

Por ende, reyna muy buena,
Por la pena
Del tirano contrastar,
Nunca debeis desmayar,
Quel porfiar
Muy grandes fuerzas enfrena:
Muy agena
De muestras que muestren miedo;
Que tras este real denuedo
Verná cedo
Obediencia atan llena
Como la justicia ordena.

El emperador Trajano,
Castellano
De Pedraza de la Sierra,
Al tiempo que de su tierra
Se destierra
Para el imperio romano:
Dixo: pues alzo la mano
De lo llano
Para subir á imperar,
Nunca debo atrastornar,

Que el reinar
Quiere corazón ufano
Zaheretino y soberano.

Al gran gigante valiente
Con la gente
Que son llamados codales,
En el temor de los males
Ser iguales
La razón non lo consiente,
Pues el rey tan diferente
É excelente
Sobre todos en estado,
Non ser en ser esforzado
Esmerado
Es vergüenza ciertamente,
É daño inconveniente.

A los alanos crescidos
Los ladridos
De los pequeños perrillos
Non da temor en oillos
Ni el sentillos
Al rededor tan ardidos,
Pues asi los allaridos
Desabridos
A los reyes de vasallos
Non deben nada mudallos
Nin turballos,
Pues se fallan tan subidos
Que deben de ser temidos.

Pone el labor de la barrera de la torre contra los privados.

Labrarán una barrera
Por de fuera

De la misma seda é punto,
Porque no tan en un punto
Lleguen junto
Los de la lengua roncera.
Es cosa muy verdadera
Que quien quiera
Si se junta por privanza
Que su ronce más que lanza
Sin dudanza
Fuerza al rey por manera
Que consiente cuanto quiera.

Podemos muy bien probar
Sin trabajar
La verdad desta razón
Con la mortal inficción
Que su invinción
Tovo poder de nos dar;
Quien una vez da lugar
Al privar
A que en casa se apodere,
Nunca más hasta que muere,
Aunque quiere,
Se puede bien libertar
Para libre gobernar.

¿Quién hizo, reina, catyvo
Cuando vivo
Algún rey de los pasados,
Si non dañosos privados
Encumbrados
Hasta el cetro imperativo?
Ha de ser el rey malivo
Y esquivo
En guardar su libertad

Y mostrar á la humildad
Humanidad;
Mas tal condición le escribo
Que non diga digo privo.

Non pudiera ser Assuero
Justiciero
Si con rostro denodado
Su ser muy aficionado
Al privado
Non desechara primero;
Mas despues que por entero
Del roncero
Libertó su voluntad,
Fue tan justa igualdad
Que la verdad
Será rey muy verdadero
Quien le fuere compañero.

Pone el baluarte de la torre contra los servicios del dinero.

Labrará lo postrimero
El cantero
Por sotil manera y arte
Un tan fuerte baluarte
De que aparte
Haga tenerse al dinero;
Es el oro tan guerrero
E tan fiero
Con quien á las manos llega,
E en tal modo fuerza e ciega
E se pega,
Que el castillo mas roquero
Sojuzga mas de ligero.

Es cosa muy vergonzosa
E peligrosa
A la persona real,
Tener en nada el metal
De lo cual
Su renta es tan abundosa;
Es muy poco poderosa
É provechosa
En los reyes fortaleza,
Si cuanto tienta escaseza
Por riqueza
Cometen ninguna cosa
Que les paresca viciosa

Pone el labor de la virtud de la temperanza.

Labrarán más una brida
Desabrida
Contra el carnal movimiento,
Porque ningun desatiento
En un momento
Nos mancille fama e vida;
Si la carne no es regida
E sometida
Del freno de la razón,
Las espuelas de afección
En tal sazón
Le darí tal arremetida,
Ques muy cierta su caida.

Será de blanca color
Por amor (1)
Que es enemiga de amores,

(1) Manuscrito: Por honor.

E seran de sus lavores
Bordadores
Esquividad y temor.
Ternán en mas el honor
Que el dulzor
Por guardar el freno sano,
E desdeñando lo ufano,
Por punto llano
Labrarán esta labor,
Que es más segura é mejor.

Que las ufanas faldrillas
Coronillas
Con cien mil aguas y aceites
Despiertan con sus afeites
Los deleites
A que nos hacen cosquillas.
Rescebir guantes, manillas,
Mil cosillas
De Sevilla e de Valencia,
Muestran nos de su pendencia
Experiencia
Que de tales çancadillas
Muchas caen de costillas.

Capuz de seda brocado
Non comprado,
Mas de grande recebido,
Hacen ser favorecido
E oido.
El galan enamorado,
Lo que recibe de grado
Esforzado,
Que tambien dé de ligero,
E si non tiene dinero,

Con el cuero
Es peligro acostumbrado
De pagar al despojado.

El punto llano por esto
Es más despuesto
Para labrar castidad
E belleza y fieldad.
A la humildad
Todo se muestra dun gesto.
El vivir que sobre honesto
Está puesto
Con tan poco se contenta,
Que non toma sobrevienta
Ni se afruenta
A tener mal presupuesto
Por estar mejor compuesto.

E pues, Reina soberana,
Tanto sana
Teneis vos vuestra limpieza,
De vuestra real alteza
Non se reza
Otra cosa en esta plana,
Sino que con mucha gana
A la llana
Hagais que vivan las damas,
Porque á vueltas de sus famas
Y sus tramas
La malicia castellana
Non digas: cual es Yllana.

Pone las cabezadas del freno.

La brida daqueste freno
Sera bueno
Que tenga las cabezadas

Contra las manos osadas
Mal domadas,
Su campo de herizos lleno
Metidos de miedo ajeno
En su seno,
Sus espinas por de fuera,
Porque es esta la manera
Verdadera
Que á ellas libra del cieno,
Que non su rostro sereno.

¡O cuantos malos recados
Son pasados
Por andar á rios vueltos
Galanes e damas sueltos
E revueltos
Por rincones, por estrados,
Como si fuesen casados
Abrazados
Sin vergüenza por la sala!
¡O que mucho en hora mala
Con tal gala
Estimen por despachados
Los rostros desvergonzados!

Mas la que quiere guardarse,
Encerrarse
Debe por vivir sin raza;
E pues de vidrio es la taza,
Por la plaza
A todos debe erizarse,
Pero si quiere mostrarse
E tratarse
Con deshonesto denuedo,
De la tal taza yo quedo
Con gran miedo

Que podrá presto quebrarse
Para nunca remediarse.

Pues, reina, debeis mandar
Y enfrenar
El uso de vuestra corte,
De guisa que su deporte
La conorte,
Mas no que llegue á infamar.
Non reprocho yo el danzar
E bailar
En los tiempos de las fiestas,
Mas con estas é sin estas
Muy honestas
Deben las damas andar
Sin burlar nin apartar.

Pone la guarnición.

Falsas riendas e petral
Con lo al
Que tiene la guarnicion,
Bordarán de condición
Mi pasión
Contra ell amante real,
Ca enemiga mortal
Con el tal
Las damas deben tener,
Pues les quieren ver perder
Por un placer
Su fama, que es imortal,
E darles pena eternal.

Pone la devisa de la temperanza.

El troton lleve colgada
Bien labrada

En la fruente una bucasta,
Cuyo vocablo contrasta
E desgasta
El nombre de enamorada,
De verde toda esmaltada
E soldada
Con la esperanza del cielo;
Que la gloria deste suelo
En un pelo
Non debe ser estimada
Con la suya cotejada.

Declara la forma de los esmaltes.

Porque el verde sin fiction
Ni lision
Esmalte pechos, espaldas,
Sea de finas esmeraldas
Tanto saldas,
Que non las quiebre pasión,
E en la fruente del troton
En tal son
Asentada por firmalle,
Para mejor por la calle
Enfrenalle
Bordarán esta razon
Su torno de la invencion.

La letra de la devisa.

Delante su sobrenombre,
En mis ojos, gentil ave,
Non tiene cosa suave
Placer, vida ni gran nombre,
Salvo si estan so tu llave.

Comienza la labor de la prudencia.

E por punto deshilado
En el dechado
Mandareis labrar dos ojos
Tan claros, que por enojos
Ni antojos
Non se cubran de nublado.
Para mirar lo pasado
Sea labrado
El que labraren primero,
Para ver lo venidero
El postrimero,
Que non puede asi mirado
Ir hecho mal ordenado.

Llamo aquel estresacar
Desilar,
Que con discreta sentencia
Suele facer la prudencia
En la conciencia
Al tiempo de su mirar,
Porque así como alimpiar
E apartar
Suelen la paja del grano,
Asi deshila su mano
De lo sano
Los hilos que su labrar
Condena para cortar.

Quien con esta maestria
Bien desvia
Lo sano de lo doliente,
Meresce por ser prudente
Ciertamente
Que tenga renta por guia.

De quien rige policia
Yo diria
Que es la prudencia su espejo,
Por lo cual los del consejo
El tiempo viejo
Ordenó por compañia
De la real señoria.

Mientra fueron gobernados
Por legados
Los del imperio de Roma,
Ella sus contrarios doma,
E sin carcoma
Gobernados e domados;
Mas despues estos passados
E trocados
Por traidora é necia gente,
Tornó flaco lo valiente
En continente,
E la paz de sus senados
Se tornó vandos formados.

A los romanos dejemos
E busquemos
La causa por quien Castilla
Su desorden e rencilla
Da mancilla
A todos cuantos lo vemos.
Si verdad fablar queremos,
Non culpemos
Sino el ser los regidores
En cohechos e en amores
Sabidores,
Necios en remar los remos,
Pues los reman sus extremos.

GARCI ORDOÑEZ DE MONTALVO

Canción de Amadís de Gaula á Leonoreta

Leonoreta sin roseta,
Blanca sobre toda flor,
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.

Sin ventura yo en locura
Me metí;
En vos amar es locura
Que me dura
Sin me poder apartar;
¡Oh hermosura sin par
Que me da pena é dulzor!
Sin roseta no me meta
En tal cuita vuestro amor.
De todas las que yo veo
No deseo
Servir otra sino á vos;
Bien veo que mi deseo
Es devaneo
Do no me puedo partir,
Pues que no puedo huir
De ser vuestro servidor.
No me meta sin roseta
En tal cuita vuestro amor.
Aunque mi queja parece

Referirse á vos, Señora,
Otra es la vencedora,
Otra es la matadora
Que mi vida desfallece;
Aquesta tiene el poder
De me hacer toda guerra;
Aquesta puede hacer,
Sin yo gelo merecer,
Que muerto viva so tierra.

BACHILLER FERNANDO DE ROJAS

Canción intercalada en «La Celestina», acto décimonono.

LUCRECIA.

¡Oh quien fuese la hortelana
De aquestas viciosas flores,
Por prender cada mañana
Al partir á tus amores!
Vístanse nuevas colores
Los lirios y la azucena;
Derramen frescos olores
Cuando entre por estrena.
Alegre es la fuente clara
A quien con gran sed la vea;
Mas muy más dulce es la cara
De Calisto á Melibea.
Pues aunque más noche sea,
Con su vista gozará.
¡Oh cuando saltar le vea,
Qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
Da el lobo, viendo al ganado;
Con las tetas los cabritos;
Melibea con su amado.
Nunca fué más deseado
Amador de la su amiga;
Ni huerto más visitado,
Ni noche tan sin fatiga.

LUCRECIA Y MELIBEA.

Dulces árboles sombrosos,
Humillaos cuando veais
Aquellos ojos graciosos
Del que tanto deseais.
Estrellas que relumbrais,
Norte y lucero del día,
¿Por qué no le despertais,
Si aun duerme mi alegría?

MELIBEA.

Papagayos, ruiseñores,
Que cantais al alborada,
Llevad nueva á mis amores,
Como espero aquí asentada.
La media noche es pasada
Y no viene:
Sabedme si otra amada
Lo detiene.

ANÓNIMOS.

Romance.

Tierra y cielo se quejaba,
El sol triste se escondía,
La mar sañosa bramando
Sus ondas turbias volvía,
Cuando el Redentor del mundo
En la cruz puesto moría.
Palabras dignas de lloro
Son aquestas que decía:
«Yo, Señor, en las tus manos
Encomiendo el alma mía.»
¡Oh mancilla inestimable!
¡Oh dolor sin compañía,
Que el Criador no criado
Criatura se hacía
Por salvar aquellos mismos
De quien muerte recibía!
¡Oh Madre excelente suya,
Sagrada Virgen María!
Vos sola desconsolada,
Estábais sin alegría.

Coplas de Anton vaquerizo de Morana.

En toda la trasmontana
Nunca vi cosa mejor
Que era su esposa de Anton
El vaquero de Morana.

Por las sierras de Morana,
Do supe que era pasion,
Vi una gentil serrana
Que me robó el corazon.
Desque vi su perficion,
Puse en dubda ser humana;
Era su esposa de Anton
El vaquero de Morana.
Yo la vi encima de un cerro
Con su lanza y su cayado,
Y en la otra mano un perro,
Careando su ganado.
Dije: Dios te salve, hermano,
Pensando que era varon;
Y era su esposa de Anton
El vaquero de Morana.
Vente comigo, mi bien;
Yo te terné por amiga:
Darte he yo á comer
Cada dia una gallina:
Darte he una gentil cama
Con un rico pabellon,
Porque no seas de Anton
El vaquero de Morana.

LA SERRANA.

Caballero, id vuestra via,
Si quereis ser bien librado;

Catad que no es cortesía
Entender en lo escusado;
Que aunque yo sea serrana,
Y muy linda en perfecion,
Esto y más meresce Anton
El vaquero de Morana.
Bien pensais vos, caballero,
Que aunque yo sea mujer,
Que al discreto y lisonjero
No le sabré responder,
Y aun presumir de ufana
Y tener mas presumpción;
Miraré la honra de Anton
El vaquero de Morana.

ÉL.

No tengais, señora, vos,
Pensamiento inhumano,
Que segun os hizo Dios
No os meresce aquel villano.
Mas si como sois galana
Mirásedes la razon,
Olvidariades á Anton
El vaquero de Morana.
Déjele, señora mia;
Vámonos de aquesta tierra,
Que es muy gran descortesía
Que vivais vos en la sierra.
Vámonos á donde son
Las gentes en tierra llana;
No querais el vuestro Anton
El vaquero de Morana.

ELLA.

En esta montaña escura

Do la gente bruta está,
La mujer nunca procura
Sino aquel que Dios le da;
Pues es nuestra condicion
Atan robusta y villana,
Tal me guardo para Anton
El vaquero de Morana.

ÉL.

Este que asi os paresce
Mucho le deseo ver,
Por solo poder saber
Quien es el que tal meresce.
Mas yo creo que aficion
Es sola la que os engaña,
Y os hizo querer á Anton
El vaquero de Morana.

ELLA.

Verdad es que aficionada
Estoy, que es cosa de espanto,
Porque Anton meresce tanto,
Que yo soy la bien librada.
Si yo soy tan fea ó galana,
O negra como el tizon,
Tal me guardo para Anton
El vaquero de Morana.

ÉL.

Señora, mal haga Dios
A tan mal casamentero,
Que tal dama como á vos
Fué á casar con un vaquero.
Ella dijo: así lo quiero;
Por ende mejor librada

En ser esposa de Anton
El vaquero de Morana.

ELLA.

Idvos, pues, y acabad
Demanda que tan mal suena,
Pues sabeis que la bondad
No está en más de ser buena.
Pues que me ofende y me daña
Vuestra porfía y pasion,
Dejad el sí para Anton
El vaquero de Morana.

ÉL.

Espántome de una cosa
Más grave que nunca ví,
Por ser tan linda y hermosa
Consentir que esteis aquí,
Porque en tierra tan estraña
Esteis aquí sin razon,
Pongo la culpa yo á Anton
El vaquero de Morana.

ELLA.

Tras aquellos dos collados
Andan más de mil pastores,
Todos muertos, requebrados,
Perdidos por mis amores.
En balde sufren dolores,
Toda su esperanza es vana,
Por el bien que quiero á Anton
El vaquero de Morana.
Estos que andais por aquí
Lastimados de mi guerra,
Más lejos estais de mí

Que está el cielo de la tierra.
Yo me estoy en alta sierra,
Y vosotros por la llana:
Esto es lo que cumple á Anton
El vaquero de Morana.

ÉL.

Espérenles malos años
En mal punto, porque os ví,
Pues que con burlas y engaños
Os burlais así de mí.
¡Y qué diablo de serrana!
Vos sois llena de traicion;
Mal pesar haya Anton
El vaquero de Morana.

ELLA.

Vete dende, mal villano;
No me andes enojando,
Si echo la onda en mi mano
Responderte he yo priado!
No pienses que ando perdida
Por andar en la montaña,
En esto sirvo yo á Anton
El vaquero de Morana.

ÉL.

Señora, quedaos con Dios,
Pues que no puedo venceros,
Que ya me aparto de vos,
Mas no de mucho quereros.
Pues que veo vuestra gana,
Vuestro fin y conclusion,
¡Bienaventurado Anton
El vaquero de Morana!

ELLA.

Volved acá, el caballero:
No vos vayades así:
Antes que paseis el cerro
No os acordareis de mí.
Diera un suspiro de gana
Dentro de su corazon:
Esto no va por Anton
El vaquero de Morana.
Esta noche, caballero,
Cenaréis en mi posada;
Daros he yo á cenar
Pan y vino, carne asada;
Daros he un colchon de lana
Con un rico pavellon
Que era de mi esposo Anton
El vaquero de Morana.

Villancico.

Ojos garzos ha la niña,
¿Quién ge los namoraria?
Son tan bellos y tan vivos,
Que á todos tienen captivos;
Mas muéstralos tan esquivos
Que roban el alegría.
Roban el placer y gloria,
Los sentidos y memoria;
De todos llevan victoria
Con su gentil galanía.
Con su gentil gentileza
Pónense con mas firmeza;

Hacen vivir en tristeza
Al que alegre ser solia.
No hay ninguno que los vea
Que su captivo no sea;
Todo el mundo los desea
Contemplar de noche y dia.

Coplas.

Tan buen ganadico
Y más en tal valle,
Placer es guardalle.

Ganado precioso
De tanto valer,
Meresce tener
El valle vicioso,
Por ser deleitoso
En guarda tomalle.
Placer es guardalle.
No siento, señor,
Que el valle mirase,
Que no desease
De ser el pastor;
Con silbos de amor
Haber de silvalle.
Placer es guardalle.
Con muy buen tempero
Entrase sirviente,
Á serle obediente
Del valle montero,
Al lobo guerrero

Con yerba tiralle.
Placer es guardalle.
Pues vi los vaqueros
Andar muy gozosos,
Con los deseosos
Galanes flecheros
Y tres montaneros
Que salen del valle.
Placer es guardalle.
Y muy atrevidos
Por me injuriar,
Me mandan prendar
Los cinco sentidos,
Diciendo perdidos
Sin ellos dejalle:
Placer es guardalle.
Con grande rigor
Yo dije servia
Al valle, y ponia
Muy grande valor,
Por ser del señor
Que vieda de entralle.
Placer es guardalle.
Las guardas decian:
¿En valle cerrado,
Quién entra en su grado?
Herbaje pedian.
Monteros venian
Con saña á prendalle.
Placer es guardalle.
Con grande pasion
Yo dije á la hora
¡Bendita quien mora
En tal posesion,
Por ser de varon

Que manda miralle!
Placer es guardalle.
Ganado tan bueno,
Que tanto floresce,
Metello meresce
En prado muy lleno,
Si entrase el ajeno
La prenda quitalle.
Placer es guardalle.
Ganado que pasce
En tierra fragosa,
En cada bocado
Pasce una rosa.
Raiz ponzoñosa
No puede enojalle.
Placer es guardalle.
Pastor que se encierra
En valle seguro,
De lobo le juro
Que no le dé guerra.
Ganado de sierra
Y más en tal valle
Placer es guardalle.
De rosas y flores
Que cria el verano
El campo está ufano
Con muchos olores.
Ganado y pastores,
Y más en tal valle
Placer es guardalle.
Vestí mi ganado
De azul y pardillo,
Porque he sospechado
Que pasce otro exido.
Con mal tan crescido

No pude silballe.
Placer es guardalle.
Así que gozoso
Yo dél me partí.
En la hora que ví
El valle precioso,
Por ser muy hermoso
Dejé de enojalle.
Placer es guardalle.

Coplas de Magdalenica.

Abrásme, Magdalenica.
—¡Ay Jesus! ¿quién anda ahí?
—No te enojes, hermanica,
A tu señora suplica
Un galan se pare aquí.
—Mi señá no es levantada,
Mas ¿quién diré vino aquí?
—No me hagas mala cara.
Di que el conde de Almenara
Que la quiere más que á sí.
—No la puedo despertar,
Señor conde, así os lo digo:
Sé que tomará pesar;
Será hacella enojar
Y dará voces comigo.
—Abre, que traigo tristeza,
Congoja, ansia y dolor,
Que me ha dado su esquiveza.
Traigo querer y firmeza
De contino por su amor.

—Señor, ios en buen hora
Con vuestra pena y pasiones:
No podeis entrar agora;
Que no come mi señora
De cantares y pasiones.
—Abre, hermana Magdalena,
No me hagas enojar,
No seas causa de la pena,
Que tu señora me ordena
Que haya de desesperar.
—Vereis qué negro consuelo
Que os ha dado su cuidado.
¡Pluguiese á Dios del cielo
Que os diese tal desconsuelo,
Que hubiésedes desperado!
Con el desamor que tiene,
Dice que en balde afanais,
Que aunque su penar os pene,
Que ni le va ni le viene
Que vivais ni que murais.
—Abre con buen corazon·
Que le traigo unas manillas
Hechas de oro y de aficion,
Y seda para un robon
Y grana para faldillas.
Y traigo á Alonso, joyero
Que vive á la bolsería,
Con tocas y un almizclero,
Y un lindo espejo de acero
Y almaizares de Almeria.
—¿Y á mí, señor, qué daréis
Que os abra de buena gana?
—Magdalena, ya sabeis:
Todo cuanto vos quereis,
Como quien lo da á una hermana.

—Entre vuestra señoría,
Entre con fe no dubdosa;
Mi señora es tan piadosa,
Que vuestra pena penosa
La volverá en alegría.
—Muchas gracias, Magdalena,
Por tu buena voluntad;
Yo te daré buena estrena:
Pues consolaste mi pena,
Pagártelo he yo en verdad.
Toma esa cadenica,
Hermana mia, por tu fe;
Y perdóname, hermanica,
Que en otra cosa más rica
Te doy fe te pagaré.

Villancico.

No te tardes, que me muero,
Carcelero;
No te tardes, que me muero.

Apresura tu venida,
Porque no pierda la vida,
Que la fe no está perdida.
Carcelero,
No te tardes, que me muero.
Bien sabes que la tardanza
Trae gran desconfianza,
Ven y cumple mi esperanza.
Carcelero,
No te tardes, que me muero.
Sácame desta cadena

Que recibo muy gran pena:
Tu tardanza me condena.
Carcelero,
No te tardes, que me muero.
En el punto que me viste,
Sin te vencer me venciste;
Suéltame, pues me prendiste.
Carcelero,
No te tardes, que me muero.
La llave para soltarme
Ha de ser galardonarme,
Proponiendo no olvidarme.
Carcelero,
No te tardes, que me muero.
Y siempre cuanto viviere
Haré lo que tu quisieres,
Si merced hacerme quieres.
Carcelero,
No te tardes, que me muero.

Cancion.

Pásesme, por Dios, barquero
De aquesa parte del rio;
Duélete del dolor mio.

Barquero, que hayas ventura
Y de mal te guarde Dios;
Pasa, y pasemos los dos
Estas aguas de amargura.
Así Dios te dé holgura
Que pongas tu poderio.
Duélete del dolor mio.

¡Ó barquero! si supieses
La mi fatiga tamaña,
No dubdo que no pusieses
Toda tu fuerza y tu maña;
Pues que soy de tierra extraña,
Pongas todo tu albedrio.
Duélete del dolor mio.
No te quieras ya tardar
Ni me pongas en rodeos,
Cumple presto mis deseos,
No me dejes más penar.
Echaremos á remar,
No te metas en desvio.
Duélete del dolor mio.

EL BARQUERO.

Á tí, hombre lastimado,
Que dices ser extranjero;
Yo soy el triste barquero
Que vivo desconsolado;
De tu pena estoy penado,
Riberas de aqueste rio.
Tu dolor muy propio es mio.
Mas por descansar contigo
Yo quiero tu compañia,
Y si tu quieres la mia,
Yo te quiero por amigo,
Si quieres estar comigo
Riberas de aqueste rio.
Tu dolor muy propio es mio.
Aguarda que paso allá,
No te desmayes ni penes,
Que si gran congoja tienes
Mayor la tengo yo acá;
Vente, que la barca va.

Entra, dime tu albedrio.
Tu dolor muy propio es mio.
Si vienes apasionado,
Mayor pasion es la mia;
Si no traes alegría,
Mucho há que me ha dejado;
Aquí estoy desesperado
Riberas de aqueste rio.
Tu dolor muy propio es mio.
¿Cuál amor te ha así herido?
Dí, desdichado amador,
Que de tu mismo dolor
Estoy yo tan afligido.
Más penado y más perdido,
Pasando dolor y frio,
Estoy riberas del rio.
Mas por descansar contigo
Tomaré tu compañia,
Porque si quieres la mia,
Podrásme hacer testigo
De aquesta vida que sigo
Riberas de aqueste rio.
Tu dolor muy propio es mio.
Daca, dame ya la mano,
Amigo, de buena gana;
Ten la voluntad muy sana,
Pues mi corazon es sano,
Y podrá ser que el verano
Riberas de aqueste rio.
Mudarémos albedrio.

EL LLAMADOR.

Dios te salve, compañero,
Buen amigo, más que hermano:
Yo me hallo muy ufano

De verte tan lastimero;
Pues me quieres, que te quiero,
Con esta tema porfio,
Pues tu dolor es el mio.
No mudemos el querer
De aquellas por quien penamos,
Ó vivamos ó muramos;
Hazme, amigo, este placer,
Que es de mucho merescer
Mi señor, amigo mio.
Duélete del dolor mio.

Villancico.

Romerico, tú que vienes
Donde mi señora está,
Las nuevas della me da.

Dame nuevas de mi vida,
¡Así Dios te dé placer!
Si tú me quieres hacer
Alegre con tu venida,
Que después de tu partida
De mal en peor me va.
Las nuevas della me da.
Bien muestras en el hablar
Ser ageno de placeres,
Mas si yo no sé quién eres,
¿Qué nuevas te puedo dar?
Quien nunca te oyó nombrar
¿Cómo te conocerá?
Las nuevas della me da.